SIMPLEMENTE TÚ

DEL ODIO AL AMOR



EVE MARTIN

EVE MARTIN

SIMPLEMENTE TÚ, DEL ODIO ALAMOR

"Para todas aquellas personas que alguna vez se sintieron diferentes, incomprendidas y rechazadas por no ser bueno en matemáticas, pero si para el arte."

1

—¡Señorita Smith, le comunico que tiene que

darme una respuesta cuanto antes! Tengo que cerrar el expediente del señor Landini, y su herencia es ahora mismo mi prioridad —puntualiza el letrado.
Decido dejar de pensar porque esas palabras me tienen en un estado de shock. No logro asimilarlo del todo, y cada vez que intento racionalizarlo, me asaltan nuevas preguntas.

Hoy llueve. Es una lluvia intermitente, de esas que no molestan a menos que te olvides el paraguas, como me ha pasado a mí. La verdad, debería haber revisado el pronóstico antes de salir porque llegar empapada al trabajo no es una buena idea para nadie. Camino por la acera mientras las gotas resbalan por mi chaqueta. El frío se cuela entre la tela, y me estremezco ligeramente.

Soy Melinda Smith, tengo veintiséis años y soy licenciada en traumatología, pero por causas ajenas a mí no he podido ejercer. Trabajo como técnica en una residencia de ancianos. Se podría decir que soy una chica normal con una vida normal (hasta hace unos

días, cuando recibí esa llamada) y un trabajo que, ahora mismo, adoro. Siempre me ha gustado ayudar a los demás, y aunque este empleo no es el que soñé, me hace sentir útil y valorada.

Hoy no es mi día. No he conseguido tomar un taxi, el autobús va repleto de gente que parece una lata de sardinas y mi única opción es caminar hasta el trabajo, que está a unas cinco manzanas de donde me encuentro. Respiro hondo, intentando no desesperarme. El aire húmedo me llena los pulmones, y el sonido de la lluvia golpeando las aceras me resulta extrañamente tranquilizador.

La residencia está en medio de la ciudad, en una casa de principios de siglo con unas cincuenta habitaciones, algunas compartidas porque muchos de nuestros abuelos no quieren dormir solos. El edificio es modernista y está rodeado de mil metros de jardín, un lugar relajante para quienes viven allí. Los árboles que rodean el patio tienen hojas marchitas por el otoño, y algunas ramas, pesadas por la lluvia, se inclinan sobre la verja de entrada.
Trabajo en la tercera planta con mi compañera y fiel amiga Becky. Nos encargamos de repartir la medicación cada día. Becky tiene una consulta compartida con otro residente y yo la auxilio en lo que haga falta. Mi trabajo es parte de mi vida y las personas a las que cuido son mi familia. Con el tiempo, me he encariñado con muchos de los residentes y, aunque intento mantenerme profesional, es imposible no tomarles afecto.

Vivo con mis padres desde hace unos meses. Tuve que volver porque mi reducción laboral no me permitía pagar gastos ni renta. Sinceramente, cada final de mes era un calvario: cobraba el día uno y para el día dos ya no tenía saldo en la cuenta. Vivir con ellos es cómodo en cuanto a facturas y comida, pero la pega es que controlan mis horarios como si siguiera siendo su niña. Aunque, siendo realista, no es un problema porque mi vida social es casi nula. Mis días transcurren entre el trabajo, la cena familiar y algún que otro libro antes de dormir.

Cada mañana hago el mismo trayecto y, en general, sigo la misma rutina. En la residencia, me encuentro con el señor De Luca en recepción. Es el conserje y lleva más de treinta años aquí. No creo que le quede mucho para jubilarse. Su porte es elegante y su cabello, aunque canoso, siempre está perfectamente peinado. —¡Buenos días, Melinda! ¿Qué dice hoy la prensa? ¿Sabes qué tiempo hará? —pregunta, como siempre.

Me recuerda a mi abuelo con su obsesión por controlar el mundo, como si eso fuera posible. Le sonrío.

—¡Buenos días! Como ve, hoy llueve a cántaros. Anoche no vi las noticias y me he puesto como una sopa. Estoy deseando cambiarme para entrar en calor —respondo tiritando.

—¡Corre, sube, no vaya a ser que cojas un catarro! —dice con su amabilidad habitual.
—Eso haré, señor De Luca. Luego paso a verlo.

Me dispongo a coger el ascensor cuando Mery me llama a voces desde el vestíbulo. Mery es mi jefa, una mujer peculiar. Si la vierais, diríais que es Cruella de Vil, aunque no tan malvada (quiero pensar que no existe gente así). Pero, eso sí, es muy exagerada.

—¡Melinda, Melinda Smith! ¿Qué horas son estas? Llegas diez minutos tarde, y no es la primera vez —grita como una posesa. —Señora Mery, lo siento mucho. Tengo el coche averiado, intenté coger un taxi, pero con esta lluvia me ha sido imposible — respondo en un murmullo, con la mirada en el suelo.

—Sube de inmediato. No querrás ser amonestada, porque quizá no haya una próxima vez —su voz es tajante.
—De acuerdo, le pido disculpas de nuevo… —digo, caminando rápido y suspirando de alivio.
De camino al vestuario, me cruzo con la dulce señora Rose. Tiene demencia y cada día me pregunta lo mismo.
—Hija mía, ¿dónde están mis zapatillas? No las encuentro por

ningún lado —su cara refleja pura preocupación.
—Rose, las lleva puestas. No se preocupe, ya las encontró —le digo con una sonrisa.
—Gracias, pequeña. Siempre las encuentras.
La abrazo y la dejo tranquila con su bordado. Casi toda la residencia tiene algo hecho por ella.

Me cambio rápido y saco mi tarjeta para entrar en la tercera planta. Mi cabello sigue húmedo, así que me hago un moño. Hoy será un día movido. Mery me ha dejado la limpieza exhaustiva de los dormitorios como castigo por mi retraso.

Aun así, sigo dándole vueltas a lo ocurrido. Mi vida puede cambiar en cualquier momento.
Becky me busca por los pasillos.
— ¡Mel! ¿Dónde te has metido esta mañana? ¡Llevo buscándote todo el día! — Oigo la voz de Becky resonar por los pasillos.

— ¿Te lo digo o te lo cuento? He estado de una habitación a otra, limpiando y organizando. Mery se dio cuenta de que llegué diez minutos tarde esta mañana y me ha hecho pagarlo. — Me indigno mientras suspiro con resignación.

— ¿Necesitas ayuda? Acabo de terminar mi ronda de medicación y en un rato tengo que ir con Nelson a la recuperación. La señora Brown tiene sesión de electroestimulación. — Explica Becky con su habitual energía.

— No te preocupes, en un rato habré acabado. Solo me queda esta habitación. — Digo con firmeza, tratando de mantener la compostura.
— Perfecto, pues nos vemos en el almuerzo. — Sonríe antes de alejarse.

Dentro de la habitación respiro hondo. Estoy agotada por todo el trabajo que aún tengo por hacer, pero lo que realmente pesa en mi pecho es la tristeza de estar en la que fue la habitación del señor

Landini. Hasta hace poco no sabía quién era realmente. Pasó más de tres años en la residencia y nos hicimos grandes amigos. A él le encantaba hablar y a mí escuchar sus anécdotas. Éramos un buen equipo, nuestras partidas de mus eran de lo más entretenidas.

Llegó al centro tras una operación de cadera y nunca más salió de aquí. Nunca entendí por qué nadie venía a visitarlo. Me contó que enviudó joven y tenía un hijo con el que no hablaba desde hacía años. Nuestras conversaciones eran diarias; siempre me aconsejaba que dejara este trabajo, porque con mi sueldo no llegaba a fin de mes.

Sabía de mis problemas económicos y, aunque lo consideraba normal, siempre intentaba animarme. Me decía que de la vida se aprende a base de experiencias.
Y ahora, no puedo comprender cómo es que me ha dejado parte de su patrimonio. Toda la preocupación que tengo esta semana es culpa suya. ¿Cómo puede haberle dejado a una desconocida su casa y la empresa Landini, el templo de la moda en la ciudad?

El notario me ha informado de que tengo tres meses para decidir si acepto la herencia o la rechazo, aunque hay condiciones que aún desconozco.

El día sigue con normalidad. Hasta me parece extraño, después de la tormenta mental que llevo encima. Pero al menos he terminado mi turno sin más incidentes.

Al salir, Becky me espera en el vestíbulo.
— Amiga, por fin se acabó el lunes. — Dice con alivio.

La miro con la misma sensación. Ha sido un día agotador y lo único que quiero es llegar a casa y darme una buena ducha caliente.

Abrazo a Becky con fuerza antes de despedirme. Tiene la suerte de vivir a solo cinco minutos caminando del trabajo. Su familia es bastante conocida en la ciudad. Su padre posee unos grandes

almacenes dedicados a la importación y exportación de café. Además, la señora Mery es su tía, así que rara vez recibe una mala contestación de su parte.

Al cruzar la calle, veo un taxi esperando en el semáforo. Me apresuro a levantar la mano para detenerlo. Justo cuando voy a abrir la puerta, alguien me empuja apartándome de la manija. Parpadeo confundida. ¿Qué está pasando?

Me giro y clavo la mirada en el hombre que intenta robarme el taxi.
— ¿Qué demonios crees que haces? — Le espeto furiosa.

— ¡Este taxi lo he pedido yo primero! Lo llamé desde la otra acera.
— Responde con arrogancia, cruzándose de brazos como si tuviera razón.

Se pensará que soy tonta y que tal vez se lo ceda, pero hoy no estoy para aguantar tonterías.
— Lo siento mucho, pero tendrá que pedir otro. Yo lo vi primero. — Declaro con firmeza, sin intención de ceder.

— No quiero entrar en una discusión sin fin. — Replica con fastidio.
— ¡Pues yo no pienso perder el taxi! Tengo una reunión muy importante y no puedo permitirme llegar tarde por su culpa. — Exclama a gritos como si eso fuera mi problema.

Me da igual si tiene una reunión o no. Mi prioridad es llegar a casa y ducharme. Mi día no puede ir peor.

Sin pensarlo más, entro al taxi y cierro la puerta de golpe, dejándolo ahí, de pie, con cara de incredulidad. Me acomodo en el asiento, satisfecha. Hoy no estoy para ceder ante desconocidos con aires de grandeza.

2

Me maquillo con poca destreza porque jamás se me ha dado muy bien hacerlo. He de confesar que he mirado tutoriales en YouTube, pero mi maquillaje sigue siendo básico y aburrido. Me conformo con una crema hidratante, una base de color miel y unos toques de polvos bronceadores.
En realidad, tampoco me veo tan mal. Con un poco de color en la cara todos parecemos distintos. Mi pelo está algo maltratado; lo llevo largo y, en serio, necesitaría tiempo para poder ir a la peluquería. Me gustaría salir de mi zona de confort, pero por mi carácter no me atrevo a dar un gran cambio. Soy una persona que se asusta con facilidad.

Por las mañanas, no hay nadie en casa. Mis padres trabajan en la cafetería—pastelería que heredaron de mis abuelos y que han mantenido con esfuerzo. El negocio ha tenido muchas pérdidas, y más en esta época de crisis que parece no terminar jamás.

Han tenido que modernizarse. El lema era "renovarse o morir", porque cada vez entraba menos gente en el pequeño local. Mi hermana Brooks les ayuda con los cafés por las mañanas. Es algo menor que yo, está casada y tiene un niño precioso: mi sobrino Alex, el niño más dulce y comprensivo que existe hasta el momento.

Como comprenderán, es obvio que mis padres están preocupados por mi situación. No es plato de buen gusto volver a casa después de haber intentado independizarme.

Me distraigo un momento y, de repente, suena mi smartphone con su melodía estridente. El número no está registrado en mis contactos y parece insistente, así que decido contestar.

—¿Melinda Smith? Soy el abogado del señor Landini. La llamo para programar una visita de acuerdo con las condiciones que habría que pactar, para que podamos leer el contrato de la herencia que está a su nombre. El notario y yo le explicaremos cualquier duda o detalle —una voz educada y cordial carraspea tras el teléfono.

Me quedo pensando en qué responder, porque en realidad no sé cómo afrontarlo. Tampoco es algo que haya comentado con nadie. No sé cómo explicarles a mis padres que alguien me ha dejado una herencia multimillonaria. Quizá se hagan una idea equivocada y crean que hubo algo más detrás de todo esto.

—¡Buenos días! ¿Cuándo les iría bien quedar? Los martes y viernes por la tarde no trabajo, podría acercarme a su despacho —le comento con cierto miedo.

—Perfecto entonces, acérquese este viernes a las cinco. Mi asistente le recordará la dirección —responde sin más y cuelga.

Mi cabeza está a punto de estallar. El señor Landini tenía un propósito conmigo y por eso decidió dejarme su patrimonio. Me da pena pensar que lo ha hecho porque fui la única persona que tuvo cerca durante estos años. Me extraña, siendo un hombre tan adinerado, que no haya tenido más gente en su vida.

Intento no pensar demasiado en eso y seguir con mi rutina. Por lo pronto, voy a desayunar porque muero de hambre (mi estómago ruge como el león de la Warner). El café sale exquisito de la cafetera exprés, la misma que anuncia el guaperas de Brad Pitt, y tener a casi toda la familia pastelera ayuda con las sobras del día anterior.

El expreso y el bollo van directos, sin pasar por autopista, a mis cartucheras. Espero que en el trayecto al trabajo pueda quemarlos, porque a estas alturas no me puedo permitir la cuota del gimnasio.

Soy tan normal como cualquier persona (teóricamente, no existe nadie normal; siempre nos diferenciamos por alguna cualidad o defecto ante los demás). Mi cuerpo no es perfecto. No me considero un espárrago ni tampoco lo contrario. Tengo curvas y celulitis, veo piel de naranja en mis muslos, pero a mí me gusta. Me siento bien con mi cuerpo. Tampoco tengo otra opción que amarlo, y cuanto antes lo asimile, antes seré feliz.

Después de mi desayuno calórico, bajo las escaleras a toda velocidad. Si me conocieran un poco, sabrían que esto es normal en mí, como si tuviera un problema de hiperactividad.

El edificio donde vivo y he vivido desde que tengo uso de razón es antiguo, creo que de los años cincuenta. Las escaleras están desgastadas por el paso del tiempo. Que yo sepa, jamás se ha hecho una rehabilitación o reforma en él.
Al bajar por los peldaños resbaladizos, intento hacer malabares para mantenerme en pie, pero con tan mala suerte que tropiezo con los cordones de mis zapatillas, se desatan y me hacen perder el equilibrio. Me enredo con la mochila del trabajo y acabo chocando de lleno contra la pared donde están todos los buzones. Siento un dolor agudo en la frente y la mandíbula se me contrae. Llevo la mano a la herida y noto que estoy sangrando. Intento limpiar la brecha y el chichón que me he hecho, pero en lo único que pienso es en la cara de mi jefa, la señora Cruella de Vil. Hoy seguro que llego tarde.

Tengo que empezar a organizarme mejor, o de lo contrario, estaré fuera del trabajo. No puedo permitirme llegar tarde una vez más. Subo al taxi con alivio, ya que voy bien de tiempo. Mi pequeño incidente tiene solución, así que, como era de esperar, mi frente sigue sangrando. Intento limpiarme con un pañuelo de papel y me paso el flequillo hacia un lado para disimular mi percance.

También tengo que poner remedio a lo del transporte. No puedo seguir gastando mi pobre sueldo en taxis. El mecánico se excusa diciendo que el recambio de piezas que necesitan no está disponible y que no podrán tener el coche reparado hasta la semana que viene. Cuando llego a la residencia, veo al Señor De Luca hablando por teléfono. Le hago un gesto con la mano para saludarlo, y él me responde con una sonrisa. Al parecer, hoy no coincido con Mery, lo que me tranquiliza un poco. Subo al ascensor con mi mochila a cuestas, y cuando llego a mi planta, veo a la señora Rose de nuevo

buscando su zapatilla. Becky, que ha llegado más temprano, logra calmarla con su habitual simpatía.

Mi amiga, la mujer maravilla, se acerca con la mano en la cabeza, visiblemente estresada.

— ¿Te puedes creer que me han cambiado el horario? A partir de la semana que viene, me toca el turno de tarde en la cuarta planta. Lidia se ha jubilado y no hay nadie que la sustituya. ¡No tenemos especialista! — Sus ojos arden en rabia.

— Pero, ¿qué dices? Supongo que será solo hasta que encuentren a alguien que pueda reemplazarla, ¿no? — trato de calmarla.

— Eso espero, porque si no, va a arder Troya. — me dice con su seriedad habitual. Becky siempre habla en serio. No se anda con rodeos, y esa es una de las cosas que más me gustan de ella. Siempre dice lo que piensa y jamás hace algo si sabe que puede hacerte daño.
Nos conocemos desde el instituto. Al principio no éramos amigas. Yo era más tímida, mi grupo era pequeño, y me gustaba pasar desapercibida, aunque no siempre lo conseguía. Ella era la más popular del instituto, guapa y con un estatus social alto, pero a la hora de estudiar, no se le daba muy bien. Por eso, en varias ocasiones tuve que ayudarla con los apuntes.

Las dos estudiamos lo mismo: doctorado en traumatología. La gran suerte es que ella trabaja como especialista en la residencia, y yo me conformo con ser técnico. Necesito el trabajo, y en la residencia de su tía, casi todas las chicas que han trabajado allí se han ido, no aguantan a Mery. Llevamos cinco años aquí y, aunque no he tenido la oportunidad de trabajar como licenciada, sabemos hacer bien nuestro trabajo porque, por un lado, sobran doctores y, por otro, los centros sanitarios escasean.

Los miércoles, después del trabajo, nos reunimos con algunos compañeros en un bar de la esquina. Es un bar estilo country, solo

sirven cerveza y nachos, pero eso basta para relajarnos un poco y hacer que la semana no se nos haga tan larga.
Me siento con Becky en uno de los taburetes de madera frente a la barra. La miro fijamente y, sin levantar mucho la voz, le susurro al oído para que me preste atención.

— Amiga, tengo algo importante que explicarte. No sé por dónde empezar. — alzo un poco la voz para que me escuche, ya que el ruido del lugar es abrumador.

Becky abre bien los ojos, esperando que le cuente lo que tengo que decirle, y asiente con la cabeza, indicándome que siga.
— ¿Te acuerdas del señor Landini? — pregunto, titubeando.

— Sí, lo recuerdo. Hace un par de meses que falleció. Pobrecito, nadie se preocupó de él, excepto tú. — responde Becky, visiblemente apenada.

— Es una historia larga, pero solo puedo decirte que me ha dejado una herencia multimillonaria, y este viernes debo decidir si la acepto. — mi voz suena temblorosa.

La cara de Becky es todo un poema. Sus ojos se clavan en los míos, y, al principio, no dice nada. Alza su copa y, con una sonrisa, empieza a brindar.
— ¡Por mi amiga! ¡Por un futuro incierto y emocionante! — exclama, soltando una risa que contagia.

No quiero que todo el mundo se entere de mi secreto, pero tengo claro que debo hacer lo que sea necesario. Si acepto la herencia, me traerá muchos problemas que no sé si seré capaz de afrontar.

Me levanto, cojo mi bolsa negra llena de ropa sucia del trabajo y me despido de todos, sumida en mis pensamientos. Los nervios me recorren, mis manos tiemblan y siento una presión constante en el pecho. Siento como si mi cuerpo fuera gelatina, incapaz de sostener mis propios pensamientos.

Voy rápidamente, sin mirar a nadie, con la mente completamente perdida. Si soy sincera, ni siquiera reconozco qué canción está sonando de fondo. Me dirijo hacia la salida del bar, que está repleta de gente disfrutando de su noche.

De repente, mi hombro derecho choca con alguien. El impacto es tan fuerte que, sin querer, derramo la cerveza que llevaba sobre un hombre alto y bien vestido. Su traje gris oscuro queda empapado, y la chica que tiene frente a él, claramente molesta, se sobresalta al notar su vestido de marca empapado. El cabello y el maquillaje, perfectamente hechos, se arruinan. El hombre intenta calmarla, pero sin mediar palabra, me mira con los ojos desorbitados y me lanza una mirada furiosa.

— ¿Se puede saber qué haces? ¡Mira por dónde vas! — grita, sorprendido y enfadado. — ¿Otra vez tú? — me recrimina, su tono lleno de rabia.

Era el mismo hombre que me quería robar el taxi la semana pasada. Un sentimiento de incomodidad me recorre el cuerpo. ¿En serio? No podía ser. Pensé que no lo volvería a ver en mi vida. No me importó mucho dejarlo esperando el otro día.

— Yo, yo... lo siento mucho. — tartamudeo, apenada.

Él abre la boca para decir algo, pero parece que las palabras se le quedan atascadas. Sin querer alargar más la situación, mi única opción es salir corriendo, lo más rápido posible, sin pensar en las consecuencias.

Salgo del bar y me dirijo a la parada más cercana de autobús. Miro el horario en el poste de luz, que está marcado en color amarillo. Por suerte, el último autobús aún no ha pasado. En la parada hay dos personas más mirando el reloj. Nos miramos cordialmente. Afortunadamente, solo tengo que esperar cinco minutos más y esta noche terminará.

De repente, veo a alguien acercándose rápidamente. Mi corazón se acelera. Un escalofrío de miedo me recorre. Mi pulso late tan fuerte que me siento como si pudiera oírlo en cada rincón del lugar.

— Pero ¿tú quién te crees que eres? Me robas el taxi y ahora le echas cerveza encima a mi novia. — me dice el hombre insolente del bar.

— Ha sido un accidente, el taxi me lo querías robar tú, hoy solo ha sido un error y ya me he disculpado. — le contesto, molesta.

Este hombre parece que busca que me enfade. ¿Qué se cree, venir después de todo esto a pedirme explicaciones? Solo he mojado un poco a su novia. No lo hice a propósito, y la verdad, ya le está bien a ella, por mimada.

— Lo más sensato sería que volvieras al bar y le pidieras disculpas. — me dice con rabia contenida.
— Ah, claro, voy a correr hacia el bar para disculparme, justo cuando estoy esperando el último autobús y no tengo dinero para un taxi. — le respondo irónicamente, cada vez más irritada.

Por suerte, el autobús está llegando. Lo veo acercándose por la esquina que cruza el bar con la residencia. Así que, sin pensarlo mucho, saco mi monedero para conseguir mi bono mensual de transporte. Las puertas del autobús se abren y subo rápidamente, pasando mi bono por el lector, sin mirar al hombre. Me siento en el primer asiento libre y, mientras el autobús comienza a moverse, lo veo caminar de vuelta al bar, con una mirada fija en mí y murmurando algo que no puedo entender.

3

Hoy es jueves, lo que significa que solo me queda un día para decidir qué hacer y, sobre todo, cómo explicárselo a mi familia. Decido arreglarme un poco. Me pongo algo de maquillaje para disimular las grandes ojeras que tengo (al mirarme al espejo

descubro al panda que llevo dentro), producto de una larga madrugada sin poder dormir. También retoco la brecha en mi frente. Aunque la marca ha disminuido, aún se aprecia el chichón.

Voy a mi habitación a ponerme los nuevos jeans que compré en el mercadillo de la semana pasada, una camiseta blanca que tiene algunas arrugas y las deportivas Converse, que son, para mí, el calzado más cómodo que he probado para caminar por esta ciudad llena de irregularidades.

Mi ciudad está llena de callejuelas antiguas, muchas de ellas con adoquines que, solo con mirarlos, parecen resbaladizos.

Como todos los jueves al mes tengo libre en el trabajo, he decidido ir a ver a mis padres en la cafetería familiar y, de paso, aprovechar para explicarles todo el embrollo de la herencia. El miedo me invade al imaginar la reacción de mi padre. Ya me imagino la conversación tan escandalosa que se formará cuando descubra que me han dejado una herencia.

Él, que parece un hombre serio y fuerte, en realidad es todo lo contrario.

Antes de salir de casa, suena el teléfono. Al ver que la llamada proviene del taller mecánico, contesto rápidamente, esperando una buena noticia. Todos los dioses del mundo saben que he rogado millones de veces para que mi pobre coche esté finalmente arreglado.
— Mel, soy Andrés, el mecánico. Ya tenemos listo tu coche, puedes pasar a recogerlo cuando quieras. — se le nota contento.

— Buenos días, Andrés. Me alegra mucho saber que al fin el recambio ha llegado y que ya puedo disponer del coche. No es nada cómodo ir en transporte público viviendo tan lejos del trabajo. — le respondo.

— Pues ya no tendrás más problemas. Tu coche ha quedado como nuevo. — dice alegremente.
— Muchas gracias. En cuanto pueda, paso a por él. — concluyo la conversación con un "hasta luego".

Estoy muy feliz de que mi pequeño coche, un Volkswagen New Beetle del 2010, ya esté arreglado. Aunque está un poco viejo, sigue funcionando a la perfección para ir al trabajo. No le suelo hacer demasiados kilómetros y siempre intento mantener todas las revisiones al día.

Esta vez, el problema era cambiar los filtros y la bomba. Así que, seguro que la reparación me costará un buen pico.
Al salir de casa, veo que hace un día precioso y decido caminar. Después de todo, necesito hacer algo de ejercicio y no hay mejor forma que ir caminando.

En el camino, me voy pensando en cómo afrontar la situación, cómo les explico el tema para que no les afecte demasiado. Voy barajando diferentes opciones hasta que, por fin, cruzo la calle y me encuentro de frente con la cafetería.

Nuestra cafetería es muy bonita. Mis padres han logrado conservar la esencia que mis abuelos le dieron. Parece una pequeña cafetería parisina, con su gran toldo rojo y ventanas con arcos. Ahora, con el buen tiempo, han sacado cuatro mesitas afuera en la calle, las cuales ya están ocupadas. El mostrador es de madera antigua, y mi padre siempre dice que es una joya, un tesoro que va perfectamente con la tienda.

Al entrar, empujo la puerta, que está un poco atascada. El repicoteo del timbre que cuelga de la puerta suena, y el olor a pan caliente me envuelve. Mi madre, solo verme, se da la vuelta y sonríe desde el otro lado. Mientras prepara un par de cappuccinos, me lanza un beso imaginario.
Entro con cara de preocupación, y mis padres lo notan al instante.

Los padres siempre saben cuándo algo no va bien. Mi madre, en particular, conoce todas mis caras. Ha tenido que soportarlas todas en mis momentos difíciles, y solo con mirarme sabe exactamente que algo no anda bien.

— Melinda, ¿qué haces hoy por aquí? No te esperábamos. Si me lo hubieras dicho, te habría preparado tu bollo favorito. — me dice, tan atenta como siempre.

— Mami, vengo porque llevo días intentando explicaros algo, pero entre el trabajo y la cafetería, nunca encuentro el momento adecuado. — le digo con una voz angelical, la misma que uso cuando he roto algo.

— Pues aquí nos tienes. Si quieres, llamo a tu padre. Está dentro, preparando la repostería para esta tarde. — asiente con una sonrisa.

— ¿Brooks dónde está? También quiero explicárselo a ella. — le pregunto.
— Ha salido. Tenía que ir a recoger a tu sobrino, que está un poco indispuesto. Así que ha ido a buscarlo al colegio. — me responde, preocupada.

Mientras me siento en una de las mesitas del fondo, mi madre sigue con su ajetreo habitual. Es tan cálida y atenta que, por un momento, me siento un poco mejor, aunque la presión por contarles lo que ha sucedido sigue siendo enorme.

Mi hermana, como siempre, es la que no me va a hacer sentir cómoda con su reacción. Ella es un torbellino de emociones, y no sé si le hará bien saber que mi vida acaba de dar un giro tan grande.

Miro a través de la ventana, pensando en cómo me enfrentaré a todo esto. Mis padres, aunque siempre se muestran fuertes y comprometidos con su negocio, no dejan de preocuparse por mí. La idea de que no sólo me han dejado una herencia, sino que eso

podría cambiar nuestra situación, es algo que aún no sé cómo asumir.

Al mirar mi teléfono, veo que tengo un mensaje de Becky. Me hace sonreír un poco. Ella es como un refugio en medio de todo esto. Decido contestar rápidamente:

" Mañana, te cuento todo. Te necesito para saber qué hacer."

Después de eso, mi mente vuelve a estar ocupada con el pensamiento de cómo decirle a mi familia lo que está pasando. De pronto, las palabras se me quedan atoradas. ¿Cómo explicarles a mis padres que de un momento a otro podría ser una persona muy rica, cuando ni siquiera sé si quiero aceptar la herencia?

Por ahora, solo quiero que todo esto pase, pero sé que, en el fondo, tendré que tomar una decisión pronto.

En un momento, veo aparecer a mi padre, que sale de la trastienda con su delantal blanco, algo sucio por la harina y la masa, como es normal después de un día de trabajo. Mi padre, aunque ya calvo desde joven, sigue llevando un gorro de pastelero con esa gran sonrisa que siempre tiene al ver a sus hijos. Sus fotos de cuando era joven, con su cabello castaño, me hacen sonreír, aunque ahora me cuesta imaginarlo con melena.

— ¡Qué alegría verte por aquí, mi querida hija! ¿Te has tomado ya un café? — me dice con su tono más dulce.

— No, papi, he venido porque quiero contaros algo importante. — le respondo con una angustia que me es imposible ocultar. — Pues nos sentamos ahora que no hay mucha gente y así nos explicas qué es lo que te ocurre. — me mira con esos ojos grandes, como platos, que parecen querer leerme el pensamiento.

La cafetería, después del bullicio de los desayunos, entra en una pausa hasta la hora del almuerzo, así que aprovecho el momento

para sentarme con ellos y explicarles todo lo que está ocurriendo.

— ¿Os acordáis del Sr. Landini? El señor mayor que falleció hace un par de meses. — les pregunto con voz suave.
— Sí, hija, claro que lo recordamos. — me responden con miradas curiosas.

— Pues, en la residencia, él me contó que se quedó viudo muy joven, que tenía un hijo con el que perdió todo contacto, por eso nadie iba a visitarlo. — les explico con calma.

— ¿Y por qué nos cuentas todo esto? — me pregunta mi madre, visiblemente sorprendida.

— El Sr. Landini no tenía a nadie, y yo fui la única persona que estuvo a su lado durante estos últimos tres años. Así que, decidió dejarme una herencia. — les cuento, sonriendo con un dejo de incredulidad.
— ¿Una herencia? — preguntan mis padres al unísono, sus voces llenas de asombro.

— Sí, me ha dejado una casa y parte de la empresa de moda más famosa del país. — les digo con una mezcla de emoción y temor.

La reacción de mis padres no tiene precio. Sus caras, congeladas en un gesto de completa sorpresa, podrían haber sido el dibujo perfecto de una tira cómica, con una gota de sudor en la frente.

— ¿Melinda, se puede saber qué es lo que nos estás contando? — mi padre, entre confuso y preocupado, me mira fijamente.

— Papá, es lo que ha pasado. Yo apreciaba mucho al Sr. Landini, y él me apreciaba a mí. No sabía a quién dejarle sus bienes, así que decidió cederme todo esto. — les explico con más detalle.

— Nunca supe que él era dueño de semejante empresa ni de un patrimonio tan grande. — les confieso.

— Entonces, ¿qué vas a hacer con todo esto? — mi madre pregunta, cada vez más sorprendida.

— Vengo a contaros que mañana tengo una reunión con el abogado de la familia, porque debo decidir si acepto o rechazo la herencia. Tiene unas condiciones, y quiero estar segura de poder cumplirlas. — bajo la mirada y aprieto los labios, intentando controlar la ansiedad que siento.

— Espero que esas condiciones sean razonables y que puedas cumplirlas. — dice mi madre, mirándome con preocupación, pero también con ese cariño tan característico.

— Si el Sr. Landini confió en ti para cederte sus bienes, con la responsabilidad que eso conlleva, entonces deberías aceptarlo. — mi padre, optimista como siempre, me anima.

Después de una larga charla sobre la nueva aventura que me espera, me levanto de la mesa para recoger mis cosas. Debo ir a buscar el coche al taller mecánico.

Mi madre me abraza con fuerza y me susurra al oído:
— Después de la tormenta siempre viene la calma, hija. Estoy segura de que, en unos meses, verás todo esto de otra manera.

Le devuelvo el abrazo, pero mi mente sigue abrumada por todo lo que se me viene encima. Mientras salgo de la cafetería, un nublado repentino me hace dudar de si mi día terminará bien. No tengo paraguas, y por lo visto, la lluvia no me quiere dar tregua. Cuando llego al taller mecánico, mi ropa está empapada. Me refugio bajo un pequeño tejado de uralita, esperando que la lluvia se calme un poco. Desde allí, veo a Andrés, el mecánico, acercándose con su sonrisa tan amplia como la de un anuncio de pasta de dientes. Es un tipo alto, fuerte, con el pelo moreno y los ojos color avellana. A simple vista, tiene unos treinta y pocos años. No tengo ni idea de si está en una relación, y la verdad es que, después de tantas decepciones, he

decidido que mi vida ya no va a girar en torno a nadie más que a mí misma.

— ¡Melinda! ¡Te has empapado por la lluvia! ¿Necesitas una toalla para secarte? — me pregunta, preocupado.
— Gracias, Andrés, pero no es necesario. — le respondo, algo avergonzada.

— Me alegra verte. Tenía ganas de entregarte el coche. Me preocupaba que no tuvieras con qué ir al trabajo. — dice con una sonrisa.

— Gracias, Andrés. Estaba deseando recuperar a mi coche, lo he echado mucho de menos. — le respondo, tratando de mantener una actitud jovial.
— Pues aquí lo tienes. Busqué el recambio con todos los proveedores que conozco, y me lo enviaron lo más rápido posible. El problema fue la parada del transporte, pero hice todo lo posible para que no se alargara. Y, bueno... creo que esto merece que un día salgamos a tomar un café. — me dice, con una expresión inocente, casi como si estuviera sugiriendo algo más.

Por un momento, me quedo en blanco, sin saber qué decir. El mecánico parece estar intentando ligar conmigo, y yo, la verdad, no sé cómo reaccionar. Agradezco su amabilidad, pero mi vida está lejos de ser un juego de citas ahora mismo.

— Sí, un día de estos nos llamamos y quedamos para tomar un café. — le respondo, aunque sé que no lo haré nunca. No es por nada personal, es simplemente que no es mi tipo, y, como ya he dicho, no tengo ganas de conocer a nadie.

Le pago la factura de la reparación, y nos despedimos cordialmente. Se da cuenta de que la situación se ha vuelto un poco incómoda, y que yo solo necesitaba sus servicios para arreglar el coche, no para un café.

Subirme a mi coche me da una inmensa alegría. Ya no tendré que depender del transporte público, y eso me da un poco más de libertad. Me doy la vuelta y, al mirar el asiento trasero, me doy cuenta del desastre que tengo allí. Aunque lo llevaría a limpiar, hoy no es el mejor día para hacerlo. Ya sabéis cómo es: el día que lavas el coche, seguro que llueve.

Con una sonrisa, me dirijo hacia la carretera principal, que atraviesa la ciudad de punta a punta sin semáforos, y en veinte minutos estaré en casa. Estoy deseando darme una ducha caliente, que es uno de esos pequeños placeres de la vida que no tienen comparación. Mi mente sigue ocupada con lo que mañana traerá, un día que podría cambiarlo todo.

Al llegar a casa, encuentro un hueco justo para aparcar, en un espacio donde probablemente mucha gente no se atrevería a estacionar. Justo cuando empiezo a aparcar, un golpe en el cristal de la ventana del piloto me sorprende. Mi cara de asombro lo dice todo. ¡¿Qué es esto ahora?!

— ¡Acabas de darle un golpe a mi coche! — me grita, alterado.

— ¿Será posible? ¿Otra vez tú? ¿Me sigues allá donde voy? — le contesto, completamente sorprendida.
Y ahí está, el tipo roba taxis. No sé cómo, pero parece que el destino tiene algo personal contra mí.

— ¿Broma? Broma es que siempre me pase algo contigo. No entiendo cómo cada vez que nos encontramos, tú estás atacándome. — me dice, furioso, gesticulando como si estuviera en una película muda.

— ¿Atacarte yo? Yo solo estaba aparcando, y no te he tocado. Estaba en el proceso de aparcar. — le respondo, furiosa.
— Más te vale no tocar mi coche. Y por favor, espero no volver a verte. — me lanza, cada vez más enfadado.

— Eso espero yo, que no nos volvamos a ver, prepotente. — le respondo con firmeza.

Este hombre parece pensar que me interesa verlo de nuevo. Pero no, cruzarse con el "roba taxis" no es lo que me gustaría para terminar el día. Es un impertinente maleducado.

4

Ir en coche al trabajo es mucho más cómodo de lo que recordaba. Los trabajadores del centro tenemos una plaza de aparcamiento reservada, lo que me permite salir un poco más tarde sin preocuparme por el estrés de buscar estacionamiento. Normalmente suelo coger el periódico local, donde puedo ponerme al día con las noticias del día anterior y luego comentarlas con el Sr. De Luca. Pero hoy no me ha dado tiempo, así que he decidido revisar las noticias en la aplicación de mi smartphone antes de entrar al trabajo. Siempre he defendido el pequeño comercio, por eso trato de colaborar comprando en él. He visto cómo las tiendas de mi barrio desaparecen, dando paso a grandes superficies y centros comerciales, dejándonos un vacío y una pérdida de ese toque único que teníamos.
El sol atraviesa el retrovisor y al mirar por el cristal veo un cielo completamente despejado, sin una nube a la vista. Es un día perfecto para disfrutar al aire libre. Me gustaría poder planear alguna actividad con los compañeros de la planta, y en mi mente se forma el plan de una clase de relajación o yoga en el jardín de la residencia. Me parece una excelente idea disfrutar de este día tan espléndido rodeada de buena energía.

Al entrar al vestíbulo, veo al Sr. De Luca fregando el suelo. Está un poco cansado y encorvado por la edad.
— ¡Buenos días! ¿Cómo va la mañana? — le pregunto con suavidad.

— ¡Melinda, buenos días! Pues sinceramente, hoy no me encuentro muy bien. Tengo la espalda algo adolorida y, a mi edad, eso es

normal. — me responde, haciendo un gesto de dolor.

— Señor De Luca, ¿qué le parece si pasa a verme esta mañana y le echo un vistazo a esa espalda? Ya sabe que, si tiene algún problema, siempre podemos ayudarle. — le sugiero sinceramente.
— Tal vez lo haga, y así a lo mejor me arreglo ese dolor. — se ríe divertido.

Nos despedimos con un gesto de la mano y me dirijo a la zona de vestuarios para cambiarme al uniforme de trabajo.

No dejo de pensar en la reunión que tengo esta tarde con el notario después de haber decidido aceptar la herencia del Sr. Landini. Me pregunto qué razones pudo tener ese hombre para dejarme parte de su patrimonio. Haré caso al destino y confiaré en que lo que me espera será algo positivo.

Como había planeado, bajo al jardín con los residentes de la planta para hacer una sesión de relajación. Hoy es un día espectacular, y qué mejor forma de aprovecharlo que tomar un poco de vitamina D mientras hacemos ejercicio.

Mi amiga Becky esta semana tiene un turno distinto porque Lidia se ha jubilado. La verdad, no me molestaba que Lidia se fuera, pero se notaba que hacía falta un cambio en la planta. Al principio pensé que Mery me daría la oportunidad de quedarme con el puesto de Lidia, pero la muy malvada no me contó para nada. Ahora, de momento, no necesitamos ayuda extra, aunque tengo que admitir que estoy echando mucho de menos a Becky. No tengo a nadie con quien compartir lo que pasa en el trabajo y en casa, y eso me está pesando.

El día transcurre con normalidad. Al ser viernes, todos los compañeros están de buen humor, esperando salir para ir a tomarse algo al bar de la esquina o a cualquier lugar donde hayan quedado. Como yo tengo turno reducido los viernes, no trabajo por la tarde,

así que aproveché para planear mi cita con el abogado del Sr. Landini a las cinco.

Me apresuro a salir del trabajo porque quiero llegar a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. No me gusta ir con la misma ropa después de haber estado seis horas trabajando, cargando peso y ayudando en todo lo necesario.

Al llegar al barrio, encuentro un hueco para aparcar justo enfrente de casa. Cojo mi mochila y subo a toda prisa las escaleras del edificio. No debería correr tanto, porque la última vez me estrellé contra la pared del inmueble y, con lo dura que tengo la cabeza, ese día el edificio tembló tanto que los vecinos pensaron que era un terremoto de escala F5.

Nunca hay nadie en casa. La familia tiene horarios de comercio y, pasadas las nueve, no regresan. Muchas veces ya he cenado o estoy en mi cuarto viendo la televisión. Normalmente estoy sola, a menos que haya una fiesta local o nacional.

Salgo de la ducha, y con todo el vaho en el baño, me es imposible verme en el espejo. Paso la mano por el cristal, pero sigue igual. Decido usar el truco del secador para secar el espejo, mientras me estiro el pelo con la plancha. Me maquillo suavemente y me pongo un poco de brillo labial. Elijo un bonito vestido sedoso con un estampado floral que resalta mis ojos y me da un aire juvenil. También me pongo unos preciosos zapatos altos color camel, atados al tobillo, que me dan un toque profesional.

No sé si debo llevar algún documento que certifique que soy Melinda Smith, la futura heredera del Sr. Landini, así que cojo mi documento de identidad por si acaso. También decido llevar el contrato de la residencia, por si me preguntan dónde trabajo.

Los nervios me atacan y regreso al baño, pues noto que tengo que ir al baño. Las manos me están temblando de frío, algo que me ocurre

siempre antes de situaciones importantes. Espero poder controlar mis nervios hoy.

De camino al despacho del notario del Sr. Landini, me doy cuenta de que tal vez debí haberme asesorado mejor. Quizás debería haber contratado a alguien para que me explicara qué debo hacer, pero con el poco dinero que tengo, no creo que pueda permitirme contratar a un asesor.

Al llegar, veo el edificio donde se encuentra el despacho: es moderno, rectangular, con más de cincuenta pisos. Al levantar la cabeza para admirarlo, me doy cuenta de lo imponente que es. Entro al hall, que es enorme y todo acristalado. En el centro, hay dos ascensores transparentes, donde se puede ver a la gente dentro, como si fueran peceras humanas.

Me acerco a la recepción, donde un chico joven, muy educado, me explica con precisión dónde se encuentra el notario del Sr. Landini. Me comenta que el bufete está en la cuarta planta y que la empresa se llama *Corporation Service C.V—L*. Le agradezco su amabilidad y me encamino al ascensor acristalado. Podría subir por las escaleras, pero me hace gracia montarme en ese ascensor; parece una cápsula de cristal. Afortunadamente está lleno de gente, lo cual me tranquiliza un poco. No quiero ni pensar qué pasaría si me quedara encerrada. La idea de eso me daría un ataque de nervios.
Al intentar apretar el botón número cuatro, me doy cuenta de que ya está marcado. El ascensor se detiene y la puerta se abre en la cuarta planta. Entro, y allí una señorita, algo desabrida, me pregunta con tono profesional qué necesito.

—¡Hola, buenas tardes! Soy Melinda, tengo una reunión con el notario del Sr. Landini, pero no recuerdo su nombre.
—Le haré pasar a la sala de espera. En unos minutos le atenderemos —responde con una mirada distante.

La sala de espera es enorme. Me siento frente a un hombre que está completamente concentrado en su portátil, repasando su correo electrónico. El silencio es absoluto, y por un momento me siento incómoda, como si estuviéramos en una especie de limbo, esperando sin saber qué.

Los nervios empiezan a apoderarse de mí. Jugueteo con mis manos, notando que están extrañamente secas. Trato de pensar que es por el trabajo, por las veces que debo lavarme y desinfectarme las manos a lo largo del día. Rebusco en mi bolso, buscando alguna crema hidratante. Encuentro un bote medio usado y lo saco. Al intentar aplicarme un poco, presiono demasiado fuerte y la mitad de la crema cae en mi mano. Con las manos completamente cubiertas de crema, trato de cerrar el bote mientras intento frotarme para que se absorba lo más rápido posible.

Justo en ese momento, aparece un hombre de mediana edad, con una carpeta verde bajo el brazo. Su rostro refleja seriedad y determinación. Se presenta y extiende la mano para estrechármela. El pobre hombre no tarda en notar que mis manos están empapadas de crema.

Mi cara se tiñe de rojo, como si me hubiera quemado, y me cuesta mantener la compostura. No sé hacia dónde mirar. Él, visiblemente incómodo, hace un gesto como si intentara limpiar la mano en el aire, pero se contiene.

—Perdón, estaba echándome crema y no sabía cuánto tardarían en llamarme. Lo siento mucho —le digo, avergonzada hasta el último rincón de mi ser.

—No se preocupe, ya imagino que fue un accidente. No hay por qué disculparse —me responde con gentileza, tratando de aliviar mi vergüenza.
—Soy Mario, el notario del Sr. Landini. La he citado para tratar unos

asuntos pendientes. Acompáñeme, por favor —me señala la puerta, invitándome a seguirle.

Recorro el pasillo tras él, y lo que me llama la atención es lo grande y moderno que es el bufete. Parecen trabajar en una gran variedad de sectores, y el ambiente es serio y profesional. La estructura del edificio es impresionante, con materiales modernos y ventanas enormes que permiten ver la ciudad desde cualquier punto.

Entramos en una gran sala de reuniones. En el centro, hay una mesa ovalada de madera pulida, y el diseño moderno del lugar se mezcla con detalles clásicos que le otorgan carácter. El despacho está rodeado de ventanas, y desde la butaca en la que me siento, puedo ver toda la ciudad. Imagino cómo debe ser el espectáculo de luces por la noche, pero en este momento mi mente está demasiado ocupada en lo que va a ocurrir.

—Señorita Smith, debemos esperar a que la otra parte llegue. No podemos abrir el testamento sin su presencia, el Sr. Landini así lo dispuso —dice Mario, con tono serio.
—No hay problema, esperaremos —le respondo, intentando mantener la calma.

¿La otra parte? Me pregunto quién será. Tal vez su hijo perdido, ese que viene a reclamar lo que considera suyo. Nunca se preocupó por él en los últimos años, no recibió ninguna visita. Incluso en el entierro, nadie de su familia apareció. Es tan triste pensar en lo solo que terminó el Sr. Landini. Me pregunto si esa otra parte será igual de desinteresada.

El teléfono suena en la sala, y Mario asiente con la cabeza, escuchando lo que le dicen al otro lado de la línea. Luego, se dirige a mí:

—Ya pueden hacer pasar a la otra parte.

Me giro en mi silla giratoria, mirando las vistas mientras espero. La impaciencia me consume, pero trato de mantener la compostura. Este tipo de gente, que llega tarde y sin consideración, me molesta profundamente. No me sorprende que hayan tratado tan mal al Sr. Landini en sus últimos días.

La puerta del despacho se abre, y yo me giro rápidamente para ver a las personas que están por entrar. ¡Es increíble! No puedo creer lo que estoy viendo. Estoy convencida de que esto no es real, que el destino se ha vuelto a jugar conmigo, o que tal vez estoy perdiendo la cordura. Pero ahí está, ante mis ojos: el hombre *roba taxis*.

Trago saliva y carraspeo, intentando asimilar lo que estoy viendo. No puede ser. Este hombre no tiene nada que ver con el Sr. Landini, ¿verdad? La idea de levantarme y salir corriendo de allí, olvidando todo lo que está pasando, empieza a tentarme cada vez más.

—Señorita Smith, le presento al Sr. Alan, el nieto del Sr. Landini —me dice Mario, indicándome al hombre despectivo.

Los dos nos miramos fijamente, sin decir una palabra. Nos entendemos perfectamente sin intercambiar una sola mirada, y la tensión es palpable. Al parecer, él también está tan sorprendido como yo. Y lo peor de todo es que ni siquiera tenemos ganas de disimularlo.

—Por mala suerte, ya conozco a la Señorita Smith —dice Alan, con una expresión de incredulidad—. Nunca imaginé que volvería a encontrarme con ella, y mucho menos en este lugar. Mario, el notario, parece completamente perdido. No sabe cómo manejar la situación, y yo tampoco. El ambiente se vuelve cada vez más tenso. No entiendo qué está pasando, pero sé que me he metido en un jardín lleno de espinas. Ahora solo quiero saber lo que el Sr. Landini esperaba de nosotros y, tal vez, después de todo, decidir si realmente quiero aceptar lo que sea que haya dejado atrás.

5
Pov: Alan

Nunca, ni en mis peores pesadillas, habría imaginado que la mujer que reclamaría la herencia de mi abuelo sería ella. Es la única persona capaz de sacarme de mis casillas. Cada vez que nos encontramos, todo se convierte en un campo de batalla, y esta vez no parece ser diferente. Siempre ha sido una especie de obstáculo en mi vida.

El notario nos observa con una calma que parece no tener fin y nos hace tomar asiento. Decido sentarme lo más lejos posible de ella. No quiero estar cerca, no quiero que el destino nos ponga en el mismo espacio por más tiempo del que ya ha sido inevitable. Cada vez que nos cruzamos, algo malo pasa.

Comienza a hablar, y aunque sus palabras son claras, nada de lo que dice parece encajar en la realidad que yo había imaginado. ¿Qué hace ella aquí? ¿Por qué está involucrada en esto?

—Les he pedido que se presenten hoy para abrir el testamento del Señor Landini y explicarles las disposiciones que él había preparado para ambos —dice el notario con voz grave, mientras ojea los documentos con una seriedad que solo aumenta mi incomodidad.

—Perfecto. Espero que sea breve y que podamos llegar a un acuerdo —responde ella, visiblemente nerviosa. No deja de jugar con el anillo en su mano izquierda, como si ese gesto la ayudara a calmarse, pero solo la veo más insegura.

La observo con más atención. Sus manos temblorosas, su actitud de constante incomodidad, su vestido sencillo pero que le sienta perfectamente. Algo en su comportamiento me dice que no encaja en mi mundo, pero también algo en ella me genera una curiosidad molesta. No es la típica mujer con la que estoy acostumbrado a relacionarme en el club. Y, sin embargo, hoy se encuentra aquí, en

este espacio que no le pertenece, rodeada por las sombras del testamento de mi abuelo.

—La señorita Smith fue quien cuidó al Señor Landini en sus últimos años. Él le tenía un gran cariño, y fue la única persona que realmente se preocupó por él. Como resultado, el Señor Landini ha decidido dejarle la casa de la ciudad, la membresía del club, el dinero en su cuenta del banco central y el 40% de las acciones de la empresa Landini —dice el notario sin alterar un solo músculo.

¿Qué? No puede ser. ¿Ella? ¿Una mujer que ni siquiera es parte de la familia? ¿Se va a quedar con todo lo que nos pertenece? La ira comienza a burbujear en mi interior, pero la contengo como puedo.

—Señor Alan, a usted le corresponde el otro 40% de las acciones, junto con las demás propiedades que el Señor Landini poseía —añade el notario sin siquiera mirarme a los ojos.

Un nudo me oprime la garganta. Esto no tiene sentido. Cada palabra que escucho parece una nueva bofetada. Es una pesadilla que no puedo despertar. Los oídos me zumban, y el calor sube por mi cuerpo como una ola imparable. Tengo que respirar profundamente, o de lo contrario, voy a explotar.

—Eso no es todo —continúa el notario—. El Señor Landini dejó una condición muy clara: para poder acceder a la herencia, ustedes dos deben casarse. Sí, casarse, en un plazo máximo de tres meses. Si no cumplen con esta condición, ninguno de los dos podrá acceder a la herencia.

El mundo parece desmoronarse bajo mis pies. ¿Casarme con ella? Mis ojos se abren de par en par, y no puedo evitar pensar que me he vuelto loco por escuchar algo tan ridículo. Esto es una broma de mal gusto.

—¿Qué? El Señor Landini quiere que me case con su nieto, a quien ni siquiera le prestó atención en todos estos años, pero yo, que

estuve a su lado cuidándolo hasta sus últimos momentos, ¿tengo que casarme con este hombre? No voy a aceptar esta propuesta. Me da igual la empresa, el dinero, las acciones, y lo que me digan. No veo ni un solo beneficio en estar casada con él. —suelta ella con desdén.

—Y yo tampoco quiero casarme contigo —le contesto con rabia, dejando escapar toda mi frustración. —De todas las mujeres que podrían existir, tú serías la última opción. Si quedáramos los dos solos, la humanidad se extinguiría antes de que pudiera durar más de un día contigo.

El notario, visiblemente incómodo, intenta calmar los ánimos:
—Mejor no sigan por ahí. Tienen cinco días para darme una respuesta. Espero que esa respuesta sea la correcta.

Las palabras flotan en el aire, y en un abrir y cerrar de ojos, todos nos levantamos, desapareciendo de la sala tan rápido como hemos llegado.

Han pasado ya varios días, y todo sigue rondando en mi mente, como una pesadilla recurrente. No puedo dejar de pensar en lo que me dijo el notario. Mi abuelo, ese hombre tan retorcido, nunca dejó de hacer todo lo posible para salirse con la suya, hasta después de muerto. Este último acto suyo ha logrado lo que siempre quiso: que lo odie aún más, tal como mi padre lo odiaba.

Lo que me deja sin aliento es cómo ha puesto esa condición para que yo pueda acceder a una parte de la empresa. Cinco años de esfuerzo, de trabajo incansable, de ser la única persona que conoce cada rincón de esta empresa, y ahora, de repente, todo eso podría desmoronarse si no acepto su absurda propuesta. La empresa Landini es parte de mi vida, y he hecho todo por ella.

Mi padre se hizo cargo de la empresa cuando mi abuelo se jubiló. Tuvimos que ingresarlo en una residencia debido a sus problemas con el alcohol, y porque ya no podía vivir solo. Ahora, todo lo que he

construido, todo lo que he trabajado por años, podría irse por el drenaje.

La empresa Landini es ahora un gigante mundial en la industria textil, conocida por su alta costura, su capacidad de innovar y ser una de las más importantes en el mercado global. ¿Cómo puede esa mujer, que ni siquiera ha trabajado en el sector, quedarse con el 40% de las acciones?

Sé que ella ha cuidado de mi abuelo en sus últimos años, pero eso no la convierte en parte de nuestra familia. No tiene derecho sobre la empresa. Y lo peor es la condición de casarnos: si no acepto, perderé todo. No sé cómo le voy a contar esto a mi madre. Ella está tan ilusionada con Laura, mi novia de hace unos meses. Laura lleva semanas insistiendo para que le pida matrimonio. Y ahora, todo esto va a cambiarlo todo. ¿Cómo le voy a decir que este caos ha arruinado todo? No sé qué hacer.
Esa noche, decidí hablar con mi madre sobre lo que mi abuelo había dejado en su testamento, el maldito juego que me había preparado. Quería que fuera un momento tranquilo, por lo que la llevé al mejor restaurante de la ciudad, al que solíamos ir cuando ella se merecía un buen respiro. Su comida favorita, su lugar preferido, todo para calmar un poco los nervios.

Mi madre estaba radiante. Hace mucho que no salíamos a cenar juntos, y la ocasión era perfecta, aunque el peso en mi pecho no me dejaba disfrutar del todo. Ella se puso un elegante vestido gris oscuro que le acentuaba su figura con una gracia natural. A su edad, se mantenía espectacular, con el cabello castaño cayendo sobre sus hombros y esa sonrisa que podía iluminar cualquier habitación. A pesar de su apariencia serena, su intuición materna no tardó en percatarse de que algo no iba bien. Estaba nervioso. Muy nervioso.

Nos sentaron en nuestra mesa habitual, en un reservado íntimo que da a un pequeño patio decorado con mesas de hierro al estilo francés. La cena comenzaba de manera tranquila, pero yo estaba

sumido en un mar de dudas. Ella me miró con esa mirada llena de amor y preocupación, sabiendo que algo no estaba bien. — Alan, cariño, qué bonito que me hayas traído a cenar. Me extraña que Laura no venga también —dijo, sonriendo dulcemente, pero con un toque de desconcierto.

— Mamá, de eso te quería hablar. Hoy no quise invitar a Laura. Esta conversación tenía que ser contigo primero —le respondí con voz grave, notando cómo la angustia se apoderaba de mí.

— ¿Qué quieres decir, hijo? ¿No estás bien con Laura? Hace unos días hablábamos de vuestro compromiso —respondió, claramente preocupada, con esa preocupación maternal que me retumbaba en el corazón.

Suspiré profundamente, buscando las palabras correctas.

— Madre, hoy abrí el testamento del abuelo... y para nuestra sorpresa, ha dejado la herencia a una cuidadora de la residencia, la chica que estuvo con él los últimos años. Le ha dejado la casa de la ciudad, la membresía del club y el 40% de las acciones de la empresa —le dije, intentando dar las noticias de la manera más suave posible, pero viéndola ponerse pálida en cuanto las palabras salieron de mi boca.
Mi madre dejó la copa de cava en la mesa, y vi cómo movía la cabeza, procesando lo que acababa de escuchar. Intentaba digerirlo, tragar el champán para calmar la rabia que, seguramente, también le hervía por dentro.

—Alan, eso es imposible. Si lo que me dices es cierto, cogeremos a los mejores abogados. Hablaré con los encargados de la empresa, y solucionaremos esta locura —dijo, su voz temblando de furia, y sus ojos parecían a punto de estallar.

— A mí me ha dejado las otras propiedades, y el 40% restante de las acciones... pero eso no es todo —le respondí, con el alma encogida.

— ¿Cómo que no es todo? ¿Qué quieres decir? ¿Te parece poco? —me dijo, llevándose la mano al pecho con una expresión de incredulidad.

— El viejo chiflado nos ha dejado una condición —le contesté, con voz temblorosa.

— ¿Una condición? Después de todo lo que has hecho por la empresa, después de todo el esfuerzo que has puesto, ¿te pone una condición? ¡Es indignante! —me dijo, su tono de voz revelando lo furiosa que estaba.

Respiré hondo antes de hablar.

— Sí, madre, lo entiendo... Nos ha dejado claro que debemos casarnos en menos de tres meses. Si no lo hacemos, perderemos todo. La herencia, la empresa, todo. Nos ha atado de manos y pies. —dije, sintiendo cómo el sudor frío recorría mi frente.

Ella me miró, sin saber si enfurecerse más o romper en llanto.

— ¿Casarte? ¿Con quién? Tú ya tienes tu novia, es fácil casarse con ella en menos de tres meses. Por nuestra parte no habría problema —respondió, creyendo que la solución sería simple.

— Con ella no. Con la mujer que le ha dejado la herencia —le contesté, tajante.
Mi madre quedó muda por un instante, claramente incapaz de procesarlo.

— Esto es el colmo, encima el viejo te hace elegir esposa. ¿Cómo vas a aceptar semejante propuesta, hijo mío? —me dijo, casi burlándose de lo absurdo de la situación.
— Mamá, si no lo hago, perderemos el negocio y todo lo que mi padre trabajó por construir. Somos uno de los grupos empresariales más fuertes del país y parte del mundo. La empresa es todo lo que

tenemos —dije, respirando con dificultad, sabiendo que no había otra salida.

Ella asintió lentamente, como entendiendo la magnitud de la situación, aunque claramente desgarrada.

— Hijo, si ya lo tienes decidido, te apoyaré en todo. Aunque me cuesta creer todo esto. No entiendo cómo tu abuelo ha querido hacerte tanto daño —me dijo, con el corazón en un puño.

Me sentí avergonzado por la tristeza en su voz, y aunque ella trataba de mostrar fortaleza, no pudo evitar expresar lo que sentía.

— Sé que debo casarme con ella, aunque no la quiera. Será un matrimonio de conveniencia, pero no tengo otra opción. No la soporto, madre. Será una convivencia diaria insoportable, pero me quedaré con su parte de las acciones después de un año. Es lo único que puedo hacer. —dije, tratando de ser firme.

— Si ya has tomado esa decisión, entonces lo apoyaremos, hijo.

Sé que no será fácil, pero el sacrificio es necesario. Aunque no me guste ni un poquito... tienes que hacerlo. —me respondió, la voz quebrada por el dolor, sabiendo que el sacrificio de su hijo sería grande.

— Lo sé, madre. Yo también lo siento. Lo peor será cuando se lo cuente a Laura. No sé cómo lo tomará, pero espero que podamos acabar con esta farsa lo antes posible —le dije, tratando de tranquilizarla.

Ella respiró hondo, sabiendo que la decisión estaba tomada. Al menos estábamos juntos en esto. Al final de la noche, la velada transcurrió con una paz tensa, en la que tratamos de relajarnos, aunque la sombra del testamento seguía colgando sobre nosotros.

Al final, la dejé en su casa, en una de las urbanizaciones más exclusivas de la ciudad, rodeada de seguridad y privacidad. Las casas eran pocas, y el acceso solo se permitía con permiso. Un lugar que reflejaba lo que mi madre había logrado, aunque nunca le gustó alardear de ello.

Me bajé del coche, abrí la puerta para ella y me despedí con un beso en la mejilla, sintiendo que la conversación, aunque difícil, me había dado la claridad que necesitaba. El camino estaba trazado, aunque fuera el más doloroso de todos.

6

Pov: Alan

Me levanto de la cama cansado, después de una noche de perros. Tras la cena de anoche y la charla con mi madre, no he pegado ojo pensando en cómo le explico a Laura la situación. No creo que llegue a entenderme, y es normal que no lo haga. Tengo que dejarla para casarme con otra; esto no puede salir bien de ninguna manera. Aunque me gustaría que ella pudiera esperar un año a que todo este enredo se acabe, no puedo obligarla. Cualquier decisión que ella tome, la entenderé.

Anoche le envié un mensaje para ir a almorzar al club, donde podemos hablar tranquilamente y explicarle la horrible situación. En la ducha dejo el agua correr mientras me enjabonó el cuerpo. Escojo un traje azul oscuro con camisa negra. Mi asistente, diariamente, me lleva el desayuno a la oficina, así que jamás desayuno en casa. Por norma general, solo voy a cenar. Sofía es la que se encarga de la limpieza y la comida en casa. Ella y Javier son los que se encargan de todas las tareas de la casa.

Bajo al sótano donde tengo mis coches y elijo el Lamborghini Huracán de color verde. Debo decir que tengo una gran colección de coches, y este está entre mis favoritos. Mi padre era un aficionado a los mejores autos, y yo me he quedado con su afición.

Enciendo mi precioso coche y me voy en dirección a la empresa, imaginando cómo será el día de hoy. Recuerdo toda la agenda programada y las reuniones importantes, pero el almuerzo con Laura es lo que más me preocupa.

La empresa Landini está situada en el corazón de la ciudad, compuesta por cinco edificios rodeados de unos jardines espectaculares. Cada edificio tiene una sección distinta compuesta por diferentes departamentos: los diseñadores son la parte más importante del equipo, estilistas, fotógrafos, modelos, marketing, comercio, ventas, entre muchos.

Yo me encuentro en el edificio central, revisando todos los diseños y proyectos. También estoy en el departamento financiero. Al llegar a mi despacho, saludo a Karen, mi asistente, que entra con el café de las mañanas.

— Buenos días, jefe. ¿Quiere que repasemos la agenda de hoy? Tiene varios compromisos, uno de ellos es con la empresa Parisina de ropa interior — me recuerda.

— Es verdad, Karen, lo tengo presente. Para el almuerzo debo salir, tengo un asunto importante que tratar.
— Perfecto, lo apunto y sigo trabajando.

Karen es mi asistente desde hace unos tres años, es muy profesional, aunque sea tan jovial. Le gusta la moda y le gusta su trabajo, se le ve contenta con lo que hace. La he tenido muy cerca y jamás la he mirado con otros ojos. Robert, mi mejor amigo, tiene una debilidad por ella, tiene una atracción bastante loca, creo que viene más veces a verla a ella que a mí.
Toda la mañana me la paso trabajando y reportando correos. Debo tener en cuenta todos los presupuestos de este año. Necesitamos cerrar el año con los objetivos programados. Si compramos más de la cuenta, podríamos tener pérdidas. La crisis está para todos, y la gente cada vez gasta menos, así que debemos vender nuestro

producto y hacerlo cada vez más atractivo, tener una publicidad llamativa para que el cliente se sienta atraído y pueda hacer un esfuerzo para comprarse una de nuestras prendas.

Hacemos moda para todos los bolsillos, intentamos que todo el mundo se guste con una de nuestras prendas, ya que tenemos alta costura y una sección para todo el público. La mañana pasa tan rápido que la alarma de mi móvil suena, recordándome mi cita de la 13h. Cierro el portátil y cojo la americana. Al salir del despacho, me encuentro con Pietro, que viene a toda prisa con una carpeta en la mano.

— Alan, ¿tienes un segundo? Tengo que comentarte una cosita.

— Pietro, he quedado y ya voy tarde. ¿Te sabe mal que me acerque a tu despacho cuando vuelva? — le digo mientras me voy yendo.
— Ok, pásate porque me han pasado un presupuesto los directores de compras y quería repasarlo contigo antes de darles el OK — me va siguiendo por los pasillos.

— Perfecto, después seguimos donde lo dejamos...

Me subo al ascensor que me lleva directo al parking para coger mi prodigioso coche. Mientras voy bajando, noto que me sudan las manos. Voy pensando cómo decirle todo a Laura. Espero que se lo tome mejor que mi madre. El camino hasta el club se me hace más corto de lo habitual. Normalmente tardo unos quince minutos en llegar, hoy parece que ese tiempo se haya acortado.

Para entrar al club, debes ser miembro, y los guardias de seguridad ya conocen de sobra mi coche. Ellos nunca me piden el acceso, nos conocemos de toda la vida.

Aparco el coche al lado del BMW de Laura y subo dando zancos por las escaleras hacia el restaurante que está situado en la primera planta. Allí está ella sentada en la terraza, tan bella como siempre.

Se levanta de la silla con una sonrisa y me abraza. Siento su aroma, el perfume que la identifica. Desliza sus brazos por mi cuello y me besa con un beso dulce que acaba dejándome un poco confuso.

— Amor, no has tardado nada en llegar, normalmente suelo esperarte más tiempo. Anoche me preocupaste con tu mensaje, parecía algo importante. — dice abrumada.

— Laura, hace unos días que quiero contarte algo importante y me gustaría que me apoyaras — le digo para que sea empática conmigo.

— ¡Claro, Alan, tú dirás! — la veo expectante.

— ¿Recuerdas que te expliqué sobre la herencia de mi abuelo? Hace unos días fui a hablar con el abogado y el notario de mi abuelo. Él le ha regalado parte de su herencia a una de sus cuidadoras en la residencia. Le ha dejado el cuarenta por ciento de las acciones y a mí el otro cuarenta, pero el muy ruin ha puesto una condición para que podamos quedarnos con la herencia. Para poder salvar la empresa, debo casarme con esa mujer que no conozco de nada. El matrimonio debe de durar un año para poder quedarnos con la herencia. Si no es así, lo perderé todo. Después de ese tiempo, volveré a ser libre — se lo cuento todo del tirón para que pueda digerir la noticia.

Laura no da crédito a lo que escucha. Se pregunta qué sacaba mi abuelo con todo esto, con hacer tanto daño a personas inocentes. Yo intento convencerla y le explico que será un año, que ese matrimonio solo será por conveniencia, pero que a ojos de los demás debe ser real. No queremos que los medios sospechen, podría ser el fin de la empresa Landini.

Al final de nuestra charla, parece que ella entiende que es por el bien de la empresa y que no puedo hacer otra cosa. Creo entender que me esperará, pero que no me asegura nada, ya que todo esto es muy doloroso y vergonzoso para ella. Solo el hecho de que sus

padres vayan a enterarse de que próximamente el novio de su hija se va a casar con otra mujer es humillante.

La abrazo con fuerza y sus ojos se llenan de lágrimas. Saco un pañuelo de mi bolsillo y les seco con cuidado las lágrimas que caen por su rostro. En ese momento, mi mano sujeta su mentón y la beso apasionadamente. Es tremendamente delicada, me duele muchísimo hacerle daño, pero no quiero que después de todo ella sea mi amante, no se lo merece.
Nos despedimos con tristeza. Intento que esto no llegue a ser un hasta nunca, sino un hasta luego. No quiero perderla. Si por algún motivo ella no quiere esperarme, me gustaría que pudiéramos conservar nuestra amistad.

Al subirme en el coche, siento un gran vacío y me provoca una sensación de nostalgia. Es como si en el fondo estuviera anhelando una pérdida.

Mi frialdad me hace cambiar el chip y me recuerda que tengo muchas cosas importantes que hacer en el día de hoy. Sintonizo el canal de radio FM y, en ese momento, suena *Lost in Love*. Me dirijo hacia la oficina para supervisar la nueva colección.

Tenemos que seleccionar una gran cantidad de prendas para el nuevo catálogo y, a la vez, revisar los presupuestos de este mes. Debemos actuar con cautela porque muchas empresas del sector trabajan con el mismo producto y los modelos muchas veces suelen ser parecidos. Por eso, debemos centrarnos en sacar la colección antes e innovar con nuestro grupo I+D. Después de todo, esta empresa es una de las mejores según el índice Kantar Branz.
Mi cabeza no para de dar vueltas con todo lo que se me viene encima. Es difícil gestionar todo, y para dificultar más las cosas, tengo que reunirme con Melinda. Necesito saber si está dispuesta a aceptar el acuerdo y qué condiciones debemos poner los dos.

No tengo ninguna gana de verla y mucho menos de tener esta conversación, pero se nos avecinan tiempos de guerra, y no es plato de buen gusto.

7

Llevo tres noches sin dormir. Me despierto sobresaltada, sudando y asustada. Desde el día que tuve la reunión con el notario y el nieto roba taxis, siento que mi vida da vueltas sin

parar. No estoy segura de nada de lo que pasa, y cualquier decisión que mi cerebro me presenta, se la deniego. He hablado con mis padres sobre la estúpida condición que nos impuso el señor Landini para poder acceder a la herencia, y ellos no están de acuerdo. Quieren que me niegue a aceptar. Casarse por interés no está bien, y vivir durante un año con alguien a quien no amas

puede convertirse en un infierno. Tienen razón, pero llevamos años con deudas, y me gustaría poder ayudarlos. También creo que el señor Landini tenía otro propósito para mí, aunque no justifica que la condición de casarme con su nieto sea la más apropiada. Anoche me llamó Alan, el indeseable. Quiere reunirse conmigo para hablar sobre nuestra decisión. No quiero que piense que él tiene más derecho que yo en este asunto. Él es el nieto que nunca vio y yo, su cuidadora, así que estamos más o menos en la misma condición. Por lo visto, quiere quedar esta noche en un restaurante del centro, me pasó la dirección por el móvil.

Desayuno de pie, siempre con prisas. Mira que me propongo levantarme antes, pero mi pereza de estos días y lo mucho que me gusta remolonearme en la cama hacen de mí un desastre. Por suerte, llego al trabajo justo a tiempo. Voy tan deprisa que no veo al señor De Luca por el vestíbulo. Me parece extraño no verle, normalmente él siempre está para recoger el diario. Cruzo el pasillo y me topo de morros con Becky, que me sonríe con cara traviesa. Ella está al día de todo, se lo conté al segundo de salir de la oficina.

— ¿Dónde está la futura novia más sexy de la ciudad? — me dice con retintín.

— Serás marrana. Sabes que aún no he decidido nada y que detesto solo imaginarme casada con ese lunático. A saber, cómo es en realidad — le respondo.

— Pues bien, guapo que está, después de todo el señor Landini te ha regalado el pack completo. Ya lo quisiera yo para mí — se ríe a carcajadas.

— Mejor me voy a trabajar, porque con tu cachondeo hoy no voy a dar palo al agua — le suelto, dejándola hablando sola.
— ¡No seas mojigata! Te hace falta una buena dosis de sexo — me grita desde el pasillo.

La vergüenza se apodera de mí y me encierro en la primera habitación que pillo. Allí espero a que mis mejillas dejen de estar sonrojadas.

Durante la mañana me reúno con los familiares de algunas personas que necesitan un cuidado especial. Si son dependientes, requieren más ayuda. Les explico si han empeorado o, por el contrario, han mejorado con el tratamiento. Normalmente, los terapeutas son los que reportan estos casos, pero con algunos me tomo un interés demasiado personal.

Este trabajo es muy sacrificado y, a la vez, muy gratificante. Debe gustarte lo que haces y estar a la altura. Es difícil, siempre das más malas noticias que buenas. Ha habido épocas en las cuales he perdido en poco tiempo a personas de las que he cogido mucho aprecio. Por norma general, ya sabes que en algún momento deben partir, y tienes que estar preparada para seguir adelante. Es muy duro, lo aseguro.

El día acaba y me encuentro muy cansada, sin apenas ganas de hacer nada. Solo quiero sentarme en el sofá y ver mi serie favorita,

pero mi mala suerte me acompaña y tengo que ir a ver al nietecito del señor Landini. No me apetece nada, solo verlo me provoca malestar gástrico. En algún momento sé que le vomitaré encima.

Me arreglo a toda prisa. No intento sorprender a nadie y menos a él. Hace tiempo que paso de los hombres, y este, la verdad, se ha convertido en mi peor enemigo.

Cojo mi móvil y marco la ubicación que me ha mandado para llegar al restaurante. El muy caradura me ha llevado al mejor restaurante de la ciudad. ¿Cómo se cree que voy a pagar la cena? Estoy muerta de hambre, y aquí no voy a poder pedir nada. Tal vez tendré que dejar en depósito uno de mis riñones.

El restaurante dispone de un aparcacoches que me hace bajar y entregarle mis llaves. Lo miro y le digo que acaba de salir del mecánico, no quiero ni un rasguño. El pobre muchacho me mira y me asegura que me lo devolverá sano y salvo.

Al entrar al restaurante, el maître me pide identificación. Soy la única persona que va informal con unos jeans, camiseta y americana cruda. Todos los demás parecen haber salido de una revista de *Vanity Fair*. No recuerdo que me hayan invitado a cenar a un sitio como este. El pobre señor me mira de arriba abajo, se fija en mis pies, y agacho la mirada. Veo que llevo unas zapatillas deportivas. Mis mejillas se tornan en un color rojo escarlata.

Les digo que tengo mesa reservada a nombre de Alan Landini, así que me hace acompañarlo a una mesa situada en un privado que da a un patio estilo francés. El lugar es espectacular. Solo el techo está repleto de luces que simulan un cielo estrellado, las mesas decoradas con manteles blancos y azules. Todo el lugar está lleno de flores silvestres, parece un lugar donde se toman muy en serio agradar al cliente. Como siempre, llego antes que el importuno de Alan. Se creerá muy importante haciéndome esperar. Me tomo un tiempo para leer la carta, y como ya me esperaba, lo más económico

aquí es salir corriendo. Si hoy me permito cenar, no puedo salir en tres meses.

Por fin lo veo aparecer. Viene de veintiún botones con un elegante traje oscuro, luce un peinado perfectamente alineado con su rostro. El maître lo acompaña y le hace tomar asiento.

— Hola Melinda, llevas mucho rato esperando — me dice él, cara dura.

— Pues la verdad, sí. Como de costumbre, cada vez que quedo contigo, me haces esperar. Creo que piensas que tu tiempo es más valioso que el mío — le respondo cortante.

— Lo siento, hoy tuve una reunión y no pude salir antes. Pero ahora ya podemos hablar del tema que nos preocupa a los dos.

— Sí, sí, el tema me preocupa y mucho. Si no acepto la herencia, será por esa condición estúpida que tu abuelo nos ha puesto. Creo que no pensó que nosotros dos no tenemos nada en común. No entiendo qué ganamos los dos casándonos — le digo furiosa. — Yo tampoco lo entiendo. No eres para nada mi tipo. El viejo loco quería hacerme la vida imposible hasta muerto, y para colmo, tengo que cambiar mi vida por ti — suelta de su bocaza.

— ¿Por mí? Tu abuelo te dejó el cuarenta por ciento porque tú eres su única familia, pero seguro que, de buena gana, no te hubiera dejado nada. Eres arrogante y soberbio — le contesto.

— El mundo está lleno de cazarrecompensas. Me imagino que tú eres una de ellas — me dice el muy bastardo.

— No quiero discutir y menos aquí. Que, por cierto, me has traído a propósito para ridiculizarme. En ningún momento me dijiste que debíamos ir como si de una boda se tratara para hablar de nuestro tema. Podríamos haber elegido cualquier otro lugar. Sabes

perfectamente que yo no soy de tu mismo estatus y que para mí venir aquí supone un gran esfuerzo — le suelto muy mosqueada.

— No he intentado en ningún momento ridiculizarte. Eso lo haces tú solita. Aunque no te lo creas, no tengo esas ideas. Pero debo decirte que no vengo a discutir, sino a hacer un pacto contigo — me responde seriamente.
— Pues te escucho la propuesta, pero ya te digo que vengo con una negativa. He hablado con mi entorno y me han aconsejado no casarme. El dinero no lo es todo en esta vida — le digo.

— Si tú no aceptas, los dos perderemos la herencia. Y si te soy sincero, no estoy dispuesto a perder la empresa familiar. Jamás entenderías lo que he luchado para llegar hasta donde estamos. Supongo que, si hacemos un pacto de paz, en un año los dos estaremos libres y podremos seguir con nuestras vidas. También creo que tendrás sueños, y esos sueños se pueden cumplir mucho más rápido con dinero — me dice el muy sinvergüenza.

— Si tengo sueños y si acepto será porque el señor Landini me dejó la mitad de la empresa. Estoy segura de que sabía lo que hacía. Pero ya te digo que, si acepto, será con la negación de mi familia. Y por lo que a mí respecta, necesitaría antes de aceptar firmar un acuerdo, unas normas entre nosotros dos.

— Si estoy de acuerdo. Si quieres, vamos con mi abogado y redactamos un contrato para tenerlo por escrito — me dice.

— Por mi parte, perfecto. Ya te digo que, si acepto, quiero seguir trabajando en la residencia — le respondo.
— ¿Quieres seguir trabajando? Serás dueña de una de las empresas más ricas del mundo, ¿y quieres seguir trabajando cuidando viejos? — se mofa.

— ¿Perdona? Es el trabajo que amo y no puedo abandonar a esas personas. Supongo que es más fácil abandonarlas siendo una persona sin corazón como tú — le suelto.

— Bueno, no quiero entrar al trapo. Mi condición es que nuestro matrimonio parezca real. No quiero que nadie sepa de nuestro acuerdo. Y viviremos en mi apartamento — me aclara.

— Por mí no lo sabrá nadie. Tampoco me conviene que sepan que todo esto es una mentira. Aunque mi vida no sea tan interesante como la tuya, no quiero ser burla de nadie.

— Pero el problema será cuando tu novia se entere. No quiero meterme en medio de vuestra relación, aunque no me importe lo que hagáis, no quiero ser el hazmerreír de vuestro entorno — le recuerdo.

— Por esa parte puedes estar tranquila. He hablado con ella y confía en mí. Así que podrá esperar un año a que todo este enredo termine. Laura es una mujer muy comprensiva, aparte de ser dulce e inteligente. Ha entendido la situación que me encuentro — me dice con los ojos iluminados.

El camarero se acerca con su tableta portátil para cogernos nota de lo que cenaremos. Yo, la verdad, no tengo mucha hambre, pero por educación veo que algo tengo que pedir. Miro y remiro la carta, y me pido el plato más barato que veo: una ensalada de queso de cabra con crujiente de trufa, para beber agua mineral. Alan me mira sabiendo que he pedido lo más barato de la carta, pero no parece sorprenderle. Él se pide un plato de pasta y un chateau. La espera de la cena se hace eterna. Él me mira como si quisiera investigar algo en mí. Analiza mi rostro, y me siento incómoda. La situación es violenta, y solo quiero irme.

El camarero llega con los platos. Mientras cenamos, él insiste en que le expliqué cómo conocí a su abuelo. Por supuesto que no tengo nada que ocultar. Con cada sorbo de vino que da, veo que se siente más a gusto. Ha dejado de estar a la defensiva, pero en mi mente solo aparece una pregunta: ¿cómo sobreviviré un año a su lado?

Vuelvo a casa después de cenar con Alan. Él insistió en pagar la cena, ya que había escogido ese lugar tan caro, pero mi orgullo se negó a aceptar que él pagara mi plato. Aunque en el fondo, un parte de mí pensó que tal vez, por una vez, no estaría mal dejarse llevar por su generosidad. Pero la otra parte de mí, la

que siempre intenta mantener la independencia, la que siempre se ha encargado de todo, no podía permitirlo. Decidí que no valía la pena ceder, aunque lo cierto es que mi bolsillo lo habría agradecido. Al llegar a casa, abro la cocina y me encuentro a mis padres esperándome. Están en su habitual dinámica: mi madre recogiendo los platos de la cena mientras mi padre limpia la mesa. Ambos me miran con expectación, sabiendo que, después de la cena con Alan, tengo que contarles todo, incluso si no quiero hacerlo. Mi madre, con sus manos todavía húmedas, se seca con un trapo y me lanza la mirada inquisitiva. Mi padre, por su parte, se detiene de limpiar, aunque parece que prefiere mantenerse en silencio.

— Melinda, ¿cómo ha ido? —me pregunta mi madre, y puedo ver la preocupación reflejada en su rostro, una preocupación que va más allá de lo que me imagino, como si intuyera que algo no va bien.

— Pues hemos decidido casarnos y aguantar un año. Así podremos ser libres para acceder a la herencia. —le explico, tratando de mantener la calma, pero al mismo tiempo sintiendo un nudo en el estómago. No sé por qué me siento culpable, como si realmente estuviera traicionando alguna parte de mí, alguna parte que se resiste a aceptar este trato.

— No habíamos quedado en eso, no creo que sea la mejor idea. ¿Crees que, para aceptar una herencia, debes casarte sin amor? — mi padre responde, con la voz entrecortada. Puedo escuchar la angustia en sus palabras. Él es un hombre práctico, pero en este asunto parece perder el control de sus emociones. Me duele verlo así, porque sé que lo único que quiere es lo mejor para mí, aunque no esté de acuerdo con mi decisión.

— Papá, sé exactamente lo que hago. No es santo de mi devoción, pero hemos acordado que redactaremos un contrato con unas normas claras que cumplir. —les digo, intentando tranquilizarlos, aunque no estoy tan segura de que esto sea lo mejor. No puedo evitar sentir que estoy tomando un camino peligroso, pero las deudas familiares me presionan, y el dinero es una necesidad ahora.

Mis padres intercambian una mirada, como si comprendieran que no puedo dar marcha atrás. En sus ojos veo un atisbo de resignación. Al final, no les queda más remedio que aceptar lo que he decidido, aunque sus corazones no estén conformes. Les agradezco el apoyo que me brindan, aunque en el fondo sé que, en algún momento, me preguntarán si realmente fue lo correcto.

Al acabar la conversación, me siento un poco más relajada, pero el peso de lo que he aceptado me sigue agobiando. Me tumbo en la cama y abrazo la almohada con fuerza, inhalando su suave perfume. Toda esta situación me perturba, me da miedo y no sé si en algún momento perderé las fuerzas. Quisiera poder ver todo esto con claridad, pero siento que mis pensamientos y preocupaciones danzan en mi cabeza sin cesar. Los miedos me asaltan: ¿Realmente podré sobrevivir a este año con Alan? ¿Y después qué? ¿Será este solo el principio de una vida que nunca elegí?

Me quedo dormida, pero no es un sueño tranquilo. Mis pensamientos me persiguen incluso en el descanso, convirtiéndose en pesadillas intermitentes que me hacen despertarme con el corazón acelerado. La incertidumbre es como una sombra que no me deja.

A la mañana siguiente, mi madre me despierta con el aroma de tortitas recién hechas que invade la casa. Es extraño, nunca había sido tan consciente del sonido de la casa por la mañana. El crujir de los pasos de mi madre, la tranquilidad en su rostro, la calma que parece irradiar. Siento que es el único lugar donde todavía puedo encontrar algo de paz.

—¿Mami, hoy no fuiste a trabajar? —le pregunto, sorprendida al ver que está aquí en casa, con su cabello recogido y su sonrisa cálida. — Tu padre y tu hermana se encargarán estos días del negocio. No hay mucho movimiento, y puedo permitirme el lujo de quedarme hoy en casa. —me dice con una sonrisa, y sus palabras me llenan de una calidez que no había experimentado en semanas. Verla en casa es más que gratificante, es casi terapéutico, y me hace sentir un poco más liviana.

El desayuno es sencillo, pero sabroso. Tortitas con miel y café, un desayuno que me hace recordar mi infancia, cuando todo parecía más fácil. En ese momento, por un segundo, deseo que las cosas pudieran volver a ser como antes, cuando las decisiones eran más simples y el amor no estaba condicionado por contratos ni herencias.

Después de ese desayuno tan reconfortante, me dirijo rápidamente al trabajo. Hoy teníamos algo especial, una excursión al bosque organizada para los residentes que quisieran un poco de aire fresco. El día se presenta diferente, con la luz suave de la mañana entrando por las ventanas y un ambiente casi festivo en el aire.

Justo llego al trabajo y me encuentro con un coche estacionado en mi aparcamiento. Últimamente todo parece ser más raro que nunca, como si el universo estuviera jugando conmigo. Busco un lugar libre para estacionar mi escarabajo, y el sitio que normalmente ocupa Lidia está vacío. Me siento incómoda por no poder aparcar en mi lugar habitual, pero trato de no darle demasiada importancia. De todas maneras, el malestar que siento no es solo por el coche, es todo lo que me rodea: las tensiones en mi trabajo, la situación con Alan, la herencia... todo se está mezclando de una forma que ya no sé cómo manejar.

Me dirijo hacia el vestíbulo con algo de mal humor, buscando al Señor De Luca para aclarar lo sucedido, pero no lo encuentro. En su lugar, una recepcionista me da la noticia de que está de baja por problemas en la espalda. Lamento escuchar eso, ya que siempre ha

sido un hombre tan sólido, pero me alegro de que esté tomando el tiempo necesario para recuperarse.

—¿El Dr. Fabri? —pregunto, sorprendida. No esperaba que alguien tan nuevo ocupara el lugar de Lidia.

— Sí, ha venido a sustituirla. Está con Mery, que le está enseñando las instalaciones. —me dice la recepcionista, y noto la preocupación en su voz, como si el cambio le causara cierta incomodidad.
Con esa noticia, me siento un poco más tranquila. Al menos tengo una excusa para no preocuparme tanto por el cambio de personal, pero no puedo evitar la sensación de que todo está cambiando demasiado rápido.

El día transcurre entre tareas rutinarias, la excursión al bosque y las conversaciones con los residentes. Cuando volvemos a la residencia, me siento agotada, pero algo en mi interior me dice que el día ha sido útil, que los residentes están contentos y que, al menos por ahora, he hecho algo que tiene sentido.

Cuando llego al aparcamiento al final del día, me fijo en un coche deportivo estacionado justo frente a la puerta del parking. Mi corazón da un vuelco cuando lo reconozco. Allí está él, Alan Landini, mi pesadilla, con su sonrisa arrogante. Mi mente da vueltas y, en ese instante, todo lo que había tratado de olvidar regresa con fuerza.

— Se baja del coche, hoy parece distinto, va mucho más informal, con unos jeans y una sudadera gris, que, aunque casual, no deja de darle ese aire de arrogancia tan característico. Se apoya en el coche como si se sintiera dueño del lugar, y sus ojos brillan con esa mirada tan desafiante que siempre tiene.
—¡Melinda! Te estaba esperando. – me dice, como si todo fuera una conversación entre amigos, cuando claramente esto no tiene nada de amistoso.

Yo, un tanto avergonzada, miro a todos lados buscando algo en lo que distraerme. Pero no puedo, él está justo ahí, mirándome

fijamente.

—¿Qué haces aquí? – le reclamo, tratando de que mi voz no traicione el nerviosismo que siento. Mi mente no para de dar vueltas. Esto no es normal.

— Te he llamado mil veces, no me lo has cogido y he decidido venir a buscarte. Tenemos cosas importantes que hacer y tú ignorándome. – su tono es de reproche, pero su arrogancia me da la sensación de que se siente en control de todo.

—¿Perdona? Estaba trabajando, cosa que otros no hacen. – le suelto, un tanto enfadada, pero también un poco desconcertada. ¿Qué esperaba de mí? ¿Que dejara todo para ir tras él?

— No empieces, que hoy he tenido un día complicado. Será mejor que alcemos la bandera de la paz. – me dice, como si fuera una broma, como si tuviera el derecho de ser un completo cretino y seguir buscando la paz.

Mi paciencia está al límite, pero trato de calmarme. No puedo perder los estribos ahora.
— A ver, explícame a qué has venido con tanta urgencia y dímelo rapidito que nadie tiene por qué vernos. – mi tono es frío, directo.

— Melinda, te recuerdo que hemos aceptado casarnos por dinero, así que teóricamente en poco tiempo serás mi mujer. – esas palabras me atravesaron como una espada afilada. El corazón me dio un vuelco. No podía ser. ¿Esto es lo que he permitido que suceda? Me iba a casar con él por dinero. Mi mente no podía procesarlo, me sentía la peor persona del mundo, como si me estuviera vendiendo, vendiendo mi alma a cambio de una herencia que no sé si realmente vale la pena.

— Que yo recuerde, Señor Landini, aún no lo he aceptado. Debemos redactar un contrato con unas normas. – le digo con firmeza, aunque por dentro no dejo de dudar. ¿Realmente esto es lo que

quiero hacer?
—¿Porque te crees que vengo? En una hora debemos estar con mi abogado en la empresa, allí estará para redactar el supuesto contrato que tanto deseas. – responde sin inmutarse, como si lo tuviera todo resuelto, como si esto fuera solo una formalidad para él. Pero dentro de mí, la angustia crece. ¿En qué me estoy metiendo?

Este hombre saca lo peor de mí, pero tiene razón, tenemos que darnos prisa, no podemos dejar que el notario nos espere. Hay que tomar una decisión, y rápido.

— Yo iré en mi coche, porque lo tengo en el aparcamiento de la residencia. – le digo, intentando poner algo de distancia. Necesito un respiro.

— Entonces debes seguirme. – me responde, contento, sin ningún atisbo de duda.

En el camino al aparcamiento, me doy cuenta de que mi plaza está vacía. Pensé que mi coche estaba allí, pero al no encontrarlo, veo a un chico salir de la residencia con un maletín. Nos cruzamos y me doy cuenta de inmediato que debe ser el sustituto de Lidia. Nuestros ojos se encuentran, y él, aparentemente sin intención, saca la llave del coche y abre el vehículo, aparcando en mi plaza. —¡Perdona, pero has estado ocupando mi plaza de aparcamiento!
– le digo, aunque la frustración no es solo por el coche, sino por todo lo que está pasando.

—¿Hola? Soy Fabri, no nos hemos presentado. Vengo a sustituir a Lidia. – me dice mientras me estrecha la mano.

Es difícil no notar lo atractivo que es. Un chico de mi edad, alto, de piel morena, con un corte de pelo impecable y unos ojos claros que parecen sacados de un sueño. Es realmente guapo, parece el tipo de personaje de una serie de televisión.

— Soy Mel, encantada. Yo también trabajo en la residencia. – le digo un poco nerviosa, aunque mi mente sigue atrapada en lo que está pasando con Alan. Este chico es solo una distracción momentánea, pero no puedo negar que algo me atrae en él.

— Entonces, Mel, nos veremos a menudo por aquí. La próxima vez no volveré a aparcar en tu plaza. – me responde divertido, como si fuera un buen chico.

— Tranquilo, me imagino que no lo sabías. Hasta mañana entonces. – le digo, aliviada por que la situación no se haya vuelto más incómoda.
Al darme la vuelta para irme, noto que me está mirando, y cuando lo miro de nuevo, veo que él también lo hace. Justo en ese momento, oigo el claxon de Alan, quien parece bastante molesto, moviendo la cabeza y señalando su reloj como si el tiempo fuera a acabarse.

Subo al coche, sintiendo el peso de la mirada de Alan. Mi corazón late con fuerza, y cuando me siento nuevamente en el vehículo, veo que Alan ya está de nuevo irritado.

En el camino hacia la empresa, mi teléfono suena. Es Brooks, mi hermana.
—¿Hermanita! ¿Qué haces? ¿Te apuntas a cenar en casa? – me pregunta alegremente.

— Brooks, voy dirección a la empresa Landini, tengo un asunto pendiente y me gustaría dejarlo cerrado. – le respondo, sin saber si ella sospecha algo más o si está solo preocupada por mí.

— Mel, sabes realmente lo que estás haciendo? Papá y mamá lo están pasando mal con todo este asunto. Espero que no jueguen contigo. – su tono es de preocupación genuina, y no puedo evitar sentirme un poco culpable por no compartir más con ella. — Tranquila, todo saldrá bien. – trato de tranquilizarla, aunque en mi interior la incertidumbre me carcome.

— Bueno, entonces el fin de semana te quiero en casa. Alex te echa de menos. – dice antes de cortar la llamada.

Alan pone el intermitente y yo le sigo, entrando en un aparcamiento subterráneo. Imagino que hemos llegado a la famosa empresa Landini.

— Melinda, vamos. – me dice al bajar del coche, esa sonrisa arrogante nuevamente en su rostro.

Subimos al ascensor, y noto cómo me observa con intensidad, como si quisiera decirme algo, pero prefiere guardarse sus palabras.

—¿Quién era él? – me pregunta, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al chico del aparcamiento.
—¿Quién? – le respondo, sin poder ocultar un toque de confusión.

— El chico del aparcamiento. Lo digo porque, si es tu novio, quiero que quede bien claro que no podemos tener otra relación hasta pasado un año. – Alan suelta esto de manera tan directa que me hace reír con incredulidad.
— Alan, ¿qué estás diciendo? No tengo novio, jamás hubiera aceptado esta locura si tuviera pareja. – le digo, sintiéndome aún más frustrada con él.

—¿Qué intentas decir? ¿Que he dejado a Laura por la empresa? – me pregunta, claramente enfadado.

— Tu sabrás lo que has hecho, puede que realmente no quieras a Laura tanto como dices. — le respondo, sin querer entrar en sus juegos, pero sin poder evitarlo. La tensión crece.

El ascensor llega al quinto piso, y una chica con carpetas entra. Se presenta como Karen, quien le entrega unos documentos.

— Karen, antes de llevárselos a él, hazme una copia, quiero revisar unos modelos. – le dice Alan con un tono firme y autoritario.

Nos bajamos en la última planta y él me lleva a su despacho, que tiene un estilo sobrio, industrial, con muebles de metal y un sofá marrón vintage. Todo parece diseñado para imponer respeto.

—¿A qué hora vendrán los abogados? – le pregunto, mirando la hora en mi teléfono.
— Están en la sala, esperando a que los hagamos pasar. Aunque, antes de nada, quería hacerte una pregunta. – me dice, con una mirada seria.

— Dime. – le respondo, preparando mi mente para lo que venga.

—¿Por qué aceptas la herencia de mi abuelo? ¿Tienes problemas económicos? Si es así, podrías negarte y te pagaría una buena suma. – sus palabras me desconciertan, pero no me voy a dejar intimidar.

— No quiero tu dinero, quiero la herencia que me han dejado. Y si para tenerla tengo que casarme contigo, lo haré. – le digo, desafiante, mirando sus ojos sin apartar la vista.

—¿Quieres tener el poder? Sabes que, siendo dueña de la mitad de la empresa, serás tan poderosa como yo. – dice, casi como si me estuviera dando una oportunidad.

— Tranquilo, no quiero ser como tú. Simplemente quiero lo que me pertenece. Tu abuelo así lo quería. – le respondo, con firmeza.
— Pues entonces viviremos un año de mentiras. – me dice con una sonrisa cínica.

— Que así sea. – le respondo, rotunda.
Después, hacemos pasar a los abogados y redactamos un contrato que nos obliga a respetarnos durante un año, sin relaciones extramatrimoniales. Acordamos vivir en el piso de Alan, mientras yo sigo trabajando en la residencia.

Al final, firmamos el contrato, y el abogado de Alan nos comenta que enviará toda la documentación al notario para formalizar todo el proceso.

9
Pov: Alan

¿Quién es esa chica en realidad? He buscado información por todas partes y no he encontrado nada. Liam ha intentado encontrar algún indicio que me haga cambiar de opinión y evitar el matrimonio, pero esta mujer parece no tener vida, o tal vez es tan discreta que resulta casi invisible.

El otro día en la oficina, parecía tan segura al firmar el contrato, sin dudar ni un segundo, sabiendo perfectamente que viviría conmigo durante un año.
Han pasado dos días desde que firmamos el contrato y no podemos esperar mucho para hacerlo público. No quiero que la prensa empiece a especular sobre nosotros; no es bueno para la imagen de la empresa.

He decidido que no debo dejar que esto me afecte. Lo tomaré como si Melinda fuera una compañera de piso. Será una relación cordial, lo necesario para convivir de manera tranquila.

— Alan, Alan! ¿Estás bien? —grita Robert.
— ¡Ei Robert! ¿Qué haces aquí?
— He venido a verte... Bueno, sabes que no es cierto, he venido a ver a la preciosidad de Karen. —bromea.
— No la molestes, que estamos preparando la nueva campaña y está muy ajetreada.
— Se ve que las quieres todas para ti, don Juan.

— Fuera bromas, tengo un día muy complicado. Si quieres almorzar, podemos hacerlo más tarde en el club. —le digo mientras me froto los ojos de cansancio.

— Venía a ver cómo seguías después de lo de Laura. No sé si ha sido buena idea dejarla. ¡A no ser que haya alguien más!

— Luego te cuento. ¡Venga, largo de aquí! ¡Que distraes al personal! —lo echo de la oficina, mirando que no interrumpa a Karen.

Robert no sabe nada de esto. Es uno de mis mejores amigos, pero tiene la lengua suelta y cuántas menos personas sepan, mejor. Es un riesgo que todo esto se descubra.

Karen me pasa varias llamadas de proveedores. Muchos de ellos me comentan que los materiales que habíamos pedido han subido de precio debido al incremento del petróleo, y el transporte ha aumentado un 25%. Me preocupa que las telas no lleguen a tiempo para poder fabricar los diseños, así que organizo una reunión con los departamentos de diseño y compras para estudiar otras opciones.

La mañana pasa volando, entre llamadas, reuniones y correos. Si no hubiese quedado con Robert, probablemente aún estaría revisando presupuestos.
Al llegar al club, lo encuentro charlando con la camarera, como siempre, intentando ligar con alguna. No recuerdo una relación seria de este tipo.

— Robert, si lo llego a saber, me quedo en la oficina. Hoy tenía mucho trabajo. Solo me faltaba verte tonteando con la camarera.
— Tío, siempre tan políticamente correcto. —me dice burlón.
— Va, pide el almuerzo, que mis horas valen oro. —bromeo.
— Tus horas valen oro, pero no me has contado por qué dejaste a Laura.
— He conocido a alguien.
— ¿Qué dices? ¿Será verdad? —me mira sorprendido.
— Sí, hace un par de meses que conozco a Melinda. —debo mentir, no puedo decir que me casaré con ella por un acuerdo.
— ¿Melinda? ¿Y por qué no me has contado nada de esto antes? ¡Soy tu mejor amigo, nos contamos todo!

— Quería que fuese discreto. Nos hemos enamorado y planeamos casarnos.
— De verdad, no te reconozco. ¡Estoy sorprendido con esto que me cuentas! ¿Será al menos un pibón? Porque, para hacer una locura como esta, debe ser una belleza. No puedo creer que no me la hayas presentado, ¡eres un mal amigo!

Robert está decepcionado. No le he contado nada de esto y me siento mal por ocultárselo, pero probablemente, en un año, todo esto se habrá acabado y nos habremos olvidado de lo cruel que fue mi abuelo.

Después del interrogatorio de Robert, acabamos de almorzar y regreso al trabajo. Tengo muchas cosas que hacer y prefiero mantener la cabeza ocupada.

— Alan, ¿puedo pasar? —dice Pietro asomando la cabeza tras la puerta.
— ¡Claro, entra!

— Debemos hablar de los presupuestos de transporte. Me han enviado diferentes costes de envío a otros países y supone un gasto extra en comparación con la temporada pasada. — Pietro, tal y como están las cosas, la empresa asumirá ese esfuerzo. Confío en que los precios cambien en los próximos meses. En la reunión hemos decidido que este año lo haremos así.

— ¡Perfecto, jefe! Pues acepto los presupuestos.

Pietro sale del despacho y me doy cuenta de que debo llamar a Melinda. Tenemos que planear el compromiso. Esta mujer es un desastre. No se preocupa por nada.

Cojo mi smartphone y busco en la agenda, la tengo guardada como "cazarrecompensas". Es el momento de cambiarle el nombre, no sería muy adecuado tenerla así entre mis contactos.

— ¿Diga? —contesta ella.

— Melinda, soy Alan. Quería hablar contigo. Llevo dos días sin saber nada de ti, y tenemos que preparar el compromiso. Te agradecería que fuera algo rápido. Necesito que esto termine lo antes posible.

— Alan, ahora no puedo hablar, pero te confirmo que después del trabajo pasaré por tu oficina.

De fondo, escucho una voz masculina. No quiero imaginar nada. No entiendo por qué, de repente, me molesta tanto con quién está. Había quedado claro que no podíamos tener ninguna relación desde el día que firmamos el contrato, y yo lo estaba cumpliendo.

Me acerco a ver a Georgina, la jefa de diseño. Quiero comentarle el tema de los transportes para valorar qué modelos enviaremos a las ciudades más importantes. Antes de salir del despacho, le digo a Karen que me llame si llega Melinda, y así lo hace. Recibo su llamada media hora después.

— Señor Alan, la cita que esperaba ha llegado. ¿La hago pasar?
— Sí, Karen, ningún problema. En cinco minutos estaré allí.
Le digo a Georgina que repase la información y, cuando la tenga, me lo reporte.

Entro en mi oficina y allí está ella, con su look de siempre: su melena clara y una bolsa marrón en los hombros. Está mirando por la ventana pensativa. En ese momento, me gustaría saber qué piensa. Cierro la puerta y ella se da la vuelta. Tiene los ojos brillantes, llenos de luz. No me había dado cuenta hasta ahora de que sus ojos son verdes. No recuerdo haber compartido una mirada tan directa, la sentía tan fría y distante.
Me acerco para saludarla. Por un instante, nuestros cuerpos se rozan y puedo sentir su perfume, dulce y floral. Era ella.

— Hola, Alan. Aquí me tienes. Tú dirás. —su voz suena arrogante.
— ¿Yo diré? Te recuerdo que tenemos un compromiso y debo hacer

el papel ante todos. No puedo casarme a lo loco.
— Tienes razón. Cuanto antes acabemos este circo, antes los dos volveremos a nuestra vida.
— ¡Perfecto! Eso es lo que quería escuchar. —le digo animado.
— ¿Por dónde empezamos? ¿Qué hacemos? —pregunta, entusiasmada, como si de un trabajo se tratara.

— No quería decirte esto y sé que te vas a ofender, pero tu ropa no es la más adecuada para ir acompañada del CEO de Landini. Te refresco que vamos a ser propietarios de esta empresa, y deberías vestir de nuestra propia marca. —la miro y encojo los hombros.

— ¡Es la ropa que tengo! Además, nadie sabe que voy a ser propietaria del 40%, así que no tengo ningún problema. ¿Vosotros los ricos solo os regís por la apariencia? —pone los brazos en jarra.

Le cubro la boca con mi dedo para que deje de hablar. Esta chica es muy terca y siempre tiene que tener la última palabra.

Le cojo de la mano y la llevo a dar un tour por la empresa, mostrándole todos los departamentos. Por último, pasamos por el taller, el lugar perfecto para enseñarle nuestras creaciones. Se queda quieta delante del modelo "Aire", un vestido largo de fiesta color coral, de seda, vaporoso, con escote en cruz. Lo están acabando para la presentación del nuevo catálogo. Ella se queda embobada admirándolo.

Salimos de allí para subir al ascensor y dirigirme al departamento financiero. Allí está Fernando, el encargado. Hablo con él y le comento que tiene que hacerle una tarjeta de empresa sin límite a Melinda. Fernando me mira extrañado. Me siento acorralado, pero no tengo más remedio que presentarla como mi prometida. No quiero dar más explicaciones, soy el jefe y debo ser firme. Lo miro serio y él asiente. En unos minutos, nos entrega lo que necesitamos.

— ¿Qué haces, Alan? —dice ella.
— A partir de ahora, vas a ser una Landini y debes comportarte

como tal. Necesitamos meternos en el papel de enamorados, si no, nadie se lo creerá.

— No necesito nada, sabes que no la haré servir.
— No seas tan orgullosa. Tenemos eventos y necesitas comprarte ropa nueva. Sabes que será solo por un tiempo.
En ese momento, Karen me llama al despacho.
— Señor Alan, su madre está aquí, ¿le hago pasar?
— ¿Mi madre? Sí, que pase.
Cuelgo el teléfono y le explico a Melinda que mi madre está por entrar.
— Melinda, ha venido mi madre a verme. Es un buen momento para conocerla.
— Ningún problema, algún día tenía que ser. —responde resentida.
En ese momento, entra mi madre sin saber que Melinda está ahí. Ella se queda parada en mitad de la oficina.
— Perdonad, no sabía que estabais reunidos.

— Tranquila, mamá. Puedes pasar. Quiero presentarte a alguien. Ella es Melinda. —Las dos se miran de arriba abajo. Melinda se levanta del sillón para saludarla.

— Mucho gusto, señora.
— Encantada. Soy Daniela, la madre de Alan. Y en breve, tu suegra. —dice con tono malicioso.
— Sí, mamá, pero solo por un corto plazo. —interrumpo la conversación.
Conversamos durante un largo rato y decidimos anunciar el compromiso el próximo fin de semana en el club.

Al salir de la empresa, siento la necesidad de pasar más tiempo con ella. Tengo preguntas sin respuesta, y antes de despedirnos, la invito a cenar.

— ¿Tienes algo que hacer? ¿Te apetece acompañarme a cenar? —le digo sin parecer descortés.

— He quedado y ya voy tarde. Otro día, tal vez. —responde mientras se marcha.
Es extraño el sentimiento que siento. No entiendo por qué me molesta que tenga otros planes. La veo subirse a su coche, como siempre, despistada. Tira marcha atrás y roza una columna. Veo cómo su cara cambia radicalmente; está enfadada. Hay algo en ella que empieza a gustarme, pero mi cabeza no quiere.

En casa, abro una botella de vino, cojo una copa y la lleno por la mitad. El aroma del vino en mi paladar sienta genial. Necesito estar solo con mis pensamientos. Enciendo el portátil para seguir trabajando, tengo cosas atrasadas, correos por abrir, pero mi cabeza tiene otras preocupaciones. ¿Con quién había quedado ella? No entiendo por qué me atormenta tanto esta pregunta. Me pone furioso sentir su frialdad. Apenas nos conocemos y ya estamos prometidos. ¿Podremos vivir un año así?

10

Me siento furiosa. Ayer, al salir de la empresa Landini, rayé el coche. Estaba en perfecto estado y ahora tiene un buen golpe por culpa de esa maldita columna. Creo que ni siquiera la vi, estaba tan nerviosa. La conversación conAlan y su madre me dejó completamente atolondrada, y encima se le ocurre darme una tarjeta sin límite porque no le gusta cómo visto. No me molesta que me soltara eso, porque ya era de esperar, pero es que, para ir a trabajar, me gusta ponerme ropa cómoda, nada ostentosa. Hoy me pasaré por los almacenes Landini y me compraré ropa. Tal vez le dé de su propia medicina y deje la tarjeta tiritando, mientras me compro todo lo que se me ocurra, porque después de todo, tengo derecho a disfrutar de lo que tengo ahora.

Anoche, después de salir de allí, decidí ir a ver a mi hermana. Habíamos quedado para el fin de semana, pero sentí la necesidad de pasar antes. Me alegró muchísimo verlos. Álex estaba más entusiasmado que nunca, les llevé unas pizzas, y Carlos, el marido

de mi hermana, estaba viendo un partido de fútbol. Brooks, por su parte, tenía muchas ganas de verme. Sentí su abrazo como una recarga de batería. Siempre me hace sentir bien, es mi confidente, mi amiga. Aunque a veces me cuesta admitirlo, sus consejos siempre son sabios, como los de una hermana mayor, y sé que solo busca mi bienestar.

Cenamos las pizzas en el comedor, mientras Carlos nos contaba cómo le había ido el día en el trabajo. Álex escuchaba atentamente, tan maduro para su edad. A veces me cuesta creer lo mucho que ha crecido. Al terminar de cenar, me invitó a entrar en su habitación para enseñarme sus últimos juguetes. Estaba tan ilusionado con sus Pokémon que no pude resistir la sonrisa que me sacó. Fui a la cocina, donde Brooks recogía los platos, y nos sentamos en los taburetes que rodeaban la isla.
— Cariño, ¿cómo fue con Alan? —me pregunta dulcemente.

— Ha ido bien. Me presentó a su madre y me dio un tour por la empresa. Hemos decidido que este fin de semana le diremos a todos que estamos comprometidos.

— Mel, antes de eso, debes llevarlo a casa. Papá y mamá deben conocerlo. Es lo más normal.
— Tienes razón, Brooks. Mañana hablaré con él…

Era tarde, y me ofreció quedarme a dormir, pero preferí regresar a casa. Le prometí que iría más a menudo, que los echaría menos de lo que pensaba.

Brooks tenía razón con lo que me dijo anoche. Por eso, esta mañana, le envié un mensaje a Alan. Es necesario que mis padres lo conozcan antes de que anunciemos nuestro compromiso.

"Alan, antes de anunciar nuestro compromiso, me gustaría presentarte a mis padres, es lo más normal. Dime si te va bien quedar esta noche."

Y mientras espero su respuesta, me siento culpable. Me analizo continuamente, y no puedo evitar preguntarme si realmente estoy siendo justa con él. Quiero ser más fría, más distante. Él no merece que yo sea amable. Después de todo, mi secreto lo conozco solo yo, y prometí no revelarlo a nadie. Es un secreto que pesa sobre mí como una sombra, pero también me da poder, un poder que usaré para conseguir lo que quiero.

Mi secreto. Antes de que el Señor Landini muriera, tuvimos una conversación que me marcó para siempre. Me confesó que su familia lo había abandonado cuando más los necesitaba. Después de levantar un imperio, de llevar la empresa a la cima, ellos lo dejaron en la residencia, solo, sin siquiera llamarlo. Eso me destrozó, no podía entender cómo una familia podía ser tan cruel con alguien que les había dado tanto. Lo vi como un abuelo, y día tras día, nuestras charlas se volvieron casi familiares. Un día, el Señor Landini me dijo que lo ayudara, que me casara con su nieto y le hiciera la vida imposible. Me pidió que le quitara la empresa, sin mencionar la herencia. Solo me pidió una cosa: que no dejara que ellos se salieran con la suya. Él sabía exactamente qué tipo de persona soy. No tengo la capacidad de mentir ni de hacer daño, pero le prometí que lo intentaría. No pensé que él llevara sus palabras más allá pero así lo hizo, yo se lo prometí, pero creí que no él no lo cumpliría. Y aquí estoy, con una oportunidad que no puedo dejar pasar. No me interesa el dinero de esa familia, ni el materialismo que puedan ofrecerme. Yo tengo mis propios sueños, sueños que quiero alcanzar, sueños que hasta ahora creía imposibles. Y ahora, por fin, tengo la oportunidad de hacerlos realidad.

Hoy será difícil mentir una vez más a aquellos que más quiero. Pero también disfrutaré viendo cómo Alan defiende la empresa que tanto desea. Ahora soy dueña de la mitad, y aunque sé que su actitud no cambiará, tengo la satisfacción de saber que no me dejo influenciar por él.

Además, sé que le molesta estar conmigo. Mi estatus social le incomoda, pero no puedo evitar disfrutar viendo cómo él tendrá que dar explicaciones sobre cómo va a vivir este año conmigo, un año que se le hará eterno.

Casi de inmediato, veo en mi teléfono un mensaje de Alan.
"Perfecto, me pasaré sobre las 19h, pásame ubicación."

No tardo en enviarle la ubicación. Sé que lo que más desea es terminar con esta farsa y continuar su vida con Laura. Pero no lo voy a dejar tan fácil. No todo va a ser como él quiere. Llamo a mi madre. Tengo que contarle que Alan vendrá a cenar esta noche. Sé que no les hace gracia todo esto, pero deben entender que es mi decisión.

— Mamá, esta noche vendrá Alan, mañana anunciaremos nuestro compromiso, y quisiera que antes lo conocierais.
— Melinda, no nos apetece conocerlo. Sabes que no estamos de acuerdo con esto.
— Ya lo sé, pero hazlo por mí. Sabéis que solo será un año.
— Espero que ese año pase rápido. No quiero verte sufrir.
— No voy a sufrir, te lo prometo.
— Bueno, Melinda, pasaros esta noche.

Me ha costado mantener esta conversación. Es difícil, pero lo prometí. Mañana todo cambiará, y mis padres finalmente comprenderán que esta es la única forma de que yo consiga lo que necesito.

He salido de casa y me dirijo a los almacenes Landini. Nunca había entrado antes, y la verdad es que me siento un poco intimidada. Voy con miedo, porque sé que debo cambiar, empezar una nueva vida. Dejar atrás lo que ya viví y abrirme a lo desconocido.

Los almacenes están en un edificio de esquina, con dos plantas. Desde fuera, parece elegante, lujoso. Decido entrar, y un hombre sostiene la puerta para mí. Todo dentro es increíblemente sofisticado. Un gran sofá redondo ocupa el centro de la tienda,

dándole un aire cómodo y moderno. No tenía pensado usar la tarjeta, pero ahora lo veo como la mejor forma de empezar a vengarme. Quiero disfrutar, quiero que Alan vea lo que jamás va a tener.

Elijo tres vestidos muy elegantes. Me los pruebo y noto que me quedan como si estuvieran hechos a medida. Me siento increíblemente bien. También elijo un par de faldas, blusas, zapatos, y unos accesorios que combinan perfectamente. Me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman*, pero sin Richard Gere a mi lado. La dependienta me enseña ropa interior y lencería. Todo parece tan perfecto, que no puedo evitar llevarme más de lo que pensaba. Siempre he soñado con comprar sin mirar la etiqueta, y hoy finalmente lo hago. Estoy viviendo un sueño, como nunca antes. En la planta de arriba, veo que hay una peluquería. Si quiero impresionar, debo arreglarme un poco. La verdad es que mis cabellos están desaliñados y tengo las puntas abiertas. Entro al salón de belleza y le pido a la peluquera que me haga unas mechas y me repase las puntas. Nunca he hecho esto antes. Siempre me ha gustado hacerlo yo misma, pero hoy quiero consentirme. Hoy me siento fuerte. Hoy soy otra persona, alguien capaz de tomar el control de su vida.

Al llegar a casa, preparo la cena. Mis padres no tardarán en llegar, y Alan seguramente ya está de camino. Esta noche, todo cambiará.

No soy una gran chef, aunque me gusta la cocina. Sin embargo, no soy de esas personas que se manejan con maestría entre fogones. Hoy, he decidido preparar una cena decente para la ocasión. He comprado un pollo y lo meto en el horno, mientras corto unas verduras que haré a la plancha. Quiero dejar todo listo para cuando lleguen. Mientras tanto, subo a mi habitación para vestirme.

Elijo uno de los vestidos nuevos que compré ayer, un azul eléctrico, estrecho y que me llega justo hasta la rodilla. El vestido tiene un pronunciado escote que deja ver un poco de mi canalillo, y la tela

parece abrazar cada curva de mi cuerpo. Me siento increíblemente a gusto con él. Me calzo los tacones de aguja negros, que me hacen sentir más alta y elegante, aunque un poco torpe, como siempre. Justo cuando me pongo el zapato en la mano, el timbre suena. Solo puede ser Alan; mis padres tienen llaves.

Abro la puerta, y ahí está, de pie frente a mí, con un traje negro perfectamente entallado. No imaginé que lo vería tan guapo, alto y moreno. Sus ojos son profundos, como si pudieran leerme, y no puedo mantener su mirada por más de tres segundos, porque me pone nerviosa. Quiero odiarle, pero no me sale. No puedo evitarlo. Es complicado, porque, aunque lo intente, no logro ver solo lo que quiero. Él también parece sentirse incómodo, pues se sonroja al verme.

— Melinda, estás cambiada. Te queda muy bien el peinado y el vestido.

— Gracias, tú también estás muy bien.
Lo hago pasar al salón, y noto que observa todo, desde las fotos familiares hasta los muebles. Se sienta en el sofá y me entrega una bolsa con una gran caja dentro.

— ¿Qué es esto? — le pregunto, intrigada.
— Ábrelo y lo sabrás. Es un detalle. Tómatelo como regalo de compromiso. — Dice, y se empieza a reír.

Abro la caja con curiosidad y descubro un vestido de gasa color coral, el que había visto el otro día en el taller de la tienda Landini. Mis ojos se agrandan, pero me quedo sin palabras. No sé qué decir.

— ¡Pensé que te gustaría! Vi cómo lo miraste y pensé que te encantaría tenerlo. Mañana en el club quiero que lo uses. Este vestido estará en la nueva colección, y habrá muy pocas unidades.

— ¿Y por qué debo lucirlo yo? — le pregunto, un poco confundida.
— Vas a ser una Landini, y es buena propaganda para la empresa.

Mis pensamientos se atropellan. ¿Cómo sabe que estoy enamorada de ese vestido? Me siento vulnerable, como si todo lo que siento fuera demasiado obvio. Mi cara, claramente, delata mis deseos, y no puedo evitar pensar en las consecuencias. ¿Qué sucedería si algún día alguien descubre lo que estoy tramando?

En ese momento, mis padres entran en la sala. Se comportan como si no estuvieran cómodos, como si fueran dos extraños en una casa ajena. Se quedan mirándolo con cierto recelo, como si de un extraterrestre se tratara. Su saludo es frío, casi distante, pero no tengo tiempo para pensar demasiado en eso. Nos sentamos a la mesa, y la conversación se vuelve tensa. Mis padres siguen sin dar su aprobación, pero respetan mi decisión de seguir adelante con este compromiso, aunque sus miradas delatan lo que piensan.

— ¿Así que tú eres Alan, el prometido de mi hija? — pregunta mi madre, mirando a Alan.

— Sí, señora Smith. Aunque, como ve, no es algo que yo desee en realidad. Mi abuelo es quien ha tomado esta decisión por nosotros. Pero bueno, solo será un año, y espero que ninguno de los dos suframos demasiado.

La conversación fluye un poco más, hablando de mi vida, de mi hermana Brooks y de mi sobrino Alex, a quienes visité ayer. Alan se despide de todos y se marcha. Nos quedamos con la promesa de vernos al día siguiente en el club, sobre las siete de la tarde, para anunciar oficialmente nuestro compromiso. Me explica que, al tener la membresía del Señor Landini, no tendré problemas al entrar.

Cierro la puerta detrás de él, me encierro en mi habitación y abro la caja nuevamente, para ver y tocar una vez más el vestido. Me encanta, es absolutamente hermoso, y me lo pongo sobre la ropa, solo para ver cómo me queda. No quiero arruinarlo, pero no puedo evitarlo. Mientras me lo quito, noto que en la bolsa hay una pequeña caja. Con cuidado, la abro, y dentro encuentro un anillo

espectacular, con una piedra preciosa azul en forma de lágrima. Es el anillo más bonito que he visto nunca. La emoción me embarga, y las lágrimas empiezan a brotar. Este no es el compromiso que había soñado cuando era pequeña. Nunca imaginé que todo esto sería tan frío, tan calculado. No es el romance de cuento de hadas que esperaba, sino una decisión tomada por otros.

Al día siguiente, me despierto tarde, con los ojos hinchados por haber llorado. Me siento desdichada, pero tengo que ser fuerte. Hoy es el día en que todos conocerán a Melinda Smith. Seré la cara de Alan Landini por un año, una mentira para nosotros, pero una envidia para las demás mujeres que verán a una "mujer afortunada" casada con él.

No tengo ganas de hacer nada en todo el día, así que me quedo en pijama viendo algunas de mis películas favoritas. Hoy me apetecía ver *Sucedió una noche* con Claudette Colbert y Clark Gable. La película me hace sentir un poco mejor. Mientras me como algunas golosinas y palomitas, me relajo y disfruto el momento.

A las cinco de la tarde, decido arreglarme. Me hago un moño bajo y me maquillo con cuidado. Al abrir el armario, saco el vestido coral y, al ponérmelo, siento que soy otra persona. Me miro en el espejo y me siento como una princesa. Pero, como siempre, voy tarde. Miro la hora: son las siete menos diez. Salgo corriendo por la puerta, y en ese momento me doy cuenta de que olvidé el anillo. Vuelvo a entrar para coger la cajita y guardarla en mi bolso de mano.

Conduzco hasta el club muy nerviosa. Cada pensamiento que pasa por mi cabeza parece aún más confuso que el anterior. ¿Cómo puedo ir sola a mi propio "compromiso"? Este acuerdo parece más un negocio que una unión sentimental. Al llegar, debo esperar para entrar, porque hay unos siete coches delante de mí. El hombre en la entrada me pide la acreditación, le enseño mi documento de identidad y me deja pasar. Me indica dónde aparcar, ya que el aparcamiento está repleto de coches.

Me siento un poco perdida entre toda esa gente. No reconozco a nadie, y, al final, hablo con un camarero que me acompaña por los pasillos hasta una gran puerta de dos hojas. La abre, y entro al salón, donde todo el mundo se da la vuelta para mirarme. Quedo petrificada en la entrada, buscando alguna cara familiar. Reconozco a Alan, que estaba hablando con un grupo de amigos. Al verme, deja la conversación y viene directo hacia mí, pero justo en ese momento, su madre se interpone y se acerca con una sonrisa.

— Por fin has llegado, Melinda. Te estábamos esperando. Espero que no te haya costado mucho encontrar el club.
— No, no ha sido difícil, aunque había mucho tráfico y muchos coches delante.
— No te preocupes, lo bueno se hace esperar. Querida, el modelo

Aire parece que está hecho especialmente para ti.
— Gracias, pero creo que cualquier persona que lo lleve luciría hermosa.

Alan se queda escuchando nuestra conversación, pero luego se disculpa con su madre para robarme un momento.
— Estás preciosa. No me imaginaba que este vestido te quedara tan bien.
— Gracias. Estoy un poco nerviosa. Hay mucha gente, y no reconozco a nadie.

— Son accionistas y empleados de Landini, también amigos y familiares. No te preocupes, solo tenemos que hacer esto para conseguir lo que queremos.

— ¿Me he dejado el anillo?
— Lo tienes en el bolso, ¿verdad? ¡póntelo!

— Hubiera sido más sencillo que me dijeras donde estaba. — digo, tratando de mantener la calma, aunque sé que no estoy disfrutando de este momento.

Me presenta a muchas personas, todos se quedan sorprendidos. Nadie sabía que Alan había comenzado una relación después de Laura. Fue incómodo, pero aun así logré mantener la compostura. Durante la noche, su madre alza una copa y anuncia nuestro compromiso. La sorpresa de todos es palpable, y un murmullo recorre la sala. Por un momento, pienso que todo esto no tiene nada que ver conmigo, y podría decir que hasta disfruto un poco de la situación.

— ¡Enhorabuena, Melinda! — dice un hombre de aspecto engreído, presentándose como Robert. — Me extraña no conocer a una mujer tan bella.

— Gracias, encantada de conocerte.
— ¿Parece que tenéis prisa por casaros? ¿Será que hay algo más detrás de esto? — pregunta, con una sonrisa descarada.

— No lo creo, pero si lo hubiera, supongo que Alan te lo habría contado. — respondo, tajante, y me alejo de él, buscando a Alan para decirle que me voy. El paripé ha durado lo suficiente.

11

Alan no deja de hablar con todo el mundo, va de un lado a otro. Escucho las conversaciones, aunque no me interesan lo más mínimo. Me incomoda estar en esta fiesta. Las mujeres me miran y me piden que les enseñe la sortija de prometida. Mi indiferencia hace que muchas de ellas se aparten para esquivarme. Presto atención y oigo a una de ellas comentar que la anterior pareja era mejor. Percibo que, para ella, Laura era mucho más educada que yo. Esa señora cree que me afecta lo más mínimo lo que piense. Subo el mentón y la cabeza para sentirme fuerte. Pero tengo miedo. Me siento sola. No conozco a nadie aquí y no me siento a gusto rodeada de tanto glamour.

El bolso en mi mano vibra. Es mi smartphone. Lo agarro para ver quién es. Su nombre se refleja en la pantalla: Becky. Descuelgo

enseguida para sentir su dulce voz.
—Princesa, ¿cómo lo llevas? —pregunta preocupada.

—Fatal. Estoy sola con un montón de gente que no conozco —respondo, triste.
—¿Me arreglo y voy? No me cuesta nada. Pero no sé si me dejarán entrar, no tengo acreditación.
—No te preocupes. Si quieres, le digo al portero que vendrás para que te dejen pasar.
—¡Perfecto, Mel! En media hora estoy allí.

Suspiro aliviada al saber que al menos ella vendrá. Podré estar con alguien. Necesito refuerzos, aunque mi carácter orgulloso jamás lo demuestre.

Como puedo, me escapo de la fiesta y me dirijo al vestíbulo para avisar de que Becky vendrá. Me hago cargo con mi membresía.

Cuando se abren las puertas del ascensor, me topo de bruces con una chica fabulosa. Me suena mucho. Creo haberla visto antes. Ella se queda mirándome, pero su expresión cambia radicalmente. Se da la vuelta y me agarra del brazo, tirando de mí con un empujón. Sus manos aprietan tan fuerte que noto la presión. Insisto en soltarme y la zarandeo hasta liberarme. Y entonces lo recuerdo. Es Laura, la ex de Alan.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Estás chalada? Suéltame, no querrás que te dé una bofetada —le suelto, enajenada.

—¿Melinda? Sabes quién soy, ¿verdad? No hace falta presentarnos. Hoy debía ser mi día. Soy yo quien debería llevar ese anillo y ese vestido. Me has robado mi historia, la historia con Alan. Después de esto, yo solo seré una más —dice, llena de ira.

—Yo a ti no te he robado nada. En todo caso, de tus problemas sentimentales hablas con Alan. Y recuerda que sea la última vez que me tocas, porque no respondo. Tú y tu novio estáis desequilibrados.

—Él jamás te va a querer. El día de la boda se imaginará que está conmigo. Tu día a día será un tormento, él te aborrece. Espero que este año pases un infierno —escupe, despechada.

—En el infierno se está caliente, y creo que este año serás tú la que sufra cuando sepas que está conmigo. Espero no cruzarme muy a menudo contigo, ya que voy a ser una persona muy influyente en este club —le digo antes de irme. La miro fijamente y me río, para que sepa que su actitud no me afecta.

En el fondo, me da pena. ¿Cómo estaría yo en su lugar? Pero la culpa no es mía. En todo caso, es de Alan, que ha preferido casarse conmigo por dinero. Yo, al menos, no tengo ninguna relación real con él.

Llego al vestíbulo, lujoso como la entrada de un buen hotel. Me encuentro con el caballero que me abrió la puerta cuando entré. Le explico que en un rato vendrá una amiga y que debe dejarla pasar. El señor, muy amable, me dice que no hay problema, tratándose de la futura señora Landini.

Vuelvo a la celebración, esta vez mirando de un lado a otro con cautela, por si me encuentro con la perturbada de Laura otra vez.

Camino por el pasillo del club, buscando el salón donde se celebra la fiesta. Aún no lo conozco del todo bien. Todo es nuevo para mí. Hay varias puertas, pero decido ir hacia una al fondo. Camino poco a poco, escuchando mis tacones resonar en el suelo. De pronto, siento una presencia detrás de mí. Camino con más soltura y, de repente, una mano fría me toca el hombro. No alcanzo a ver quién es. Me giro y descubro al Dr. Fabri. Su aroma impregna todo el pasillo. Su mirada penetrante se clava en mis ojos. Me observa, sorprendido y divertido. La comisura de sus labios se curva en una sonrisa.

Lleva puestos unos vaqueros y una chaqueta americana que le sienta genial. Respiro al verlo y me alegra encontrar a alguien conocido. Me da dos besos a modo de saludo. El roce de su piel con

la mía me hace sonrojar. Sus labios casi rozan los míos. Es un saludo muy cercano.

—Mel, desde la otra punta te estaba observando. No sabía si eras tú y me he acercado para comprobarlo.

—Dr. Fabri, qué gusto verlo. ¿Qué hace aquí en el club? —le digo tartamudeando. No entiendo cómo siempre que estoy con él me pongo tan nerviosa.

—Tengo una cena familiar. Tú estás preciosa con ese vestido. Me imagino que estás de celebración —contesta ruborizado.
Una voz tras nosotros interrumpe.

—Imaginas bien, estamos celebrando nuestro compromiso — Alan está detrás de nosotros, observando toda la escena. Por un momento me siento confusa. Me da vergüenza estar en esta situación e intento acortar la conversación con el Dr. Fabri. Este hombre no tiene que hacer nada de lo que yo diga.

—¡Hola, Alan! Cuánto tiempo sin vernos. No sabía nada, pensaba que aún estabas con Laura, pero me alegro por los dos. ¡Felicidades, Mel! —Se ve confundido. Creo que pensaba que estaba soltera o, al menos, no comprometida con Alan.

—Gracias, Dr. Fabri. Nos vemos en el trabajo. ¡Buenas noches! —le contesto con mucha vergüenza. Me siento como una niña a la que han pillado haciendo algo indebido.

Veo que se aleja y entra en el salón de al lado.

—¿Mel? Cuánta confianza hay entre vosotros. Te he estado buscando por toda la fiesta. No me imaginaba que te encontraría el día de nuestro compromiso con tu doctorcito —me dice Alan, enfadado. Sus ojos transmiten ira. Pienso que será por no haberme encontrado en el salón.

—Bien sabes que esto es un juego, una mentira. Yo solo hablaba con un compañero de trabajo. Aunque hace unos diez minutos me he encontrado con tu novia. Por lo visto, no le ha hecho gracia verme. Ya me ha dejado claro que este año a tu lado será una tortura.

Se creerá que puede hablarme así, el descarado, como si fuera algo suyo. No tiene derecho a controlar lo que yo haga.
—¿Dónde está Laura? ¿No le habrás dicho nada para molestarla? Tengo que hablar con ella.

—No sé dónde está ni me importa. No le he dicho nada. De todas formas, gracias por preguntar si ella me había dicho algo a mí. Estoy deseando que esto acabe. Por cierto, ahora vendrá mi amiga Becky. Por lo menos tendré con quién hablar y tomar algo en mi fiesta de compromiso —le contesto con sarcasmo, porque esta fiesta parece que solo sea de su incumbencia.

Dejo a Alan en el pasillo, pensativo, buscando el teléfono entre sus bolsillos. Me imagino que será para contactar con Laura. La verdad es que no me importa. De buena gana me cambiaría de salón y me iría a ver al Dr. Fabri. Seguro que disfrutaría mucho más de su compañía.

Daniela, la madre de Alan, me presenta a mucha gente, entre ellos algunos accionistas de Landini y proveedores muy famosos. Todos ellos son amables y educados. Me explican lo que hacen en la empresa, pero no me quedo con ninguna cara. Me cuesta recordar nombres. Daniela nota mi incomodidad con las presentaciones y decide darme una copa de cava. La veo preocupada, buscando a Alan. En realidad, no sabe dónde está. No le digo nada para no molestarla.

Se abre la puerta y Becky aparece. Es el mejor momento de la noche. Va espectacular, con un vestido negro ceñido por encima de la rodilla. Luce unos zapatos altos que le favorecen mucho porque acentúan su silueta. Al vernos, nos saludamos con la mano. Daniela

se da cuenta de que tengo con quién hablar y se marcha a conversar con sus conocidos.

—¡Amiga, por fin estoy aquí! No entiendo cómo no me dijiste que viniera desde un principio.

—Lo sé. Pensé que sería algo más informal, pero esto parece los premios Óscar —le digo irónicamente. Becky me conoce mejor que yo misma. Sabe que estaba en apuros y por eso ha venido.

Empezamos a reír y nos sentamos en una mesa redonda. Becky le pide al camarero que nos traiga unos canapés y una buena botella de vino tinto.
Ahora sí estoy disfrutando de la noche. Desde aquí sentada todo se ve diferente.

Se acerca un chico con un estilo desenfadado: pantalones estrechos con tirantes y camisa de cuadros. Me parece el más normal de la fiesta. Puedo distinguir que no le interesamos. Creo que tengo un radar para eso. Viene cauteloso, como con miedo, aunque mi cara puede mostrarle que estoy dispuesta a conversar.

—¡Felicidades, Melinda! Me presento, soy Pietro. Trabajo en la compañía.

—¡Muchas gracias! ¿Quieres acompañarnos? Estamos tomando un buen vino. Seguro que con nosotras te lo pasarás mejor —le respondo, convincente. Estamos en la misma situación. Seguro que se está aburriendo como nosotras.

—Vengo con Karen, la asistente de Alan. Si quieres, le digo que se una también —se le ve tímido, como si tuviera que dar alguna explicación a la vida.

—Vale, esta mesa será la mejor de la fiesta —le digo, un poco ebria. Aún no recuerdo la última vez que bebí tanto en una fiesta. Parece que mis pies flotan en mis zapatos.

La noche está siendo más divertida de lo que esperaba. La gente comienza a irse. Es tarde y, por lo visto, no pueden despedirse de Alan porque, desde que lo dejé en el pasillo, no ha vuelto a la fiesta. Daniela pregunta a los camareros si lo han logrado localizar, pero no da señales de vida. La veo avergonzada. Sus amistades le reprochan que su hijo no está para cerrar la celebración. Decido acercarme a su lado para despedir a la gente y agradecer su presencia.

En mis adentros me digo que este ogro me las va a pagar. Organiza una fiesta y, el muy atrevido, se desentiende. Pero en cuanto pueda, se las haré pagar. De eso no tengo duda.

—Melinda, ¿no sabes dónde está Alan? —me pregunta Daniela, confundida.

—No tengo idea. Se fue y no lo he vuelto a ver. La gente pensará que es extraño, siendo su compromiso —en ese momento solo quiero que su madre sepa la clase de hijo que tiene: un egoísta irresponsable.

Salimos del club. Me despido de Becky y de mis nuevos amigos, Pietro y Karen. Estoy contenta porque, al final, la noche ha acabado bien. He conocido personas muy agradables de la empresa. Hacerme amiga de la asistente deAlan creo que será una de mis cartas. La tendré como aliada en esta historia.

En el aparcamiento vuelvo a coincidir con el Dr. Fabri, que se sube a su coche, un SUV gris. Me saluda con un toque de bocina y desaparece rápidamente. Es tan guapo. Lo veo tan atractivo. Soy persona y sé reconocer cuando un hombre es guapo. Este, en concreto, lo tiene todo. Qué pena de mí. Ahora, con el contrato de por medio, me toca esperar un año para abrir las puertas a mi corazón.

Una vez en casa, me siento aliviada. Relajada en mi habitación, me estiro en la cama con mi pijama, que es cero sexy. Cojo el mando de

la tele y elijo una de las tantas series que tengo empezadas. Cierro los ojos y me duermo con el sonido de la televisión de fondo.

12

Tres días han pasado y no sé nada de Alan. No ha querido ponerse en contacto conmigo, ni siquiera un simple mensaje para decirme cómo seguir nuestro plan. Estoy pensando en

presentarme en su oficina después del trabajo. No veo muy normal su desaparición, a no ser que haya decidido seguir con Laura y perder la empresa por amor. Me sorprendería… lo digo por elegir a la mujer de su vida. Aunque sé que él no es así, no me entregará la empresa tan fácilmente. Es egoísta en ambos sentidos.
A veces me pongo a pensar qué hubiera hecho yo en su lugar, teniendo pareja. ¿Cómo habría reaccionado? ¿Qué respuesta habría dado tras una proposición tan inmoral e indecente como la que hemos aceptado?
Creo que el señor Landini jamás me lo hubiera propuesto. Él me conocía, sabía exactamente que mi respuesta habría sido un rotundo NO.

¿Cómo podría ocultar mis sentimientos, borrar los recuerdos vividos? Para mí, sería difícil ver a la persona que amo y no poder besar su dulce boca o acariciar su cuerpo, sentir sus caricias, hablar de todo y de nada… saber que tienes a alguien en quien confiar. Jamás aceptaría que alguien me alejara de la persona que amo.

Estoy segura de que el señor Landini me conocía. Esto lo hacía porque sabía exactamente que yo no tenía nada que perder y, en cambio, podía llegar a tenerlo todo. Le había contado mi único sueño, la gran ilusión de mi vida: construir una residencia. Así podría dirigir un hogar para ancianos, con los mejores profesionales sanitarios y las mejores instalaciones.

Pienso en los ancianos, tan vulnerables. La sociedad los aparta, los excluye, juega con ellos como cuando se es niño… los engañan.

Cuando llegas a cierta edad, parece que no tengas nada que aportar. Pero ellos son la voz de la experiencia, el regazo donde acostarse, la sabiduría y el amor. Estoy deseando poner en práctica mi proyecto para ayudar a las personas dependientes.

Pero todo esto tiene un esfuerzo, mis sueños requieren sacrificio. No será fácil, la vida no me lo pondrá en bandeja. Entrar en la vida de Alan será complicado, pero no permitiré que se burle de mí cada vez que le venga en gana.

¿Qué habrán pensado todos los invitados a la fiesta? Me imagino que seré la comidilla de todos ellos. Esa noche dimos mucho de qué hablar. Para ser sincera, no me gustó que se fuera tras ella.

Desayuno un café que compro en un food truck. Caminando, recojo el diario y leo las noticias con el café en la mano. Se me da bien hacer malabares. Tengo la costumbre de ojear primero la página del medio, luego las últimas páginas y, después, volver a leerlo desde el principio. Sé que no es muy normal, pero supongo que todos tenemos manías.

Termino el café justo al entrar al centro, tiro el vaso en la papelera de reciclaje y guardo el diario en mi mochila. Al pasar por recepción, me acuerdo del señor De Luca. Hace unos días lo llamé. Me preocupa mucho su estado de salud. Al descolgar el teléfono, parecía animado. Me explicó que le hicieron un chequeo y le mandaron unos días de reposo. Echo mucho de menos nuestras conversaciones.

Pablo, el celador del centro, me da un golpe sin querer en la pierna derecha con una camilla. Va corriendo por el pasillo y sube sin pensárselo al montacargas.

Me pregunto dónde irá con tanta prisa.

Aprieto el botón del ascensor, pero está bloqueado. El universo me obliga a subir por las escaleras. Parece que le encanta decidir por

mí. Me alegro de que solo sea un tercer piso, porque no tengo muy buen fondo atlético. Apenas llego al rellano y ya estoy sin aliento. Me avergüenza pensar que debería apuntarme a un gimnasio.

Vuelvo a ver a Pablo salir a toda velocidad sin saludarme.
—Pablo, ¿qué ocurre? ¿A dónde vas con tanta prisa? —le digo con la lengua fuera. Parezco un perro buscando un bebedero.

—¿Melinda, no te han llamado? La señora Rose ha fallecido esta madrugada. —Va arrastrando la camilla mientras habla, apenado. —¿Qué dices? —No entiendo cómo no me han avisado. ¿Cómo puede ser? Estos días estaba más delicada, pero no pensé que tanto.

—Sí, Melinda. Han hecho todo lo que han podido, pero se ha ido. —Niega con la cabeza. Ella era muy querida por todos.

Salgo corriendo hacia la habitación de Rose. Mis ojos empiezan a brillar, se empañan de lágrimas. Lloro desconsolada. Necesito verla, no quiero que se vaya. ¿Ahora quién acabará sus bufandas? ¿A quién tranquilizaré por las mañanas en los pasillos?

Empiezo a gemir de impotencia, mi corazón late a toda prisa, parece que me falte el aire. Los ruidos se vuelven confusos, no veo a nadie a mi alrededor, aunque puedo apreciar siluetas.

Como puedo, logro abrir la puerta y me quedo paralizada frente a su cama, llorando. Me acerco con cautela, la toco porque quiero comprobar si respira. Su cuerpo aún está caliente y parece que solo duerme. Su mano, llena de arrugas y manchas por la edad, cae de un lado de la cama. La recojo con delicadeza y la coloco sobre su pecho con miedo. Me parece mentira que no pueda reaccionar. Le doy un beso en la frente para despedirme. Muevo mi cuerpo hacia atrás para apoyarme en la pared. Arrastro mi espalda poco a poco hasta deslizarme y sentarme en el suelo, desconsolada. Solo quiero llorar y meter la cabeza entre mis piernas flexionadas.

—¡Melinda, levanta del suelo! Ven aquí. Sabes que no se podía hacer nada más. Hemos hecho lo que se ha podido y estuvo acompañada hasta el último momento. —Me consuela el doctor Fabri con dulces palabras para hacerme sentir mejor.

Estira su brazo para que me agarre y pueda levantarme. Me sostiene con firmeza y nos fundimos en un fuerte abrazo, algo que en este momento necesito desesperadamente.

—Yo debí estar con ella —sollozo sin consuelo.
—Fue esta madrugada, no necesitábamos a nadie más. Imaginé que estabas con Alan y no quería molestaros.

—Jamás vuelvas a hacerlo, ¿entiendes? No hay nada más importante que las personas de esta residencia. Para mí, ellos son mi familia. —Estoy enfadada. Me reprocho que mi lugar era acompañarla. Debí darle la mano mientras partía de este mundo. —Melinda, no sabía que la señora Rose significaba tanto para ti. Lo siento muchísimo. Jamás volverá a pasar algo así mientras yo esté aquí. —Se ve preocupado y decepcionado consigo mismo. Sé que no lo ha hecho adrede.

Ayudamos a Pablo a colocar a la señora Rose en la camilla para trasladarla al tanatorio. Allí la prepararán para que la familia pueda velar su cuerpo y despedirse.

Termino el día muy triste, recogiendo todas sus pertenencias en la habitación donde vivía. Coloco en cajas todo lo que veo: álbumes llenos de fotos, ropa, zapatos, objetos personales y documentos.

Un familiar, entre llantos, espera en la sala para que le entregue las pertenencias. Le explico que en los últimos días estaba más delicada, pero no pensamos que se iría tan pronto.

Es difícil consolar a alguien. A veces, no salen las palabras adecuadas y es mejor dar paso al silencio. No sabes bien qué decir. Es duro para los dos.

Ya en la calle, respiro con fuerza. Quiero inhalar todo el aire que mis pulmones puedan permitirme. Exhalo y mi aliento quiere recuperarse. La noche está fría… o quizás sea yo quien está destemplada. Miro al cielo, quiero imaginar que cuando nos vamos de este mundo, una nueva estrella ilumina el firmamento.

Llego a casa cansada, buscando el consuelo de mi madre. Siempre que tengo una pérdida en la residencia, necesito acurrucarme junto a ella. Me estiro en el sofá con la cabeza sobre sus piernas. Ella me quita la goma del pelo y lo acaricia suavemente. El movimiento repetitivo con el que me tranquiliza me obliga a cerrar los ojos y me duermo entre sus caricias, llorando como cuando era niña.

Cuando me despierto, sigo acurrucada en el sofá, envuelta en una manta aterciopelada, suave y cálida. Mis ojos están hinchados de tanto llorar. Me levanto y voy a mi habitación. Quiero dormir, así no pensaré.

Sé exactamente que esto pasaría. Me ha sucedido más veces, pero la vida no nos prepara para no sentir dolor ante una pérdida. Reviso el teléfono para comprobar llamadas y mensajes. Entre muchos WhatsApp recibidos, hay uno de Alan:
"Melinda, mañana me gustaría almorzar contigo en el club. Confírmame si puedes quedar."

Leo el mensaje, pero no me apetece contestar. Después de tres días —casi cuatro—sin saber de él, no se merece que le responda tan rápido. Y tampoco estoy de humor para seguirle el juego.

A la mañana siguiente, vuelvo a mi rutina. Trabajo, obligaciones, distracciones que me mantengan enfocada. Antes de salir, mi teléfono suena: el caballero de las tinieblas ha decidido llamar.

—Dime, Alan, ¿a qué se debe tu llamada? —contesto con indiferencia.
—¡Buenos días, Melinda! No me contestaste anoche, aún espero tu respuesta.

¿De verdad cree que le iba a contestar anoche, con lo triste que estaba? ¿Se piensa que no tengo nada más en la vida que esperar sus indicaciones?

—¿Tantos días sin saber de ti y ahora esas prisas? ¿Te va bien quedar a las doce? ¡En el club estaré! —le respondo con malicia, porque sé perfectamente que no voy a presentarme. Después de dejarme sola en la fiesta de compromiso y desaparecer tres días, ¿cree que voy a correr a su llamada? Me encantará ver su reacción cuando no me encuentre en el club. Donde las dan, las toman.

—Perfecto, sobre esa hora estaré. Gracias por ser tan comprensiva. Un saludo.
¿Comprensiva? Este hombre no sabe con quién se ha topado. De mí, no se vuelve a reír.

Guardo el teléfono en silencio dentro del bolsillo de mi bata. Sé que a partir de las doce y media comenzará a sonar y no tengo intención de contestarle.

La mañana transcurre sin descanso. Cambio habitaciones, administro medicación cada cuatro horas y superviso alguna terapia. A la hora del almuerzo, bajo al comedor y me encuentro con Becky, que está sentada con el Dr. Fabri. Me uno a ellos para comer.

Charlamos sobre lo ocurrido con la señora Rose. Me comentan que, por la tarde, la habitación será ocupada por un nuevo residente. Reviso el teléfono para ver la hora y me encuentro con quince llamadas perdidas de Alan. Mi cara esboza una sonrisa maliciosa. Había olvidado por completo el "super plantón". No voy a mentir, pero me resulta muy divertido. Hubiera pagado por ver su cara.

Coincido con el Dr. Fabri en la salida. Hablamos un poco más sobre nuestras vidas. Me cuenta que terminó la carrera hace tres años y que está buscando estabilidad para sentirse más seguro. Mientras caminamos hacia el aparcamiento, se ofrece a llevar mi bolsa. Me aparta con cuidado el cabello que cae sobre mi espalda para cogerla

y, al tocarme, un escalofrío recorre mi cuerpo. Sus ojos claros brillan en la oscuridad.

—¿Quieres ir a tomar algo? Me han dicho que normalmente vais a un bar por aquí cerca.
—Te lo agradezco, pero debo ir a casa. Otro día, quizás —le respondo divertida.
—Melinda, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Cómo conociste a Alan Landini? Jamás te hubiera imaginado con él.

No entiendo por qué le interesa saberlo. Imagino que debe resultarle extraño que el hombre más rico y deseado esté comprometido con Melinda Smith.
—Es una historia muy larga —le contesto con la voz rota. No entiendo por qué me duele pensar en Alan.

Al subir al coche, dejo la bolsa en el asiento del copiloto. Pongo primera para salir del aparcamiento, pero noto un papel en el limpiaparabrisas. Pensé que era propaganda, pero no…

Es una nota de Alan.

"¡Me lo merezco! Supongo que te has cobrado el plantón de la fiesta. ¿Quedamos mañana a la misma hora? Te espero en el club."

13
Pov: *Alan*

Desde el coche veo cómo le sujeta la bolsa que apoya en su hombro. La rabia me invade y mis manos se cierran en puños, apretando con fuerza los nudillos. Reacciono y estrecho la mandíbula cuando él le aparta un mechón de cabello con tanta familiaridad. Sabe que está comprometida, pero a Fabri eso le da igual. Lo conozco de siempre. No hay barreras para él.

En el instituto, alguna vez nos habíamos enfrentado. No tiene límites… pero él sabe que yo tampoco.

Me gustaría saber de qué están hablando, pero no voy a salir del coche. Por más rabia que me dé verlos juntos, debo aguantar. Se ven todos los días y, por ahora, sé que ella no hará nada. Tengo el contrato firmado. No podemos estar con nadie. Y ese fue uno de los puntos más concretos.

Me marcho del lugar. No quiero seguir viendo esa escena. No soporto a ese tío.

Desde la noche de la fiesta, no he podido volver a quedar con ella. Nos peleamos cada vez que estamos juntos. Siempre terminamos igual.

La vi entrar en el salón con el vestido que diseñé. No pensé en ella cuando lo hice. Tampoco pensé en nadie. Pero ahora… ahora sé que ella es la única que debe llevarlo. No imagino a nadie más con él.

Melinda es de corazón frío, un témpano de hielo. Jamás muestra sus sentimientos cuando está a mi lado. Y encontrarme otra vez en el pasillo con el desgraciado de Fabri ligando con ella no me gustó nada.
Me marché de la fiesta. Buscaba a Laura. Quería hablar con ella, saber si era cierto que había estado allí. La llamé y nos encontramos en un reservado, donde nadie podía vernos.

—¡Amor, has venido por mí! —exclamó con una sonrisa.

—Laura, ¿a qué has venido al club? Sabes perfectamente que hoy es la fiesta de compromiso. Dijimos que estaríamos un tiempo sin vernos —le reproché.

—Alan, no puedo estar sin verte. No me imagino estar sin ti. Dejemos esta estupidez y empecemos de cero tú y yo, donde sea. No quiero que estés con ella.

Sus ojos se humedecieron y su voz tembló de rabia.

—Hoy la vi con el vestido. Me imaginé que era para mí. Se lo vi puesto y me llené de ira. Me enseñó el anillo que le regalaste. Se la veía tan segura…

Mientras Laura hablaba, gemía y lloraba. Me daba pena verla así. Pero algo dentro de mí estaba cambiando. ¿Qué me ocurría? ¿Por qué ya no la veía como antes?
—No puedo dejar la empresa, todo lo que mi familia ha logrado. Los trabajadores dependen de esto. Piensa en esas familias. No podemos darnos a la fuga. El amor que sientes no lo es todo.

Laura bajó la mirada y respiró con dificultad.
—Melinda me ha dicho que la cogiste del brazo y la zarandeaste. ¿Es cierto?
—Se burló de mí —susurró con rencor—. Dijo que sufriría sabiendo que este año tú estarás a su lado.

Por lo que veía, Melinda no necesitaba que la protegieran. Era astuta. Sabía defenderse sola. Y, en el fondo, me alegraba saber que quería pasar este año conmigo.

Laura se abalanzó sobre mí, buscando un beso, pero la aparté bruscamente.
—¿Estás loca? Sabes que no puedo. Tengo un contrato que cumplir.

—Alan, aquí no nos ve nadie. Podemos desfogar nuestra pasión. ¡No me dejes sola esta noche! —suplicó, como si de un deseo desesperado se tratara.
—No puedo. Tengo compromisos que atender. Esta noche es muy importante.

Salí de allí, dejándola sola en el sofá. Quería volver a la fiesta, pero un nudo en el estómago me lo impidió.
¿Qué demonios me estaba ocurriendo? ¿Por qué no quería ir a la fiesta y, al mismo tiempo, deseaba verla a ella?

Me subí al coche y conduje lentamente hacia casa. Los demás conductores tocaban el claxon para que me apartara. Tal vez no me encontraba bien. Tal vez estaba incubando algún virus.

En casa, me sentí más tranquilo. Necesitaba descansar.
Rechacé todas las llamadas insistentes de mi madre y ordené a mi asistente doméstica que no contestara a nadie esa noche.

Llamé a Liam. Era la única persona que conocía la verdad. Tuve que explicárselo para que me ayudara a investigar quién era realmente Melinda Smith. Pero ni siquiera él, con todos sus contactos, pudo encontrar nada.

Liam contestó rápidamente mi llamada.
— ¡Amigo! ¿Cómo estás? Hace días que no me llamas. ¿Tú no debías estar en la fiesta de compromiso?

— ¡Buenas, Liam! Me fui de la fiesta dejándola con toda esa gente que no conocía. No podía estar allí, me siento mal cuando estoy con ella. Es una mujer tan fría, pero a la vez se la ve tan dulce. Me llenó de furia verla coquetear con Fabri.

— ¿Qué Fabri? ¡No me digas que Melinda y Fabri se conocen! Si es así, ya sabes lo que él hará.

— Lo sé, aún no acepta que Laura prefiriera estar conmigo. — Contesto a Liam sabiendo que Fabri querrá jugármela con Melinda. No aceptó la derrota en su momento y ahora querrá vengarse.

— Por lo que sé, ella te gusta. No recuerdo la última vez que te sentí tan desesperado. No te va a perdonar lo que le hiciste esta noche, más vale que espabiles. — Me responde Liam animándome.

— Amigo, estoy deseando que vuelvas a la ciudad. Eres como un hermano para mí y necesito de tus consejos, ahora más que nunca, porque estoy metido en un buen lío.

— Llegaré antes de la boda, te lo prometo. Un fuerte abrazo. — Al menos sé que tengo su apoyo y sobre todo sus consejos.

Liam lleva fuera de la ciudad más de un año. Está liado trabajando en un proyecto de arquitectura en los Emiratos Árabes. Su empresa está construyendo uno de los rascacielos más altos del mundo. Aceptó el contrato que le ofrecieron porque el proyecto era de mucha envergadura y, por lo que sé, quería incorporar todos sus conocimientos para conseguir ser uno de los mejores arquitectos del país.

A la mañana siguiente, mi madre estaba sentada en el regazo de mi cama. Me desperté escuchando cómo renegaba.

— ¿Te parecerá bonito? Nos dejaste toda la noche a cargo de la fiesta. Nuestros amigos, accionistas y proveedores estaban muy disgustados. Por suerte, Melinda dio la cara por ti. ¡Yo no te he criado así!

—¡Ei, mamá! Me acabo de despertar. ¿Crees que es la mejor manera de levantar a tu hijo? Anoche debí tomar algo que hizo que me encontrara indispuesto y me vine a casa para descansar. — En el fondo no estaba mintiendo, porque mal me encontraba. — Alan Landini, más te vale que no mientas a tu madre. Fuiste tú el que quisiste seguir con esta locura. Yo soy tu madre y te apoyo en lo que tú decidas, pero no me avergüences ante nuestras amistades. — Mi madre enfadada daba más miedo que el lobo de los cuentos.

— Lo sé, no volverá a pasar. — Como un niño, le doy la razón. Aún no me había tomado el café y ya iba acelerado.
— Dúchate, no llegues tarde al trabajo. — Me da un beso en la mejilla y se va a la cocina a hablar con la asistente.

Por más que miraba el teléfono, no recibía ningún mensaje de ella. Era muy terca, no me diría nada. Era tan orgullosa como yo. Al terminar el día, salí dirección a casa, pero inconscientemente llegué a la residencia. Apagué el motor del coche y las luces. Quise verla,

me apetecía saber qué estaba haciendo. Esperé un buen rato. Caminaba despacio, se la veía muy triste. Diría que llorando. Me preocupó pensar que algo malo le sucedía y decidí seguirla. Su recorrido terminó en casa. Me quedé más tranquilo al pensar que no había quedado con nadie y quise saber el porqué de su tristeza. Le envié un mensaje para quedar a almorzar, y al no recibir respuesta, la llamé a la mañana siguiente. Parecía más animada, pero como siempre, distante. Teníamos que vernos. Nos habíamos comprometido y decidimos quedar en el club, pero ella no se presentó. Liam tenía razón, y no me lo perdonaría tan fácilmente.

Las visitas a escondidas a la residencia se hicieron más asiduas, y decidí dejarle una nota en el parabrisas del coche.

"Me lo merezco. Supongo que te has cobrado el plantón de la fiesta. ¿Quedamos mañana a la misma hora? Te espero en el club."

Ya en la oficina, Pietro se reunió conmigo. Teníamos que acabar de revisar algunas propuestas de los nuevos proveedores de ropa interior. Lo noté un poco despistado, como si quisiera decirme algo.

— Venga, suelta lo que me tengas que decir. No tengo todo el día.
— Alan, te quería dar la enhorabuena por tu compromiso y felicitarte, porque Melinda es una mujer extraordinaria.

— Gracias. Si eso es todo, sigamos con esto, que es mucho más importante. — Le respondo así porque parece que todo el mundo la conoce menos yo.
Recojo mis cosas de encima de la mesa de la oficina a toda prisa para volver al club. Le había dejado la nota donde quedamos a la misma hora, con la esperanza de que hoy sí aparezca.

Para mi sorpresa, ella ya ha llegado. Esta vez ha elegido sentarse en una mesa en el centro. Va vestida con nuestra ropa, ha escogido unos modelos que le favorecen. Está preciosa. Me mira y se levanta para saludarme.

— ¡Hola, Alan! Ya estamos aquí. Tú dirás. — Su frialdad me recorre cada bello de mi piel. La encuentro cansada, supongo que por el estrés del trabajo.

—Siempre tan cálida, Melinda. Quería disculparme por lo del otro día. Estuve mal.

—Supongo que Laura te cuidó. Ya me dejaste en ridículo una vez. No lo permitiré otra vez. Si no puedes cumplir, entrégame la empresa.

—¡Estás loca! No he estado con Laura. Y no pienso darte nada. Vas a casarte conmigo y odiarme durante un año.

—Perfecto. Será un odio mutuo.
—No quiero pelear. Tenemos que planear la boda. Me gustaría que fuera cuanto antes.

—Estoy de acuerdo. Que sea íntima. Sin fiestas llenas de extraños. Puede ser la semana próxima.
—Me parece bien. Solo una condición: el vestido de novia debe ser Landini. El resto, elige tú.
Asiente. Nos despedimos como dos desconocidos obligados a entenderse. Pero yo, en el fondo, solo quiero volver a verla.

14

Quedar con Alan me provoca un malestar constante, como si todo mi cuerpo estuviera a la defensiva, listo para pelear. Siempre que estoy cerca de él, siento esa necesidad de

protegerme, de no dejarme vulnerar. Habíamos quedado para almorzar, pero no probé bocado; mi apetito se escurre cuando estoy a su lado. No sé si eso es bueno o malo, lo único que sé es que, después de nuestras interacciones, la despensa de mi casa termina siendo víctima de mi hambre descontrolada.
Alan me dejó la responsabilidad de organizar la ceremonia como si de un favor se tratara, y aunque suene cínico, me doy cuenta de que

no fue porque quisiera involucrarse. Lo más probable es que el desastre del compromiso lo haya dejado agotado, y ahora se limita a ceder el control. Yo no me siento cómoda con las grandes celebraciones, con toda esa gente observando cada mínimo gesto solo para criticarlo después. Quiero algo distinto, algo a lo que pueda entregar mi propio toque, algo que no sea una farsa.

Lo más divertido será cuando Alan descubra el lugar donde he decidido que nos casemos. No puedo evitar sonreír con solo pensarlo. Planeo hacerle una mala jugada, buscar un restaurante sencillo, alejado del glamour que tanto le gusta a su familia, un lugar donde ni él ni su madre puedan sentirse cómodos. El contraste será perfecto.

Antes de eso, necesito fijar una fecha con él. Planeo pasar por su oficina, pero no quiero avisarle. Estoy segura de que eso lo disgustará, y me encanta la idea de sorprenderlo, ver cómo su rostro refleja esa mezcla de sorpresa y desagrado. Me imagino su reacción y no puedo evitar anticiparla.

La mañana en el trabajo transcurre de manera rutinaria, con algunos pequeños traspiés, pero con personas mayores es algo normal. Estoy acostumbrada a este tipo de jornadas, pero la tensión acumulada por todo lo que está ocurriendo me hace sentir un nudo en el estómago. Hoy, como cada semana, nos reuniremos algunos compañeros de trabajo en el bar para tomarnos unas cervezas después del turno. El Dr. Fabri, Becky y Pablo se han apuntado. Aunque me siento algo desconectada de ellos, me viene bien la distracción. Hoy solo trabajo por la mañana gracias a mi reducción, así que me siento más ligera, como si pudiera dejar de pensar por un rato.

Mientras me arreglo en el vestuario, cepillo mi cabello y repaso mi maquillaje, noto un cosquilleo extraño en mi interior. No sé si es nerviosismo o pura rabia contenida, pero decido no pensar demasiado en ello. Solo quiero hacer lo que tengo que hacer,

cumplir con mi parte del trato y preparar la sorpresa que le tengo preparada.

De camino hacia la oficina, me observo en el espejo retrovisor del coche, una y otra vez, asegurándome de que mi rostro sigue siendo el mismo. No puedo evitar preguntarme cómo me percibe él, si nota la diferencia, si puede leer lo que siento.

Al llegar a la oficina, me recibe un torbellino de actividad. Las personas corren de un lado a otro como si fueran piezas de un reloj en marcha, todos parecen ocupados, ansiosos. El ambiente está cargado de una tensión palpable. En medio de este caos, localizo a Karen, sentada frente a su ordenador. Se ve completamente absorbida por su trabajo, sus ojos fijos en la pantalla, la piel pálida y con un aire de agotamiento, como si no hubiera dormido en días. Al verme, su rostro se ilumina.

— ¡Qué gusto verte, Melinda! — me saluda, y se nota que está genuinamente feliz de verme. Su cansancio se desvanece un poco con mi llegada. — Estamos estresados con la nueva campaña. El lanzamiento es dentro de tres semanas, y Alan está solo en su despacho. Si quieres, ahora le aviso de que has llegado.

— No es necesario, Karen. Quiero sorprenderlo. — Respondo con una sonrisa pícara. Sé que él no espera verme, y eso me divierte.

— Está bien, entonces. Tú misma. — Karen asiente, señalándome la puerta con un bolígrafo entre los dientes, antes de devolver su mirada a la pantalla del ordenador.

Me quedo un momento mirando la puerta, dudando si debo entrar o si quizá es mejor darme la vuelta y marcharme. Pero una voz interna me empuja a actuar. Con una respiración profunda, abro la puerta con suavidad y me asomo al despacho.

Lo veo ahí, sentado con los codos sobre la mesa, concentrado en los bocetos que tiene frente a él. Está tan absorto en su trabajo que ni

siquiera se ha dado cuenta de mi presencia. Está despeinado, parece diferente a la imagen que tengo de él. Es curioso cómo el trabajo puede hacer que alguien se vea tan distinto. Me quedo observándolo unos segundos, analizando cómo se mueve, cómo se comporta cuando está solo. Su concentración es casi hipnótica.

Finalmente, decido hacer ruido para que me note. Un leve carraspeo escapa de mi garganta, y él levanta la cabeza, sorprendido al ver que no estoy allí delante Su sonrisa es inmediata, como si creyera que todo esto fuera un sueño. Pero rápidamente, se da cuenta de que estoy allí en carne y hueso. Al principio, su rostro se ilumina con una sonrisa involuntaria, pero en cuanto se acerca y me saluda, su actitud cambia, más rígida, como si intentara mantener las formas.

— Melinda, no te esperaba. — Su tono es algo tenso, como si no estuviera seguro de cómo reaccionar.

— Sorpresa. — Respondo con una sonrisa desafiante. — Melinda, ¿qué haces aquí? ¿Cómo es que no me avisaste que vendrías? — Sus palabras reflejan una mezcla de sorpresa y confusión. No puedo entender cómo no está molesto, pensé que estaría irritado por mi aparición inesperada, pero quizás me equivoqué.

— Soy tu prometida, creo que no tengo que pedir cita para verte. — Le respondo con ironía, disfrutando de llevarlo al límite. Me gusta ver cómo se incomoda con mis palabras.

— Pues para mí está perfecto, mientras no afecte al rendimiento del trabajo, puedes venir cuando quieras. — Alan responde con una calma que no esperaba, como si de verdad estuviera de acuerdo con la situación.

— Alan, venía porque quiero fijar una fecha para nuestra boda. Me gustaría que la buscáramos juntos, no puedo decidir el día por los dos. — Mi tono es firme, aunque la ironía sigue latiendo en mis palabras. Quiero que sea un acuerdo mutuo, no una decisión unilateral.

— Tienes razón, ¿quieres que quedemos esta noche y lo hablamos con tranquilidad? — Su voz suena más relajada, casi como si fuéramos viejos amigos, como si las tensiones entre nosotros no existieran.

— Esta noche imposible, tengo plan con los compañeros del trabajo. Si quieres, mañana podemos almorzar juntos. — Mi respuesta es clara. No quiero que él piense que la situación ha vuelto a ser la misma.

— Para no tener vida social, siempre estás de fiesta. — Alan, como siempre, hace un comentario sarcástico. Por lo visto, le molesta que salga tanto.

— Si desde que te conocí no paro. — Le respondo, levantando las cejas, porque sé que mi vida social le incomoda. — Ah, y, por cierto, esta noche también viene tu amigo el Dr. Fabri.

— Si has venido a molestarme, te rogaría que te marcharas. Tengo muchísimo trabajo. — Sus ojos están enrojecidos, como si fuera incapaz de controlar la ira que se ha apoderado de él. En un instante, pasamos de ser "amigos" a un estado de tensión total.

— Si es así, me voy. No quiero molestarte. — Decido marcharme, no quiero seguir empujando la situación, aunque mi objetivo de hablar con él ya está cumplido.
De regreso a casa, Becky me llama para contarme que vendrá a recogerme para ir al bar, y aunque la noche prometía ser tranquila, un pequeño toque de malicia se asoma en mi interior. Me gusta la idea de salir y disfrutar sin pensar demasiado en lo que ha pasado con Alan.

Me suelto el cabello y abro el armario. Decido ponerme uno de los vestidos que compré en Landini, uno que siempre quise tener. Un vestido que me hace sentir hermosa y poderosa. Me coloco unas sandalias doradas, atadas al tobillo con campanillas de Manolo

Blahnik. Nunca me he permitido algo tan lujoso, y me siento coqueta, satisfecha con el reflejo en el espejo.

Cuando Becky llega, sus ojos brillan al ver mi atuendo, su cara de entusiasmo es inconfundible.

— ¡Mel! Vaya estilazo que llevas. Muero por esos zapatos. ¿No sé a quién quieres impresionar esta noche? Te recuerdo que llevas un anillo en el dedo que avisa que estás prometida.

— Estás muy graciosa. No quiero impresionar a nadie, no es el momento. Solo deseo impresionarte a ti misma delante del espejo.
— Me divierto con su comentario. La verdad es que no me puse este conjunto por nadie más que por mí. Aunque, claro, a nadie le molesta recibir la mirada de aprobación de los demás. Soy atractiva, tengo un cuerpo que, aunque imperfecto, se ve bien con un poco de maquillaje y, por supuesto, Wonderbra.

Al llegar al bar, Becky y yo entramos juntas, con el brazo enlazado. Sabemos cómo va el lugar: conocemos a todos, y a todos nos conocen. Al entrar, Pablo es el primero en levantarse y hacer reverencias, su sentido del humor siempre a la vista.

— ¡Por fin llegáis! Ya hemos pedido la bebida, esperábamos que vinierais para pedir la cena. — Su tono es amigable, pero veo que está mirando la carta del bar con poca convicción, tal vez no sabe qué pedir.

— ¡No mires más, que solo hay hamburguesas! — Becky se burla, mostrando su impaciencia. Siento que hay algo entre ella y Pablo, una chispa que podría encenderse en cualquier momento.

— Mel, estás preciosa. Ese vestido te queda perfecto. — El Dr. Fabri no tarda en hacerme un cumplido, y aunque me siento halagada, noto las miradas de los demás, que no pueden evitar mofarse.
— El vestido es de la colección de su prometido. La verdad es que

todo lo de Landini tiene magia. — Becky responde con un tono algo ácido, claramente incómoda por la atención de Fabri.

— ¡Gracias, Fabri! Sí, Becky, todo lo que hacen es espectacular. — Respondo rápidamente, cortando la tensión en el aire.

Pedimos la comida, aunque las bebidas las tenemos que ir a buscar a la barra. Me levanto, y Fabri me sigue. Siento su mano en mi cintura mientras caminamos, como si quisiera decirme algo. Pero el ruido de la música lo dificulta, así que se acerca a mi oído y susurra:

— Lástima que estés prometida, desde que te conozco no puedo dejar de pensar en ti. — Su cercanía me incomoda. Su respiración en mi cuello me hace sentir vulnerable, y me doy la vuelta para responderle. Pero justo en ese momento, veo a Alan observándonos desde la puerta del bar. Su mirada es de furia pura.

Se aproxima rápidamente, con pasos firmes y decididos. Al llegar, me aparta de Fabri con un empujón brusco, y me atrae hacia él, envolviendo mi cintura con sus brazos. Sus dedos presionan mi espalda, como si quisiera marcar su territorio.
Me acaricia el cuello con su rostro, y sus labios se encuentran con los míos con tal fuerza que dejo de respirar por un instante. El contacto me paraliza. Su aroma, su cuerpo cerca del mío, me hacen sentir un deseo que intento contener. Mi corazón late rápido, y por un segundo, todo lo demás desaparece. Solo existimos él y yo, y me siento atrapada entre la atracción y la culpa.

Lo aparto con la poca fuerza que tengo. Es alto, fuerte, y huele tan bien que me resulta difícil resistirme. Me miro en sus ojos y veo la convicción. Sabe que lo he correspondido en el beso, pero ahora no es momento de analizarlo.

— ¡Melinda, vámonos! No quiero que estés aquí. — Su voz es urgente, angustiada. No me suelta la cintura, y lanza una mirada furiosa a Fabri.

— ¡No quiero! Estoy cenando con mis compañeros de trabajo. — Mi respuesta es seca, marcada por un ego que no quiero perder.

— ¿No querrás que te saque de aquí en brazos? Tienes un contrato conmigo, y me molesta que el energúmeno de Fabri esté a menos de un metro tuyo. — Su tono es dominante, lo noto a kilómetros de distancia.
— ¿A qué has venido? ¿Qué pretendes besándome delante de todos? — Le contesto molesta, tratando de retener mi control. No he hecho nada malo, simplemente he ido a disfrutar de una cena.

— Sabía que intentaría sobrepasarse contigo. No estás respetando nuestro acuerdo. — Su mirada es como una tormenta. Está fuera de sí.

— Alan, no podemos salir de aquí como si nada. He venido con Becky. Acompáñame, que te presentaré a mis compañeros. — No quiero irme sin él, no lo entiendo, pero algo dentro de mí lo necesita. Le agarro la mano, tirando de él para que me siga.

Al llegar a la mesa, todos se sorprenden al ver a Alan. Algunos no saben que estoy prometida y mucho menos que él es mi pareja.

— Chicos, os presento a Alan. Es mi prometido. Nos ha surgido un imprevisto y tengo que marcharme. — Digo rápidamente, buscando una salida para evitar más tensiones.

— ¡Por fin tengo el placer de conocerte, Alan! Cuida mucho a mi amiga, porque si no te haré picadillo. — Becky, con su espontaneidad habitual, es siempre un soplo de aire fresco. — ¡Encantado! Me robo a Melinda, en otra ocasión ya tendremos tiempo de conocernos. — Alan responde forzado, mirando a Fabri. No le gusta cómo ese hombre no me quita la vista de encima.

Fabri se levanta y se despide de mí con dos besos, y en ese momento la paciencia de Alan parece agotarse.

Al salir del bar, casi corriendo, me hace subir a su coche, un deportivo gris oscuro. Dentro, respira con más calma.

— ¿Qué te ocurre? Te noto extraño. — Le pregunto con serenidad, intentando romper el silencio que ha caído entre nosotros.

— No lo sé, vamos a mi casa. Tenemos que hablar. — Su voz es baja, como si algo más estuviera ocurriendo.

15

Callada en el coche, miro por la ventanilla sin saber qué decir. La conducción de Alan es agresiva, pero puede permitírselo con el coche que maneja: un Bentley Continental GT. Me mira, quiere hablar, pero se contiene. El camino hacia su casa se hace largo, tal vez por la incomodidad que sentimos.
Bajamos del coche y nos dirigimos a un loft en el centro de la ciudad. El edificio es exclusivo, y el ascensor nos lleva directamente a su casa; por lo que veo, no tiene puerta de entrada. Me quedo un poco asombrada por el lujoso lugar. Los muebles son negros, combinados con madera de roble. El comedor está presidido por un enorme sofá gris. El espacio es abierto, porque desde aquí puedo ver la enorme cocina y su gigantesca isla. No podría decir cuántos metros tiene exactamente, pero es muy grande.

Se desabrocha los dos primeros botones de la camisa y se afloja la corbata. Lo deja todo encima de la mesa, me mira y camina hacia la cocina. Coge un vaso con hielo y se sirve un whisky. Se le ve preocupado, como si no pudiera controlar la situación.

—Melinda, ¿te gusta Fabri? Dime sinceramente si tenéis algo — me pregunta agobiado, con una mezcla de nerviosismo y reproche. Puedo imaginar que esta conversación no le agrada en absoluto; parece irritado ante la mera posibilidad.

—No tengo por qué contestarte, es mi vida privada —respondo, manteniéndome firme.

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Tienes algo con Fabri? —su tono esta vez es más grave, casi intimidante, como si estuviera interrogándome en una sala oscura con una lámpara apuntando solo hacia mí.

—No tengo nada con él, solo somos compañeros de trabajo. No voy a negarte que es un hombre atractivo, pero no es mi tipo — mi respuesta es completamente sincera. No puedo mentir: Fabri es guapo, y en otro momento, quizás antes de todo esto, podría haberle dado una oportunidad a mi corazón. Pero ahora no puedo.

—No quiero estar casado contigo y saber que tienes una doble vida. Si es así, cancela el contrato y dejemos esto estar. Deja la herencia —sé exactamente que es un egoísta que solo busca quedarse con mi parte, pero no lo conseguirá.

—Me sabe muy mal, pero vas a tener que aguantarte, porque no vas a poder librarte de mí tan fácilmente —me río de él. Sé que le molesta estar conmigo, y me encanta incomodarlo.

—¡Lo mismo digo! —responde, sentándose en el sofá con los pies en la chaiselongue.

No entiendo por qué me ha traído aquí, pero me levanto del sofá y empiezo a cotillear todo el piso, mientras él me mira divertido. Abro todas las habitaciones, los baños y los armarios. Si voy a vivir aquí, tengo que saber cómo es.

Identifico rápidamente el dormitorio principal, aunque todos los demás son igual de grandes. Me decanto por uno que tiene vistas a la ciudad; desde la ventana, se ve todo iluminado, es precioso. Alan se adelanta y abre la ventana que da a un pequeño balcón. Se apoya en la baranda para mirar el cielo. Esta noche está completamente estrellada. Salgo detrás de él y lo acompaño en el silencio. Me pregunto qué está pensando. ¿Por qué, en el fondo, no lo veo tan horrible? Su rostro se ilumina con el reflejo de la luz que

desprende la luna. Es tan guapo… su cara es el perfecto rostro de un Adonis.

Decido hablar para aliviar la cortante situación.
—Alan, ¿me llevas a casa? Es tarde y debería irme —no tengo manera de salir de aquí si no es con él.

Automáticamente, se gira y arrastra mi cintura hacia él. Nuestros cuerpos quedan perfectamente alineados el uno frente al otro. Puedo sentir cómo mi corazón late a toda velocidad y cómo mi cuerpo se estremece cuando me toca. La respiración se vuelve más ruidosa, su mirada me analiza cada detalle y sus manos fuertes se deslizan por mis caderas. Se oye un leve gemido. Me tiene acorralada entre sus brazos, pero no hago nada. No debería estar pasando esto, así que lo aparto enfurecida.

—Has bebido demasiado esta noche, será mejor que pida un taxi. —¡Quédate, por favor! Prometo no incomodarte. —Está cansado y no es buena idea que conduzca. Tampoco debe pasar nada, porque en dos semanas estaré viviendo aquí.

—¿Qué pensaría Laura de todo esto?

—¿Por qué metes a Laura? Ya no somos nada. Te gusta hurgar en la herida. —Por un momento, su cara preciosa se vuelve seria. Este chico es difícil de prever.

—¿Dónde duermo?

—Te diría conmigo, pero aún es pronto. —Sus dientes perfectamente alineados y sus gruesos labios esbozan una sonrisa maligna. Supongo que le gusta jugar al gato y al ratón.

—Tienes razón, es pronto... y tarde, porque jamás compartiré una noche contigo. —Si quiere guerra, la va a tener.

—¡Eso lo veremos, señorita Melinda! Deduzco claramente que esta será tu habitación. —Nos miramos fijamente y pienso que esto será más duro de lo que imaginé. Este señor Landini no pensó bien la situación. ¿Por qué demonios me hizo prometerle tal cosa? Sabía perfectamente que soy débil y, claramente, humana. —Entonces, chico roba taxis, te agradecería que salieras de mi habitación. —Con un guiño lo chequeo. Le muevo las manos para que me deje sola, como si sacara a las gallinas del corral.

—¡Buenas noches! Si tienes pesadillas, puedes venir a mi cama. —Me dice entre risas mientras se aleja hacia el comedor.

Rebusco entre los cajones; necesito algo para dormir. Encuentro una camiseta de deporte. No es muy bonita, pero no voy a dormir con todo el atuendo. Al quitarme las sandalias, noto el cansancio en mis pies. No estoy acostumbrada a caminar con tacones todo el día. Ordeno el vestido, dejándolo apoyado sobre la silla del escritorio. Me estiro en esa cama gigante de dos metros, ocupando solo el filo. Todo huele a él. Debe esparcir su perfume por toda la casa. Sonrío por dentro.

A la mañana siguiente, me despierto habiendo ocupado toda la cama. Estoy enrollada en las sábanas, parezco un rollito de primavera. He dormido tan bien... Se nota que mi cama de noventa está para tirar. La habitación tiene un baño lujoso que me llama para nadar en la bañera. Parezco Julia Roberts en Pretty Woman, solo por lo de la bañera.
Después de mucho tiempo, me he permitido darme un baño relajante, y no está nada mal. Seco mi cabello. No tengo maquillaje, así que mi cara se verá más reluciente que nunca. Que se vaya acostumbrando si vamos a vivir juntos. Vuelvo a vestirme tal como iba anoche, no tengo nada más.

Salgo de la habitación sin querer hacer ruido. No quiero despertarlo, aunque necesito, a toda costa, un café. Si no lo tomo, no arranco.

Atravieso todo el pasillo y, con sigilo, se abre una puerta, dejando ver a Alan con el torso descubierto y un pantalón de pijama. Me quedo paralizada delante de él. Su mano despeina su cabello y su cara desprende una leve sonrisa matutina.

—¡Buenos días! ¿Has dormido bien? Ya estás arreglada, qué rapidez.

—¡Buenos días! He dormido bien, un poco extraña, pero bien. — Mis ojos no dejan de mirar su pecho descubierto. Este hombre debe matarse en el gimnasio, no puede ser de este planeta.

—Melinda, en la cocina estará Sofía, la asistente, preparando el desayuno. Pídele que te haga lo que quieras mientras me visto. — No imaginaba menos; viviendo solo, no podía tener la casa tan reluciente.

Descubro a una mujer preparando el desayuno. No creo que sepa que estoy aquí y decido saludarla.

—¡Buenos días! Soy Melinda. Me ha dicho Alan que puedo pedirle que me prepare un café. No quiero ser abusona. Si me dice dónde está, lo puedo preparar yo misma.

—No se preocupe, para eso me pagan. Ahora le preparo el desayuno. ¿Le apetece algo más? —Esa señora parece muy amable, aunque me siento incómoda viendo cómo otros me sirven.

—Un café y una tostada estarán bien.
Al fondo aparece Alan, elegante como siempre. Ya quisiera yo tener su armario.

—Sofía, a partir de ahora verás más a menudo a Melinda. Es mi prometida y, en unas semanas, será la señora de la casa. —Al decir esas palabras, nos miramos los dos fijamente. Noto el calor de mis mejillas tornándose rojas. ¿Por qué ahora parece que solo mirarlo me incomoda?
Nos sentamos en la mesa preparada por Sofía. No falta detalle: café,

zumo, agua, fruta, tostadas y mermelada. Desayuno con hambre; anoche no cené por su culpa. Salimos del bar sin probar bocado.

—¿Tienes algo que hacer esta mañana? —me pregunta pensativo.
—No he pensado nada —le digo la verdad, voy sobre la marcha.

—Pues ahora ya tienes algo que hacer. Tenemos planes y debemos ponernos de acuerdo con la fecha. —Su seguridad al hablar me hace creer que ha nacido para liderar. Me planea la mañana como si yo no tuviera poder de decisión.

—Me parece genial que busquemos una fecha, ¿pero es necesario pasar toda la mañana contigo? ¿No te parece suficiente que haya pasado la noche aquí? —En el fondo de mi ser, estoy deseando pasar la mañana con él. Odio empezar a sentir debilidad.

—Tú bien has dicho que no tienes nada que hacer. Yo te regalo un poco de mi tiempo —me dice burlón.

—Te crees muy chistoso. Pasaré la mañana contigo porque tenemos muchas cosas que hacer y decidir. —Porque parece que ahora la débil sea yo. No voy a dejar que me maneje. Esta familia debe ser así de convincente. Tendrán superpoderes magnéticos y una genética de infarto. Si no, no entiendo cómo, cuando estoy con él, cedo a sus peticiones.

Bajamos en ascensor y su suave mano roza la mía. Mi cuerpo reacciona a su llamada. Lo miro de reojo sin inmutarme. No quiero mirar su cara, parece que disfruta con la situación.

—Melinda, pasamos un momento por la empresa. Debo llevar unos documentos a Karen. Estamos acabando la campaña y tengo a toda la empresa trabajando sin parar.

—¿Y tú por qué no vas? —le suelto.

—Porque soy el CEO y puedo hacer lo que me dé la gana. Pero para tu información, querida socia, tu empresa está en buenas manos. Y si quieres comprobarlo, te invito a que vengas a trabajar conmigo —dice, con ese tono irónico que tanto detesto.

¿No será que ahora voy a tener que ser pluriempleada también? Me revuelve los nervios ese sarcasmo suyo disfrazado de amabilidad.

—Muchas gracias por la oferta de trabajo. Te recuerdo que yo también soy CEO. Si quisiera, podría compartir tu despacho. Pero no me interesa. Prefiero seguir donde estoy… para que veas lo considerada que soy —le respondo con una sonrisa tranquila, dejándolo sin palabras por unos segundos.

Ya en la empresa, lo acompaño hasta su despacho. Karen nos saluda con su habitual alegría, y Alan se marcha enseguida para reunirse con el equipo de diseño. Entonces, se me ocurre pasar por el despacho de Pietro para saludarlo; desde el compromiso no hemos vuelto a hablar, y tengo curiosidad por saber cómo está.

—¡Pietro, buenos días! Estos días estuve pensando en ti. Quería venir a verte —digo, entrando con una sonrisa.
Él se levanta enseguida de la silla y me saluda con dos besos, visiblemente contento.

—¡Justo lo mismo pensé yo! Estuve a punto de llamarte, pero estos días han sido un caos… El jefe quiere que todo salga perfecto. ¡Con decirte que ni he visto a mi pareja! Luca está que arde —dice con un suspiro mientras señala el montón de papeles sobre su escritorio.

Se le nota agotado. Las ojeras le delatan, pero aún conserva esa chispa simpática que lo hace tan cercano.
—No te preocupes. Cuando todo esto pase, quedamos con calma y nos tomamos ese café pendiente. Te dejo que sigas con lo tuyo —le digo con una sonrisa, y al salir le lanzo un beso desde la puerta. Me cae bien. Creo que podríamos ser buenos amigos.

Apenas cierro la puerta, Karen me intercepta con expresión divertida.
—¡Melinda! Alan está como loco buscándote por toda la oficina. Creo que pensó que te habías ido sin decir nada.
Ay, Alan... Siempre tan controlador. No puedo evitar sonreír.

16

Pov: Alan

¿Cómo puede ser que haya perdido la cabeza? No soy yo, no me reconozco. Anoche me volví loco de celos al ver a Melinda con el imbécil de Fabri. No me gustó nada que la tocara, ¡no puede tocarla! La vi incómoda cuando él le susurró algo al oído. Solo sus labios pudieron calmar mi ira. Tuve que decirle que nos fuéramos; no estaba a gusto con él tan cerca. El muy desgraciado no le quitaba ojo.

Ya en casa me sentí mejor. No quería que se fuera, no me apetecía estar solo. Su presencia me tranquiliza de una manera que me asusta, pero también me consume.
Hoy en la empresa tengo muchas cosas que gestionar. Ella, como siempre, está cotilleando todo lo que ve. He llamado a Karen para que la busque; debemos irnos y solo puedo estar un rato más con ella esta mañana, pues tengo que volver por la tarde.

Karen llega a toda prisa y me informa que Melinda está en el despacho de Pietro. Por lo visto, ahora son muy buenos amigos. Eso no me preocupa, pero me molesta.

—¿Melinda, estás? Tenemos cosas que hacer y tú entreteniendo al personal.

—¿Qué estás diciendo? Solo he ido a ver a Pietro, quería saludarlo.
— Me encanta cuando se enfurece y habla con las manos.

—¿Ya está?
—¡Sí!

—¡Pues adelante! Creo que aún no sabes con quién estás.
—Sí sé con quién estoy: con Alan Landini, el nieto del señor

Landini, mi prometido, un pedante y creído rico.
Adoro a esta chica. Sabe sacarme de mis casillas más rápido que cualquier otra persona.

—Mejor dejamos de discutir. ¡Sabes que ganaré yo!
—¿Alan, quieres que me vaya? Te juro que estás consiguiendo que me arrepienta de haber venido. — Me responde seria y seca.

—Quise que vinieras porque tengo unos cuantos diseños de vestidos de novia. Solo elige uno y te lo harán especialmente para ti.

Me mira extrañada, como si no entendiera. La veo morderse el labio inferior, tan sexy que me lanzaría a sus labios sin pensarlo. Mira todos los bocetos y se queda atónita frente a uno de ellos. Ese vestido es exactamente ella.

—¿Puedo elegir el que quiera? — me pregunta, como si estuviera comprando un dulce.
—Claro, elige el que quieras. ¿No sé si habrá alguno que te guste?

Sé que se ha decantado por uno, aunque me gusta ver cómo se siente explicando su decisión.
—Creo que me quedaré con este. Es un modelo sobrio y elegante, no es vaporoso, es recto. Quisiera que fuera de satén. No creo que vuelva a casarme con otro vestido igual.

En ese momento noto un puñal clavado en mi espalda. Esas palabras son hirientes. ¡Ya piensa en casarse con alguien más después de que se acabe esta farsa!

—Desde luego que no volverás a ponerte otro vestido de novia Landini. No te lo venderíamos.
—Entonces tendría que buscar otra marca, aunque falta mucho para

eso.
Le gusta hacerme perder la paciencia. Es mi talón de Aquiles.

Salimos de la empresa y la llevo a un restaurante en la colina. Es un pequeño palacete con una hermosa ermita. Le quiero ahorrar el trabajo de buscar un lugar para la ceremonia, pero con ella todo es impredecible. No sé por dónde va a salir. Estoy seguro de que le buscará tres pies al gato.

—Alan, ¿qué hacemos aquí?

Se ve ilusionada. Su cara refleja sorpresa. Creo que le gusta. Es un lugar apartado, tal y como ella quería.
—Es un pequeño restaurante, muy íntimo, con una ermita donde se puede celebrar la ceremonia civil.

—El lugar es precioso, no te voy a negar que me encanta, pero yo quería algo distinto. Quiero celebrarlo en mi barrio, con la gente humilde, ayudando al pequeño comercio. Conozco un restaurante pintoresco de unos buenos amigos. Les haría mucha ilusión ocuparse del banquete.

¡Desde luego, esta mujer está cada vez peor! ¿Cómo voy a llevar a mi madre a un lugar así? Ya iba a poner el grito en el cielo casándome en este parador; lo ve poca cosa. No me imagino la cara que pondrá cuando la lunática de Melinda le explique que quiere casarse en su barrio humilde. Si quieren ser enemigas, esto es un buen comienzo.

—Mmmm... ¡Melinda! A ver cómo te explico... ¿Soy Alan Landini, recuerdas? Sabes que el día de nuestra boda tendremos a nuestro alrededor cientos de periodistas y reporteros. ¿Cómo van a entender que el hombre más influyente del país se case en un restaurante de barrio? Y por no decir que a mi pobre madre la encerraríamos en un psiquiátrico.
—No es para tanto. Me dijiste que me encargara yo y eso he hecho. Supongo que tengo poder de decisión, ¿verdad?

—Sabes que mi madre te odiará…
—¡Podré vivir con ello!
Esta mujer es maquiavélica. Mis pulsaciones van de arriba abajo. ¿Cómo puede ser tan cruel y a la vez gustarme tanto?

—De acuerdo, confirma el lugar. No podemos exigir mucho a pocos días de la boda. Ahora debo dejarte en casa. Tengo mucho trabajo en la oficina.

No quiero seguir discutiendo y prefiero dejar estar el tema... por ahora.

Se baja del coche una vez hemos llegado a su casa. Al entrar en el portal no vacila, entra segura sin mirar atrás, con determinación.

Suena mi teléfono, es Karen, acepto la llamada por el manos libre.

— Karen, ¿qué pasa? — jefe, tiene que venir urgente. Tenemos un problema con Textilmax, los proveedores de la colección de hombre. Nos dicen que, si no se reúne con usted esta semana, no nos servirán los tejidos. No quieren hablar con el director de compras, quieren reunirse con el CEO. — Karen se ve altamente alterada. — Llego en cinco minutos. ¿Georgina sabe esto? No quiero que afecte al departamento de diseño. Organiza una cena con los proveedores. — Georgina es la jefa de diseño, no quiero que su equipo se vea afectado si no conseguimos las telas que han pedido para sus creaciones. Esto solo se soluciona cenando. Hace dos días les parecía correcto nuestro trato y, ¿ahora dudan?

Conduzco más deprisa de lo normal, pensando en cómo arreglar este incidente. No podemos fallar a pocos días de presentar la campaña. Tengo a los mejores diseñadores del país trabajando para mí, las mejores marcas colaboran con Landini, no puedo dejar que arruinen la nueva colección.

En el despacho convoco una reunión. Quiero saber los puntos débiles de Textilmax, debo conocer a qué atenerme si nos quieren

boicotear. Necesito ver si tienen deudas o si, por el contrario, cuentan con nuevos gerentes. Obligo a Karen a que organice una cena en el mejor restaurante de la ciudad lo antes posible. Cuanto antes podamos solucionar el tema, mejor.
— jefe, he hablado con la secretaria de dirección y me ha confirmado la cena para esta noche en Puerto Cruzado. Sobre las nueve estarán allí. — Karen es eficaz, trabaja bien bajo presión. Se diría que es una de las mejores secretarias que he tenido. — Gracias, Karen, allí estaré.

Me dejan sobre la mesa varios proyectos y presupuestos que debo repasar. Al terminar, me dirijo a casa para arreglarme; quiero llegar un poco antes a la reunión.

El restaurante es uno de los más solicitados. Tenemos contactos para poder asistir cuando lo necesitamos, ya que la lista de espera suele ser de tres meses. Si queremos impresionar, debemos estar un paso por delante.

Mauri, el mêtre, me dirige hacia un reservado, una de las mesas que suelo frecuentar. Mientras espero, el mêtre me trae un vino tinto. Abre con sumo cuidado la botella y vierte un poco de vino en la copa. Me entrega la copa para que lo pruebe. Acerco la copa para oler el aroma que desprende. Puedo notar que es un vino afrutado que me recuerda a los campos de frutos rojos. Es seco al olfato, con matices. Lo pruebo y, evidentemente, mi olfato no falla. Le agradezco al mêtre y le afirmo que el vino es correcto. Cojo el teléfono móvil para repasar los correos que no he podido contestar en todo el día.

El mêtre, por un momento, acompaña a una mujer sumamente elegante. Podría decir que la conozco, aunque ni en mis pensamientos más remotos podría imaginar esto. Es nada más y nada menos que Valeria Rosso, una amiga de la infancia. Nuestros padres eran íntimos, habíamos veraneado muchos años juntos. Ella

está igual, tremendamente hermosa. Podría decirse que el tiempo ha cuidado bien de ella, está mejor que nunca.

Lleva un ceñido vestido, muy sofisticado, con un escote pronunciado. Cualquier hombre se fijaría atentamente en sus protuberantes pechos. Sabe perfectamente que ha quedado conmigo y disfruta viendo mi cara de asombro.

— ¡Querido Alan! Cuánto tiempo sin vernos. Te diría que años. — Me saluda con un beso sensual en la mejilla, acercándose demasiado a mi boca. El beso es tan cercano que puedo notar sus pechos contra mis pectorales. — ¡Valeria! Qué sorpresa. No imaginaba verte. — Sí, soy la directora ejecutiva de Textilmax. Quería reunirme contigo en persona. Tenemos cosas pendientes. No vamos a cerrar el trato si no nos ponemos de acuerdo. — No entiendo bien a lo que se refiere. Este trato ya lo habíamos cerrado. ¿Qué es lo que cambiaba ahora? Además, ¿qué problema puede haber con ella? Nos conocemos de toda la vida. — Valeria, no entiendo qué ha cambiado. Cerremos el trato. Estamos a punto de terminar la campaña. Esto que estáis haciendo es un tanto mezquino. — Alan, nos conocemos de siempre. Sabes de sobra cómo soy. Hace poco que he adquirido esta empresa, está en la quiebra y necesito que me asegures las tres campañas siguientes. Si no, tendremos que irnos con otro cliente. — Valeria Rosso, amiga de toda la vida, me está chantajeando. La noche no podía ir peor. El día parecía tener treinta y dos horas. — Ahora mismo es imposible que te asegure tal cosa. Tenemos accionistas a los que consultar. Podríamos acabar esta campaña y luego reunirnos para estudiar qué puedes ofrecernos en las próximas temporadas y qué beneficios sacaríamos de todo esto. — Debo asegurar al menos esta campaña. — Podríamos daros exclusividad del producto. Nadie más en el país tendría nuestros tejidos y ropas. Piénsatelo y nos volvemos a reunir. Sabes que es trabajo, necesito asegurar la empresa. Te veo tan guapo como siempre. Tu dedo no lleva anillo, deduzco que no estás casado. Me extraña, después de todo. Serás el soltero más codiciado del país. — Me roza el cuello con su mano y besa mi nuca. Indefenso, muestro

resistencia. Es una mujer espectacular. En otro momento, habría sucumbido a sus encantos, pero no puedo. Mi cabeza está en otro lugar. Y no es aquí.

Es con Melinda...

17

Abrazada a la almohada con el corazón encogido, me despierto llorando y asustada, tengo miedo y siento arrepentimiento. Extiendo mi mano reflejada con los primeros rayos de sol que atraviesan la ventana y veo el anillo de casada,

cierro el puño apretando fuerte contra el pecho, me doy la vuelta y veo el vestido de novia colgado en la puerta del armario ¿Que he hecho?, no puedo estar aquí durante un año, me enfado conmigo misma porque sé que soy una egoísta, ¿por qué acepté la propuesta? me he casado con Alan para hacerle la vida imposible y siento que estoy sufriendo.
Enroscada en la enorme cama llaman a la puerta con un golpe. — Melinda, ¿Puedo entrar? Soy Sofía, te traigo el desayuno.

— Sofía no quiero desayunar.
— ¿Está bien? sé que no estás de humor, cuando te apetezca algo me avisas.

Sofía es mexicana, una mujer dulce y amable, pero ahora mismo no me apetece salir de la habitación, ella sabe de nuestro contrato, vive aquí, por el contrario, hubiera sospechado tarde o temprano, ya que dormimos en habitaciones separadas.

Esta última semana estuve llena de nervios por la rapidez que tuvimos para organizar la boda, pero los Landini no vieron inconveniente, con dinero supongo que los problemas se solucionan de distinta manera.

El mismo día que Alan me llevo a ver el palacete, lo llame para darle la respuesta que tan ansioso esperaba. Quería avergonzarlo delante

de la prensa, pero decidí cambiar de opinión y acepté su propuesta, fui demasiado condescendiente y asumí casarme allí. Esa semana fue muy complicada, tuve que ir tres veces a probarme el vestido al taller de costura, no me sentía feliz delante de aquel espejo, aunque me veía hermosa vestida de novia, aquel vestido hecho a medida, llevaba la espalda al descubierto bordada con encaje, el tejido de satén color beige lo hacía diferente, mis ojos se nublaron al verme así, las lágrimas recorrían mis mejillas destrozando el maquillaje, sabía que ese vestido no era mío, mi matrimonio sería una gran farsa, el me odiaba y se supone que yo también debía hacerlo, pero por alguna razón que desconozco mi corazón no podía, me sentía desdichada y afligida por la situación.

Avisé a mi familia, debían prepararse para el gran día y no tenían mucho tiempo. Mi padre me entregaría falsamente a un hombre que apenas conoce, el cual jamás me amará.

Las palabras de mi madre fueron duras, no quería ir a la ceremonia, no tenía intención de hacer la gran escena, pero mis súplicas y lloros ablandaron su corazón.

Brooks me apoyó en todo momento acompañándome a las pruebas del menú degustación que ofrecía el catering, esa semana apenas vi a Alan estaba muy ajetreado en la empresa, les había surgido un problema con un proveedor.

Mi lista de invitados era corta, mis padres, mi hermana con su hijo y marido, mis abuelos, Becky y los amigos más allegados de la familia, no quería una gran cosa, lo más difícil es que debía ser una boda real ante los ojos de los demás.

Daniela me llamó para reclamarme y advertirme qué si quería ser una Landini debía comportarme como tal, no como una vulgar barriobajera. Mi respuesta fue contundente, no quería ser una Landini, sólo cogería prestado durante un año su dichoso apellido, lo

de ser una mujer florero no va conmigo y la celebración la organizaría yo, una mujer humilde de barrio, como ella me veía.

Llamé a Alan muy enfadada y le sugerí por su bien que su madre no volviera a molestarme, no tenía por qué si ella sabía que esto sería un paripé. Para fastidiarlos decidí llamar al catering que se encargaba del menú de la boda y lo cancelé todo, estaban furiosos porque lo tenían todo preparado, pero les aboné el total que nos habían dicho con la tarjeta sin límite que me regaló Alan. Está vez lo haríamos a mi manera y llamé al restaurante de mi barrio para que se encargarán ellos mismo de llevar la comida del banquete, iba a disfrutar muchísimo viendo la cara de mi futura suegra.

Alan más tarde me llamó explicando que habían llegado unos documentos a su oficina, eran los papeles de la herencia que los dos teníamos que firmar. Quedamos que pasaría en algún momento de la semana a firmarlos.

Quise ir el mismo día. No pude evitarlo. Tenía la necesidad de verlo, de enfrentarme a él, de entender qué demonios sentía en medio de esta locura. Al llegar a la oficina, saludé a Karen. Nos abrazamos como si nos conociéramos de toda la vida, como si aquel gesto pudiera aliviar el temblor que sentía por dentro.

—Melinda, Alan está reunido con una visita importante. Llevan un rato... Supongo que no tardará en salir —me dijo con amabilidad.

Me senté en el sofá de la entrada, esperando para firmar. Las piernas no me respondían del todo. Estaba nerviosa. Hacía cuatro días que no veía a Alan. Y desde aquella noche que pasé en su casa… no habíamos cruzado más de tres palabras.

Entonces lo vi. Un escalofrío helado recorrió mi espalda. Del despacho de Alan salió una mujer impresionante: cabello largo, ondulado, perfectamente peinada; un escote tan generoso que dejaba poco a la imaginación, mientras se abrochaba con lentitud los botones de su blusa. Reía, como si su risa pudiera envolver todo a

su paso. Alan iba detrás de ella, con la mano en su espalda y limpiándose una mancha de carmín del cuello. Era evidente que eso no había sido una simple reunión.

Mis manos temblaban. Apreté con fuerza el asa del bolso que descansaba sobre mis piernas. Alan, al verme, dejó caer el brazo que aún rozaba la espalda de esa mujer. Su mirada cambió. Se tensó. Me observó con desconcierto, quizás con un atisbo de culpa. Sus pasos se separaron de los de ella. Karen, incómoda, intentaba fingir que no había visto nada. Pero lo vio. Todos lo vimos.

Yo bajé la mirada. Tragué mi orgullo, aunque me ardía la garganta. Me odié por haber venido. No quería que Alan supiera cuánto me había dolido aquella escena, pero lo cierto es que me rompió por dentro. Una punzada aguda me atravesó el pecho. Quise gritar, correr, golpear algo. Pero no hice nada. Me quedé allí, paralizada. ¿Por qué dolía tanto? No éramos más que dos desconocidos fingiendo amor por una herencia envenenada… y, aun así, me sentí traicionada.

Él la acompañó hasta el ascensor. Su despedida fue fría, formal, como si ya no tuviera sentido seguir con el teatro. Desde la distancia, sabía que lo había descubierto. Pero yo decidí hacer lo único que me quedaba: ignorarlo. Fingir que me daba igual. Aunque por dentro me estuviera rompiendo.

Me levanté del sofá cuando él aún estaba con ella. Entré sin pedir permiso en su despacho y dejé el bolso caer sobre la silla con rabia contenida. Quería firmar esos malditos papeles y largarme. Me sentía humillada. Asqueada. ¿Y si habían tenido sexo ahí mismo? Busqué con la mirada alguna señal, algún rastro que confirmara mis peores pensamientos. Pero no. No había signos de guerra. Aun así, la imagen de ellos dos seguía dándome náuseas. Me sentía pequeña, impotente, devorada por una tormenta de emociones.

Alan entró de golpe, cerrando la puerta tras de sí con fuerza. Estaba tenso. Se acercó a mí con intención de disculparse, pero retrocedí de inmediato. No quería tenerlo cerca. Me había herido, aunque él no tuviera ni idea de cuánto.

—Melinda, no pensé que vendrías hoy. No concretaste cuándo pasarías...

—Si mal no recuerdo, soy la prometida de Alan Landini, y junto a ti, la accionista mayoritaria de esta empresa —le espeté, con la voz firme, aunque por dentro temblara—. ¿Crees que necesitas decirme cuándo puedo venir? Dame los documentos que tengo que firmar. Quiero irme cuanto antes. Estoy contando los días para que termine este año a tu lado. No puedes ni imaginar cuánto te odio.

No quería parecer débil. No iba a permitir que pensara que podía hacerme daño y salir impune. Me había expuesto delante de Karen, y eso no se lo perdonaría jamás.

—Ten los documentos —dijo él, señalándolos sobre el escritorio—. Puedes venir cuando quieras. No era mi intención molestarte. Cuanto antes firmemos, antes terminamos esto. Y si estás tan molesta, puedes rechazar la herencia. Yo me haré cargo de todo.

Ahí estaba. Pensaba que cedería. Que iba a rendirme. Pobrecito Alan, no sabía con quién estaba tratando.

—No te preocupes. En tres días estaremos felizmente casados. Ya puedes ir avisando a esa mujer que si vuelve a tocarte cuando estés casado conmigo, no responderé. Y te juro que romperé el contrato… pero será para que lo pierdas todo. ¡Quedas avisado! Y tómalo como una amenaza. Me importa un carajo lo que hagas después de mí. Estaba tan furiosa que no podía ni verlo. No quería que me mirara. No quería escuchar sus excusas de niño rico herido. Podía quedárselas todas. Ya no me valían.

Salí de allí, que se me comían los diablos. Parecía una demente hablando sola por la calle.Aún no entendía bien lo que me pasaba, ¿por qué sentía ese dolor en el pecho? Parecía que me faltaba el aire y mis ojos tenían ganas de llorar. Caminaba y la escena se repetía: podía ver a Alan limpiándose ese beso y a esa mujer saliendo de allí como una estrella triunfal. Me fui a casa triste, sabiendo que mi corazón ahora le pertenecía porque el muy caprichoso había elegido a Alan. Mi cabeza no quería, ¿por qué no podía haber elegido a Fabri? Seguro que todo hubiera sido distinto, seguro que con él sería feliz.

Esa noche, Alan me llamó varias veces, no quise contestar. Le envié un mensaje para que me dejara, no quería saber nada más de él hasta la boda.

"¡Alan, no me llames! Nos vemos el sábado en la ceremonia, no te preocupes porque está todo organizado, así que no necesitamos hablar de nada más. Ciao."
Leyó el mensaje y no me contestó. Los días siguientes, hasta llegar a la boda, tampoco tuvimos contacto. Fue difícil. Tuve pensamientos de abandonar. Lo único que me hacía seguir adelante era imaginar que lograría tener la residencia para ancianos.

La mañana de la celebración fue caótica. Salí a respirar aire puro, necesitaba pasear por la ciudad y pensar, pero notaba que alguien más seguía mis pasos. Me adentré en el parque central y allí estaba ella, buscándome.

— ¡Melinda, detente! ¡Quiero hablar contigo! — Laura gritaba sin aliento. Parecía que había salido a correr o a matar a alguien. Llevaba un chándal oscuro y tuve que mirar dos veces porque no la distinguía.

— ¿Qué haces persiguiéndome? Si vienes a molestarme, no respondo. Más vale que te marches. — Estaba harta de aguantar las majaderías de todos.

— Quiero que sepas que Alan es mío. Puedes casarte con él, puedes pasar un año a su lado, pero su corazón me pertenece. — Se notaba muy preocupada, hacía mala cara, tenía ojeras. — ¡No me interesa! Te diré más: ya sabes que solo quiero mi parte de la herencia. Yo de ti me preocuparía más de otras mujeres que están con tu Alan. — Le advertí que ella no era la única.

— ¿Qué quieres decir con eso?
— Pues que Alan ve a otras mujeres, ¿no te creerás que te es fiel? Él no quiere a nadie más que a sí mismo.
Laura se fue indignada, con la duda de si lo que le había dicho era cierto. Me dio igual.

Llegué a casa y mi familia estaba peor que yo, corriendo por los pasillos. Mi madre me ayudó a ponerme el vestido. Mientras me iba colocando el tocado en el cabello, miraba la ventana con mis pensamientos en blanco. No tenía pensado volver otra vez a casa, quería que esta vez fuera la definitiva. Miré la habitación para recordar este día. Mi madre logró decirme, entre lágrimas:

— Aún estás a tiempo de arrepentirte, puedes hacerlo. No te cases con alguien a quien no amas. — El problema era que mi corazón ya había decidido, ¿cómo podía ahora explicar que me había enamorado de él?
Ese día parecía un funeral en vez de una boda. Se suponía que debía ser el día más feliz de mi vida y me sentía desdichada.

Becky entró en la habitación con una sonrisa, estaba pletórica. Llevaba un vestido azul turquesa con falda corta de tul, parecía una muñeca, estaba preciosa.

— ¡Felicidades, amiga! Es esto lo que querías, ¿verdad?
Empecé a hacer pucheros, estaba destrozada, no podía estar alegre.

— ¡Melinda, no me lo puedo creer! ¿Te has enamorado del chulo de Alan? ¿Qué ha pasado? — Su cara de sorpresa y preocupación necesitaba saber la respuesta.

— No lo sé, no quería, pero no he podido remediarlo. Lo odio por ello. Odio querer estar con él. — No podía dejar de llorar, de mostrar debilidad. Yo no era así, quizás se me había caído la armadura.

— Eso es bueno, amiga, puede que te cases con el hombre de tu vida y seáis felices para siempre.
— ¡No digas estupideces! No puedo ser feliz con él, ¿no lo entenderías? Él no quiere a nadie, hace unos días lo pillé con una mujer en la oficina.

— Aún estás a tiempo de decir que no, siempre podemos salir corriendo de la ceremonia, dirección las islas Maldivas — me dice con una cómplice sonrisa.

— Eres mi única amiga, gracias por estar ahí.

El camino al palacete fue largo, tenía la sensación de no llegar. Nos bajamos del coche, un Rolls-Royce blanco. Iba del brazo de mi padre. El vestido color beige de satén lucía espectacular, me habían peinado con un semi recogido ondulado. El maquillaje era fino y suave, el velo era corto y se sujetaba por un tocado en la nuca. La gente aplaudió al verme, me esperaban, se suponía que era mi día y debía brillar de felicidad. Ami llegada, los periodistas no dejaban de hacer fotos, habían habilitado un stand para ellos.

Entré en la ermita acompañada de mi padre, sonaba la música de Bruno Mars y él estaba allí, impresionante, parecía un modelo sacado de una revista. Nuestras miradas coincidieron, él miraba mis ojos vidriosos por las lágrimas retenidas. Las piernas me temblaban al caminar encima de la alfombra dorada y el recorrido para llegar a él era interminable. Me dije que el lugar había quedado precioso, estaba decorado con hermosos jarrones llenos de orquídeas blancas. Tenía la sensación de haber aterrizado en el cielo. Mi familia, sentada en primera fila, sonreía dulcemente. Se les veía forzados, pero sabían que necesitaba su apoyo.

Mi padre entregó mi mano a Alan, expresando unas hermosas palabras:

— Alan, te entrego la mano de mi hija. Espero que te ganes su corazón. Si en algún momento decides romperlo, nosotros recogeremos los pedazos y sabremos recomponerlo. — Miré a mi padre a los ojos y le di un suave beso en la mejilla...

18

—Alan Landini, ¿aceptas por esposa a Melinda

Smith y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida? —preguntó el juez con solemnidad.
Un silencio pavoroso recorrió la ermita. Podía escuchar la respiración contenida de algunos invitados, el susurro del viento colándose por alguna puerta abierta y el lejano tintineo de la decoración, Alan alzó la vista hacia el techo y se mordió el labio, como si estuviera debatiéndose consigo mismo.

—¡Sí, quiero! —exclamó finalmente con la mirada perdida. Su voz sonó firme, pero había algo en su tono, en la rigidez de su postura, que delataba lo evidente: no era lo que deseaba. Sin embargo, no tenía opción. Su abuelo lo había obligado a aceptarme como su esposa.

El juez se volvió hacia mí.

—Melinda Smith, ¿aceptas por esposo a Alan Landini y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida?

Respiré hondo. Mi mente estaba en blanco, pero las palabras salieron de mi boca sin esfuerzo, como si las hubiera ensayado un millón de veces.

—¡Sí, acepto!
Fue como lanzarse al mar helado sin pensarlo demasiado, para no sentir el frío hasta que el agua ya te ha envuelto por completo.

Alan tomó la alianza y la deslizó en mi dedo con una delicadeza que me sorprendió. Mientras lo hacía, me miró tímidamente. Su actuación era impecable; cualquiera diría que estaba enamorado.

Cuando llegó mi turno, tomé su mano. Su piel era tersa y cálida. Me costó más de la cuenta colocarle el anillo, así que insistí con algo más de fuerza hasta que finalmente lo encajé en su dedo. —Entonces, yo os declaro marido y mujer. Podéis besaros.

La sala quedó en suspenso. Miré a los invitados. Algunos sonreían con expectativa, esperando el beso que sellaría nuestra unión. Otros, los que conocían la verdad, nos observaban con una mezcla de lástima y curiosidad.

Alan asintió levemente. No había escapatoria.
Yo me quedé paralizada. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Él se acercó con seguridad. Sus grandes manos rodearon suavemente mi cuello, y antes de que pudiera reaccionar, sus labios tocaron los míos.

Un escalofrío me recorrió la piel.

El contacto fue electrizante, mucho más de lo que había esperado. No era solo un roce fingido; era real. Mi cuerpo, traicionándome, se dejó llevar por la calidez de su boca.

Quise probar más de su sabor, así que entreabrí los labios. Mis manos, como movidas por un impulso ajeno a mi razón, acariciaron

su rostro. Nunca antes lo había tocado así. En ese instante, sus dedos descendieron por mi espalda hasta rozar mi cintura.

El estruendoso aplauso de los invitados me arrancó de ese momento irreal. Abrí los ojos de golpe y me aparté, sintiendo el rubor subir a mis mejillas.

Alan también se alejó, carraspeando con incomodidad. Ambos estábamos abochornados por tantas miradas puestas sobre nosotros.

A nuestra salida, la gente nos rodeó para felicitarnos. Entre sonrisas y frases hechas, los invitados se paseaban luciendo sus mejores galas, casi todos vestidos con la exclusiva firma Landini. Las mujeres conversaban sobre el evento, los hombres hablaban de negocios… y yo solo buscaba a mi familia. No quería sentirme sola.

Alan tomó mi mano con discreción y me llevó a un rincón apartado.

—Aún no te he dicho que hoy estás preciosa —dijo en voz baja— . Ese vestido parece diseñado solo para ti. Si no supiera que me odias, pensaría que tus labios querían mis besos.
Sus palabras me tomaron por sorpresa. No supe qué responder de inmediato.

—¡Solo ha sido un beso! —solté, a la defensiva—. Debíamos hacerlo, todos lo esperaban.
—¿Y tú? ¿Tan malo es ser la señora Landini y estar casada conmigo?
Su tono sonaba casi inocente. Su mirada, intensa, parecía querer leerme por dentro. Estaba tan guapo que tuve que apartar la vista.
—Creo que este no es el lugar ni el momento para hablar de nuestros problemas —musité.
Era verdad. Mis labios no habían mentido. Quería sus besos. Pero no eran para mí.

Debía concentrarme en mi propósito. Me había casado para arruinarle la vida… pero ahora sentía que la única vida que se estaba

arruinando era la mía.

El salón era un espectáculo. Las mesas estaban decoradas con jarrones enormes llenos de flores blancas, los manteles brillaban en dorado y las sillas llevaban lazos elegantes. Todo parecía sacado de un cuento.
Mis padres se sentaban a mi lado en la mesa nupcial. Frente a nosotros, Daniela y un joven llamado Liam.

Al ver a Daniela, recordé mi pequeña venganza. Había cambiado el menú de degustación por una selección del restaurante de mi barrio.

Los invitados quedaron encantados con la comida. Me felicitaron por haber apostado por algo diferente.
Pero Daniela… Daniela no estaba nada contenta.
Ella era la reina y debía brillar. Pero yo le había robado su momento.

Vestía un sofisticado diseño Landini de color vino, con transparencias y plumas. Se movía con elegancia, como si estuviera en una pasarela, asegurándose de que todos la miraran.

No tardó en llevarme a un rincón y soltarme su veneno.

—¿Qué problema tuviste con el catering? —espetó con desdén— . ¿Decidiste apoyar a los empresarios de tu barrio? ¡Los platos eran demasiado simples, sin clase… como tú!

Le sostuve la mirada sin inmutarme.
—Querida suegra, me sobra clase —respondí con una sonrisa irónica —. Y respecto a sus amistades… creo que podrán sobrevivir.

Se alejó con una mirada de advertencia.
En medio de la fiesta, mi mirada se cruzó con la de Liam. Era alto, de porte elegante, vestido con un traje Armani azul oscuro.
—¡Felicidades, Melinda! Soy Liam, el mejor amigo de Alan. Me han hablado mucho de ti —dijo con una sonrisa encantadora.
—¡Encantada, Liam! Espero que no te hayan hablado demasiado mal

de mí —respondí con humor.
—Todo lo contrario —contestó, aunque noté un leve tono de cortesía en su voz.
Nos despedimos y me reuní con Becky.
—Amiga, ¿quién es ese bombón?
—Liam. El mejor amigo de Alan.
—¡Lo tiene todo! Seguro que tiene pareja… o le gustan los hombres. No me creo que esté disponible.
—Pues ve a averiguarlo —le guiñé un ojo.
Me giré para ver a mi familia. Se notaban incómodos.
Alan se acercó a ellos.
—Señor y señora Smith, espero que estén disfrutando… dadas las circunstancias.
Mi madre suspiró.
—Alan, nunca imaginé la boda de mi hija así. Pero hemos tenido que aceptar su decisión.
Su tristeza me golpeó en el pecho.
Y, por primera vez desde que empezó todo, sentí que tal vez estaba jugando un juego demasiado peligroso.

Deseaba más que nada en el mundo que la fiesta terminara. Pero, de pronto, las luces de la sala se atenuaron, la gente en la pista de baile se hizo a un lado para que nosotros cerráramos la noche con nuestro primer baile como esposos (en realidad, el único).

Alan, al notar lo surrealista de la situación, extendió el brazo, invitándome a seguirlo. Entretanto, sonaba *You Are The Reason*. Le di la mano y me atrajo hacia él, uniendo nuestros cuerpos.

Sus ojos se clavaron en los míos. Su mirada era profunda, en ella encontraba una paz inesperada. Al ritmo de la música, bailábamos la que, al parecer, ahora era nuestra canción. Sus manos recorrieron mi figura hasta posarse en mis caderas, y un escalofrío me recorrió la piel. *¿Por qué este hombre tiene poder sobre mí?*

La música terminó, y con ella, la fiesta. Los invitados comenzaron a despedirse y a marcharse. Mis padres esperaron a que estuviera libre para hablar conmigo.

—Melinda, ¿dónde irás esta noche? —preguntó mi padre, con evidente preocupación.

—Debo ir a casa de Alan, el contrato nos obliga a vivir juntos. No os preocupéis, sabéis que sé cuidarme sola —respondí con firmeza.

Los abracé y besé con fuerza. Iba a extrañarlos.

Alan me observaba en un segundo plano mientras me despedía de mi familia. Luego se acercó para acompañarlos hasta la salida. Mientras tanto, yo recogí mis cosas y lo busqué. Quería irme, pero no iba a ser tan fácil.

A la entrada del restaurante, Daniela y Alan hablaban animadamente con una mujer espectacular. Al acercarme, descubrí que era la misma que había salido de su despacho días atrás. Me detuve detrás de ellos, analizando la situación. *¿Qué hacía esa mujer en mi boda? ¿Quién la había invitado? ¿Se conocían todos?* Demasiadas preguntas sin respuesta.

Ella fue la primera en notar mi presencia. Su mirada, desafiante y atrevida, se clavó en la mía.
—¿Melinda? No nos han presentado. Soy Valeria Rosso, gran amiga de la familia —dijo con una sonrisa que no me gustó nada.

Alan se giró para verme. Sabía que la recordaba; esa escena era difícil de olvidar.

—Veo que conoces mi nombre. Yo acabo de aprender el tuyo. Mucho gusto, aunque llegaste un poco tarde a la fiesta. Quizás quieras llevarte a mi marido a un lugar más íntimo —solté, sin poder ocultar la furia que me hervía por dentro. *¿Cómo se atrevía a venir a la boda?* ¿YAlan? ¿De verdad tuvo el descaro de invitar a su amante?

Esto se estaba convirtiendo en una pesadilla de la que no podía despertar.

—Melinda, nos vamos a casa. Por hoy ya hemos tenido suficiente —Alan intentó calmar la tormenta antes de que explotara. —Lo que hubiera dado porque vosotros dos acabarais juntos… —intervino Daniela, con su veneno habitual.
—¡Tranquila! Nunca es tarde —le recordé, con ironía.

Me alejé de la conversación como pude, pero la ira me devoraba por dentro. *Odiaba a esa familia.* Ahora entendía mejor por qué el señor Landini quería hacerles la vida imposible.

Volví a entrar al restaurante y me apoyé en la primera mesa que encontré. Las lágrimas ardían en mis mejillas, mis manos temblaban tanto que apenas podían sostener mis pertenencias. Salí corriendo al baño antes de que alguien me viera así. Me lavé la cara, repasé el maquillaje y me acomodé el vestido. Luego, respiré hondo y volví al salón, donde Alan me esperaba sentado en una de las sillas.

—¡Quiero irme ya! —dije, tajante.
—Perfecto, vámonos —respondió sin discutir.

A la salida, se despidió de las dos arpías con un beso en la mejilla. Valeria le dio un beso lento, cargado de intención. *Experta en seducción.* Tal vez, viéndola, podría aprender algo.

El trayecto a casa transcurrió en un silencio espeso. Ninguno de los dos dijo nada. Yo me perdí en pensamientos llenos de preguntas sin respuesta.

Me dolía ver a Valeria tontear con Alan. No estaba dispuesta a pasar un año con esa mujer en mi vida.
Al llegar, dejamos las maletas en la entrada. Sin decir nada, me encerré en mi habitación.

Me quité el vestido como pude; los botones de la espalda eran casi imposibles de desabrochar. Cuando lo logré, la furia me consumía. Con rabia, lancé todo lo que tenía a la vista. Terminando desnuda, sentada en el suelo, apreté el vestido entre mis manos con cólera, como si destrozarlo pudiera aliviar la ansiedad que me ahogaba.

Alan llamó a la puerta.
—Melinda, ¿estás bien?
No respondí. Él abrió con cuidado y me encontró en el suelo, semidesnuda, temblorosa. Se acercó y me ayudó a incorporarme.

Yo sollozaba sin poder mirarlo. Entonces, me abrazó. Su calor me envolvió, y sus labios comenzaron a recorrer mi cuello con una dulzura inesperada, mientras sus manos secaban mis lágrimas.

Mi mente se nubló.

Acepté sus besos sobre mi piel. Con torpeza, le desabroché la camisa, rozando su espalda musculosa. La luz de la luna entraba por la ventana, iluminando sus perfectos pectorales. Contemplé su pecho, lo acaricié. Alan no me daba tiempo a reaccionar. Su mano rozó mi sexo y, embriagada por el momento, estuve a punto de dejarme llevar. Pero entonces, mis celos me despertaron de golpe.

Él tenía a otra.
—No puedo. No quiero. Tienes novia, tienes amante y ahora también una esposa —lo aparté, aunque apenas tenía fuerzas. Alan, solo con el pantalón puesto, me miró con seriedad. —No tengo novia. Ni he tenido amante. Solo te tengo a ti. Eres mi esposa.
Sus palabras me dolieron más de lo que esperaba. No quería escuchar mentiras.

—¡Valeria Rosso salió de tu despacho! Algo hicieron, y sabes que no miento. No me gusta que me vean la cara. Y Laura... ella sigue esperando que vuelvas. Nosotros tenemos un acuerdo, Alan. Sabemos lo que hicimos. No deberíamos ser más que dos personas casadas por obligación para obtener una herencia.

Su semblante cambió. Algo en mis palabras lo hirió. Sin decir más, salió y cerró la puerta de un golpe, haciendo temblar la casa.

Me quedé en silencio. Cogí el vestido del suelo y lo colgué en la puerta del armario. Luego, recogí el desastre que había hecho y me tumbé en la cama, abrazando la almohada.

En esta vida, todo tiene un precio.
19

Desayuno en la cocina. Sofía ha preparado café y tostadas; huele delicioso. Le pregunto por Melinda, pero me contesta que no quiere salir de su habitación. Imagino que aún estará enfadada. Anoche pasamos de estar a punto de hacer el amor a odiarnos como siempre. Estaba allí sentada, indefensa, su cuerpo casi desnudo me parecía perfecto. Tocar su piel provocó en mí un deseo ineludible; su suavidad electrocutó mis sentidos. Perdí la razón y no supe reaccionar de otra forma. Solo con verla despierta

en mí una atracción imposible de contener. Desde que la vi con aquel vestido de novia, mi mente no ha dejado de desearla. Cuando entré en la ermita, vi sus ojos vidriosos de tanto llorar. No quería hacerle daño y pensar que llevaba días sin saber de ella me atormentaba. Creí que se echaría atrás... Pero es fuerte y orgullosa. Y aunque me deteste, ha preferido casarse conmigo.

En la oficina, el trabajo es prioritario. Todos vamos a destajo. Debemos terminar la presentación de la nueva colección. El proyecto es arriesgado: hemos decidido lanzar una línea de ropa interior aparte de la actual. Hay incertidumbre, es un sector que aún no hemos explorado y el temor al fracaso está presente.

Marketing me ha informado que han contratado a la famosa modelo Lucrecia Portino y al futbolista Asier Masini. Serán la imagen de esta temporada. Estamos desarrollando una campaña estratégica. Hoy tengo reunión con todo el equipo. Pietro y Georgina me mostrarán posibles ubicaciones para el desfile. Mi deseo es que se celebre en

Milán. Después de eso, deberemos cerrar una fecha y contratar nuevas modelos: queremos versatilidad. El espectáculo debe tener un concepto; cada año reflejamos un tema de actualidad, aunque de eso ya se encarga el departamento de publicidad. Yo controlo los presupuestos, superviso la colección y organizo el desfile. Georgina y su equipo son responsables de la ejecución ese día.

Los departamentos me informan a diario. Todos los informes pasan por mis manos. Necesito conocer hasta el último detalle de lo que dirijo. Esta semana tuvimos un incidente con los tejidos de TextilMax. Valeria quería cerrar un contrato por tres temporadas, pero solo le pude garantizar esta campaña. Al menos decidió apoyarnos y seguir adelante con el pedido. La conozco bien: es decidida y siempre consigue lo que se propone.
El día que Melinda vino a la oficina a firmar los papeles, Valeria se me insinuó. Intentó algo más que una conversación privada. No accedí, no porque no me atraiga —es hipnóticamente bella— sino porque no estoy dispuesto a perder la empresa por un coqueteo. Melinda ya me advirtió: podría perderlo todo si no cumplo mi palabra.

A media mañana salgo de la oficina. He quedado con Liam y Robert para almorzar, antes de que Robert se marche a los Emiratos Árabes para terminar el proyecto. Subo a la terraza del Club, soy el primero en llegar. Me parece que soy el que más trabajo tiene y el más organizado... desde ya.

Enseguida aparecen. Caminan bromeando y riendo.

—Porque sé que te tienes que ir, si no, hoy no habría quedado. La empresa está centrifugando, vamos muy estresados con la presentación —les digo.

—Alan, tómate la vida de otra manera. No sufras tanto — responde Robert, tranquilo, bebiendo de su copa.

—¿La vida de otra manera? ¿Como tú? Tío, soy dueño de una de las mejores empresas del mundo, no me puedo permitir vivir como tú. Tengo responsabilidades.

—¡Ey! Haya paz. Robert, deja a Alan. Tú jamás podrías llevar Landini. Hay que tener un par de huevos para gestionar esa empresa —interviene Liam, con su sensatez habitual. —Bueno, va. Dejemos de hablar de trabajo, que Liam se va. Y aún no nos has contado cómo fue la noche de bodas. ¿Cómo fue con tu mujercita?
—Robert no sabe nada y quiere detalles. Tengo que mentir para salir del paso.

—Una noche como cualquier otra a su lado. ¿Y tú, Liam, cuándo te marchas?
—Esta noche. Mañana tengo que estar allí —responde con cara de cansancio. El viaje exprés le está pasando factura.

Almorzamos y, como siempre, Robert se acerca a la camarera. Ellos dos coquetean siempre que pueden. Aprovecho para pedirle un favor a Liam.

—Amigo, pásame el contacto de aquel tío. Necesito que siga a Melinda sin que ella lo sepa. Quiero saber qué hace, más que nada por seguridad… si voy a vivir con ella, al menos saber que no es una asesina en serie. Y también porque no tengo claro qué piensa hacer con la herencia de mi abuelo.

—Perfecto. Desde ya se pone con ello.

Nos abrazamos como hermanos. Me despido de Liam esperando que la próxima visita sea más larga. Yo no puedo quedarme más tiempo con ellos; los compromisos y la campaña me absorben.

Al llegar a la oficina, Karen me espera con la agenda en mano. Me sigue comentando todo lo pendiente: a las 16 h, visita al taller; a las 17 h, reunión general; a las 19 h, reunión con Georgina. Hoy la agenda está más apretada de lo normal.

—Karen, descansa. No hace falta que estés tan alterada —se la ve sofocada, quizás no ha comido.

—Jefe, no ha dejado de sonar el teléfono y la señorita Laura está esperando en la sala. Se me acumulan los pendientes —me responde mirando la pantalla.

—¿Sabes lo que necesito, Karen? Que comas y respires un poco. No puedo permitir que enfermes, y menos esta semana. Cuando puedas, haz pasar a Laura.

—¡Perfecto! Y después me tomaré un descanso —dice aliviada. Estaba roja como un pimiento.
No puedo permitir que mi equipo se descuide. Quizás Karen necesite un asistente. Lo valoraré.
Sabía que Laura aparecería. Y hoy es el día. No tengo tiempo ni ganas de verla.
Entra en mi despacho, deja sus cosas en el sofá, se sienta en el borde de la mesa. Está enfadada, resentida. La conozco bien.

—¡Felicidades, señor Landini! Ya está casado y su empresa no peligra. Podría decirse que ya es dueño de la mitad —su ironía me hace perder el interés.

—¿Qué haces aquí? Recuerda que dijimos que no podíamos vernos. Sé que estás enfadada, pero esto ya lo sabías. No merece la pena seguir así.
—¿Qué intentas decirme, Alan? Sé tu secreto. Y la prensa me pagaría muy bien si lo contara.

Su amenaza me hace reaccionar.

—Laura, quizás no sabes quién soy. Amenazarme no es buena idea. Mejor lárgate y hablamos otro día, cuando estés más tranquila.

—¡Cariño, lo siento! Estoy celosa. No soporto la idea de que vivas con esa inútil —me duele oírla hablar así de Melinda. La acompaño a

la salida. Su presencia me ha perturbado. Saber que puede filtrar mi secreto me hace desconfiar de ella.

En la sala de reuniones decidimos que el desfile será en Milán. Ajustamos el presupuesto en modelos y la nueva línea está lista. Podemos respirar más tranquilos.

Recojo mis cosas. Son casi las nueve. Estoy agotado. El día ha sido extenuante. Quiero llegar a casa, pero me inquieta saber que Melinda estará allí. Es nuestro primer día tras la boda, y convivir con alguien con quien no tengo conexión… no será fácil.

El ascensor se abre al salón. Oigo ruido en la cocina. Dejo la chaqueta en la silla y busco a Melinda. Quizás esté en su habitación.

—Buenas noches, Sofía. ¿Salió Melinda de su cuarto? —Sofía está acabando la cena. Huele a pollo con verduras. Abro un armario, cojo una copa y me sirvo vino.
—La señora Melinda salió por la mañana y aún no ha vuelto.

Hoy no trabaja. Sé perfectamente qué días va a la residencia. Me molesta no saber dónde está. Nuestra discusión de anoche me ha dejado descolocado. Todo esto es una locura.

Me siento en el sofá, pero no consigo concentrarme. Pongo una película para distraerme, pero pierdo el hilo mirando la hora en el móvil. Estoy intrigado. ¿Con quién habrá quedado? Espero que con Becky. Solo imaginar que ha estado con Fabri me enciende.

Aparece una hora más tarde. Lleva un vestido de nuestra colección. Está preciosa. Me enfada lo atractiva que es. Se queda observando, y decide saludar.

—Buenas noches. Ya he cenado. Me voy a mi habitación —se queda pensativa. Está poderosa. Sé que me odia. Su cuerpo rígido me provoca. Quiero abrazarla.

—¿Dónde has estado? Es muy tarde —no sé por qué pregunto tanto. ¿Acaso soy su carcelero?
—Pareces mi carcelero —su tono rebosa rencor.
—No lo soy. Pero vivimos juntos, y me gustaría saber dónde estás, por si acaso.
—¿Preocuparte? ¿De mí? No me hagas reír. ¿Quieres que te ponga mi ubicación en el móvil?
—¿Melinda, de verdad no sabes vivir sin discutir? Estoy agotado.

Tenemos mucho trabajo. ¿Crees que estoy para tus tonterías? —Eres tú quien finge que le importa —su voz suena herida. Y me duele.

—Al menos podríamos llevarnos medio bien.
—Lo intentaré —responde bruscamente y se marcha.

—¿Así termina todo? —últimamente siempre huye. Siempre quiere la última palabra.
—¡No terminará hasta dentro de un año!

Me deja solo en el pasillo. Pero hoy no cedo. Abro la puerta de su habitación. Está cambiándose. Se queda quieta. Me acerco, la acorralo con los brazos, su respiración se acelera. Su mirada vulnerable me enciende aún más. Le aparto el flequillo, el vestido cae al suelo. Intenta agacharse, pero mi cuerpo se lo impide.

Huelo su cuello. Su perfume me embriaga. Acaricio su hombro. Sus manos temblorosas me tocan el pecho. Quiero besarla. Quiero hacerla mía.

—Ahora mismo te haría cosas que nadie más podría hacerte —le susurro. Ella intenta escapar.
—Alan, por favor, no sigas. ¡Te odio!
—Meli, mi Meli… Ahora estás conmigo. Y no siento que me odies.

Le acaricio la mejilla. Beso su frente. Sus ojos brillan con una emoción distinta.

—¿Por qué me haces esto? No quiero ser una más de tus conquistas. ¡Déjame!

Acerco su cara a la mía. La beso. Me corresponde. Sus manos acarician mi cuello. Gime suavemente. Me gusta. Sus caderas intentan apartarse. Me empuja. Me separo.

La miro, de pie, junto a la pared.
Y sé, con certeza, que ahora… **ella es la única.**
20

¿A qué está jugando? Este hombre puede con mi

paciencia. Está decidido a desequilibrarme; sus trucos para seducirme me desconciertan. Aparece en mi habitación justo cuando me estoy cambiando de ropa y se acerca sin decir palabra, con la intención de besarme. ¿Cree que voy a ceder? ¿O por el contrario quiere que me marche de aquí? Sabe que si no aguanto un año casada con él perderé la herencia, y el muy descarado intenta desbancarme con su atractivo físico y sus palabras

envolventes. Pero su plan conmigo no funciona. Si quiere guerra, tendrá guerra.
Esta mañana salí de casa. Me sentía atrapada, como si el aire no bastara, así que decidí salir en busca de algo que me recordara quién soy. Fui al despacho del notario a pedirle las llaves de la casa del Señor Landini. Al verme, enseguida recordó quién era. Supongo que no tendrá muchas clientas con problemas tan particulares: obligar a dos personas a casarse por una herencia es, cuando menos, descabellado.

Recogimos las cosas y me acompañó hasta la casa.

Se encuentra en medio de la ciudad, en lo alto de una colina. Es más bien una mansión, rodeada de árboles, de aire solemne, con una arquitectura peculiar que refleja cierto gusto por el detalle. Parece que el Señor Landini amaba la construcción, porque su casa es, en sí misma, una obra de arte. Está rodeada por una valla, lo que dificulta el acceso y aumenta el misterio.

El muchacho que me acompañaba quedó perplejo. Paseamos con cautela, los ventanales cerrados le daban un aire de abandono. Al entrar, dejé que él pasara primero; no sabía qué podía encontrarme. El olor a cerrado era molesto y la oscuridad del interior, inquietante. Supongo que hacía mucho que nadie cruzaba esa puerta. Aun así, me divertía la idea de estar allí, explorando los recuerdos del Señor Landini. Levantamos las persianas, y poco a poco la luz reveló una casa cargada de historia, con fotos, detalles, y una energía extraña... daba un poco de yuyu, la verdad. No me considero miedosa, pero allí sola no me hubiera atrevido a entrar. Espero que con tiempo y una buena reforma, todo eso cambie.

Me imaginé al Señor Landini sentado en el sofá, desayunando un café en la cocina, sonriendo con nostalgia. Quise creer que alguna vez esa casa estuvo llena de amor.

Recorrimos la casa estancia por estancia. Conté unas diez habitaciones, cada una con su baño. Dos salones enormes. Observaba todo y al mismo tiempo pensaba en el esfuerzo que supondría rehabilitarla. Tiene muchas posibilidades. Sé que al Señor Landini le gustaría que su legado se convirtiera en algo útil.

He estado dándole vueltas a la idea de crear una fundación para personas sin recursos, que no puedan costear una residencia. Esta casa podría ser ese refugio. También he pensado hablar con Mery para fusionar las dos residencias. Así seguiríamos trabajando con el mismo equipo y podría disponer del personal algunos días a la semana.

Todo esto es un proyecto. Debo construirlo con un equipo sólido y asesorarme con un gestor.
Al salir de allí fui a cenar con Becky. Necesitaba contarle mis planes, y también necesitaba compañía. No me sentía especialmente animada.

Quedamos en el restaurante que organizó el catering de la boda. Ya habíamos estado allí antes.
—Amiga, ¿qué tal ha ido la visita a la casa del terror? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Anda, calla. Es una mansión con mucho potencial. En breve seremos socias y tendremos nuestra propia residencia —le dije con entusiasmo. Después de todo, ella ha estado a mi lado en mis momentos más difíciles.

Hablamos de nuestros sueños, de cómo gestionaríamos la residencia. El tiempo se nos escapó entre planes y risas.
Ahora solo quiero descansar... y planear mi venganza. El juego de la seducción no le va a durar mucho a Alan Landini.
...

Me despierto llena de energía después de haber dormido como un ángel en ese colchón. Sin duda, la mejor inversión que he hecho. Mi cabeza está más clara que nunca. Tengo planes maquiavélicos y pienso llevarlos a cabo. Me río en silencio: Alan Landini me las va a pagar, aunque tenga una sonrisa irresistible y bese como los mismísimos ángeles.

Todavía no entiendo cómo puede ser tan perverso... pero va a probar su propia medicina.

Salgo de la habitación contenta, optimista. No quiero que nada ni nadie me arruine el día. Tengo que trabajar, y no debo dejar que me afecte.

Sofía está haciendo la cama de Alan; puedo verla desde el pasillo porque la puerta está abierta.
—¡Buenos días, Señora Melinda! Tiene el desayuno en la mesa —me saluda mientras cambia las sábanas.
—Buenos días, Sofía. No hace falta que me llames "Señora". Melinda está bien —le sonrío mientras camino hacia la cocina.
Apenas entro, veo a Alan desayunando mientras trabaja en su portátil.

—¡Hola, buenos días! ¡Buen provecho! —le digo con mi mejor sonrisa. No quiero que note ni una pizca de la debilidad que siento por él.
—Buenos días, Meli. ¿Cómo has pasado la noche? Se te ve muy contenta —me dice sin apartar la vista de mí.

Carraspeo y me sirvo el desayuno. ¿Cómo puede estar tan guapo tan temprano? ¿Será de este planeta? No debo dejarme embaucar por el encantador de serpientes.

—La verdad es que dormí muy bien. Voy a desayunar rápido, que ya voy tarde al trabajo —tartamudeo, y hablo más rápido de lo normal. Recapacito, respiro hondo y me contoneo al moverme, solo un poco, sutilmente. La guerra fría ha comenzado.

—Meli, esta tarde tenemos junta de accionistas. Es urgente. Hablaremos de temas importantes. Estaría bien que vinieras — me dice, intrigado por saber mi respuesta.

En el fondo, ni siquiera sé qué pintó en la empresa... pero será buena idea empezar a conocer el terreno.

—Perfecto. Allí estaré —respondo, mientras arrastro la silla para levantarme. Lo miro, me muerdo el labio. Mi plan de seducción ha comenzado.

Aprieto el botón del ascensor. Se abre. Entro, y antes de que se cierre, le lanzo una mirada desafiante.

Solo llevamos dos días juntos… y ya nos queremos matar.

Al llegar al trabajo, todos se acercan a felicitarme por mi matrimonio. Mery me abraza como si en verdad le importara y me dice que, al terminar de saludar, pase por su despacho. Tiene que hablar conmigo.

Me inquieta un poco no saber qué me va a decir. No creo que quiera despedirme, su abrazo fue sincero, y tampoco he pedido vacaciones tras la boda.

Entro en su despacho. Está hecho un desastre. Nunca entenderé cómo puede trabajar así. Da muy mala imagen.

Retiro una de las sillas, pero está llena de folletos y libros. La vuelvo a dejar donde estaba y me paso a la otra, esperando que al menos esa esté libre.

—Melinda, me alegra mucho que por fin hayas encontrado a alguien con quien compartir tu vida —dice, sentada en su vieja silla verde, que parece tener más años que Cristo.

—Muchas gracias —respondo, algo incómoda. Nunca me ha inspirado demasiada confianza.
—Hace tiempo que quería ascenderte por tu título y tu carrera. Me gustaría que formaras parte del equipo médico —dice sin ninguna expresión. Me deja desconcertada.

—¿De verdad? —me levanto como si me hubieran tocado la lotería.

—Sí. Pero como nunca has ejercido, deberás estar unos días acompañada por el Dr. Fabri. También os he apuntado a una convención fuera de la ciudad —lo dice orgullosa, como si se tratara de un premio.

—¿Una convención? ¿Es necesario? ¿Puede ir él solo? — pregunto, sabiendo ya la respuesta.

—Melinda, es una formación necesaria. Aprenderás mucho, y os enseñarán nuevas metodologías —me responde, tajante.
—Está bien. ¿Cuándo sería?
—En dos días. Os pasarán a recoger y os llevarán al aeropuerto —concluye, como si ya no tuviera nada más que decir.

—Perfecto. Me marcho, que tengo trabajo —cojo mi bolso del suelo y me despido con un leve gesto.
Quise contarle los planes para la nueva residencia, pero decidí esperar. Aún no tengo claro por dónde empezar… pero lo haré.

Subo a toda prisa por las escaleras, y al abrir la puerta, me doy de bruces con el Dr. Fabri. Por poco le desfiguro la cara con la fuerza con la que entro.

—¡Mel, casi me descalabras! —exclama, con los ojos abiertos como platos, sorprendido por el ataque inesperado.
—Ostras, ¡cuánto lo siento! Iba completamente despistada —me disculpo con una sonrisa que intenta redimir el momento.
—¡Siempre vas con prisas! Felicidades… espero que estés contenta.

—Muchas gracias, sí, es un cambio esto de vivir en pareja —contesto balbuceando, sin saber muy bien si me felicita por eso o por otra cosa.

—No me refería a tu boda con Alan. Lo decía por el ascenso —aclara, con un tono casi entre dientes, como si doliera un poco decirlo.
—Ah… me ha sorprendido, la verdad. Hacía mucho que deseaba ese ascenso —respondo, con una mezcla de alivio y orgullo. Me lo he ganado.

—En dos días iremos a la convención. Espero que en ese viaje podamos aprender el uno del otro —comenta con una mueca que no sé si es complicidad o resignación.

Empuja la puerta abatible y caminamos juntos por el pasillo. En otro contexto, estar con él me habría parecido hasta agradable, pero ahora me siento extraña, incómoda. Es como si de pronto todo el universo conspirara para descolocarme.

Pasamos consulta y me quedo todo el rato a su lado. Me ha sugerido que observe, que tome notas, que absorba todo. Me siento como una estudiante de nuevo, como si nunca hubiera salido de la universidad.

Es meticuloso y atento con los pacientes. Tiene una forma tan humana de mirar y escuchar que me da la impresión de que cada persona que se sienta frente a él se siente única. Me cuesta reconocerlo, pero me está impresionando.
Al terminar la jornada, me encamino fuera de la consulta. Justo cuando cruzo la puerta, me agarra suavemente de la camisa, deteniéndome en seco. Me giro, sorprendida.

—¿Melinda, tienes un momento? Me gustaría hablar contigo — su tono es serio, casi vulnerable. Miro el reloj, estoy justa de tiempo, tengo que arreglarme antes de la junta.

—Sí, dime —le respondo, girándome para prestarle atención.

—No sé cómo decirte esto… y aunque sé que es tarde, quiero que sepas que me he enamorado de ti —sus palabras caen como una bomba silenciosa.

Me quedo paralizada. ¿Qué está diciendo? ¿Qué clase de broma del destino es esta? No entiendo nada. Mi mente se queda en blanco. Sin saber qué hacer, salgo corriendo del despacho, como si huyera de un incendio.

Una oleada de vergüenza me recorre de pies a cabeza.

¿Por qué me pasan estas cosas? ¿Por qué ahora? Justo cuando decido casarme con el hombre equivocado, aparece este hombre,

guapo, amable, inteligente, con la educación que cualquiera soñaría. El universo se ríe de mí. Me dan ganas de gritar: "¡Mundo cruel, qué demonios te he hecho yo!"

¿Melinda, qué estás haciendo con tu vida? Todo era más sencillo antes. Ahora me siento como la protagonista de una película de suspenso mal escrita.

Llego a casa. Aún me cuesta llamarla "hogar". Hay algo en su energía que no termina de acogerme… o tal vez soy yo la que no se ha permitido arraigarse. Quizás hoy se ve distinta por la luz del atardecer. Sofía no está, probablemente ha salido a hacer la compra.

Me arreglo con calma, aunque por dentro me hierva la mente. Quiero causar impresión. Quiero que el maniático de Alan no pueda ni parpadear al verme. Es mi primera junta como socia, quiero parecer profesional, elegante… y, por qué no, inolvidable. Escojo un vestido blanco, entallado, hasta las rodillas, con una sutil apertura al frente. Es de la nueva colección. Sé que le gustará.

Al llegar a la empresa, paso primero a ver a Karen, como siempre metida hasta el cuello en mil cosas. Esta chica se merece un monumento y un ascenso.
—Karen, ¿cómo estás? Te veo agotada —le digo, preocupada.

Ella suspira, sus hombros caen como si llevaran el peso del mundo.
—De verdad, ¡qué estrés! Cómo deseo que esta campaña termine.
—Me imagino. Tenemos que salir un día, tú, Pietro y yo. Nos vendría bien desconectar un poco —le sonrío con complicidad.
—Cuando termine la campaña, lo prometo —me dice, medio riendo.

Toco la puerta del despacho de Alan, esperando encontrarlo dentro, pero está vacío. Cuelgo mi blazer y el bolso en el perchero. Empiezo a curiosear. Hay fotos, trofeos, recuerdos de los desfiles. Alcanzo un marco: Alan y su padre, trajeados, recogiendo un premio. Alan con el brazo sobre los hombros de su padre. Se ven cómplices, como si compartieran mucho más que una empresa.

Entonces lo escucho, justo detrás de mí, susurrándome al oído:

—No juegues con fuego, porque al final vas a quemarte. Su aliento me roza el cuello y se me eriza la piel. Intento no perder la compostura, coloco el marco en su sitio, aunque mis manos tiemblan.

—No estoy jugando a nada. Podrías dejar de incordiarme. Últimamente pareces disfrutar haciéndome sentir incómoda —le respondo, dándome la vuelta sin mirarlo directamente.

Él recoge unas carpetas. Su cara está seria, parece preocupado. Lo observo, tan centrado, tan atractivo. Odio sentirme así, tan vulnerable a su presencia. Lucho contra ello, pero es inútil.

Se pone la chaqueta con un gesto elegante y me indica que lo siga a la sala de juntas.

Entramos. Todos están ya sentados. Las salas de reuniones tienen esa energía fría, meticulosa. Siempre parecen iguales, como si todas siguieran un guion invisible. Me río por dentro, intentando relajarme. Saludo, y siento todas las miradas sobre mí. Algunas son amables, otras curiosas. Pocas sinceras.

Y entonces… la veo.

Ahí está. Valeria. Sentada como si fuera dueña del lugar. La víbora que no se cansa de arrastrarse por mi vida. ¿Qué demonios hace aquí? ¿Es accionista? Si lo es, me espera un año infernal. Si no… ¿qué derecho tiene a estar aquí?

La rabia me revuelve el estómago. No sé si sentarme o marcharme. Pero no, Melinda no se rinde. Si hay guerra… será con elegancia.

21

— ¡Bienvenidos a todos! Os he reunido porque

tenemos varios temas que tratar. — Alan observa a cada uno de los accionistas mientras sigue con su discurso, con esa mirada tan fija y calculadora que ya me resulta familiar. Coge un vaso con

agua para aclararse la voz antes de continuar.
— El primer punto es para aquellos que aún no tengan el gusto de conocer a mi esposa. Anunciaros que Melinda, junto conmigo, somos los accionistas mayoritarios de esta empresa, ¡así lo especificó mi abuelo! — Puedo ver cómo todos se quedan en silencio, y lo que me sorprende es cómo la expresión de Valeria cambia de inmediato. Se le desencaja el rostro al escuchar la noticia.
— ¿Podríamos saber el porcentaje de cada uno? — pregunta un hombre de pelo blanco y barba, cortando la tensión que se había formado.

— Si no hay problema, Karen ahora mismo repartirá los documentos para que contempléis cómo están repartidas las acciones. — responde Alan con una profesionalidad que podría parecer auténtica, pero hay algo en su tono que me deja intranquila.

— ¿Y el segundo tema a tratar cuál sería? — un asistente más, con evidente impaciencia en su voz, interrumpe.

— Tenemos aquí a la Señorita Valeria, amiga de la familia y presidenta de la empresa TextilMax. Os he reunido porque TextilMax tiene una propuesta que ofrecernos. Nos ofrece la oportunidad de ser socios y fusionar las dos empresas. Ahora mismo es uno de nuestros proveedores principales, así que de esta manera nos beneficiaríamos de la exclusividad de sus tejidos. — Alan mira a Valeria con una sonrisa en los labios, pero a mí todo esto me desagrada profundamente.

¿Ser socio de ella? No me gusta la idea ni un poco. Valeria siempre ha tenido algo que no me acaba de convencer. — Tendremos que votar todos los accionistas, ¿verdad? Y supongo que será votado por mayoría, ¿no? — pregunto, sin poder evitar que mi tono suene algo desafiante. Puedo ver que el semblante de Valeria cambia en un segundo, y lo que antes parecía seguridad ahora se tiñe de una leve incomodidad.

— Sí, es así como lo haremos. — responde Alan, con su típica mirada fija. No sé si es la manera en que lo dice, pero me da la sensación de que está retándome.

— Pues ya que estoy, os dejo mi voto, ¡que es un no! No me parece bien que esta empresa tenga como socio a este proveedor. No tenemos por qué hipotecarnos toda la vida con ellos. El mercado es libre, y si algún día queremos cambiar de proveedor, no necesitamos sentirnos culpables al hacerlo. — Les contesto, segura de mi argumento. Este negocio tiene que ser más flexible, y no me importa si ellos creen que estoy exagerando.

— ¡Melinda tiene razón! — una voz sensata se alza desde el fondo. Me siento algo más respaldada, pero no es suficiente. No me voy a dejar influenciar.

— Por el momento no creo que sea necesario tener que asociarnos con TextilMax. Podríamos asegurar la próxima temporada, pero jamás fusionar la empresa. — responde otro de los socios accionistas, aliviando un poco la tensión que se había formado.

— Me gustaría poder explicaros en otra reunión la rentabilidad que podríamos tener las dos empresas al asociarnos. Ganaríamos las dos. — Valeria interviene, mostrando una seguridad inquebrantable. Sabe cómo tratar con empresarios, y aunque sé que no debería, no puedo evitar sentir que su presencia me descoloca. No es sólo la mujer de negocios que es, es cómo se maneja y cómo se dirige a todos. Me molesta.

— Le daremos en unos días la respuesta a TextilMax sobre lo que la Junta ha votado. — Alan concluye, con su habitual aplomo. Pero algo me dice que esta propuesta no se va a quedar aquí.

La reunión termina y veo cómo Alan se dirige a buscar a Valeria. Un sentimiento extraño se agita en mi pecho al verlos hablar. ¿Serán más que compañeros de negocios? No debería pensar en esto, pero no puedo evitarlo. Los dejo hablando mientras un hombre de la junta se me acerca para darme la enhorabuena.

— El viejo Enzo sabía exactamente por qué te dejó a ti las acciones, seguro que tenía una razón. — me dice, con una simpatía que me hace sentir que todo esto no es tan malo después de todo.

Paso por el despacho a recoger mi blazer y mi bolso, los cuales había dejado colgados en el perchero. Aprovecho para despedirme de Karen y salir de la empresa, un poco disgustada. Me molesta que Alan se haya quedado con Valeria, pero no puedo dejar que eso me afecte. No cuando tengo mis propios planes.

Al llegar a casa, noto que es tarde y estoy agotada. Afortunadamente, Sofía tiene la cena preparada. No estoy acostumbrada a llegar y no tener que hacer nada, es extraño. Pero supongo que me acostumbraré.

— ¡Buenas noches, Señora Melinda! ¿Le sirvo la cena? — Sofía me dice mientras prepara la mesa.

— ¡Buenas, Sofía! Huele genial y estoy hambrienta. — le respondo, sintiéndome como una niña pequeña esperando su comida. Todo lo que quiero es desconectar.

Devoro la comida, todo está delicioso. Pero justo cuando estoy por terminar, el señor de la casa aparece, con un humor tan oscuro que parece que las nubes se le han quedado pegadas en la cara. — ¡Buenas noches! — dice con el semblante serio, como si el día le hubiera pesado mucho más que a mí.

— ¡Buenas noches! — respondemos al unísono, Sofía y yo.

— ¿Melinda, se puede saber por qué has tenido que denegar la propuesta de Valeria? Era una oportunidad, quería hacerme con la empresa. — Alan está visiblemente molesto, y me doy cuenta de que mi venganza empieza a hacer efecto.

— Pues porque soy accionista, y mi voto vale mucho más que todos los demás. No estoy de acuerdo, ¿debo estar de acuerdo en todo lo que se proponga? — le contesto, dejando escapar una sonrisa desafiante. Esto es sólo el comienzo.

— No te he querido excluir, por eso te avisé esta mañana. — en parte tiene razón, pero no se la voy a dar. No voy a ceder tan fácilmente.

— Tal vez querías molestarme con Valeria, pero no lo has conseguido. — le respondo, sin mirar lo que me causa ese comentario.
— ¿Por qué me ibas a molestar si me odias? — me grita, con rabia contenida, pero sus palabras sólo me confirman que hay algo entre nosotros que no está nada resuelto.

— ¡Quizás te odio! Ya que estás aquí quiero que sepas que pasado mañana tengo una convención. Me han ascendido y quieren que vaya fuera de la ciudad a hacer una formación durante dos días. — le suelto sin pensarlo mucho, pero con una satisfacción que no puedo disimular.

— ¡Me alegro que te hayan ascendido! ¿Pero es necesario que te vayas dos días? ¿Vas con Becky? — me pregunta, casi con prisa, bebiendo de su copa como si necesitara un poco de calma.

— Es fuera de la ciudad y me han dicho que tengo que coger un avión. Becky no hará la formación, iré con el Dr. Fabri, Mery así lo ha decidido. — le respondo, observando cómo su rostro cambia

radicalmente. Aparta el plato y se levanta de la silla, claramente incómodo con la idea.

—¡No vas a ir! — me reclama furioso, con la voz cargada de ira.

— ¿Por qué no debo ir? Es mi trabajo y me piden que haga la formación. No eres mi dueño, puedo hacer lo que yo quiera. — Me molesta profundamente que piense que puede decidir sobre mi vida. Todo el mundo parece hacer lo que él quiere, pero yo no estoy dispuesta a ceder a sus órdenes.

—¡No quiero hablar del tema, no vas a ir y punto! — Su tono autoritario me eriza la piel.

— Alan, que sea la última vez que me hablas y me tratas como si fuera tu propiedad, porque NO lo soy. Soy una mujer libre e independiente. — Le grito con la furia de un volcán a punto de estallar. Mi pecho late desbocado, mi cuerpo temblando de adrenalina, pero no me voy a echar atrás. Él aprieta la mandíbula, cerrando los puños con fuerza, visiblemente molesto. Pero no me importa, en todos los momentos difíciles lo he dejado allí plantado, y hoy no va a ser la excepción.

Ya en mi habitación, con el cerrojo echado, me pongo el pijama y decido que voy a intentar desconectar un poco. Mientras me acomodo en la cama, saco una novela y empiezo a leer, sabiendo que tal vez este tiempo de soledad me sirva para estudiar y reforzar mis conocimientos. A veces, necesito esa desconexión, ese espacio solo para mí.

...
Temprano salgo de casa. No quiero despertar a nadie. Anoche, mientras me debatía entre quedarme o no en este matrimonio, pensaba que, si yo ascendía, todo cambiaría. No solo en mi trabajo, sino en la manera en que trataría a las personas que hasta ahora había cuidado. Así que decido salir antes para ver cómo siguen los pacientes y para ayudar a la compañera que me sustituirá.

Al llegar, me encuentro con un nuevo conserje, un chico joven, visiblemente entusiasta con su trabajo. Nos saludamos y le informo que soy una de las trabajadoras del centro para que se vaya familiarizando. Me alegra ver a gente nueva con energía positiva.

Visito todas las habitaciones de la planta y, al final, me dirijo al despacho del Dr. Fabri, llena de energía. No recuerdo que ayer, justo antes de irme, él me había abierto su corazón. Cierro la puerta con cuidado, sintiendo una mezcla de vergüenza y nervios. No sé cómo mirarlo ahora, después de huir de esa conversación.

Lo encuentro inmerso en los expedientes, sin levantar la vista de los papeles. Su postura rígida me hace pensar que está molesto. Últimamente, me rodeo de personas disgustadas, y parece que hoy no será la excepción.

— ¡Buenos días, Dr.! — Le digo suavemente, con la intención de suavizar el ambiente.
— Hola, Melinda. — Responde sin levantar la cabeza, su tono impersonal.
— ¿Qué tenemos hoy? — Intento hacer una pregunta ligera, algo para relajar el momento.

— Hoy no hay nada importante, Melinda. Mejor vete a casa a preparar la maleta, nos esperan dos días complicados. — Arruga la ceja, tocándose la frente, visiblemente cansado.

— ¿Fabri, es por lo de ayer? Siento haberme marchado tan abruptamente. — Le miro con una mezcla de culpa y sinceridad.

—Ayer me precipité, no debí compartir mis sentimientos contigo. No estuvo bien, y siento haberte molestado. — Su cara refleja preocupación, lo que me hace sentir mal por no haber sabido cómo manejar la situación. Sin pensarlo demasiado, me acerco a él y lo abrazo. Aunque mi corazón pertenece a otra persona, siento que tal vez él merece algo más.

— Sabes que ahora no puedo corresponderte, estoy casada. — Le susurro, pero mis palabras se sienten vacías.

— Pero no eres feliz, puedo notarlo. — Su voz es suave, pero llena de preocupación.

— Creo que no es el mejor momento para hablar de mis sentimientos. Mi felicidad no depende de una sola cosa, y no estoy lista para discutirlo ahora. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos y compañeros. — Intento poner algo de claridad en lo que sé que es una situación complicada.

— Tranquila, no volverá a pasar. Aprenderé a ser tu amigo. Si quieres, ahora puedes irte. ¡Hoy te doy el día libre! — Sus ojos brillan con esa chispa de amabilidad que me derrite, pero sé que no es para mí. Es el hombre perfecto, pero no para mí, y eso me deja con una sensación extraña en el pecho.

Cuando salgo del trabajo, paso por la cafetería familiar para ver cómo están mis padres. Hace días que no los veo y necesito ese apoyo. El lugar está lleno de gente, y el aroma a café me llena de nostalgia. Era uno de mis olores favoritos de niña.
Entro en la trastienda, y sorprendo a mi padre con unos dulces pellizcos en las lorzas. Por el susto, una bolsa de harina sale disparada del bote.

— ¡Mel, hija, me has sobrecogido! ¡Un poco más y te quedas sin padre! — Me dice, bromeando y tocándose el pecho como si le hubiera dado un infarto.

— Papi, papito, os echaba mucho de menos, tenía ganas de veros. — Le digo, abrazándolo con fuerza.

— ¿Estás bien? ¿Ese chico te trata bien? No quiero que sufras, hija. — Su voz es preocupada, y no puedo evitar sonreírle con ternura.

— Estoy bien, papá. Solo venía a contaros algo. ¡Me han ascendido! Mañana me voy a una convención. — Le cuento entusiasmada, mientras intento alzarlo en brazos por la emoción, pero su cuerpo sigue inmóvil.

— ¡Cariño, ven aquí! — Le grita a mi madre, y en pocos segundos la noticia se extiende como una ola de alegría.

— ¡Han ascendido a la niña! ¡Ves cómo todo tiene su recompensa! — Le dice a mi madre, visiblemente emocionado. Me abrazan fuerte, y siento ese calor familiar que tanto echaba de menos.

Después de un rato, me voy a casa para preparar la maleta. Llegué más temprano de lo habitual, y Sofía se sorprende al verme. Le explico que me han dado el día libre para que me prepare para el viaje. Mientras hablamos, me cuenta que lleva siete años con Alan, desde que él se independizó. Quiero saber más sobre su relación con él, pero Sofía es demasiado discreta y no me suelta ninguna información. No me sorprende, aún no me conoce lo suficiente, y si fuera espía de la CIA, estaría haciendo un buen trabajo.

Preparo la maleta, eligiendo lo necesario para dos días fuera. Mientras ordeno algunas cosas que aún no he sacado de las cajas, me sorprende la tranquilidad de este día. Me tomo un tiempo para cotillear en los armarios de la cocina. Estoy buscando algo dulce, pero en esta casa solo hay verduras.Al final, encuentro un paquete de palomitas, las hago en el microondas, y me siento en el sofá a disfrutar de una película.
Mi pequeña felicidad se ve interrumpida cuando Alan entra en la sala. Si nuestro matrimonio fuera real, en este momento me lanzaría a sus brazos para besarlo.

— ¡Hola! ¿Veo que has decidido salir de tu guarida? — Dice Alan, pronunciando cada palabra como si estuviera buscando una reacción.

— Cómo teóricamente también es mi casa, pues quería disfrutar de ella. — Le respondo, sentándome más recta en el sofá, un poco desafiante.

— Si no digo nada, disfruta de la película. Parece entretenida. — Responde, encogiéndose de hombros.
— Si es una película que tiene algo de nosotros dos. — Le digo provocativamente.
— ¿Mañana al final qué harás? — Me pregunta, visiblemente inseguro.

— Ya lo sabes, tengo que ir a la convención. Salimos temprano. — Le respondo con firmeza, alzando la cabeza.
— ¡Estupendo! — Se da media vuelta y se dirige a su habitación, sin más palabras. Me pregunto por qué le molesta tanto, si realmente no parece querer que esté aquí.

22

Cada día me cuesta más levantarme de este colchón. Estoy convencida de que es una trampa, una excusa para quedarme todo el día en la cama. He dormido como un tronco, sin moverme. Al final, mi mente comienza a gritarme que me levante, que el día me espera.
Desayuno algo rápido, porque, aunque intento madrugar, siempre llego tarde a todo. ¿Por qué parece que el tiempo siempre se me escapa de las manos? Me despido de Sofía con un beso en la mejilla. Se queda sorprendida, pero si vamos a vivir juntas, tendrá que acostumbrarse a mis arrumacos. Es algo que hago sin pensarlo, una costumbre que no sé si ella compartirá, pero la vida es corta, ¿verdad?

Alan no ha salido de la habitación, lo que me hace suponer que está descansando aún. Él, normalmente, se despierta sobre las siete, como un reloj. Pero hoy, parece que está retrasado.

Arrastro mi maleta por el pasillo, sin preocuparme por el ruido. Tal vez porque en el fondo me gustaría ver a Alan antes de irme, despedirme como es debido. Pero él es terco como una mula, y si no consigue lo que quiere, se enfada, y yo no tengo ganas de lidiar con su mal humor hoy. ¿Será que lo hago a propósito? ¿O será que simplemente soy así, algo desafiante?

Bajo por el ascensor mientras me observo en el espejo. No puedo evitarlo. Todos lo hacemos, ¿no? A veces pienso que es como una costumbre humana: comprobar si alguna parte de nuestro cuerpo falta o ha decidido mudarse. Un instante de inseguridad antes de enfrentar el mundo. Me rio por dentro, pensando en lo ridículos que somos.

Al salir del portal, me encuentro con el coche esperándome. Un monovolumen Mercedes. El chófer baja, y con una sonrisa educada, me abre la puerta. Me meto en el coche, que ya está en marcha.

—¡Mel, buenos días! ¿Estás preparada? —me dice Fabri, quien ya está acomodado en su asiento. Me agarro al respaldo para ponerme cómoda, mientras el conductor acelera sin preocuparse de si estoy lista o no.

—¡Hola! Estoy un poco nerviosa, la verdad. Espero aprender mucho y quedarme con todo lo necesario. Es muy importante para mí que Mery haya dado este paso conmigo. —le respondo con una sonrisa nerviosa. No quiero mostrar demasiada vulnerabilidad, pero estoy emocionada, aunque también con un nudo en el estómago.

— Tranquila, todo irá bien. Y respecto a Mery, creo que ya era hora. —Fabri intenta hacerme sentir mejor, pero no sé por qué, su tono no me calma del todo. Quizás es la presión de estar en un nuevo entorno, o tal vez las expectativas sobre mí.

El camino al aeropuerto es corto, y aunque intento distraerme con la vista por la ventana, no puedo evitar revisar el móvil cada dos segundos. Por si acaso Alan me manda algún mensaje. Sé que no lo

hará, pero sigo revisando como si esperara un milagro. ¿Por qué me sigo aferrando a algo que no existe?

Siento que, al ir con Fabri, de alguna manera traiciono mis propios sentimientos. Es una sensación extraña, que me molesta más de lo que quiero admitir. Es como si mi corazón tuviera una voluntad propia, incapaz de dejar de pensar en Alan, incluso si sé que mi futuro no está a su lado.

El aeropuerto es enorme. No lo recordaba así, y me siento pequeña, perdida entre las multitudes. Al no saber exactamente a dónde vamos, sigo a Fabri como un robot, arrastrando mi troler detrás de él. Oigo que uno de los asistentes a la convención está con nosotros, pero no me interesa mucho. En este momento, mi mente está en otro lugar, preguntándose si alguna vez las cosas serán fáciles de nuevo.

Finalmente, llegamos a la puerta de embarque. Presentamos nuestros documentos, y ahora me siento más tranquila. Al menos, ya no tengo que correr por el aeropuerto. Mientras caminamos por el túnel, veo el avión a través del cristal y, por un segundo, me quedo fascinada. No entiendo cómo algo tan grande puede volar. Es mejor no pensarlo demasiado.
Me siento junto a la ventana, como me indicó Fabri. Estoy emocionada; hace tiempo que no vuelo en avión, y él se divierte viéndome tan nerviosa.

—Te veo algo nerviosa. Relájate, en un momento despegamos. —me dice Fabri, mientras toma la mano del reposabrazos de mi asiento. Ese simple gesto hace que mi nerviosismo aumente, y no sé si lo hace intencionadamente o si simplemente está buscando una excusa para acercarse más.

Me abrocho el cinturón de seguridad, como si eso pudiera darme más confianza, aunque me río de lo absurda que resulta la sensación

de seguridad que da el cinturón. Al final, el avión se eleva sin problemas, y a pesar de mis nervios, el vuelo transcurre rápido.

Aterrizamos en el hotel, y para mi sorpresa, es uno de los mejores del lugar. Está algo retirado de la ciudad, y la convención se celebra aquí mismo, en el mismo complejo, lo que me da algo de tranquilidad.

Nos registran y nos dan las llaves para nuestras habitaciones. Estamos en la segunda planta, con habitaciones justo al lado. Decido dejar la maleta y tomarme un momento para descansar. Es increíble lo agotada que me siento, y aún no hemos empezado.

El programa de formación comienza en una hora, así que quedamos con Fabri para bajar dentro de cuarenta y cinco minutos. Desarmo mi maleta rápidamente. No llevo mucho, así que no me toma mucho tiempo. Mientras hago esto, no puedo evitar revisar mi móvil otra vez. Alan sigue sin escribir, y eso me duele más de lo que quiero admitir.

Al menos Becky me ha enviado un mensaje para distraerme un poco. Su humor es tan peculiar.
"Señora Landini, tenga cuidado con el saliente de Fabri. PD: Mira la bebida que te dé. jajaja"

Me hace sonreír. Becky es una de esas personas que pueden iluminar un día gris con solo una frase. Y en este momento, sus palabras me dan un poco de aire.

El tiempo pasa volando. Decido salir antes y toco la puerta de Fabri para asegurarme de no llegar tarde. Llevo mi libreta para apuntes y una grabadora, por si necesito escuchar los detalles más tarde. Estoy muy emocionada por todo lo que voy a aprender, y quiero aprovechar al máximo.

La formación es interesante y absorbo cada palabra de los ponentes. Los casos prácticos que muestran son fascinantes, y aunque las

horas pasan volando, me siento como si mi mente estuviera a punto de explotar por tanta información.

— Mel, ¿qué te ha parecido? Está muy interesante, estoy aprendiendo muchísimo. Lástima que mañana sea el último día. — Fabri está tan entusiasmado que parece que podría hablar de esto todo el día, mientras que yo, sinceramente, caería en la cama en cero coma dos segundos.

— Si, me ha gustado mucho. Estoy asimilando todo lo que han dicho. — le respondo mientras vamos caminando hacia la habitación.

— ¿Dónde te apetece cenar? Este mismo hotel tiene un restaurante italiano que hace una pasta buenísima. — Fabri, con su cara de no haber roto un plato, me lanza la propuesta, y no sé cómo salir de ella sin que se note demasiado.
— Mmm… perfecto, pero cenamos rápido y a descansar, que estoy muerta de sueño y mañana tenemos que madrugar porque habrá otro gran día. — le contesto de forma que su propuesta no llegue a más.

Nos despedimos en la puerta de la habitación y acordamos vernos en media hora en el Hall.

La ducha me sienta de maravilla, la necesitaba como agua de mayo. Me maquillo, ondulo mi cabello y elijo un vestido Landini verde agua. Me queda genial, últimamente me siento mejor conmigo misma, tal vez esté perdiendo un kilo u otro debido al estrés que llevo.

Bajo al Hall y allí está él, tan guapo como el primer día que lo vi buscando su coche en el aparcamiento del trabajo. Se queda mirándome como si hubiera visto aparecer a la mismísima Virgen María. Su cara de emoción me hace sonrojar, mis mejillas se tornan rojas al instante.

— ¡Estás preciosa esta noche! No puedo negar la suerte que tiene Alan de tenerte. — al escuchar a Fabri decir esas palabras, mi

semblante cambia, mi sonrisa se desvanece, y una punzada en el corazón me hace sentir un vacío al escuchar su nombre. — ¡Gracias, tú tampoco estás nada mal! ¿Vamos a cenar? Quiero llegar temprano para descansar. — le digo sinceramente con mi mejor cara.

El maître nos hace pasar al salón, que es muy grande. Muchas de las personas que estaban en la formación están sentadas, cenando tranquilamente y conversando sobre los temas que nos han presentado.

La velada transcurre tranquila. Durante la cena hablamos de todo lo que he podido entender y de las experiencias que los doctores nos han mostrado. Después de dos copas de vino, Fabri está mucho más relajado y cambia por completo la conversación.

— No puedo dejar de mirar tus ojos, me tienes cautivado. Intento dejar de pensar en ti, pero no puedo. Maldigo a Alan por tener la suerte de llegar antes a tu vida. — arrastra su mano por la mesa para acariciar la mía, pero sutilmente la aparto y dejo caer mi mano sobre mis piernas.

— Fabri, me gustaría que dejáramos de hablar de nuestros sentimientos. Si seguimos así, no podremos trabajar juntos. — le advierto, gesticulando con la boca para que no se lleve una sorpresa. Lo miro tímidamente, esperando que entienda y deje de jugar con esas ideas incómodas.

Él asiente con la cabeza, y le digo que ya es hora de ir a la habitación, ya que es tarde y no quiero demorarme más. Se levanta primero, retirando mi silla cortésmente.

Atravesamos el hotel, pasando por la piscina iluminada con luces de colores. En el bar de la terraza hay mucha gente, han puesto música y un barman reparte cócteles a los asistentes. El lugar está decorado con grandes sofás blancos estilo chill-out.

— ¿Quieres tomar algo? ¡Ese mojito tiene buena pinta! — me guiña un ojo, señalando el vaso de una chica sentada en un puf.
— Me gustaría, pero estoy muy cansada.

— No seas aguafiestas, hay que disfrutar de estos días. También hay tiempo para relajarse. — me coge de la cintura, apretándome contra su cuerpo, me estira fuerte y me lleva hacia la barra, en contra de mi voluntad.

— ¡Te ha dicho que no quiere! — una voz grave y varonil exclama enfurecida. Al instante, alguien me agarra del brazo con fuerza. No logro entender qué está pasando, todo transcurre muy rápido, y un frío recorre mi cuerpo cuando descubro que Alan está aquí.

Mi corazón sube a mi garganta, puedo escuchar los latidos en mi cuello, y me cuesta tragar saliva. No sé si esto es una alucinación por el vino o si realmente está pasando. Y ahí está, mi caballero, viniendo a rescatarme de este torbellino de sentimientos.

— ¿Qué haces aquí? — digo perpleja, mis ojos brillan al verlo. Odio amarlo tanto, sé que él lo sabe.
— Me he cogido un día de permiso en la empresa, el jefe me ha dado la libertad. — responde con tono socarrón.

— Fabri, ya puedes dejarnos solos. ¿No pensarías que te daría la oportunidad de estar a solas con mi mujer? ¡No vuelvas a tocarla, no te lo avisaré una segunda vez! — las palabras secas de Alan hacen que Fabri se marche sin apenas decir nada. No quieren enzarzarse en una pelea para demostrar quién es más hombre.

— No hacíamos nada malo, solo quería irme a la habitación. — le explico, buscando calmar la situación para que no haya malos entendidos. Sin embargo, el ambiente sigue cargado. — ¿No sabes que está al acecho? Espera tener la oportunidad para hacerme daño. — me dice con una mirada grave, como si hablara de algo que ya sabe que es inevitable. Sus manos despejan su cabello, su estrés es palpable. Todo lo que hace lo hace bien.

— ¿No entiendo lo que dices?
— ¡Meli, si no llego a venir, no sé lo que hubiera pasado!

— ¿Qué insinúas? ¿Me crees tan tonta? ¡No te he dicho que no tengo nada con él! Puedes estar tranquilo, que tu reputación está intacta. — me agacho para recoger la punta del vestido, lista para entrar en la habitación. Justo en ese momento, resbalo y caigo hacia la piscina.

Me persigue por el pasillo, bramando mientras camina a mi paso.
— ¡Sí, eso, huye como siempre, es lo mejor que sabes hacer!
Me detengo frente a la puerta de la habitación, imaginando que, seguro, viene sin reserva.

— ¿Dónde vas a dormir? — lo miro mientras me acerco a la puerta, dándole la espalda.
— ¡Contigo, eres mi esposa! ¿Dónde crees que debo estar esta noche? — su tono chistoso me hace temblar las piernas, la electricidad que siento es casi insoportable.

Una carcajada sale de mi boca, pero mi rostro se desencaja al ver que no está bromeando.

Por el pasillo vemos acercarse a Fabri. Sus miradas se cruzan como si fueran dos animales en la selva, y sin mediar palabra, él entra en su habitación.

— ¡No hagas que entre a la fuerza! ¡No estoy dispuesto a que duermas al lado del doctorcito! — la rabia de Alan se refleja en su rostro, y eso me desconcierta.

Paso la tarjeta por el detector de la puerta, pero no se abre. Forcejeo un poco y, sin querer, la tarjeta cae al suelo.

Alan se agacha para cogerla y abre la puerta sin darme tiempo para reaccionar. Entra en la habitación como si realmente fuera a dormir conmigo.

— ¿Dónde tienes pensado dormir? Porque aquí no veo nada más. — le pregunto mientras observa el entorno para acomodarse. — ¡En la cama! ¿Ves otro sitio para hacerlo? — responde con otra pregunta, como si fuera lo más natural del mundo.

— ¡Estás loco! Vienes aquí intentando encontrar algo que no existe. Quieres que yo esté con Fabri para que tengas una excusa para romper el contrato. Pero no te servirá. Porque yo no he hecho nada. — le reprocho enfadada, viendo a través de su juego.

— Me encanta la película que te has montado. ¿Quieres que te sea sincero? He venido aquí porque me moría de celos al imaginar que ese desgraciado pudiera simplemente tocarte. ¿Entiendes lo que significa? — su expresión, sinceramente, me descoloca. Se sienta al borde de la cama, con los brazos apoyados en las rodillas, sujetando su cabeza.

— No me creo nada. ¿Por qué ibas a tener celos de algo que no existe? ¡Además, me odias! — le contesto frustrada. No quiero escuchar sus mentiras. Este tira y afloja me está matando. ¿Por qué ha venido a buscarme? Quiero creer, aunque sea mentira, que algo en él empieza a gustarme.

Su mirada se vuelve diferente cuando se levanta y se acerca lentamente hacia mí. Siento el nerviosismo recorrer mi cuerpo mientras él arrastra mi cadera hacia él y me apoya contra el escritorio que está frente a la cama. Sus manos grandes, fuertes y cuidadas recorren mi cuerpo. Inmóvil ante sus caricias, no me resisto. Quiero estar con él, aunque mañana me arrepienta de todo.

Su aliento cálido y acelerado se acerca a mi cuello, besándolo con suavidad. Mis gemidos lo excitan aún más, como si se alegrara de que yo no pudiera detenerme. Sus manos logran desabotonar mi vestido, que cae al suelo con rapidez. Sin esfuerzo, me sube al escritorio, separa mis piernas y quedamos frente a frente. Observa mi cuerpo con cara de necesidad, y yo no me avergüenzo de ello.

Mis dedos temblorosos logran separar los botones de su camisa blanca. Beso su torso y deslizo mis manos por su pecho, examinando cada detalle.

El momento se vuelve nublado, su cuerpo se quita la camisa rápidamente, y en un abrir y cerrar de ojos me tumba en la cama, susurrándome al oído.

— No me niegues esta noche. Estar dentro de ti es lo que quiero.

Las caricias en mi cuerpo se hacen más intensas, y mis emociones se desbordan. El deseo entre nosotros es palpable, y el deseo de tenerlo más cerca es inevitable.
Alan me mira con una sonrisa, y yo, en un momento de desesperación, lo abrazo fuertemente. La guerra entre nosotros, finalmente, se convierte en un abrazo tenso en la cama, donde ambos terminamos rendidos y relajados, sintiendo su respiración profunda de placer sobre mi nuca, como si realmente me quisiera.

23

Abro los ojos y las sábanas me envuelven, cubriendo mi cuerpo desnudo. A mi lado, Alan duerme profundamente, abrazado a mí. A pesar de que su presencia me da una sensación

de seguridad, no puedo evitar sentirme avergonzada por haber cedido a su juego perverso. Me siento atrapada en una maraña de pensamientos y emociones conflictivas. Me pregunto cómo pude caer tan fácilmente en su trampa. Sé que él debe estar seguro de haber ganado la partida, de que ahora puede controlar mis decisiones, pero yo también sé que lo que ocurrió anoche no fue tan simple como eso.
Miro su rostro, estudiando cada uno de sus rasgos. Está tan tranquilo, tan ajeno a todo lo que siento. Su respiración ligera acaricia mi cuello, y la sensación de su cuerpo contra el mío me deja en una mezcla de paz y culpa. Quiero escapar, quiero salir de aquí antes de que me despierte y me enfrente a las consecuencias de lo

que hice. Logro liberarme de su abrazo, aunque no sin esfuerzo. Su cuerpo parece esculpido por los dioses griegos, perfecto y tentador, pero ahora solo quiero huir.

Mis manos tiemblan mientras busco entre las sábanas mi ropa interior. Necesito vestirme, necesito salir. No sé cómo actuar cuando despierte, no sé cómo enfrentarme a él después de lo que pasó. Con cuidado, empiezo a recoger mis cosas en silencio. Nunca he sido buena para hacer las cosas en sigilo, y ni siquiera me hubiera ido bien como ladrona. Pero lo que me importa ahora es salir de la habitación sin despertar su sospecha. No sé qué voy a hacer cuando despierte, pero por lo menos estaré lejos de él.

El hotel aún está tranquilo, solo algunos empleados en turno de noche siguen trabajando. Entro a la recepción y entrego mi tarjeta, explicándole a la recepcionista que tengo que irme por asuntos personales y que Alan se quedará allí. Sé que voy a perder la confianza de Mery, pero ahora no es lo que más me preocupa. Tengo que salir de allí, necesito tomar aire, pensar. Le pido a la recepcionista que me llame un taxi, y me siento en el hall, con las piernas temblorosas y el corazón acelerado, mirando a través de los cristales del hotel, esperando ver el taxi que me llevará lejos de todo esto.
Cuando por fin llega el taxi, subo rápidamente, como si estuviera huyendo. Mi mente está llena de pensamientos desordenados. Solo quiero escapar, pero a medida que el taxi avanza, trato de ordenar mis emociones. Lo único que se me ocurre es ir a la casa de mi abuela, ese lugar que ha sido mi refugio desde pequeña. Durante todos esos veranos, fue mi refugio cuando mis padres se quedaban a trabajar en el negocio familiar. Allí nadie cuestionará mis decisiones, allí podré encontrar la calma que necesito.

Llamo a Becky, necesito hablar con alguien, necesito descargarme. La llamada tarda unos tonos en conectarse. Sé que es temprano y que está dormida, pero esto es urgente.

— ¿Melinda? — su voz sale dormida, pero se nota que está despertando.

— Sí, amiga. Perdona por despertarte a esta hora, pero estoy muy nerviosa y necesito hablar con alguien. — le explico, tratando de controlar el temblor en mi voz.

— Pero ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien? El idiota de Fabri no se ha propasado contigo, ¿verdad? Ya sabes que, si es así, lo fulminamos. — me responde, entre preocupada y algo irónica. — No es Fabri, es Alan. — susurro, mirando al taxista como si pudiera escucharme.

— ¿Alan? ¿Qué tiene que ver Alan? Si tú estabas con Fabri en la convención... Tía, me estás poniendo nerviosa con tantas suposiciones. — su voz ahora tiene una mezcla de preocupación y confusión.

— Alan vino anoche, estaba como loco al verme con Fabri. No reservó habitación, entró en la mía y.… me dijo que no quería que lo dejara en evidencia delante de Fabri. Accedí y lo dejé entrar. Pero de ahí a lo que pasó... no sé cómo ocurrió. Quiero decir, también lo deseaba, pero no sé qué pensar. Me dejé llevar sin pensar en lo que significaba. — le cuento, con la voz rota, mientras las lágrimas me nublan la vista.

— Tranquila, deja de llorar. ¿Dónde estás ahora? — me pregunta, intentando calmarme.

— Estoy en un taxi, camino al aeropuerto. Lo dejé en la habitación, sin decirle nada. — le confieso, sintiendo el peso de mis palabras. — ¿Vas a dejar la formación? Mery se va a volver loca. ¿Dónde vas a ir ahora? — me pregunta, ahora claramente alarmada.

— Me voy a la casita de la playa de mi abuela, en la costa. Necesito estar sola, desconectar, ordenar mi cabeza. — le explico, tratando de dar una sensación de control, aunque por dentro esté completamente perdida.

— Cuando llegues, me avisas. No puedo acompañarte porque sabes que no puedo dejar el trabajo, pero ya me inventaré una excusa con Mery. — dice, con tono preocupado pero solidario.

— Gracias, amiga, te quiero mucho. — nos despedimos, y en mi corazón siento una mezcla de gratitud y tristeza.

El resto del camino al aeropuerto transcurre en silencio, solo escuchando el sonido del motor del taxi y mis pensamientos, que se mezclan con la pena. El conductor, al notar que estoy llorando, me ofrece un pañuelo de papel, y, como si fuera una lección de vida, me dice que el mal de amores no se cura jamás, que el corazón siempre elige a la persona con la que quiere pasar el resto de su vida. No quiero creer que mi corazón se haya encaprichado de un amor imposible, pero esa es la tristeza que ahora siento. Una vez en el avión, me relajo mirando por la ventana. Mis pensamientos vagan, y las imágenes de Alan se cuelan en mi mente, sus besos, su mirada. Quiero borrarlo de mi cabeza, pero siento que será imposible.

...

Finalmente, después de tantos años, llego al pueblo donde pasé parte de mi niñez. No ha cambiado nada. Las calles siguen llenas de gente, el bullicio de los comercios, la misma sensación acogedora que siempre tuvo este lugar. Todo parece estar igual, aunque siento que yo ya no soy la misma.

Recorro las calles con pasos vacilantes, buscando la casa de mi abuela. Espero encontrarla como siempre fue, intacta. Espero encontrar a la familia que se ocupaba de cuidarla, pero si no están, no sé qué haré. Necesitaré encontrar un hotel.

Por fin la veo, ahí está, tal como la recordaba, con ese toque nostálgico que me hace sonreír de forma triste. Me detengo frente a ella, observando, y mi mente viaja al pasado. Me acerco a la casa vecina y llamo. La luz se enciende dentro, y cruzo los dedos para que alguien esté allí. La puerta se abre, y el hombre que aparece me

sorprende.
— Hola, ¿en qué te puedo ayudar? — me pregunta el desconocido con una sonrisa educada.

— Soy Melinda, la nieta de la casa de al lado. Antes los dueños guardaban la llave de mi abuela, ¿sabes algo de eso? — le pregunto, ya cansada del viaje.

— ¿Eres Melinda? — me dice, y al parecer me conoce.
— ¡Sí! ¿Cómo sabes mi nombre? — respondo, extrañada.
— ¡Soy Giancarlo! ¿No me recuerdas? Pasamos muchos veranos juntos. — Su sonrisa es cálida, y mi mente empieza a recordar.

— ¡Giancarlo! ¡Qué sorpresa! No puedo creer que seas tú. ¿Cómo está tu abuela? — le pregunto, ahora reconociendo al niño de cabello rizado y piel oscura que conocí de pequeña, convertido en un apuesto hombre.

— Mi abuela falleció hace menos de un mes. Estamos aquí recogiendo sus pertenencias. ¡Pasa, no te quedes ahí! — me invita, y entro, sorprendida por cómo todo sigue igual en la casa.

— Lo siento mucho por tu abuela, de verdad. — le digo con el corazón apesadumbrado.
— Ella guardaba la llave aquí. Seguro que sigue en el cajón. — Se dirige a un mueble antiguo, abre el cajón, y, tras rebuscar un poco, encuentra la llave. La levanta como un trofeo, y yo respiro aliviada.

— Qué alivio... — susurro, con una sonrisa.
— ¿Te vas a quedar mucho tiempo? — pregunta, curioso.
— Un par de días. Solo necesito relajarme. — miento, no es necesario que sepa más.

— Pues si quieres, podríamos tomar un café y ponernos al día. — propone, mientras yo asiento, aliviada de tener a alguien con quien hablar.

— Perfecto. Solo tengo que tocar tu puerta para avisarte. — bromeo, señalando la puerta.

Al entrar en la casa, todo sigue igual, limpio y ordenado, tal como lo recordaba. El tiempo parece haberse detenido aquí, y por un momento, me siento como si fuera una niña otra vez, sin preocupaciones, sin el peso de las decisiones difíciles.

Dejo la maleta en lo que solía ser mi habitación y me doy cuenta de que mi abuela no había movido un solo objeto de su sitio. Me tumbo en la cama, mirando el techo. Ese techo que mi abuelo pintó especialmente para mí, con nubes rosas y estrellas brillantes. Cruzando las piernas, juego con las manos mientras mis pensamientos se enredan, caóticos. ¿Cómo he podido caer en la trampa de los Landini? Primero, el abuelo me pone una condición para recibir la herencia, una herencia que quiero usar para llevar a cabo mi proyecto con la casa de ancianos. Después, su nieto, con sus juegos de seducción, me atrapa, haciéndome perder la compostura y enamorándome de él como una adolescente, cuando había prometido que ya estaba cerrada al amor. Y, por si fuera poco, Alan está comprometido con Laura. Ellos tarde o temprano estarán juntos, y yo solo soy un peón en su juego para quedarse con la totalidad de la empresa. Y, luego está Valeria, con su embarazo, que todavía no entiendo qué está pasando entre ellos. Con todo esto rondando en mi cabeza, decido salir a la playa. Necesito caminar, despejarme, sentir el agua tocando mis pies, escuchar el ruido de las olas y respirar el aire salado del mar. Es lo único que realmente quiero ahora.

Me siento en la orilla, observando el mar. Los barquitos pesqueros navegan, y las gaviotas revolotean a su alrededor. Todo es tan tranquilo, tan... sencillo. Esto es lo único que realmente me trae paz en este momento. Me encojo de hombros, atrapada entre tantos sentimientos encontrados.

Me levanto de un salto y decido adentrarme en el pueblo. Necesito comprar comida y algo de ropa para pasar estos días. Es un pueblo costero, pintoresco, lleno de vida. Las tiendas exhiben productos en la puerta: bisutería, ropa, zapatos, bolsos. Me encanta el bullicio, la sensación de estar en otro mundo, de estar desconectada, aunque sea por un rato.

Termino el día cocinando pescado fresco acompañado de una botella de vino blanco. El teléfono no ha dejado de sonar, pero no necesito contestar para saber qué quiere. Sus mensajes desesperados me hacen pensar que realmente le importo.

"Melinda, ¿dónde estás? Al menos, cógeme el teléfono para saber que estás bien."
"Me está volviendo loco la espera."
"Llegué a casa y no has vuelto, ¿dónde estás?"

"Entiendo que quieras estar sola, pero dime, al menos, si estás bien. Me tienes preocupado."
Leo todos sus mensajes, pero no respondo. No quiero, no voy a darle ese gusto. No quiero caer otra vez en su juego. Me tumbo en la cama, sintiendo la incomodidad de la persona en la que me he convertido. Casi termino la botella de vino y me quedo dormida, intentando olvidar mi confusión.

Al día siguiente, salgo temprano a comprar el pan y me dirijo al mercado de frutas. Siempre me encantaba ir con mi abuela, y ahora es mi forma de homenajearla, de sentirme conectada a esos momentos tan sencillos, pero tan significativos. Huelo los tomates, los melocotones; tienen un aroma mucho más fresco que los que encuentro en el supermercado. Me llevo unos cuantos y algo de verdura.

Por el camino, me encuentro con Giancarlo. Su sonrisa cálida me sorprende, y me ofrece un café en una pequeña cafetería en la plaza del ayuntamiento.

— ¡Melinda, ayer me alegró muchísimo verte! Incluso se lo comenté a Mónica, mi esposa. Ella está en la ciudad, trabajando como publicista, pero no pudo venir. — me cuenta con una mezcla de nostalgia y cariño.
— Me alegro mucho de que estés casado. Yo también estoy casada, pero él ahora está de viaje. Quise venir aquí para pasar unos días de tranquilidad. — le respondo, mientras tomo un sorbo de café que me arde en la lengua. Casi pierdo el gusto, pero no quiero que se note.

Me cuenta sobre su vida, sus proyectos y su familia. Lo escucho atentamente, absorta en su relato. Mientras habla, aprovecho para desconectar de mis propios pensamientos y, sobre todo, para no pensar en Alan. Cada vez que lo hago, me siento más frustrada y confundida.

Caminamos por las calles del pueblo hasta llegar a su casa. Me siento cómoda con su compañía, más de lo que esperaba. Siempre es bueno contar con un amigo para compartir cosas, aunque sean recuerdos del pasado. Nos despedimos, prometiéndonos vernos pronto, con la idea de reunirnos con nuestras familias y compartir historias de la vida.

De vuelta en casa, me siento en la terraza y me relajo leyendo uno de los libros que traje. También repaso los apuntes de la convención, escuchando la grabadora para no perder detalle. Termino exhausta, con los ojos pesados, viendo una película que sintonizan en uno de los canales públicos. Me duermo con las voces de fondo, mientras la banda sonora se convierte en un arrullo que me ayuda a desconectarme.

De repente, me despierto sobresaltada. Alguien está llamando insistentemente a la puerta. No sé quién puede ser a esta hora de la mañana. Mi primera suposición es que es Giancarlo, que quizás se ha dejado algo o quiere decirme algo más.

Abro la puerta sin pensarlo mucho, pero mi sorpresa es mayúscula al encontrarme con Alan, de pie allí. Viste un pantalón tejano y una americana, y, como siempre, todo le queda perfecto.

Me observa con frustración, enfadado, tal vez confundido y cansado. Yo, en cambio, no estoy mucho mejor que él. Mi cabello está encrespado de dormir en el sofá, llevo una camiseta de tirantes y un pantalón corto, el mismo que usé anoche para dormir. Solo se me ocurre una pregunta, algo que espero que lo haga entender que no tengo idea de por qué está aquí.

— ¿Qué haces aquí? — le pregunto, sorprendida

24

Pov: Alan

No entiendo cómo, de entre todas las mujeres de las que podría haberme enamorado, lo hago precisamente de la menos indicada.

Después de localizar su paradero, ordeno que preparen el avión de la empresa. Quiero ir a buscarla y terminar con esta historia cuanto antes.

Viajo con Javier, el marido de Sofía, mi chófer personal. Lo llevo para que pueda trasladarme cuando lleguemos allí.
Encontrarla no ha sido fácil. He pasado dos días batallando para obtener información de su círculo más cercano.
….
Hace unos días me desperté en la habitación del hotel después de haber vivido una de las noches más intensas de mi vida.

Tenía su cuerpo desnudo pegado al mío, su piel cálida, suave, perfecta. La recorrí con mis manos, con mi boca, como si quisiera memorizar cada rincón. Hicimos el amor sin prisa, con esa urgencia emocional de dos personas que desean más que un cuerpo: desean quedarse.

Pero cuando desperté… ya no estaba.

Melinda había desaparecido. Otra vez. Como siempre. Sin dejar nota, sin una maldita explicación. Solo el hueco de su cuerpo en las sábanas y el olor de su perfume en el aire.

La busqué por todo el hotel. Fui a la habitación de Fabri, pensando que tal vez estaban juntos repasando lo de la formación… pero tampoco estaba él.

Y entonces, como una puñalada de celos, imaginé que se habían ido juntos. O peor: que él la había arrastrado con él.
Bajé a recepción. Quería saber si había dejado algo, una nota, lo que fuera… Pero la recepcionista del turno nocturno ya se había ido.

En ese momento, la rabia me superó. ¿Cómo podía largarse así, después de todo lo que pasó entre nosotros? Ni siquiera me dio la oportunidad de empezar algo real. Algo que tal vez ambos deseábamos.

Volví a casa con la esperanza de encontrarla allí, pero Sofía me confirmó que no había regresado.

Y todo esto, en medio de una de las campañas más importantes del año. ¡Una locura! Melinda desaparecía sin avisar, como si el mundo pudiera seguir girando sin consecuencias.

Podría haber esperado. Podría haber dejado correr los días, firmar con el notario, liquidar la herencia y acabar con todo. Pero no. Había algo más fuerte que el sentido común: necesitaba encontrarla. Verla. Mirarla a los ojos y saber por qué huyó.

Fui a la cafetería de sus padres. Pensé que tal vez sabían algo. Y si no, al menos podrían presionar a alguien para averiguarlo. La cafetería estaba a reventar. A empujones, llegué hasta la barra. Allí estaba Brooks, sorprendida al verme.

—¿Alan? ¿Qué haces aquí? ¿Vienes a probar nuestro famoso café? — me saludó con una sonrisa amable.

—¿Podemos hablar? Es importante. Personal —le dije, sin esconder mi cara de preocupación.
—¿Pasó algo? —preguntó, bajando el tono al ver mi expresión.

—Tu hermana se fue ayer del hotel. No contesta el teléfono, no responde mis mensajes. Estoy… preocupado —admití, con la mirada baja y el pecho apretado.

—¿Pasó algo? Mira, que de esto no se enteren mis padres hasta que sepamos qué ocurre —dijo mientras buscaba su móvil en los bolsillos de la bata.

—No pasó nada que los dos no quisiéramos. Solo… necesito encontrarla. No diré nada a tus padres, pero por favor, si sabes algo, dímelo.

Salí de allí aún más confundido. Llamé al detective que había contratado para seguirla desde hacía días. Le pedí que averiguara a dónde se dirigía su vuelo, pero todavía no tenía datos precisos. Fui directo a la oficina. Pietro había estado buscándome sin parar. Karen tenía la agenda hecha un caos por los constantes cambios.

—jefe, Valeria de Textilmax no ha dejado de llamar. ¿Quiere que le pase la llamada? —me dijo, visiblemente estresada.
—No, no te preocupes. Me encargo yo —le respondí mientras entraba en el despacho.

Llamé a Valeria. Estaba furiosa. No entendía cómo Melinda había rechazado la fusión con tanta frialdad. Le aseguré que lo mejor sería preparar una justificación sólida antes de presentar la propuesta a los demás accionistas. No podía permitir más errores.

A media mañana intenté contactar a Becky. Imposible. Me ignoraba por completo. No me dejó otra opción que ir a su trabajo.
Almorcé rápido, pero antes de salir, Laura apareció sin avisar. Como siempre, sin filtros ni respeto.

—Laura, no puedes entrar aquí sin que Karen me lo comunique. Estas formas están agotando mi paciencia —le dije, sin disimular el enfado.

—Llevo días sin saber de ti. No contestas, no vas al club, no apareces… Alan, dime si ya no quieres saber nada de mí —me decía con lágrimas en los ojos. Pero yo ya no sentía nada por ella. Solo un pasado incómodo.

—No fuerces las cosas, Laura. No quiero hacerte daño. Y lo sabes: ahora soy un hombre casado.
—Dijiste que era solo un año. Puedo esperar. Sé tú verdad —dijo, en tono amenazante.
—Mejor no sigas por ese camino. No llegarás lejos —le advertí, abriéndole la puerta. Ella se fue, pero sé que no será la última vez.
Después, me dirigí a la residencia. Un señor mayor me recibió con amabilidad.
—Buenas tardes, ¿puedo ayudarlo?
—Vengo a ver a Becky. Es urgente.
El hombre asintió y fue a buscarla. Esperé en el vestíbulo, impaciente.
Cuando Becky apareció y me vio, intentó darse la vuelta, pero me interpuse en su camino.
—¡Por fin! Contigo quería hablar. No contestas mis llamadas, y necesito hablar contigo. Es urgente.
—Alan, yo no sé nada.
—Curioso, porque aún no te he dicho qué necesito.
—¿Qué quieres? ¡Estoy trabajando! No voy a abrir la boca —resopló, cruzando los brazos.
—Becky, por favor. Es importante. Solo quiero saber dónde está.
—Ella solo quiere estar sola, pensar. Está preocupada por lo que pasó —su tono se volvió más duro.

—Lo entiendo, pero se fue sin decirme nada. Pensé que estábamos bien. Solo dime dónde está. La necesito. —dije con el tono más honesto que me salió.

—¿Te has enamorado? No me lo puedo creer… ¡El Señor Alan Landini está enamorado! —gritó, como si acabara de ganar la lotería.

—Y a ti ¿qué más te da? ¡Solo dime dónde está!

—No lo sé con exactitud. Es un pueblo costero, donde veraneaba de pequeña. Nunca he ido —dijo por fin. Le di un beso en la mejilla y le lancé una sonrisa al salir apresurado.

Desde la puerta, me gritó: —¡Recuerda no molestarla! ¡Y que conste que yo no te he dicho nada!

Sonreí. Becky no era tan rara como parecía. En el fondo, creo que es buena persona.

Llamé a Brooks de inmediato. Le pregunté si sabía cuál era la casa donde pasaban los veranos de niñas. Le rogué que me lo dijera.

Al principio se resistió, como era de esperar. Le prometí que solo quería asegurarme de que Melinda estaba bien. Después de insistir, finalmente, me dio la dirección. Ahora voy en su busca, camino al pueblo.

—¿Señor Alan, lo dejo en la puerta? Cuando me necesite, solo llámeme —dice Javier, mirándome por el espejo retrovisor.

—De acuerdo. Si no te digo nada, ya sabes dónde hospedarte — le respondo, sabiendo que conoce la dirección del hotel que hemos reservado.

El pueblo es tranquilo, marinero. Las casas son de planta baja, blancas, con las ventanas pintadas de azul. Es un lugar agradable. Entiendo por qué Melinda vino hasta aquí.
Me quedo parado frente a la puerta de aquella antigua casa. Es temprano, imagino que ella aún duerme. Cierro el puño y doy unos golpes. Nadie responde. Vuelvo a golpear, esta vez con más desesperación. Tal vez ya no esté aquí... la casa parece vacía.

Por un momento dejo de llamar, y justo entonces la puerta se abre de par en par.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella, sorprendida. Está de pie, con esa belleza natural que ni ella misma nota. Su despertar podría iluminar el mismísimo infierno.

—¿Por qué te fuiste? —es lo único que soy capaz de preguntarle, esa duda me consume.

—¿Alan? ¿Cómo me encontraste? Yo... solo quería estar sola. Necesitaba estar sola —responde con angustia mientras entro en la casa. Le rozo el hombro descubierto. Lleva una camiseta y un pantalón corto. Se ve increíblemente sexy.

—¿Querías estar sola? Podías al menos contestar mis llamadas. No sé qué hice mal. ¿Pasó algo aquella noche? —insisto, buscando respuestas.

—Alan, ¿qué quieres escuchar? —grita, desbordada. —¡Quiero que me digas que no sientes nada! ¡Que no te gusto, que me odias! —le grito, furioso, mientras la veo apartarse el cabello del rostro.

—¡No te odio, no puedo hacerlo! —responde entre gritos y sollozos —. No lo entiendes. Estoy confundida, tengo miedo. ¡Mi corazón te ha elegido y no puedo evitarlo!

Le sujeto los brazos, que se agitan con cada palabra. La abrazo con fuerza.

—Shhh... tranquila. Estoy aquí. No voy a dejarte. No puedo. He empezado a querer esa cabeza loca que tienes —le susurro antes de besarle la frente.

—Alan, no eres bueno para mí. O quizás yo no sea buena para ti — dice, llorando, secándose las lágrimas. No entiendo del todo lo que

quiere decir, pero en este momento no me importa. Sé que siente algo por mí, y eso me da paz.

—Vivamos esto sin pensar tanto. Déjate llevar —la abrazo fuerte contra mi pecho. Necesito su perfume, su calor. Quiero calmar su tristeza.
Voy hasta la cocina y le sirvo un vaso de agua. Ella se sienta en el sofá, más tranquila. Me siento a su lado y le paso el vaso. Bebe a sorbos, con el corazón encogido y los ojos aún rojos de tanto llorar.

—Ponte algo y salgamos a pasear. Te hará bien. Me enseñas el pueblo —le digo mientras acaricio su mejilla. Está distinta, tan bella… necesito besarla, hacerla mía.

Se levanta y se dirige al fondo de la casa. Supongo que allí está la habitación.
La espero, hasta que sale con una falda larga estampada y un top blanco que resalta sus pechos. Esta mujer me vuelve loco.

Salimos. Caminamos por las calles estrechas, llenas de tienditas y casas pintorescas. Es un lugar perfecto para desconectar. Tal vez yo también necesitaba un día así.

Acabamos descalzos en la playa, sintiendo la arena húmeda mientras las olas acarician nuestros pies. Tomo su mano y seguimos en silencio.

Me guía hasta una cala escondida, de difícil acceso. Solo alguien que conozca bien el lugar puede encontrarla.
Nos sentamos sobre una roca, frente al mar. La noto pensativa. No tarda en hablar.

—Alan, ¿qué pasó con tu abuelo? ¿Por qué nunca fuiste a verlo? No entiendo por qué lo odiabas tanto.
—Es una historia larga —respondo, dudando si quiero hablar de ello, aunque quizás ella necesite saberlo.
—Tengo tiempo. Un año, más o menos.

—Vaya estocada… ¿solo un año? Pensé que querías toda una vida conmigo. Al fin y al cabo, estamos casados hasta que la muerte nos separe —le digo, guiñándole un ojo.

—¡En serio! Necesito saberlo —insiste. Es persistente, y temo que, si no le cuento la verdad, se aleje de mí. No quiero eso.

—Está bien. Verás… Hace años, antes de que yo naciera, mi abuelo fundó la empresa. Empezó con un pequeño taller donde mi abuela diseñaba y cosía sus propios modelos. Crecieron rápido: más tiendas, un gran almacén, nuevos diseñadores… Y entonces nació mi padre. No le gustaba estudiar, así que lo metieron en la empresa. Era brillante. La conocía al dedillo. Un verano, mi padre conoció a la hija de la asistenta que trabajaba en la casa que mi abuelo le había regalado. Ella era mi madre. Estudiaba y ayudaba a su madre con las tareas. Se enamoraron.

—No lo sabía… Nunca me dijiste que tu madre era la hija de la sirvienta —susurra, sorprendida.

—Sí. Por eso mi abuelo no lo aceptó. No quería que un Landini se mezclara con alguien de otra clase. Además, ya había arreglado todo para que mi padre se casara con la hija de su socio. Pero mi padre se negó. Se casaron en secreto y luego la presentó como su esposa. Mi abuelo se enfureció. Lo desterró de la casa, pero le permitió seguir trabajando en una sucursal de la empresa.

—¿Entonces tú conociste a tu abuelo? —me pregunta, muy atenta.

—Sí. Cuando nací, él quiso conocerme. Quería repetirse la historia, pero esta vez conmigo. Mi abuela no se lo permitió. A escondidas, venía a vernos casi todos los domingos. Pero sí, es una historia larga —le digo mientras me levanto de la roca y le ayudo a dar un salto. —Tendré más preguntas. ¿Me las responderás? —me mira dulcemente. Se pone de puntillas sobre la arena y me besa suavemente.

—Supongo que sí. No tengo nada que ocultarte —le digo.
Seguimos caminando de la mano, hasta llegar al punto de encuentro. Javier ya nos espera para llevarnos de regreso a casa.
Milán

Dicen que en el amor y en la guerra todo vale, pero yo no sé si eso sería ético. Estamos llegando a casa después de que Alan viniera a buscarme. Quiero creer que puedo intentar tener una vida normal junto a él, pero será difícil después de la mentira que nos separa.

—¿Meli, estás bien? Te has pasado todo el viaje muy callada — me pregunta Alan, preocupado.
—No, solo estoy pensando. Aún no me creo que estemos juntos, se me hace raro —le digo, con el labio torcido.
—Quiero que estés bien. Si es solo eso, me dejas tranquilo — sonríe mientras me besa la mano.
—No te preocupes, no es nada.

—Hoy estaré ausente. Debo ir a la empresa, tengo muchísimo trabajo. Mañana salimos a Milán; tenemos el desfile de presentación de la nueva temporada. ¿Vas a venir? —Lo noto nervioso y le acaricio la espalda con suavidad.

—Tengo trabajo, pero podría pedirme unos días libres. Me gustaría asistir —le miro entusiasmada.

—Me encantaría que me acompañaras, necesito tenerte cerca — se gira y me besa suavemente. Noto su cariño y su afecto. Es el beso más romántico que jamás me han dado.

—Si me lo dices así, no tendré más remedio que ir contigo. No puedo dejarte solo, tengo demasiadas rivales —le digo, celosa.
—Mis ojos y mi corazón te pertenecen.
Entiendo perfectamente cuánto me gusta este hombre. Me derrite su mirada; es maquiavélico jugando así con mi corazón.

Me bajo del coche y lo veo alejarse, dándome un bocinazo. Me sobresalto, pero su sonrisa pícara me hace reír mientras cruzo la calle para subir a casa.
Sofía me espera y me pregunta si quiero algo de comer, pero ahora mismo lo único que necesito es estirarme en el sofá. Más tarde quiero ir a la residencia y hablar con Mery; me gustaría pedirle esos días libres.

Descanso un rato y suena mi móvil. Es un mensaje de Alan:
"Te echo de menos. Estoy deseando llegar a casa."
Le contesto mientras me pongo las zapatillas deportivas para salir cómoda rumbo a la residencia:
"Voy al trabajo. Nos vemos después en casa. Un beso."

Llego a la residencia y paso por el despacho de Mery. Quiero pedirle unos días de permiso. Espero que no haya inconvenientes; me haría mucha ilusión asistir al desfile.

Llamo a la puerta con ímpetu. Escucho una voz que me invita a entrar.

—¡Hola, Melinda! Qué sorpresa verte, no te esperaba. ¿Cómo te encuentras? Fabri me dijo que la cena de aquella noche te cayó mal y por eso os tuvisteis que ir del hotel —No sabía que Fabri había mentido por mí.
—Sí, llevo unos días indispuesta. Me gustaría pedirte unos días para ir a Milán. Mi esposo presenta la nueva colección y me ha pedido que asista. Es un evento muy importante —le digo sin sentir ninguna culpa.

—Es un momento muy difícil para la empresa. Estás colaborando con Fabri, pero supongo que siendo una Landini no puedo negarme. Ellos financian parte de nuestra fundación —dice con parsimonia.

¿Quién financia la fundación? ¿Alan les da dinero? ¿Por qué no me ha dicho nada de esto?
—Muchas gracias, Mery. En unos días retomaré mi trabajo —

respondo, pensativa.
Me encamino a casa. Quiero que Alan me explique lo de la fundación y por qué financia la residencia donde estaba su abuelo.

Lo espero sentada en la gran isla de la cocina. Mientras, envío varios mensajes a Becky y Brooks, explicándoles más o menos lo que al final pasó. Sería divertido ver sus caras, pero no estoy para hacer videollamadas.
Escucho el ascensor abrirse. Alan aparece espectacular, con una alegría en el rostro que no es común en él. Su gesto es distinto. Me gusta. Sé que es lo que quiero, y me acostumbraré rápido.

—Qué ganas tenía de llegar y verte —camina hacia mí, quitándose la corbata y desabrochándose el primer botón de la camisa. Me planta un beso sonoro en los labios.

—¿Parece que has tenido un buen día? —le sonrío.
—Sí. He pensado en ti todo el tiempo. Eso ha hecho que el día fuera genial —se ríe a carcajadas.

—¡Vaya chistoso! Creo que te estás pasando de romántico —bajo la mirada, nerviosa. Aún no me acostumbro a tanto amor entre nosotros.

—¿Mery te ha dado los días de permiso? —me pregunta animado. Me gusta verlo contento. Es un estado que aún no conozco bien, siempre hemos discutido por todo.

—Sí. Fui a su despacho y me concedió los días. Me parece que fue tan amable porque un tal Landini está financiando su fundación —exclamo, algo molesta.
—¡Meli! Pensé que mi abuelo te lo había contado. Él empezó financiando la fundación, y cuando murió, Mery me llamó y yo seguí haciéndolo —me explica, sin darle demasiada importancia. Se dirige a la cocina, abre la nevera y se sirve un botellín de cerveza. Me ofrece primero, pero no me apetece.

—Podías haberme avisado. Con razón me ascendió… Si somos los que pagamos los gastos de la residencia…

—Cariño, no creo que fuera por eso. Eres una mujer inteligente y te has ganado a pulso ese ascenso —me contesta firme y serio mientras bebe. Tiene tanta clase que parece un anuncio de cerveza.

—Bueno, ¿quieres cenar? —le digo, cambiando de tema.

—Algo cenaré. Recuerda que mañana salimos temprano. Mi madre pasará por aquí, viene con nosotros. Ella jamás se pierde una presentación —emite divertido.

—¿Por qué te ríes? —le digo, molesta.

—Porque me divierte que mi madre y tú os llevéis tan mal. Estoy seguro de que en cuanto sepa que estamos juntos cambiará de opinión. Es una mujer comprensiva.
—Supongo que empezamos en guerra. Y si no le caigo bien, tampoco es mi problema. Yo no tengo que vivir con ella —le contesto con firmeza.

Cenamos hablando de la colección. Me encanta escucharlo cuando explica cosas tan interesantes. Es un hombre inteligente, sabe perfectamente cómo manejar el negocio, y me fascina tenerlo para mí.

Me levanto de la silla y me despido con un beso suave, girándome para ir a mi cuarto. Él tira de mi camiseta hacia él, haciendo que caiga sentada sobre sus piernas. Pasa su boca suavemente por mi cuello hasta llegar a mi oído y me susurra:

—¿Dónde crees que vas? Tu habitación está en esa dirección — me besa apasionadamente, sintiendo su deseo.

—Aún es pronto. Me gustaría seguir en mi habitación hasta que esté preparada para compartir la tuya —me aparto despacio de sus

brazos. Quiero estar con él, pero aún no es el momento.

—Entonces tú dirás cuándo compartiremos cama. Quiero despertar todas las mañanas a tu lado —se ve molesto por mi rechazo y se levanta de un salto.
—Vamos a descansar. Mañana será un día duro —le digo, caminando juntos por el pasillo hacia los dormitorios.

—Así que esta noche dormiré solo y sin sexo. ¡Vaya planazo! — me mira, rindiéndose a mis palabras.

—Yo no he dicho nada de no tener sexo —me acerco a él decidida, besando sus gruesos labios. Lo empujo a su habitación. Le hago reír con mi respuesta inesperada.

Entro en su cuarto. Parece un templo: enorme, con una cama gigante en el centro.

Lo tumbo en la cama y le desabrocho los botones de la camisa. Me hace gracia su sumisión. Lo beso por todo el torso. Él solo observa, hasta que se da la vuelta y quedo debajo de él, mirándome sin pestañear. Entonces decide actuar… y llevarme al más allá.

Me quedo a su lado un buen rato después de tener el mejor sexo del mundo. Me despego como puedo para ir a mi habitación. Este hombre no se inmuta cuando duerme.

Quiero preparar la maleta: en dos horas salimos hacia Milán.

…
Suena el timbre. Es Daniela. Llega con ese porte altivo, imponente, como si el desfile ya hubiera comenzado y ella fuera la estrella. Me cuesta imaginar que alguna vez fue solo la hija de la asistente de los Landini. Hoy parece realeza. Yo, en cambio, estoy sentada en la cocina, aferrada a mi café como si mi vida dependiera de él. No soy nadie sin mi primera taza.

—Buenos días. ¿Dónde está Alan? —pregunta con el ceño fruncido, sin molestarse en disimular su incomodidad.
—En la ducha. No creo que tarde —le respondo con calma, mojando una galleta en el café sin apartar la vista de mi taza.
—Perfecto. Lo esperaré en el comedor —dice, girándose con su habitual arrogancia.

Alan sale poco después, fresco, atractivo, con ese aire casual que a mí me descoloca. Me besa en los labios al pasar, como si estuviéramos solos. Daniela se queda helada, como si hubiera visto a un fantasma. Alan le da otro beso en la mejilla, como si nada.

—Alan, ¿qué está pasando aquí? —pregunta en tono alto, visiblemente alterada.
—¿Qué pasa? —contesta él, encogiéndose de hombros con inocencia.

—No te hagas el tonto conmigo. ¡Os he visto besaros! —exclama, casi fuera de sí.
Yo sigo mojando mis galletas como si fuera una espectadora más. Ya nada me sorprende.

—Es mi mujer, y estamos juntos. Nos gustamos y hemos decidido darnos una oportunidad. No necesito darte más explicaciones. Ah, y, por cierto, viene con nosotros. Te recuerdo que posee la mitad de las acciones —le dice Alan, firme, directo, sin darle margen a réplica.

Ella asiente con disgusto, buscando refugio en la pantalla de su móvil mientras se retoca el maquillaje con un gesto tenso. La reina destronada necesita recomponerse.

Nos levantamos para dirigirnos al ascensor. Javier nos espera en el parking para llevarnos al aeropuerto. En menos de una semana he viajado más que en toda mi vida, y aunque me sigue pareciendo surrealista, hay algo reconfortante en evitar colas de embarque gracias al jet privado.
En el aeropuerto de Milán, un coche negro nos espera. Javier ayuda

a un señor a meter el equipaje mientras nosotros subimos. Daniela y yo vamos juntas atrás, muy cerca. Demasiado cerca. El aire es denso. Alan, travieso, se sienta de copiloto. Lo veo sonreír a través del retrovisor. Le encanta ponerme en situaciones incómodas.

—¿Meli, habías estado en Milán antes? —me pregunta, girando el cuerpo hacia mí.
—No, nunca —respondo algo tímida, intentando no sonar tan nerviosa como me siento.
—Entonces ya sé qué haremos esta tarde. Una pequeña excursión —me guiña el ojo con complicidad.
Daniela resopla al escucharle. No puede soportar ver a su hijo tan... feliz.

—Hijo, te veo demasiado complaciente con Melinda. ¿No crees que vas demasiado rápido? —le lanza, mirándome con una mirada asesina.

Alan la fulmina con la mirada.
—No quería decírtelo, pero... te estás pareciendo demasiado a esa persona que tanto has odiado —le dice con voz baja, pero certera. El silencio que se crea es abrumador. Incluso Javier parece incómodo.

Intento cortar la tensión antes de que explote.

—Será mejor que dejemos nuestras diferencias a un lado. Estos días somos familia, al menos de cara al resto. Soy tu nuera, y eso es lo que todos creen. No conviene que nos vean discutir. YAlan, trata mejor a tu madre, solo intenta protegerte —digo con firmeza, como si estuviera mediando entre dos niños testarudos.

Llegamos al hotel como si fuéramos tres almas en duelo. Nos entregan las tarjetas. Nuestras habitaciones están en la misma planta, y caigo en la cuenta de que me toca compartir con Alan. Nadie debe sospechar que hasta hace poco fuimos enemigos.

En el ascensor subimos con más huéspedes. Alan pasa su brazo por mi espalda y, sin pudor, me acaricia el trasero. Su madre gira la cara con violencia. Él sonríe, perverso. Disfruta del juego. Yo, aunque me sonrojo, también.
Dejamos las maletas en la habitación y Alan reserva mesa en uno de los mejores restaurantes. Está de buen humor, me propone salir a pasear. Quiere mostrarme Milán. Y no solo Milán, el verdadero corazón de su cultura: el Duomo, la iglesia de Santa María delle Grazie y la Última Cena de Da Vinci. Es impresionante. Me quedo sin palabras ante tanta belleza.

Después, caminamos por la galería Vittorio Emanuele II, y terminamos probando unos helados artesanales deliciosos. Estoy agotada, pero feliz. La ciudad es mágica. Y conAlan, incluso más.

Él me cuenta que debemos pasar por el teatro para revisar los últimos detalles del desfile. Quiere ver que todo esté perfecto.

El ambiente allí es puro caos organizado. Todos corren, coordinan, corrigen. Desde lejos veo a Pietro y Georgina revisando los vestidos al milímetro. Las modelos aún no han llegado y el vestuario se mantiene bajo estricta confidencialidad.

Alan se separa de mí para hablar con el equipo. Lo observo. Tiene un porte imponente. Su voz se impone sin necesidad de gritar. Admiro su forma de liderar.
Me paseo entre bastidores, fascinada. Todo me parece tan mágico… Quiero aprender, formar parte de esto. Sé que algún día lo haré.

Me acerco a los vestidos. Siento la textura de una tela preciosa entre los dedos. Pero entonces, una voz detrás de mí me devuelve a la realidad. Esa voz.

—Veo que tú también has venido —dice Valeria, tocando el mismo vestido que yo sujeto.
No puedo creerlo.

Está aquí.

25

Dicen que en el amor y en la guerra todo vale, pero yo no sé si eso sería ético. Estamos llegando a casa después de que Alan viniera a buscarme. Quiero creer que puedo intentar tener una vida normal junto a él, pero será difícil después de la mentira que nos separa.

—¿Meli, estás bien? Te has pasado todo el viaje muy callada — me pregunta Alan, preocupado.
—No, solo estoy pensando. Aún no me creo que estemos juntos, se me hace raro —le digo con el labio torcido.
—Quiero que estés bien. Si es solo eso, me quedo tranquilo — sonríe mientras me besa la mano.

—No te preocupes, no es nada.
—Hoy estaré ausente; debo ir a la empresa. Tengo muchísimo trabajo. Mañana salimos a Milán. Tenemos el desfile de presentación de la nueva temporada, ¿vas a venir? —lo noto nervioso y le doy una caricia, pasando mi mano por su espalda.

—Tengo trabajo, pero podría pedir unos días libres. Me gustaría asistir —le miro entusiasmada.

—Me encantaría que me acompañaras; necesito tenerte cerca — se gira y me besa suavemente. Noto su cariño y su afecto. Es el beso más romántico que jamás me han dado.

—Si me lo dices así, no tendré más remedio que ir contigo. No puedo dejarte solo, tengo demasiadas rivales —le digo, celosa.

—Mis ojos y mi corazón te pertenecen —entiendo perfectamente cómo estoy loca por él; su mirada me derrite. Es maquiavélico jugando así con mi corazón.

Me bajo del coche y lo veo irse, dándome un bocinazo. Me sobresalto al escucharlo, pero su sonrisa pícara me hace reír

mientras cruzo la calle para subir a casa.

Sofía está esperando y me pregunta si quiero algo de comer, pero ahora mismo lo único que necesito es estirarme en el sofá. Quiero ir más tarde a la residencia y hablar con Mery; me gustaría pedirle esos días libres.

Descanso un rato y suena mi teléfono móvil, descubriendo un mensaje de Alan: *"Te echo de menos, estoy deseando llegar a casa".*

Le contesto mientras me pongo las zapatillas deportivas para ir cómoda y salir hacia la residencia: *"Voy a ir al trabajo. Nos vemos después en casa. Un beso."*

Llego a la residencia y paso por el despacho de Mery; quiero pedirle unos días de permiso. Espero que no haya inconveniente; me haría mucha ilusión asistir al desfile.

Llamo a la puerta con ímpetu. Escucho una voz que me invita a entrar.

—¡Hola, Melinda! Qué sorpresa verte, no te esperaba. ¿Cómo te encuentras? Fabri me dijo que la cena de aquella noche te sentó mal y por eso os tuvisteis que ir del hotel —no sabía que Fabri había mentido por mí.

—Sí, llevo unos días indispuesta. Me gustaría pedirte unos días para ir a Milán. Mi esposo presenta la nueva colección y me ha pedido que asista; es un evento muy importante —le digo sin sentir ningún tipo de culpa.

—Es un momento muy difícil para la empresa. Estás colaborando con Fabri, pero supongo que siendo una Landini, no puedo negarme. Ellos financian parte de nuestra fundación —dice con parsimonia.

No estoy entendiendo nada. ¿Quién financia la fundación? ¿Alan da dinero? ¿Por qué no me ha dicho nada de esto?

—Muchas gracias, Mery. En unos días retomaré mi trabajo —respondo, pensativa.
Me encamino a casa; quiero que Alan me explique lo de la fundación y por qué financia la residencia donde estaba su abuelo.

Lo espero sentada en la gran isla de la cocina, mientras envío varios mensajes a Becky y Brooks, explicándoles más o menos lo que al final pasó. Sería divertido ver la cara que pondrán, pero ahora no estoy para videollamadas.

Escucho el ascensor abrirse a la vez que Alan aparece, espectacular, con una alegría en la cara que en él no es habitual. Su gesto es distinto; me gusta. Sé que es lo que quiero y me acostumbraré rápido.

—Qué ganas tenía de llegar y verte —camina hacia mí, quitándose la corbata y desabrochándose el primer botón de la camisa, plantándome un beso sonoro en los labios.

—¿Parece que has tenido un buen día? —le sonrío.
—Sí, he pensado en ti todo el tiempo. Eso ha hecho que el día fuera genial —se ríe a carcajadas.

—¡Vaya chistoso! Creo que te estás pasando de gracioso — agacho la mirada, nerviosa por tanto romanticismo; aún no es habitual entre nosotros.

—¿Mery te ha dado los días de permiso? —me pregunta animado. Me gusta verlo contento; es un estado que aún no conozco, siempre hemos discutido por todo.
—Sí, fui a su despacho y me concedió los días de permiso. ¡Me parece que fue tan amable porque un tal Landini está financiando su fundación! —exclamo, un poco molesta.

—¡Meli, pensé que mi abuelo te lo había contado! Él empezó financiando la fundación y, cuando murió, Mery me llamó y yo seguí haciendo lo mismo —me explica sin darle demasiada importancia. Se

dirige a la cocina y abre la nevera para servirse un botellín de cerveza. Me ofrece beber a mí primero, pero no me apetece.

—Podrías habérmelo explicado. Con razón me ascendió... Si somos los que pagamos los gastos de la residencia.

—Cariño, no creo que fuera por eso. Eres una mujer inteligente y te has ganado ese ascenso a pulso —me contesta firme y serio mientras bebe de su botellín. Tiene tanta clase que parece estar grabando un anuncio de cerveza.

—Bueno, ¿quieres cenar? —le digo, cambiando de tema.

—Algo cenaré. Recuerda que mañana salimos temprano. Mi madre pasará por aquí, viene con nosotros. Ella jamás se pierde una presentación —dice divertido.

—¿Por qué te ríes? —le pregunto, molesta.

—Porque me divierte que mi madre y tú os llevéis tan mal. Estoy seguro de que, en cuanto sepa que estamos juntos, cambiará de opinión. Es una mujer comprensiva.
—Supongo... Empezamos en guerra, y si no le caigo bien, tampoco es mi problema. Yo no tengo que vivir con ella —le contesto con tenacidad.

Acabamos cenando y hablando de la colección. Me gusta escucharlo atentamente cuando me explica cosas tan interesantes. Es un hombre inteligente, sabe perfectamente cómo manejar el negocio, y me encanta tenerlo para mí.

Me levanto de la silla y me despido con un beso suave mientras me giro para ir a mi cuarto, pero él tira de mi camiseta, haciendo que caiga sentada sobre sus piernas. Pasa su boca suave por mi cuello hasta llegar a mi oído y me susurra:

—¿Dónde crees que vas? Tu habitación está en esa dirección — me besa apasionadamente, y puedo sentir su deseo.

—Aún es pronto. Me gustaría seguir en mi habitación hasta que esté preparada para compartir la tuya —me aparto despacio de sus brazos. Quiero estar con él, pero aún no es el momento.

—Entonces tú dirás cuándo compartiremos cama. Quiero despertar todas las mañanas a tu lado —se ve molesto por mi rechazo y se levanta de la silla de un salto.

—Vamos a descansar, mañana será un día muy duro —le digo mientras caminamos por el pasillo hacia los dormitorios.

—Así que esta noche dormiré solo y sin tener sexo. ¡Vaya planazo! —me mira, rindiéndose a mis palabras.
—Yo no he dicho nada de no tener sexo… —me acerco a él, decidida, y lo beso en los labios. Lo empujo hacia su habitación, y él ríe, sorprendido por mi respuesta.

Al entrar, me quedo asombrada; parece un templo. Es una habitación enorme con una cama gigante en el centro. Lo empujo sobre la cama y le desabrocho los botones de la camisa. Me hace gracia su sumisión. Le beso por todo el torso desnudo y él solo observa. Se da la vuelta y quedo debajo de él, mirándome sin pestañear. Decide actuar y llevarme al más allá.

Me quedo a su lado un buen rato después de haber tenido el mejor sexo del mundo. Me despego de él como puedo para irme a mi habitación. Este hombre no se inmuta cuando duerme. Quiero preparar la maleta; en dos horas salimos hacia Milán.

Suena el timbre. Es Daniela, y viene imponente. No me imagino que un día ella fue la hija de la asistenta de los Landini. Está tan espectacular que parece que el desfile ya ha comenzado. Yo estoy sentada, desayunando; no soy nadie sin mi café.

—¡Buenos días! ¿Dónde está Alan? —pregunta con semblante serio.
—Está en la ducha, no creo que tarde —le contesto, dando sorbos al café y mojando una de mis galletas en la taza.
—Perfecto, lo esperaré en el comedor.

Alan sale de su habitación y saluda a su madre desde lejos, pasando antes por la cocina y dándome un beso de buenos días. Daniela se sorprende como si hubiera visto un fantasma, mientras Alan se acerca a ella para darle otro beso.

—Ejem... Alan, ¿qué pasa aquí? —pregunta extrañada. —¿Qué pasa? —responde él con otra pregunta.

—No te hagas el tonto conmigo, os he visto besaros —grita, exaltada. Yo observo y sigo mojando mis galletas en el café, como si la cosa no fuera conmigo.

—Es mi mujer y estamos juntos. Nos gustamos y hemos decidido intentarlo. No tengo por qué darte muchas más explicaciones. Por cierto, ella se viene con nosotros. Te recuerdo que tiene la mitad de las acciones —le dice serio, sin dejarle margen para replicar.

Ella acepta, visiblemente disgustada, y se aferra a su teléfono móvil mientras se retoca el maquillaje.
Nos levantamos para dirigirnos al ascensor; Javier nos espera en el parking para llevarnos al aeropuerto.

He de decir que, en menos de una semana, he volado más que en toda mi vida. Lo bueno de ir en el avión privado es que te ahorras esas largas colas de facturación y embarque.

Llegamos a Milán y en el aeropuerto nos espera un coche negro. Javier ayuda a un señor a meter todas las maletas dentro. Le da la llave del coche y nos abre las puertas para que entremos.

Daniela se monta atrás conmigo; la situación es un poco incómoda. Alan se sube de copiloto al lado de Javier. Lo veo reírse por el

retrovisor. Es muy retorcido; le encanta llevarme al límite.

—Meli, ¿has estado aquí alguna vez? —me dice, girando su cuerpo para mirarme.
—No, nunca he venido —le contesto, tímidamente.
—Entonces esta tarde ya sabemos lo que haremos, una pequeña excursión —me guiña el ojo y vuelve a sentarse bien. Daniela resopla al ver a su hijo en ese estado y se une a nuestra conversación:

—Hijo, te veo muy complaciente con Melinda. ¿No crees que vas demasiado deprisa? —le dice, mirándome con una mirada matadora.

—No quería decirte esto, pero te estás pareciendo a la persona que tanto has odiado —le lanza esa frase como una flecha directa. Incluso Javier se siente incómodo.

Viendo cómo va a acabar esto, decido intervenir:

—Será mejor que dejemos nuestras diferencias estos días. Soy tu nuera y eso es lo que la gente cree. No nos conviene que nos vean discutir. Y, Alan, trata mejor a tu madre, ella solo intenta protegerte —los regaño, intentando zanjar la pelea absurda.

Llegamos al hotel; parece que me acompañan dos enterradores, serios y sin hablarse.
En recepción nos entregan las tarjetas. Nuestras habitaciones están en la misma planta. No había caído en que me tocaría compartir con Alan; nadie debe sospechar que hasta hace poco éramos enemigos.

En el ascensor, vamos acompañados de más personas. Él pasa su brazo por mi espalda y me acaricia el trasero, haciendo que su madre gire la cara automáticamente. Se divierte haciéndolo; es tremendamente cruel y le encanta jugar a este juego absurdo.

Dejamos las cosas en la habitación y reserva para comer en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Está animado y me propone

salir a pasear; quiere enseñarme la Catedral de Milán, el Duomo di Milano, y también pasar por la iglesia de Santa Maria delle Grazie para ver *La última cena* de Leonardo Da Vinci.

La ciudad es espectacular, y me quedo asombrada con las obras y el arte que hay. Pasamos por la Galería Vittorio Emanuele II y acabamos probando unos helados riquísimos.

Después, vamos al teatro para ultimar los preparativos del desfile. El ambiente es frenético. Me quedo observando los vestidos y una voz a mis espaldas interrumpe mi tranquilidad. No puedo creer que esté aquí.

—Veo que tú también has venido —me dice Valeria, mientras acaricia el mismo vestido que yo sostengo en mis manos. **26**

—¿Quieres que te recuerde quién soy? Soy

Melinda Smith, esposa de Alan Landini. Y sí, soy la dueña de esta empresa. Ya has comprobado que sin mi autorización no puedes fusionarte con nosotros —le suelto con furia, mientras la observo alzando la barbilla. ¿De verdad cree que puede intimidarme? —Sé perfectamente quién eres. No soy estúpida —responde, con una sonrisa venenosa. Lleva un vestido floral que le sienta espectacular. Valeria es de esas mujeres que se hacen notar... y lo sabe—. No quiero alterar tu paz, Melinda, pero Alan y yo compartimos un pasado. Eso no puedes borrarlo —me lanza con fingida dulzura, pero cada palabra es un dardo envenenado.

—¿Qué intentas? Claro que Alan tuvo una vida antes que yo, y no lo conocí siendo un santo. Tampoco lo fui yo. Pero ahora está conmigo, y créeme, no le interesa tu historia. Somos felices. Y tú… ya eres

parte del pasado —le digo con firmeza, dispuesta a frenar cualquier intento de manipulación.

Alan, desde lejos, nos ve discutiendo y se acerca.

—¡Querido, qué gusto verte! Estaba saludando a Melinda. Me mostraba uno de los diseños más especiales del desfile —dice Valeria, con descaro.

—¿Valeria? Ya has llegado… No hacía falta que vinieras hoy. El desfile es mañana, y hasta entonces no puedes ver la colección —responde Alan, cortés pero distante. No parece que su historia con ella le provoque nostalgia.

—¿Saludando? ¿O amenazando? —intervengo sin filtros—. Alan, no me gusta esta mujer, y no voy a fingir lo contrario. No nos estábamos saludando y mucho menos hablando del desfile.

Me doy media vuelta y me alejo sin darle tiempo a responder.
—¡Melinda, espera! —grita Alan.

—Alan, verla me molesta. Y no sé qué trama, pero no me da buena espina. Confía en mí —le digo en voz baja, mirándolo a los ojos—. Tengo un sexto sentido para estas cosas.
—Tranquila. La conozco desde siempre. Es amiga mía, no es mala persona —responde, intentando calmarme.

Pero que la defienda así solo me revuelve más el estómago.
En ese momento, Georgina se acerca apresurada, pálida como una hoja. Sostiene una tableta portátil entre las manos.

—¡Alan, Melinda! Mirad esto… me han llegado estas fotos a mi correo personal —nos muestra la pantalla. Es el vestido principal de la colección, el que íbamos a revelar mañana.

—¿Qué hace esto en Internet? —pregunto, con incredulidad.

—¿Quién ha filtrado esto? ¿Cómo ha podido pasar? ¡Nadie fuera del equipo lo ha visto! Ese vestido es exclusivo, lo íbamos a subastar en favor de la ONG —dice Alan, y su rabia explota.

Con un gesto violento, lanza la tableta contra la pared. Todos en la sala se quedan en silencio. Murmullos nerviosos comienzan a escucharse. El ambiente se vuelve tenso y eléctrico.

—¡Tranquilízate, Alan! Hemos trabajado muy duro, sí. Pero tenemos que encontrar un plan B —dice Georgina, intentando calmarlo. Él está rojo, alterado, con los ojos inyectados de ira. —¿Qué plan B, Georgina? ¡No hay otro vestido como ese y lo sabes! Esto es un desastre —camina de un lado a otro, completamente descompuesto.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunto, intentando ofrecer apoyo.
—¡Ahora no, Melinda! —me grita, y esa frase me atraviesa como una bofetada.
Se aleja con Pietro, sin mirar atrás. Sé que está devastado, pero su reacción me deja herida.
Me acerco a Georgina. Quiero entender. Quiero ayudar.

—Sé que estás bajo presión, pero tal vez pueda hacer algo. ¿Qué ha pasado? ¿Qué opciones tenemos? —insisto, decidida a encontrar una salida.

—No lo sé. Nadie tiene acceso a mis archivos. Y ese vestido lo trabajó solo una modista, de toda mi confianza. Es una profesional de años, pongo las manos en el fuego por ella —me responde, temblando de angustia.

—Tenemos muchos otros diseños, ¿no?
—Sí, pero ese era especial. Hecho con telas salvajes únicas. Era *el* vestido. El centro de todo —gimotea mientras revisa su agenda con desesperación.

Entonces, una idea cruza mi mente como un rayo.
—¡Podemos darle un giro al desfile!

—¿Qué se te ocurre? —pregunta, sorprendida por mi repentina determinación.

—Landini nunca ha presentado vestidos de novia en una Fashion Week… ¿y si este año lo hacemos? Alan me enseñó cuatro modelos espectaculares, con telas exquisitas. Son igual de impresionantes.

Georgina me mira en silencio unos segundos.

—Melinda… eso podría funcionar. ¡Es diferente, atrevido! Pero el problema es que no tenemos los trajes aquí. Están lejos, es difícil traerlos a tiempo —me responde, con un dejo de frustración.

—Tranquila. Disponemos del avión de la empresa. Llamaré a Karen para que los prepare, y yo misma iré a buscarlos. No vamos a rendirnos. Vamos a salvar este desfile.
Nos miramos… y por primera vez en toda la mañana, sonreímos. Puede que haya una solución.

Llamo de inmediato a Karen y le explico la situación. Le pido que prepare los vestidos de novia cuanto antes. Ella, sin rechistar, se pone manos a la obra. Luego, llamo a Javier para que me lleve al aeropuerto. Le dejo un mensaje a Alan: que estaré fuera y que he tomado prestado a su chofer. Imagino que, con el enfado que lleva encima, ni siquiera lo notará.

El vuelo es tenso. Estoy agotada, pero no puedo dejar que el cansancio me domine. Me permito cerrar los ojos unos minutos durante el trayecto.

Al aterrizar, un taxi me espera. Volamos hacia la empresa. Es surrealista pensar que han pasado solo cuatro horas.

Karen me espera en el taller con las cajas listas. En nuestra llamada anterior, le propuse que viniera conmigo, por si acaso. Así que allí está, con su maleta al lado, lista para acompañarme a Milán.

Una nueva oportunidad nos espera.
Recojo las cosas con ayuda de Karen y un asistente. Decido cenar algo antes de irme; el hambre me está matando. Mientras espero el postre, veo un mensaje de Alan en la pantalla del móvil:

"Melinda, no me esperes despierta. Llegaré tarde."
No me sorprende. Está afectado… y con razón. Pero, para ser sincera, yo tampoco iba a llegar muy temprano esta noche.

Después de cenar, volvemos al aeropuerto y tomamos el vuelo de regreso a Milán. Se me pasa volando, literalmente: me duermo en cuanto me siento. Al llegar, Javier ya nos espera y carga las cajas en el maletero. Estos días, ha sido el salvavidas silencioso en medio del caos.

—¿Cómo fue el viaje, señora? —me pregunta, colocando las bolsas con cuidado.

—Bien, Javier… solo espero que mañana podamos arreglar este desastre —respondo, intentando sonar más segura de lo que me siento.

Nos lleva directo al hotel y luego deja las cajas en el almacén del teatro. Todo el equipo sigue en estado de alerta por el vestido filtrado.

Es el gran día.

Y Alan… Alan no volvió anoche. No me contestó las llamadas, no ha dado señales. Sé que debe dolerle ver cómo le robaron su trabajo. Pero dolió más sentirme excluida, como si no fuera parte de todo esto.

Llego al teatro y veo a Georgina coordinando al equipo con una energía renovada. Está organizando los turnos de maquillaje, peinados y entradas de modelos.

—jefa, ya tengo los vestidos. Estoy más tranquila… ¡Vamos a sorprender al público! No se lo esperan —me dice con una sonrisa entusiasta.

Me sigue sonando extraño que me llamen *jefa*, pero no voy a mentir: me gusta.

Localizo a Alan hablando con dos hombres. Me acerco. Necesito respuestas, o al menos saber en qué lugar quedamos después de su silencio.

Espero que termine su conversación, y entonces lo suelto, sin filtro:
—Genial… así empezamos una relación: huyendo cada vez que algo va mal. ¿Quién está huyendo ahora, Alan?

—Lo sé… —dice, bajando la mirada—. Pero no podía hacer otra cosa. Estuve con Pietro toda la noche. Contratamos un detective privado y un hacker. También revisamos las cámaras de seguridad con el personal de mantenimiento. Tenía que hacerlo.

Antes de que pueda responder, Georgina se une a la conversación, con una chispa de emoción en la voz.

—¿Le has contado a Alan lo que vamos a hacer? Tenemos una solución, y ha sido idea de Melinda —dice, sin poder ocultar su alivio.

—¿Solución? ¿Qué solución? Nadie me ha dicho nada — responde Alan, confundido.

—No había muchas opciones. Vamos a cerrar el desfile con nuestra primera colección de *vestidos de novia*. Nunca los hemos presentado en pasarela. Y en Milán… será un escándalo. El vestido de novia que diseñaste para Melinda fue un éxito absoluto —explica Georgina.

Me quedo congelada. ¿ *Él* diseñó ese vestido?
Lo miro, perpleja. Alan me sostiene la mirada… y me derrite por

dentro. Quiero correr a abrazarlo, pero delante de Georgina me contengo. Apenas.

—Es una idea brillante. No se me habría ocurrido —admite él— . Pero… los vestidos están en la ciudad. No llegamos a tiempo.

—Ya los tenemos aquí. Ayer volé personalmente a buscarlos. Karen me acompañó. Todo el material está listo —le digo, quitándole dramatismo.

Alan no dice nada. Solo me toma entre sus brazos y me besa con una pasión que me desarma delante de todos. Por un segundo, el mundo desaparece.

Más tarde, dejamos al equipo con los últimos preparativos y regresamos al hotel. Alan me explica que comeremos con altos directivos del mundo de la moda, colegas y socios estratégicos. Me espera una comida llena de miradas, comentarios… y competencia.

En la habitación, la estilista y la asesora de imagen que Alan contrató me ayudan a prepararme. Después de probarme al menos una docena de vestidos, elijo uno corto de satén azul claro para la comida. Claudia y Paula me peinan con la melena suelta y un pasador brillante al costado. Me miro en el espejo y, por primera vez, me siento radiante.

Alan me observa desde la puerta, levanta el pulgar como Julio César aprobando un espectáculo. Bajamos al hall y el maître nos guía hasta un reservado. Somos los últimos en llegar. Las estilistas tardaron una eternidad en decidir qué debía ponerme hoy.

Y entonces, el nudo en el estómago.
Veo a mi suegra… sentada justo al lado de Valeria. Cómplices. Casi amigas. Me imagino que, entre víboras, el veneno se reparte.
—¡Bienvenidos, señor y señora Landini! —nos recibe Marcus, el director de Marcisio.
—Buenas tardes, señor Marcus. ¡Cuánto tiempo! —saluda Alan con

cordialidad.
—Sí, creo que desde hace dos años. Hemos venido a presenciar su espectáculo —responde el empresario, encantador.
—Como siempre, tendrán asiento en primera fila.
Alan me aparta un momento del grupo.
—Marcus es una de las figuras más importantes del mundo de la moda —me susurra, sudando visiblemente.
Yo también estoy tensa. No por Marcus… sino por lo que está por venir.
Mientras Alan conversa con otros invitados, un hombre se me acerca:
—Estás espectacular. Llevo toda la comida observándote, y juraría que nunca te había visto antes.
Me sonríe con esa confianza que solo tienen los que no temen ser rechazados.

—Me encantaría bailar… pero no contigo —respondo con una media sonrisa—. Si estuviste tan atento, sabrás que soy Melinda Smith, esposa de Alan Landini y dueña de esta empresa. Tal vez deberías intentar suerte con Valeria, de Textilmax. Ella está soltera.

Alan, que lo ha visto todo desde lejos, se acerca.
—Veo que sabes defenderte sola… —dice con una sonrisa ladeada.

—He vivido casi veinticinco años sin ti.

—Y ahora que estoy aquí… no pienso irme. Así que me tocará marcar territorio cada vez que alguien te mire con otros ojos — me susurra al oído, rozándome el lóbulo con los labios.

—Esta noche yo seré tu estilista. Tengo clarísimo lo que quiero que te pongas —añade con tono grave.
Mi piel se eriza. No puede decir esas cosas… ¡delante de la gente!
—Alan Landini, deja de jugar conmigo. Machito insolente —le digo, dándole una palmada en el hombro, sin poder evitar reírme.

La comida termina. Ni mi suegra se ha acercado a saludar, ni yo he hecho el intento.

De regreso al hotel, me preparo para el desfile. Alan está espectacular con su esmoquin. Debería haber sido modelo… es descomunal. Cuando me ve aparecer con el vestido largo de plumas en naranja, con escote corazón y falda con abertura hasta la ingle, su boca se queda entreabierta.
—Melinda… no sé cómo decirlo, pero este vestido… *eres tú*. Atrevido, sofisticado, diferente. Estás fabulosa.

—Gracias. No sabía que podías decir tanto con solo mirar un vestido —le susurro, besándole suavemente la mano.

Salimos de la habitación, pero esta vez, nos acompaña Daniela. Subimos los tres a la limusina alquilada para llegar al teatro. Ella lleva un modelo elegante, como siempre.

Rompo el silencio.
—¿Y tú amiga, suegra? ¿No viene?
—No quiso compartir limusina contigo —dice con frialdad, sin mirarme.
—Quizá no quiere dar la cara después de lo que hizo —respondo, firme.
—¿Qué insinúas? —pregunta Alan, tenso.
—No lo sé. Pero era la única que tenía acceso. Y es lógico pensar que quiso vengarse tras rechazar su propuesta.
—¿Sabes lo que estás diciendo? —salta Daniela—. Conozco a

Valeria desde que nació. No la acuses sin pruebas.
—Melinda, lo que dices es serio —dice Alan, con voz grave—. Dejemos que los investigadores hagan su trabajo.

La puerta de la limusina se abre y una tormenta de flashes nos ciega. La alfombra roja brilla como en una película. Caminamos hacia el teatro mientras los fotógrafos no dejan de disparar.

Y esta vez… estamos listos para sorprender al mundo. **27**

—¿Señora Melinda, es la primera vez que asiste a

un desfile? —me pregunta un periodista en la entrada del Teatro. —Sí, es mi primera vez. Algún día tenía que ser —respondo con una sonrisa natural, algo nerviosa pero ilusionada.

—Lleva un vestido de la nueva colección, ¿sabía que este modelo se perfila como uno de los más vendidos?

—No tenía ni idea, pero si es así, me alegro. Es realmente precioso —le contesto mientras hago una ligera vuelta para la cámara, mostrando con orgullo el diseño que llevo puesto.

Los demás periodistas se apresuran a acercarse a Alan para felicitarlo por su trabajo. Se le ve cómodo, relajado, como pez en el agua. Supongo que está más que acostumbrado a este tipo de eventos.
Entramos al Teatro de la mano, con Daniela caminando a nuestro lado, aunque esta vez ella parece haber quedado relegada a un segundo plano. No quiero sonar grosera, pero no siempre tiene que ser el centro de atención. Las miradas se centran en mí, o, mejor dicho, en el vestido. Es evidente que el diseño tiene ese *efecto wow*. Tengo que admitir que con un vestido así, cualquiera parecería espectacular.

Nos sentamos en uno de los asientos principales, junto a otros directivos que habíamos visto durante la comida de mediodía. Les saludamos cordialmente mientras tomamos asiento en unas sillas decoradas con telas elegantes, todo dispuesto para disfrutar del desfile.

Daniela se acomoda a mi lado, y en un gesto estudiado para las cámaras, me toma la mano con fingida complicidad. Me inclino hacia ella y le susurro en voz baja:

—Me gusta verte tan cariñosa conmigo... Creo que podríamos llegar a ser amigas si seguimos así.

Me divierte ver cómo lucha por no perder la compostura frente a las cámaras.
—Cariño, sólo estoy contando los días para que mi hijo se separe de ti. Ya va quedando menos —me responde con una sonrisa fría, sujetando su fular sobre el regazo. Su rostro es puro desdén.

—Melinda, no seas tan mala con mi madre. Estoy seguro de que os llevaréis bien con el tiempo —dice Alan, intentando distender el ambiente. Quizá de verdad quiere que nos reconciliemos… o al menos que dejemos de lanzarnos indirectas.

Le dedico una mirada complaciente, justo cuando las luces del Teatro se apagan y los presentadores hacen su aparición en escena. Han escogido a la modelo Lucrecia Portino y al futbolista Asier Masini como imagen de esta temporada; son ellos quienes darán inicio al desfile.

Comienza la música. El escenario se llena de luz, color y efectos visuales. Las modelos desfilan con porte majestuoso, luciendo cada vestido como si fuera una obra de arte.

Para mi sorpresa, estoy completamente absorta. No imaginaba que algo así pudiera emocionarme tanto. No aparto los ojos del escenario. La puesta en escena es fascinante. Distintas fragancias delicadas inundan el ambiente: son los perfumes creados por Landini exclusivamente para el evento. Todo está pensado al detalle para envolver al público.

Los aplausos se suceden como una sinfonía de aprobación. Alan, junto a mí, está radiante. Se le nota orgulloso, satisfecho. Este

desfile es el fruto de meses de esfuerzo.

La última parte del desfile deja a todos boquiabiertos: cuatro vestidos de novia deslumbran bajo los focos. El público se pone en pie en una ovación inesperada. Georgina, visiblemente emocionada, no puede evitar que las lágrimas le recorran el rostro. Su trabajo ha sido reconocido y celebrado.

Al finalizar el evento, Alan se levanta y sube al escenario. Se dirige a Georgina con un ramo de rosas en la mano y unas palabras sinceras:

—Gracias al esfuerzo diario de los trabajadores de esta empresa, y a la constancia con la que se enfrentan a cada reto, hoy estamos aquí. Como directivo de Landini, quiero agradecer especialmente a Georgina y a todo el equipo por hacer esto posible —dice, abrazándola con cariño y respeto.
Tras el desfile, la prensa rodea a Georgina y aAlan. Las preguntas no cesan: todos quieren saber más sobre la colección que, sin duda, ya es un éxito. Me siento feliz de haber sido, aunque sea en pequeña medida, parte de este momento.

Cuando los invitados comienzan a salir del Teatro, Alan se acerca al equipo que está desmontando el montaje y les comunica que ha alquilado una de las discotecas más exclusivas de Milán para celebrar todos juntos.

Poco después, salimos del Teatro. Subimos al coche con Javier, nuestro chófer. No sé adónde vamos exactamente, pero la expresión de Alan me intriga.

—¿Dónde vamos? —le pregunto, mirando su cara de satisfacción.

—Vamos a cenar, tú y yo solos. Quiero celebrar este día contigo antes de unirme a los demás —responde, besándome suavemente en la mejilla.

—A mí también me apetece estar contigo. Estos días han sido una locura… Y ya te has liberado del lanzamiento de la colección — le digo, relajándome contra el asiento.
Llegamos al hotel. Es el mismo en el que nos estamos hospedando. Entramos al ascensor, y Alan pulsa el botón del ático. Estamos solos. Le veo esa sonrisilla traviesa que tanto le gusta poner.

—¡Ni se te ocurra! Sé exactamente lo que estás pensando, Alan. ¡Aléjate! —le digo entre risas, mientras me arrincona contra una de las paredes del ascensor y comienza a besarme el cuello. Sus dedos se deslizan hacia la abertura lateral de mi vestido, que llega hasta el muslo.

—Melinda, déjate llevar… sé que te mueres de ganas —susurra cerca de mis labios, con su aliento cálido erizándome la piel.

—Eres el mismísimo diablo. Intentas engañarme con tus besos… ¡Pero aquí no! —le recrimino, riéndome, aunque lucho por mantener el control. No me gusta correr riesgos.

Justo entonces, las puertas del ascensor se abren.Alan se endereza como si nada, con la expresión más inocente del mundo. Entra una pareja de ancianos que nos desea buenas noches con cortesía. Respondemos con la misma amabilidad, como si no hubiéramos estado a punto de protagonizar una escena subida de tono. Salimos del ascensor riéndonos como dos adolescentes. Le doy un suave golpe en la espalda, divertida por su atrevimiento. Si hubiera cedido, nos habrían pillado. Este hombre no piensa con la cabeza… al menos no con la de arriba.

Abre la puerta del ático y nos recibe una mesa perfectamente dispuesta en la terraza. Candelabros encendidos, flores frescas… todo preparado solo para nosotros. Es de lo más romántico.

—Meli, ¿te gusta? —pregunta con una mezcla de ilusión y orgullo.

—Me encanta… Sabes cómo sorprenderme —le respondo antes de besarle con pasión, junto a la barandilla desde la que se ve todo Milán iluminado.

El camarero sirve un menú degustación con maridaje de vinos. Cada plato es una delicia, y aunque estoy disfrutando como nunca, llega un momento en que siento que voy a explotar. El vino me sube rápidamente a la cabeza; no suelo beber y mi cuerpo lo nota. Desde la terraza, contemplo las luces de la ciudad. Me invade una sensación de plenitud. Estar con Alan es fácil, natural… y a la vez, increíblemente intenso.

Algo achispada por el vino y por él, me dejo llevar. Nos dirigimos a la habitación, cerramos la puerta con urgencia, como si el mundo se desvaneciera fuera de estas paredes. Sus manos recorren mi cuerpo aún cubierto por el vestido naranja, bajando lentamente la cremallera mientras sus besos encienden cada rincón de mi piel.

La habitación se ilumina solo con la luz de la luna. Nuestras miradas se encuentran, cargadas de deseo. Me sonroja lo excitada que estoy. Es como una corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo.

Alan me tumba en la cama, me despoja de la ropa interior y acaricia mi piel con una ternura salvaje. Sus dedos juegan con mi sexo, sus labios no dejan rincón sin besar. Me aferro a él con necesidad, mientras nos entregamos el uno al otro con una pasión feroz. En ese instante, sólo existimos nosotros.

En la cama, Alan recorre con la mirada cada rincón de mi cuerpo desnudo, como si estuviera memorizando un mapa secreto solo para él. Sus dedos, gruesos y cálidos, se enredan en mi melena, acariciándola con una ternura que me estremece. Hay algo en su expresión, en ese leve gesto que intenta contener, que me dice que quiere hablar. Pero no rompe la atmósfera mágica que nos envuelve. Intuyo que sus palabras llevan peso, que lo que está a punto de decir cambiará algo entre nosotros.

—Mel... me estoy enamorando de ti. Locamente —susurra con voz rasgada, mientras su mano dibuja un trazo lento por mi espalda, dejándome inmóvil, como una escultura viva, como *La maja desnuda* ante su artista.

Me falta el aliento. Las palabras no me salen. Lo que siento por él es real, poderoso, pero está enterrado bajo tantas verdades a medias y secretos aún no revelados. No puedo decirle todo. No todavía. Todo tiene su momento... y este aún no ha llegado.

Decido, con cierta pesadez, que es hora de prepararnos para la fiesta que el equipo lleva horas esperando. Me encantaría quedarme entre estas sábanas infinitas, enredada con él, pero no sería justo para todos los que han trabajado tan duro. Desde la terraza, Alan sigue desnudo, tumbado en la hamaca, con la mirada perdida en la noche estrellada.
Salgo para llamarle la atención y meterle algo de prisa. Pero al verle así, tan pensativo, sé de inmediato lo que le pasa. Es por mi silencio. Por no haberle respondido como él esperaba.

—Ejem… ¿Qué te pasa? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Te abro mi corazón y tú… tú no dices nada —responde con una mezcla de tristeza y frustración. Se levanta, se viste sin mirarme, eligiendo unos vaqueros azul oscuro y un polo blanco que le queda perfecto. Desnudo parece un Adonis. Vestido, podría pasar por cualquier dios griego paseando por la Tierra.

—Sabes perfectamente lo que siento por ti —le digo al fin, con voz temblorosa—. Pero tienes razón, me da miedo decirlo. Solo sé que tú eres mi única verdad ahora mismo, incluso aunque todo esto parezca estar construido sobre una mentira.

Él no dice nada. Solo me abraza. Un abrazo que me sostiene, que me envuelve entera, como si quisiera protegerme de todo. Puedo sentir su corazón latir contra mi pecho, fuerte y decidido. En sus brazos me siento segura. Reconocería su olor entre un millón. Lo sé,

me he enamorado perdidamente… de un amor prohibido, envenenado por una herencia que quizá nunca debí aceptar. Ya en la discoteca, nos piden acreditación en la entrada. Me hace gracia. ¿Cómo no nos van a dejar pasar si el mismísimo Alan Landini ha alquilado el local? Pero mantengo la compostura mientras los porteros, con toda la formalidad del mundo, nos dan paso al interior.

Dentro, el ambiente es vibrante. Música, luces, risas, brindis. Veo a Pietro en la pista de baile, desatado y feliz, con Luca, su pareja, que se mueve con una sensualidad desbordante. Karen observa la escena con una copa en la mano, riéndose a carcajadas. Me alegra verlos así. Tras semanas de tensión, por fin se sueltan, celebran, viven.

Me separo de Alan para saludar a mis amigos mientras él cumple con su papel de anfitrión elegante y carismático, saludando uno a uno a los invitados.

Karen me atrapa en su torbellino. Baila a mi alrededor como si estuviera invocando a algún espíritu ancestral con su coreografía caótica y divertida. Me río, dejándome llevar por su energía. Pietro intenta salvarme, pero lo arrastro a la pista y acabamos los tres dando vueltas como niños en un parque. Las carcajadas se contagian y por un instante, todo es alegría pura.
Desde lejos, noto cómo Alan no me quita ojo. Su mirada me sigue, como si necesitara asegurarse de que sigo allí, con él.

Georgina se me acerca sonriente. Me presenta a su marido, un hombre amable que rápidamente me hace sentir bienvenida. Ella es brillante, inteligente, con una sensibilidad artística admirable. Alan tiene un equipo de oro.

Luca se me acerca con una bebida en la mano.
—Gracias, me hacía falta —le digo, aún con las mejillas sonrojadas del baile.

—Tenía ganas de conocerte. Pietro no para de hablar de ti —dice, lanzando una mirada cómplice a su pareja, que está en la barra.

—Pietro está completamente enamorado de ti, se nota a kilómetros. Vuestra historia parece sacada de una película. Espero que algún día me la contéis —le respondo, emocionada.

Luca sonríe, algo tímido. Pietro vuelve, lo besa con entusiasmo, casi como un rescate en plena pista.
—¡Uoooo, tranquilo, ya me voy! —me río, dejándoles su momento mientras me alejo, buscando a Alan.
Pero Alan ha desaparecido.

Salgo del local y pregunto a seguridad si lo han visto. Uno de los porteros me dice que ha subido al reservado de la planta superior. Algo en mi pecho se aprieta. Subo las escaleras metálicas con el corazón acelerado y mil pensamientos cruzándome la mente.

Al llegar, la imagen me golpea como un puñetazo. Allí están Alan y Valeria, enfrascados en una conversación tensa. Su melena desordenada y su tono alterado me bastan para saber que algo no va bien.

—¿Qué haces aquí, Melinda? —me dice Alan, con cara de sorpresa.

—¿Yo? Más bien deberías decírmelo tú. Te he estado buscando y resulta que estás aquí… con ella —respondo, con los ojos brillando de rabia.

—Estamos discutiendo algo importante. Enseguida bajo —dice con voz firme, mirando a Valeria como si esperase que ella dijese algo más.
Siento que mi intuición me guía, y esta vez no se equivoca. Algo pasa. Algo relacionado con el vestido, con la filtración, con todo este enredo en el que me he metido sin querer.

Bajo las escaleras, una a una, con el corazón aún encogido. La música sigue sonando, pero en mi interior se ha hecho el silencio.

28

Pov: Alan

—¿Cómo puedes culparme de algo tan grave? Me conoces desde que éramos niños... ¡Estoy decepcionada con la forma en que me acusas! —grita Valeria, alterada, conteniendo las lágrimas que amenazan con romper su orgullo. Me cuesta creer que ella, precisamente ella, haya sido capaz de algo así.

—Valeria, ¿cómo esperas que te crea? Las pruebas te señalan directamente. —Mi voz suena firme, aunque por dentro una parte de mí desearía que todo fuera un error. Sé que mis mejores fuentes están en ello, investigando cada pista.
—¡Díselo a Melinda! ¡Ella es la culpable de todo esto! Quería que nos alejáramos, me lo dijo claramente. No aceptó nuestro acuerdo y lo hizo solo para hundirme. ¡Ella tenía motivos! —sus palabras salen atropelladas entre sollozos, y su rostro destrozado podría convencer a cualquiera de su inocencia.

—¿Y qué ganaría Melinda hundiendo su propia empresa? Piénsalo, no tiene ningún sentido. Además, fue ella quien salvó el desfile, quien resolvió la situación cuando todo estaba a punto de venirse abajo. No voy a tolerar ni una mentira más. Te di la oportunidad de presentar tu propuesta ante los socios, confié en ti, pero no me gustaría descubrir que has sido tú quien nos ha traicionado. Y te aseguro que lo sabré. Tarde o temprano, voy a descubrir quién ha filtrado la foto del vestido. —Mi tono es tajante. Me niego a creer que Melinda haya hecho algo en su contra, y menos aún, que haya dañado la empresa por una simple rivalidad. Todo apunta a que la filtración salió de una IPregistrada en Textilmax.

Dejo a Valeria sola, en aquel reservado, llorando, frustrada, quizá furiosa por no haber logrado manipularme. Bajo las escaleras del club con rapidez, aun procesando la imagen de Melinda alejándose

con el rostro desencajado al verme con Valeria. Necesito encontrarla. Explicarle. No quiero que se quede con una imagen equivocada de lo que ha ocurrido.

La discoteca ya se ha vaciado bastante. Busco con la mirada entre los grupos dispersos y me acerco a Pietro.
—¿Has visto a Meli? —le pregunto, casi sin aliento.

—jefe, se marchó. Cogió su bolso y me dijo que estaba agotada. —responde con un tono algo ebrio, poco habitual en él. Le doy una palmada en el hombro, agradeciéndole sin decir más.

—Nos vemos el lunes en la empresa. ¡Buen viaje! —me despido mientras salgo del local, preocupado. Sabía que esta conversación con Valeria tendría consecuencias, pero era necesaria.

Afuera, Javier me espera con un Audi A6 azul. Me hace señales con las luces largas. Me acerco con paso rápido y al llegar, me sorprende ver en el asiento trasero a Melinda, con una leve sonrisa en los labios, como si no supiera si estar enfadada o simplemente cansada.

—Pensé que te habías ido sin mí... —le digo con alivio al verla.

—Estuve a punto. Pero quise darte el beneficio de la duda. Supuse que había una razón para verte a solas con Valeria. —dice sin mirarme, con la mirada perdida en el cristal empañado por el contraste de temperaturas.

—La había. Tenía que confirmar una sospecha. Cuando la vi entrar en la fiesta, supe que debía enfrentarla. La llevé al reservado para exigirle la verdad. —musito mientras observo cómo sus dedos juegan con un pañuelo de seda sobre sus piernas.

—Espero que haya servido de algo. Te vi furioso, y me hablaste de una forma que dolió más de lo que imaginas. —su voz es suave, pero cargada de reproche.

—Valeria te acusa de haberlo planeado todo para arruinarla, pero no le creo. Ni una palabra. Los investigadores han dado con una pista clave, y me duele decir que todo apunta a que nos ha traicionado. —le explico, intentando suavizar la tensión, mientras le tomo la mano con cuidado. Ella no me la retira, pero tampoco me la aprieta.

—¿Y por qué no me dejaste defenderme? ¿Por qué me excluyes de tus decisiones? ¿Cómo pudo decir algo así y tú no la frenaste en seco? ¡Quiero enfrentarla! No sabe con quién se metió… —la rabia contenida en su voz me hace sentir aún más culpable. —Melinda, por favor... —intento calmarla, me acerco para abrazarla, pero ella se aparta bruscamente.

—¡No quiero que me abraces! Estoy enfadada, y con razón. Me haces sentir como una extraña en tu vida. Siempre que me acerco, tú te alejas. —sus palabras me atraviesan como cuchillas, porque sé que no están lejos de la verdad.

—Lo siento... De verdad. No quiero que nuestra relación se construya sobre mentiras, ni que la desconfianza nos consuma. — le susurro, mientras veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas. Se seca con disimulo, buscando un pañuelo en su bolso.

No soporto verla así, dolida por mi culpa. Saber que he fallado en protegerla de todo esto. La mujer que amo está rota, y la he dejado sola cuando más necesitaba saber que estaba de su lado.

Llegamos al hotel en silencio, quizás por la hora o quizás por lo que ha ocurrido. Subimos en el ascensor hasta nuestro piso, caminamos por el pasillo como dos ladrones, sigilosos, cuidando no despertar a nadie. Pareciera que estamos a punto de dar un gran golpe en un banco de la ciudad, por cómo nos observan los pocos huéspedes con los que nos cruzamos.
Entramos en la habitación, amplia y silenciosa. La noche la pasamos abrazados, necesitados de esa cercanía como nunca antes. Su cuerpo cálido encajado en el mío, el aroma de su perfume

acariciándome con cada respiración. La deseo, pero al oír su respiración profunda y acompasada me doy cuenta de que ha caído rendida. Se ha dormido sobre mi pecho. Y yo, simplemente me dejo arrullar por su paz.

Despierto con sus caricias suaves, con su mirada intensa recorriendo cada rincón de mi cuerpo. Me siento en casa a su lado.

—Meli, el avión sale en una hora —susurro, rozando sus labios con los míos, embriagado por una felicidad que nunca había sentido.

—Entonces, deja que me dé una ducha rápida —dice sin dejar de mirarme, mientras camina hacia el baño completamente desnuda, como si supiera que la seguiré.

—¿Estás insinuando que me una a ti? —me río y, sin pensarlo, entro tras ella en la ducha.

—¿No eras tú quien tenía prisa? Será mejor que nos duchemos —me responde mientras cierra los ojos para enjabonarse el cabello. —Supongo que tenemos cinco minutos... —le digo, besando su piel húmeda.

Terminamos haciendo el amor bajo el agua caliente, como si el tiempo se detuviera y solo existiéramos nosotros dos. La amo cada día más, y deseo que este instante no tenga fin.

El viaje de regreso es agotador. Al llegar a casa, mi móvil suena: es Liam.

—¡Amigo! Vi en las noticias lo bien que fue el desfile. Esta tarde estaré en la ciudad, ¡por fin terminamos el proyecto! —su voz suena entusiasta. Se nota que está feliz de volver.

—¿Te apetece cenar esta noche? Me gustaría verte —le propongo. Hace tiempo que no compartimos una velada y me vendría bien una charla entre amigos.

—¡Perfecto! Nos vemos esta noche —acepta sin dudar.
También invito a Robert. No quiero más distancias entre nosotros.

Melinda está terminando de deshacer su maleta cuando me acerco para contarle lo de la cena.
—¡Genial! Así aprovecho para ver a Becky. También quería pasar por la cafetería a saludar a mis padres —dice contenta, y me alegra verla así, tan radiante.

Me despido de ella con un beso y salgo rumbo a la empresa. A pesar de ser día festivo y estar todo cerrado, tengo trabajo pendiente. Reviso correos, organizo tareas, y disfruto del silencio. El éxito de la nueva colección aún me tiene flotando. Estoy orgulloso de lo que hemos conseguido.

De pronto, suena el teléfono. Es el detective privado.
—¿Tiene algo nuevo? —pregunto con el pulso acelerado.

—Sí, Alan. Confirmado. La foto salió de un ordenador de Textilmax. La IP y la dirección MAC corresponden a un PC registrado en esa empresa.

—Gracias... —respondo, sintiendo una mezcla de alivio y decepción. Las sospechas eran ciertas. Valeria nos traicionó.

Llamo a mi madre para contarle. Se muestra dolida. Admitir que se equivocó con Valeria le cuesta, pero lo acepta. Me pide disculpas por no haberme creído cuando surgieron las primeras dudas.
Decido no esperar más. Voy directo a casa de Valeria. Quiero enfrentarla.

Su casa está a unos minutos de la ciudad. Al llegar, veo varios coches en la entrada. Parece que tienen visita. No me importa. Toco el timbre con impaciencia.

—Señor Alan, ¿cómo está? —me saluda Alicia, la asistenta de toda la vida. A pesar de su edad, sigue trabajando allí.

—Alicia, cuánto tiempo. Vengo a hablar con Valeria. ¿Podría avisarla? —intento sonar cordial, aunque la tensión en mi voz la delata.

—¿Le ocurre algo? Lo noto nervioso. Ahora mismo la llamo.
Cuando Valeria aparece, su expresión cambia al instante. No hay espacio para cordialidades.
—¿Te preguntarás qué hago aquí? —le digo, conteniendo a duras penas mi enojo.

—Pues la verdad... no tengo ni idea. Tú dirás —responde encogiéndose de hombros, fingiendo inocencia.
—¡Dime que no fuiste tú! Las fotos salieron de un ordenador de tu empresa. Nadie más tenía acceso. Solo tú estuviste cerca de los archivos.

Guarda silencio. Pero luego, su frialdad se vuelve aún más cruel.

—No quisiste unirte a mí. Te advertí que mi empresa estaba en quiebra. No tenía nada que perder. Tú, en cambio, lo tenías todo. Melinda no quiso fusionar nuestras empresas y vendí la foto. Fue la única manera.

Sus palabras me atraviesan como puñales. No muestra ni una pizca de arrepentimiento.

—Reza para que Melinda no te denuncie. Yo no la voy a detener. Has dañado a Landini, traicionado nuestra confianza... Y todo por ambición. Hemos terminado, Valeria. Para siempre.

No espero respuesta. Me doy media vuelta y salgo. Subo a mi Bugatti blanco, dispuesto a borrar de mi mente lo ocurrido.
Llego al club para la cena. Por una vez, Liam y Robert han llegado antes. Me sorprende.

—¡Hermano! Qué bueno verte de nuevo. Espero que esta vez sea definitivo —le abrazo con fuerza.

—¡Vaya recibimiento! Como sigas así, mañana tendré que ir al fisio —bromea, riendo.

—¿Y a mí? ¿No me vas a decir nada? —reclama Robert, exagerando una expresión de celos.
—Vamos, no te pongas sentimental. Los achuchones son para todos —respondo entre risas.

Mientras bromeamos y reímos con mis amigos, algo al fondo del comedor llama mi atención. Entre la gente, distingo la melena oscura de Becky y, justo frente a ella, la silueta inconfundible de Melinda. Están de espaldas, pero no tengo dudas. Me sorprende verlas allí; ninguno de los dos mencionó venir a este restaurante.

Me levanto sin pensarlo, guiado por las ganas de besar a mi muñeca y abrazarla después del día que hemos tenido.
Me acerco por detrás y, con una sonrisa que no puedo ocultar, la rodeo con los brazos, interrumpiendo su conversación.
—Cariño, no sabía que estabas aquí —susurro cerca de su oído, disfrutando de la sorpresa en su rostro.

—¡Alan! Qué coincidencia —dice Melinda, girando la cabeza para mirarme—. Imaginé que vendrías al restaurante italiano. —Creo que ya hemos tenido suficiente pasta por un tiempo — respondo divertido, mientras deposito un beso en su mejilla—. ¿Quieren acompañarnos? Estamos cenando en aquella mesa — señalo el rincón donde me esperan Liam y Robert.

Becky lanza una mirada rápida a Melinda. Es casi imperceptible, pero yo la noto. Hay algo en su expresión, una súplica muda, como si esperara que aceptara la invitación por algún motivo que va más allá de una simple cena.

Melinda asiente con una sonrisa suave.

—Claro, vamos. Ya habíamos terminado de cenar, así que nos vendrá bien un rato más de compañía —responde, tomando su bolso con

calma, como si lo hubiese estado esperando.

Caminamos juntos hacia la mesa. El ambiente se vuelve más cálido, más completo. Tener a Melinda cerca en un entorno así, rodeado de amigos y risas, me hace sentir afortunado. No solo por lo que tengo con ella, sino por la familia que estamos construyendo a nuestro alrededor, poco a poco, sin presiones… pero con intención.

29

No sé si me apetece sentarme con ellos; me encanta estar con Alan, pero también necesito mi espacio. Miro a Becky, que parece emocionada por aceptar la propuesta de Alan. En la boda conoció a Liam, y puedo intuir que la emoción de verlo ahora tiene un efecto en ella. Se siente diferente, como si fuera otra persona.
— Mel, ¡necesito el número de Liam! ¡De aquí no me voy hoy sin conseguirlo! — me dice Becky nerviosa, mientras Alan avanza hacia la mesa.
— ¡Pues será que no lo tienes fácil! Vas a tener la oportunidad de hablar con él. — murmuro detrás de ella, sonriendo al verla tan ilusionada.

— ¡Buenas noches! — saludamos casi al unísono.

— Buenas, qué coincidencia, desde la boda que no nos vemos. — nos responde Robert, el amigo pedante de Alan, al que no trago desde que lo vi en la fiesta de compromiso.

— Sentaros aquí con nosotros. — señala Liam, indicando las dos sillas que Alan había traído para nosotras.

— Cariño, no imaginé que vendrías aquí. El destino insiste en juntarnos. — Se ríe con esa sonrisa que derrite mis sentidos y me besa el hombro descubierto, haciendo que mi cuerpo se estremezca al sentir sus labios.

— Ha sido meramente una coincidencia. Pero me alegro de estar con vosotros. ¡Liam, ya me ha explicado Alan que estás de regreso! — lo miro con emoción; debe ser duro vivir lejos de los suyos.

— Sí, el proyecto terminó y he decidido volver. Puede que aquí me salgan nuevas oportunidades. — Liam mira fijamente a Becky, y ella le responde con una sonrisa que tiene algo de insinuación, casi como si fuera un gesto premeditado.

Desde que nos hemos sentado, no han dejado de lanzarse miradas, y parece que Becky tiene claro lo que quiere de él.

Robert se levanta de la mesa, dirigiéndose a saludar a un grupo de personas con las que cena animadamente, y por lo visto los conoce bien, abrazando a todo el grupo de chicas espectaculares, como sacadas de un concurso de belleza.

— Liam, Becky trabaja en la residencia donde Meli. Las dos están en traumatología. Piensa que, si te rompes algo, ya sabes a quién llamar. — Alan lanza una broma, haciendo de Celestino.

La velada se vuelve interesante. Liam nos cuenta con entusiasmo sobre el proyecto en Dubái, cómo es el trabajo allí, los lujos que lo rodean, y Alan, feliz de haber terminado la campaña, explica lo que sufrimos en Milán por el robo de las fotos.

— Descubrimos que fue Valeria la que filtró las fotos con la intención de venderlas para sanear las cuentas de Textilmax. — dice Alan, enfadado al recordar la situación.
— ¿Estás seguro? Si es así, debemos denunciarlo. No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando que ella se salga con la suya. — mi rabia aumenta por momentos al saber que esa bruja ha intentado perjudicarme, y trago de un trago mi bebida.

— Estoy seguro. Las fotos se enviaron desde su ordenador. ¡Además, ella hoy confesó! — exclama Alan, levantando la cabeza y mirando al horizonte.

— ¿Fuiste a verla? ¿Por qué no me dijiste nada? — mis preguntas necesitan respuestas y la verdad es que estoy muy molesta imaginando a Alan otra vez con Valeria. Siento la necesidad de marcharme del club. Últimamente, Alan actúa por su cuenta y yo siempre soy la última en enterarme de todo. Él se percata de mi enfado e intenta acercarse a mí para mediar, haciéndome una carantoña.

— Me llamó el investigador, y de la rabia fui a reclamarle. Necesitaba saber por qué actuó así. Éramos amigos, y esto fue una tradición que no esperaba. — lo veo afectado, con pena en su rostro. Tal vez recuerda los momentos vividos con Valeria, y eso me duele, porque sé que ellos dos tuvieron una historia que no quiero ni pensar. Mientras tanto, Liam y Becky siguen centrados en conocerse. Los veo muy animados, así que intento no entrometerme. Me alegra que ellos dos estén empezando una amistad. Becky viene de la barra, radiante de felicidad, con una copa en la mano, y me comenta que quiere ir con Liam a la discoteca. La miro con el mismo entusiasmo que ella me transmite, animándola a ir con él para divertirse.

— ¿Vamos todos a la nueva discoteca? — me dice, saltarina, con una alegría distinta a la habitual.

— Cariño, ve tú con Liam. No sé si Robert y Alan irán, pero yo me marcho a casa. — le respondo, ya muy cansada del viaje y sin ánimo de continuar.

— ¡Me voy contigo! — dice Alan al escuchar que yo no voy con ellos.
— No te preocupes por mí, puedes ir. Me volveré sola a casa.
— Ya lo sé, pero de todas formas me iré contigo. — diceAlan con voz melosa, mientras me distraigo con el teléfono móvil.

En ese momento ya estamos en el lujoso deportivo, el cual creo que ha sacado directamente de una revista de coches. Parece increíble que este hombre tenga un vicio tan caro. Yo tengo un coche, y si ese falla, me busco la vida con el transporte público.

Al llegar a casa, evidentemente sabe que estoy molesta por lo de Valeria, y sin rechistar me voy a mi habitación. Como era de esperar, Alan no puede evitar ser ignorado y entra en la habitación con el pijama puesto.

— He decidido dormir contigo. Si estás enojada, será mejor que me tengas cerca para poder sentir tus dientes rechinar. — me dice, riendo, el muy pícaro.

— Alan, por dios, eres un engreído. — me abraza intentando acercarse a mí, y aunque me hago la estrecha, sentirlo cerca me encanta.

Intento dormir, pero mi cabeza está activa. El insomnio se apodera de mí. Me levanto y empiezo a escribir mis ideas para el proyecto de la nueva residencia, lo que quiero hacer y cómo lo voy a ejecutar.

...

En la residencia me da vergüenza ver a Fabri. Salimos de la convención y no lo he vuelto a ver. No tengo idea de cómo actuar, y para mi desgracia, él está enamorado de mí. Al entrar, las piernas me flojean. Quiero salir corriendo, ya que noto como si estuviera incubando algo, una punzada en el bajo vientre me avisa de mis nervios. Aunque sé que tengo que seguir adelante y dar la cara.

— ¡Buenos días, Mel! — me sorprende saludarme Fabri, sin darme tiempo a prepararme para lo que le voy a decir.
— ¡Hola, Fabri! Me alegra verte. Vuelvo a la rutina, espero dar el cien por cien de mí. — le respondo, sin apenas parpadear.

— Cuando quieras, deberías hacer pasar la primera visita. — Fabri no me mira a los ojos. Su frialdad conmigo es cortante, y eso me duele más de lo que pensaba.

Acabamos el día de la misma forma, sin que él haga el esfuerzo de dirigirse a mí. Admiro su trabajo cada día más, su dedicación al

máximo con todos los pacientes y su sensibilidad al tratar los casos.

Al recoger la sala, Fabri se despide tímidamente de mí, y en ese momento, me ocurre contarle sobre la nueva residencia. — Fabri, ¿puedo comentarte algo? — le digo, ya que me gustaría que también estuviera involucrado en el proyecto.

— ¡Dime, Mel! ¿Qué te ocurre? ¿Tienes algún problema? — se ve inquieto, como si realmente esperara que le contara un secreto.

— Me gustaría contarte que he conseguido un lugar para crear una nueva residencia, y quiero hacer un proyecto. Me gustaría que tú estuvieras en él y me apoyaras para llevarlo a cabo. — le explico, y veo cómo una sonrisa se dibuja en su rostro, como si ya hubiera decidido que sí.

— ¡Sabes que lo que me pidas lo haré! Me encantaría que en algún momento me explicaras el proyecto. — me responde, ilusionado por la nueva iniciativa.

Sin darme cuenta, empiezo a sentir de lejos su voz y desfallezco hasta caer al suelo, dándome un golpe en la frente.
— Mel, Mel… Mel, ¿estás bien? — escucho la voz de Fabri, lejana, como si mi cabeza estuviera bajo el agua.

Mis ojos se abren lentamente, y por un segundo, me siento perdida, como si mi cuerpo no supiera cómo reaccionar. El mareo me ha dejado aturdida, y el golpe en la cabeza solo ha empeorado las cosas. El estrés acumulado durante semanas, todas esas noches sin dormir, los problemas en la empresa, y las tensiones con Alan, todo ha explotado de repente.

Me levanto de golpe, tratando de recuperar el control. Como si nada hubiera pasado. La confusión persiste, pero la necesidad de parecer fuerte es más grande. Siempre me ha costado admitir cuando estoy débil.

— Mel, ¿cómo te encuentras después del mareo? El jueves Silvia, la del laboratorio, te hará un análisis de sangre. Creo que estás anémica. — Lo veo preocupado. Lo bueno de Fabri es que, aunque es el tipo de amigo que puede ser algo molesto, me importa. Y, sobre todo, se preocupa por mí. Quizás más de lo que yo me preocupo por mí misma.

— Estoy bien, solo un poco mareada. — Intento sonreír, pero ni yo me creo lo que digo. Me cuesta tanto aceptar mis límites. Siempre he sido la que se ocupa de todo, la que siempre está allí para los demás. ¿Por qué entonces me siento tan perdida cuando las cosas no salen como las planeo?

Salgo de allí con la sensación de tener su apoyo, y, por encima de todo, saber que lo tengo como amigo. Hay algo reconfortante en saber que no estoy sola, aunque las sombras en mi mente me digan lo contrario.

Mi coche avanza por el trayecto hacia la casa del Señor Landini. No es que el coche sepa el camino, pero tengo ganas de ver esa casa. Esa mansión enorme, que siempre ha sido el epicentro de las tensiones y los sueños que he ido construyendo en mi cabeza. La casa que representa un futuro incierto, pero que también es la llave para todo lo que quiero lograr.

Llamo a Alan, pero no contesta. Me imagino que está ocupado, como siempre. Es de esperar que el presidente de la compañía no tenga tiempo para contestar a cada llamada. Me siento un poco... frustrada. ¿Será siempre así? ¿Lo seré yo también? ¿Tan absorbente y distante, que al final lo único que quede sea el vacío?

Me dejo llevar por mis pensamientos mientras paseo por los jardines de la casa, observando cada rincón. Cada árbol, cada flor, cada piedra parece contar una historia, y en mi mente ya estoy visualizando lo que quiero hacer. Pero a medida que avanzo, una idea me golpea con fuerza. Es una idea brillante. El proyecto de la

nueva residencia podría ser perfecto para Liam. No está ocupado, y tiene el talento para llevarlo a cabo. Es uno de los mejores.

En ese instante, me siento aliviada. Al menos, en algo tengo claro lo que quiero. Pero mi mente no deja de divagar. A veces desearía poder frenar ese torrente de pensamientos que nunca se detiene.

En el camino, paso por casa de Brooks para darle una sorpresa. Hace días que no sé nada de ellos y me apetece un poco de normalidad. Un respiro de las complicaciones de mi vida.

Cuando llego a la puerta, Brooks se sorprende tanto que me abraza con fuerza. Su abrazo es reconfortante, un ancla en un mar de incertidumbre. Aunque ella es pequeña y frágil, su abrazo siempre me ha dado la sensación de ser la persona más fuerte del mundo.

— ¡Cualquiera pensaría que llevamos años sin vernos! — Le digo, mientras me bajo el vestido que se me había subido por el abrazo.

— No te esperaba, hermanita. ¡Cómo te he echado de menos estos días! — me responde, con una sonrisa cálida. Pero no puede evitar mirarme de arriba a abajo, como si estuviera asegurándose de que todo está bien.

— Te veo diferente. ¿Estás bien? — pregunta, preocupada.

— Sí, ¿por qué? Estoy más cansada, pero no hemos parado en todos estos días. — le respondo, aunque no me siento tan bien como intento hacerle creer. Siento que hay algo más, algo que no quiero admitir. Algo que me está devorando por dentro.

— ¿Pedimos unas pizzas? Álex está en su habitación, se pondrá contento al verte. — dice Brooks, sonriendo al recordar a mi sobrino.

— ¡Pídelas, pero las pago yo! — le respondo, sonriendo por la idea de pasar un rato en familia.

El tiempo con Álex siempre es un bálsamo. Él es el único que realmente me ve sin juzgarme. Mi sobrino me adora, y yo lo adoro a él. Nos contamos todo, como si el mundo fuera solo nosotros dos. Es el único momento en el que puedo dejar de lado todo lo demás.

La cena se convierte en una especie de refugio, entre risas y juegos de mesa. Durante esos momentos, siento que todo podría ser diferente, que las complicaciones de mi vida podrían desaparecer si tan solo me dejara llevar por la tranquilidad de estos momentos sencillos.

Cuando reviso mi teléfono, veo cinco llamadas perdidas de Alan. No me sorprende. No le contesté antes, y ahora siento una mezcla de culpa y frustración.

Decido enviarle un mensaje para que sepa que estoy con mi hermana.
"Alan, estoy cenando en casa de Brooks. Llegaré más tarde."
En cuanto lo envío, él responde al instante, con un toque de celos que no puedo ignorar.
"Supongo que aún no soy apto para tu familia, ya que me excluyes de las reuniones."

Me río de la situación tan ridícula que hemos creado. A veces, parece que nos alejamos más que acercarnos. Y es difícil lidiar con eso.

La cena continúa, y cuando llega el momento de despedirme de Brooks y Álex, lo hago con un nudo en el corazón. Es difícil irme, especialmente porque la sensación de paz que encuentro aquí es lo único que me hace sentir en control de algo.

Al llegar a casa, Sofía me dice que Alan está en el despacho, trabajando. Me dice que ha ordenado que no lo molesten. Pero decido no seguir sus reglas. Abro la puerta del despacho sin pensarlo, y lo encuentro sumido en su trabajo, con la luz tenue que ilumina su mesa.

— ¿Así que no quieres que nadie te moleste? Nadie no seré yo, ¿verdad? — le digo, mientras me acerco a su mesa con pasos suaves, jugando con la idea de interrumpir su concentración.

— Estoy trabajando, tengo para un buen rato. — intenta seguir dibujando, sin levantar la vista.

— Te llamé esta tarde, pero no me contestaste. Quería enseñarte la casa de tu abuelo para explicarte el proyecto. — le cuento, aunque empiezo a sentir que mis palabras se desvanecen en el aire. Él no está escuchando.

— No creo que estuvieras tan interesada, cuando me llamaste cinco veces y no contestaste. — responde sin mirarme. — Alan, ¿puedes dejar lo que estás haciendo? No todo gira alrededor de ti. Sabes que te llamé, y si no lo contesté fue porque tenía el teléfono en silencio. — mi paciencia comienza a agotarse. No sé por qué siento que todo lo que hago no es suficiente para él.

— Podrías haber llamado a Karen. — dice, como si esa fuera la solución a todo.

— ¡Basta, Alan! No lo hice, y punto. Cuando termines lo que estás haciendo, me avisas. — me siento furiosa, pero no solo por lo que ha dicho, sino por lo que representa. Salgo de la habitación y dejo la puerta entreabierta, sacudiendo mis caderas al salir, tratando de recuperar mi compostura.

A media noche, noto cómo su cuerpo se acurruca a mi lado, aferrándose a mí como si nada hubiera pasado. Su brazo rodea mi cintura, y me acaricia el pelo con suavidad. Su presencia me reconforta, pero hay algo en su gesto que me hace sentir más sola que nunca.

— Te amo. — susurra en mi oído, y siento que mi corazón se derrite, pero también se quiebra un poco más.
Me giro hacia él, mirando sus ojos llenos de sinceridad. Quererlo

cada día es más difícil. Hay algo oscuro que me atormenta, algo que me hace dudar, algo que nunca he podido confesar. ¿Qué pasa si ya no puedo seguir viviendo esta mentira? La promesa de casarme de mentira por una herencia se ha convertido en un peso insostenible. Y no sé cuánto más podré cargar con ello.

30

Alan decide acompañarme como copiloto a visitar la casa de su abuelo. Desde el momento en que sube al coche, noto cómo se agarra con fuerza a la maneta del techo, y su cuerpo se tensa

cada vez que hago una maniobra brusca. Mi conducción no es precisamente suave, y sé que no soy la mejor al volante, pero nunca me han enseñado a conducir de otra manera. Mi profesor

de autoescuela insistió en que se debe ser firme al volante, y eso es lo que hago, aunque a veces parezca más un rally que un simple trayecto.
Cuando aparco en la entrada de la casa, Alan baja rápidamente, su rostro es blanco, casi como si el color hubiera desaparecido por completo de su piel. Lo miro preocupado mientras se limpia el sudor de la frente.
— ¡Meli, a la vuelta conduzco yo! — dice entre risas nerviosas, intentando disimular lo mareado que está.

— Cariño, ¿estás insinuando que conduzco mal? — le pregunto, sonriendo y mirando cómo camina hacia la puerta de la casa, claramente incómodo.

— No, no es eso, pero realmente no puedo aguantar más el mareo. — Responde, tocándose la cabeza como si intentara sacudir el malestar que lo invade.

Lo veo caminar hacia la casa, y una extraña mezcla de nostalgia y tristeza se refleja en su rostro. Puedo ver cómo observa la estructura de la casa con una mirada que no logro descifrar del todo. Me acerco

a él y le tomo la mano con suavidad, sabiendo que este lugar le trae recuerdos, aunque no siempre sean buenos.

— Si no quieres entrar, nos vamos — le digo en voz baja, con el corazón a mil por hora. No quiero presionarlo, sólo quiero estar ahí para él, sea cual sea su decisión.

Él me mira, sus ojos reflejan algo más allá de la tristeza. Hay algo más profundo allí, una conexión con el pasado que no puede ignorar.
— No pasa nada, puedo entrar. Es normal sentir todo esto, después de todo. Esta casa… — me mira fijamente, su voz se suaviza — …ha sido parte de mi vida, de una forma que nunca pude dejar ir.

Sus palabras me llegan al alma. Noto cómo su pecho se hunde al decirlas, y me cuesta ver cómo un lugar que para mí sería solo un espacio físico, para él está cargado de recuerdos que lo han marcado de una forma que no puedo comprender completamente.

Antes de entrar a la casa, decidimos caminar por los jardines. Me gusta ver cómo sus ojos se suavizan cuando recuerda algo, y aunque me cuenta anécdotas de su infancia, la forma en que habla de ellas me hace pensar que esas memorias lo acompañan como sombras.

— Aquí jugaba al fútbol con mis primos. Esta era la zona donde solía esconderme para no ser pillado en el juego. — me dice mientras señala un rincón apartado, rodeado de plantas altas.

Es bonito ver cómo, a pesar de la dureza con la que habla de su pasado, hay una nostalgia que se escapa de su voz. Me doy cuenta de lo importante que fue esta casa para él, y aunque no me lo diga directamente, puedo ver en su postura cómo le cuesta dejar atrás todo lo que representa.

De repente, su teléfono suena. Responde rápidamente, y mientras habla con Karen, se aleja un poco de mí, caminando de un lado a otro por el jardín, con la mirada fija en el teléfono. Sus palabras son

firmes, pero puedo ver que algo lo preocupa. Un rastro de ansiedad se cuela entre sus palabras.

— Dime, ¿es importante? Si no lo es, cancela la visita. — Su tono, aunque tranquilo, es serio, como si tratara de calmar algo que lo inquieta.

Cuelga la llamada y vuelve hacia mí, como si nada hubiera pasado. Es increíble cómo puede cambiar su energía de un segundo a otro. Le sonrío al verlo tan decidido a dejar atrás lo que sea que lo haya inquietado.

— ¡Vamos a entrar ya! — le digo con entusiasmo, tirando suavemente de su brazo para que no se quede atrapado en sus propios pensamientos.

Al entrar a la casa, Alan se detiene en el umbral, y sus ojos recorren el espacio con una mezcla de asombro y tristeza. La casa parece no haber cambiado nada desde que él era un niño. Las paredes aún parecen resonar con las risas y las conversaciones que probablemente llenaron ese espacio en el pasado.

— ¡Melinda, me da nostalgia! — me dice, la voz temblorosa, sin poder evitar que sus emociones salgan a la superficie. Se le nota en los ojos, que brillan con una luz que no logro identificar.

— Amor, es completamente normal. Esta es la casa de tus abuelos. Aquí vivió tu padre, y en este mismo lugar se enamoraron. Aquí es donde todo comenzó. — Le digo con suavidad, señalando las habitaciones y las paredes, sintiendo cómo mis propias palabras toman un giro emocional más profundo.

Lo dejo caminar solo por la casa mientras yo lo observo a distancia, respetando su espacio, sabiendo que este lugar significa algo para él que yo jamás podré comprender en su totalidad. Me quedo allí, esperando que el tiempo haga su trabajo, que el pasado se mezcle con el presente.

Cuando salimos de la casa, ambos estamos callados. Él, inmerso en sus recuerdos, y yo, reflexionando sobre lo que quiero lograr con este proyecto. Me duele pensar en lo que está pasando por su mente, pero trato de ser fuerte, por él.

Después de todo lo sucedido, Alan me lleva a una cafetería donde sirven las mejores tortas de crema que he probado en mucho tiempo. Me deleito con una mientras él me observa, divertido por la forma en que devoro el dulce.

— ¿Quieres otra? — me pregunta, sonriendo al ver cómo me devoro la torta.

— Estaba deliciosa, pero ya sería abusar. No debo. — le respondo, riendo de lo avergonzada que me siento por no poder contener mi apetito.

El ambiente en la cafetería es cálido y acogedor, pero en mi mente sigo dando vueltas al proyecto de la residencia. Le cuento a Alan todo lo que tengo en mente, y me sorprende ver lo emocionado que se pone al escuchar mis ideas.

— Es una idea estupenda, Mel. Poder hacer de esta residencia una asociación para gente necesitada... — dice, tocando mi mano con ternura, como si estuviera orgulloso de mí.
Al final de nuestra conversación, decido fusionar las dos residencias, la de su abuelo y la de la familia de Liam, para aprovechar al máximo los recursos de ambas. Alan apoya mi decisión, y se ofrece a ayudarme con el diseño y la estructura, como si fuera algo tan natural.

Los días pasan tranquilos mientras seguimos trabajando en los bocetos de la residencia. Sin embargo, mi salud empieza a decaer. Los mareos son más frecuentes, pero no quiero darle importancia. Tal vez sea el estrés, tal vez no.

Finalmente, en el trabajo, Fabri me obliga a ir con Silvia para que me hagan un análisis. Aunque me resisto, sé que tiene razón. La salud debe ser lo primero.

— Vamos, Mel. No me hagas insistir. — me dice Fabri, llevándome al laboratorio donde Silvia me espera con la aguja lista.

Aunque detesto los análisis, Silvia es tan profesional que ni siquiera siento el pinchazo. Pero en el fondo, sé que algo no está bien. Algo dentro de mí me dice que no debo ignorar las señales de mi cuerpo.
— Melinda, en dos horas tendrás los resultados. Te pediré un estudio completo. — me dice Silvia, su tono parece amable, pero hay algo en su mirada que me inquieta, como si quisiera decirme algo más, algo que no sé si quiero escuchar.

— ¡Muchas gracias, Silvia! Antes de marchar, subiré a buscarlos. — le respondo, mientras me alejo con Fabri, intentando calmarme después del pinchazo que aún siento en el brazo. Su mano en mi hombro me da una pequeña sensación de alivio, aunque el malestar no desaparece por completo.

Bajamos al despacho, y pronto nos sumergimos en los informes que tenemos pendientes. Uno de ellos pertenece a Rómulo, un hombre que ha estado usando una prótesis tan gastada que ya casi no cumple su función. Fabri estudia con atención las radiografías y los informes previos, se concentra tanto que el ambiente se vuelve tenso. La operación será inevitable: una nueva prótesis, pero antes debemos preparar a Rómulo para lo que está por venir. Fabri explica con calma los pasos del procedimiento, pero yo no puedo dejar de pensar en los resultados de la analítica que me esperan. Los nervios se instalan en mi estómago como un nudo apretado.
La hora del almuerzo llega, y me encuentro con Becky en el comedor de la residencia. Ella ya está sentada en nuestra mesa de siempre, pero hay algo en su sonrisa que la hace parecer diferente. Su rostro brilla con una felicidad que parece fuera de lugar, pero es tan contagiosa que no puedo evitar sonreír al verla.

— ¿Esa cara de felicidad tiene nombre? — le pregunto, con una sonrisa de complicidad mientras me siento a su lado, retirando la silla con el pie.

— ¿Tanto se me nota? Estoy súper ilusionada. Liam es un amor. — dice, con una emoción que apenas puede contener. Por un momento, me pregunto si se trata de la misma Becky que solía ser tan reservada.

— Cuenta, cuenta, que me tienes olvidada. — le digo mientras me llevo un trozo de comida a la boca, observando atentamente cada gesto de su rostro.

— Mel, ¡pasemos la noche juntos! ¡Es lo más en la cama! — exclama, soltando una risa contagiosa, mientras sus ojos brillan con esa chispa que solo se ve cuando alguien está completamente enamorado.
— ¿Ya te acostaste con él? — le pregunto sin pensarlo dos veces, mi curiosidad me consume, quiero saber todos los detalles.

— Fue algo casual, en la discoteca. Nos lo pasamos genial, bailamos hasta caer exhaustos. Bebimos mucho y, bueno... cogimos un taxi. Me acompañó a casa, y al subir... pues lo que tenía que pasar pasó. — lo dice con una mezcla de emoción y orgullo, como si estuviera compartiendo el momento más especial de su vida.

— Me alegro muchísimo por ti. — le respondo, sinceramente feliz por ella, pero mi mente está en otro lugar. No te lo vas a creer, pero le voy a pedir a tu enamorado que me haga el proyecto de la casa del Señor Landini.

Ella me mira sorprendida, pero aplaude como si acabara de ganar un premio.

— ¡Ei, eres muy lista! Me encanta que hayas pensado en él. — dice, mientras su entusiasmo crece aún más, como siempre, sin filtro.

Terminamos de comer, pero la tarde no se aligera. Fabri me recuerda que debo subir a buscar los resultados de la analítica. No quiero, no tengo fuerzas para enfrentar lo que esos resultados puedan decirme, pero su insistencia me obliga.

— Mel, ¡te acompaño y así vemos qué es lo que tienes! — dice Fabri, mientras recoge su maleta y me lanza una mirada comprensiva.

— De verdad, no hace falta. Ya subo sola. Te has tomado demasiadas molestias. — intento rechazar su oferta, pero él ya está decidido, y no puedo hacer más que seguirlo.

Subimos en el ascensor, en silencio, como si el aire estuviera demasiado cargado. La conversación sobre el tiempo parece vacía, una forma de rellenar el espacio, como si hablar de algo tan trivial pudiera calmar el torbellino que llevo dentro.

Llamo suavemente a la puerta del despacho de Silvia, sin saber exactamente qué esperar.

— Melinda, ya tengo los resultados. Me los he estado mirando... y sé lo que está causando esos mareos repentinos. — me dice Silvia con una sonrisa en el rostro, como si estuviera entregándome una buena noticia. Pero no lo es.
— ¡Ostras Silvia! Mientras no sea nada malo... algo que deba preocuparme. — mi tono es temeroso, y mis manos empiezan a sudar.

— ¡Felicidades, Mel! Estás embarazada. — me lo suelta de golpe, como un jarro de agua fría. Su entusiasmo me deja en shock, y el mundo parece detenerse un instante.

— No entiendo... qué estás diciendo. — balbuceo, mientras mis piernas empiezan a temblar. Mis manos se llenan de frío, y las lágrimas se acumulan sin que pueda detenerlas.

— Mel, siéntate. No estés de pie. — Fabri me sujeta, notando cómo mi cuerpo se tambalea.
— ¿Pero no es deseado? — me pregunta Silvia, mirando mi expresión con un toque de duda.

— ¡No! — respondo, mi voz quebrándose, mientras un torrente de emociones me inunda. Siento que todo está fuera de control, que mi vida acaba de cambiar de manera irreversible.

— Fabri, Silvia... os agradecería que no le contarais a nadie esto. Aún no sé cómo procesarlo. — les pido, mientras tomo los resultados con manos temblorosas y los guardo en mi mochila con una precisión casi mecánica. No quiero que esto sea real, no quiero que nadie más lo sepa hasta que no haya encontrado la manera de aceptar lo que está sucediendo.

Fabri me acompaña en silencio mientras salimos de la consulta, sin saber qué decirme, sin poder consolarme. La sensación de impotencia y frustración se refleja en su rostro, como si él también estuviera atrapado en un laberinto de emociones difíciles de comprender.

Cuando llego a casa, la atmósfera parece extrañamente tranquila. Sofía me saluda, pero su mirada es diferente, como si ya supiera que algo no va bien. Me informa que Alan está en su despacho, trabajando en unos modelos nuevos. Mi corazón late más rápido. No quiero enfrentarme a él, pero sé que es el momento.

Subo, con los resultados aún en la mano, y golpeo suavemente la puerta del despacho de Alan. Él levanta la mirada del escritorio y, por primera vez en mucho tiempo, me parece completamente ajeno.

— Melinda, cierra la puerta. Tenemos que hablar. — su tono es severo, y hay una frialdad en su mirada que nunca antes había visto. Algo ha cambiado.
— ¿Qué ocurre? — mi voz tiembla, y una sensación de hielo se apodera de mi cuerpo.

— Esto se nos ha ido de las manos, Mel. Hemos jugado a algo que no existe. Nos dijimos cosas que realmente no sentimos, y no puedo seguir viviendo contigo. Me das asco. — sus palabras me golpean con fuerza, y mi mente se queda en blanco.

— Alan, ¿qué estás diciendo? ¿Todo era mentira? — mis ojos se llenan de lágrimas, pero las palabras se me atascan en la garganta. No puedo comprender lo que estoy escuchando.

Él se levanta, furioso, y lanza un bolígrafo contra la pared con toda su fuerza.

— Será mejor que hagamos un pacto. Si quieres quedarte aquí, está bien. Yo buscaré otro lugar. — dice, como si no le importara lo que está diciendo. La frialdad en su voz me corta la respiración.

— No quiero estar aquí, no quiero nada que venga de ti. — le grito, sintiendo cómo cada palabra se me escapa como un grito de dolor. Tu abuelo tenía razón. Me dijo que te enamorara para hacerte la vida imposible. Eres deplorable.
Las palabras resuenan en el aire, y aunque su cara permanece impasible, dentro de mí algo se quiebra definitivamente. Él ha jugado conmigo, y ahora yo estoy atrapada en una mentira que no sé cómo deshacer.

mentira que no sé cómo deshacer.

Salgo corriendo. Temblando. Gritando en silencio. Aprieto el botón del ascensor como si con eso pudiera escapar del dolor. Cuando se abre, Sofía me ve. No digo nada. No puedo. Solo lloro. Me muerdo los labios para no gritar. Pero dentro de mí, todo está en llamas.

Ya en el coche, con el volante temblando entre mis manos, arranco sin rumbo. No sé dónde ir. Solo sé que no quiero volver. No puedo. No estoy sola. Llevo una vida dentro. Y el mundo, tal como lo conocía, ha desaparecido.

Y mientras conduzco, una idea se repite como un eco insoportable: Me enamoré de un monstruo. Y ahora, tengo que aprender a sobrevivir con su huella dentro de mí.

31

Me encierro en esa habitación pequeña, donde Brooks ha colocado una cama supletoria. Al menos allí, encerrada en mi dolor, siento que puedo estar tranquila, rodeada por la protección de mi familia. Becky ha intentado ponerse en contacto conmigo varias veces, preocupada por mis mensajes tan fríos y escuetos. Pero yo no quiero saber nada de nadie, me contengo aquí, cerrada en mí misma, asimilando el abrumador batacazo de realidad que me ha dado la vida. ¿Cómo Alan podría haberse enamorado de mí? Qué estúpida me siento al recordar ese "te amo" que jamás existió, palabras vacías que se clavan como agujas en mi pecho. Cada vez que pienso en ellas, me duele más, como si hubiera sido una ilusa al creer en algo tan imposible.

Me acurruco en el suelo sobre un cojín, abrazando mi vientre con la esperanza de sentir algo de consuelo. Desde la ventana, observo cómo el viento arrastra las hojas, dejándolas caer una a una, tan frágiles, tan solas, como yo en este momento. Brooks entra varias veces, siempre con la misma preocupación en los ojos, pero yo me niego a levantar la cabeza. Ya no tengo fuerzas ni para mirarla. Mi apetito se ha esfumado, y ella lo sabe. Con un tono de voz lleno de preocupación y algo de enojo, me obliga a comer algo, como cuando Álex está enfermo y no tiene ganas de nada.

— Mel, tienes que comer, por lo menos por el bebé que llevas dentro, ¡por él tienes que hacer el esfuerzo! — me mira, la rabia y el amor reflejados en su rostro, pero yo, con la voz quebrada, le respondo:

— Comeré en un rato, no te preocupes. — Mi voz suena vacía, como si ya no quedara nada de mí.

Ella no se conforma, me mira como si estuviera viendo a una desconocida. Se indigna al pensar en lo que Alan me ha hecho.

— ¡No puedo creer que ese desgraciado haya hecho esto contigo! — dice, su enojo palpable.
— No lo nombres, por favor. No quiero saber nada de él. Mañana tengo que volver al trabajo y seguir mi vida, aunque esté rota por dentro. — La miro a los ojos, pero sé que mis palabras no son suficientes para calmar mi tormenta interna.

— ¡Mel, por favor, tienes que comer! Vas a ser madre, necesitas fuerzas. Este bebé te necesita. — me dice, como si su desesperación pudiera hacer que yo despertara de mi propia pesadilla.

En ese momento, me doy cuenta de que tengo que ser fuerte, por mi bebé, aunque el dolor me consume. En dos días recibiré las llaves del piso que he alquilado, y aunque agradezco profundamente que el marido de mi hermana haya ido a recoger mis cosas, no puedo dejar de sentirme vacía. No quiero regresar a su casa, no puedo. Estoy perdida en un dolor que no sé cómo gestionar, pero debo seguir adelante, aunque mi corazón esté hecho pedazos.

He pasado varias semanas desde que salí corriendo de la casa que no quiero ni nombrar. Pedí una excedencia en la residencia, y pasado mañana será el día de la mudanza. Brooks ha estado a mi lado, cuidándome, pero yo no encuentro la manera de agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Ella ha sido mi sostén, mi única constante en medio de esta tormenta.

De vuelta al trabajo intento deshacerme de mis problemas y concentrarme en mis pacientes. Mery, con su actitud desconfiada, se acerca al despacho de Fabri para comprobar que realmente estoy en mi lugar de trabajo, como si su presencia fuera a darme la paz que necesito. Fabri, sin perder su compostura, la echa educadamente de la consulta.

— Mel, ¿estás bien? Te veo... cansada. — me dice Fabri, notando lo demacrada que estoy, lo rota que me siento.

— Estoy bien, es solo que el embarazo... ya sabes, el primer trimestre siempre es el más difícil. — trato de sonreír, pero mi voz sale temblorosa, y sé que no convence ni a mí misma.

— ¡Alan debe estar fuera de sí! — musita Fabri entre dientes, pero su tono me suena distante, como si intentara comprender lo que estoy viviendo.

— Fabri... no soy de contar mi vida personal. Pero tú eres el único que sabe mi secreto, y espero que lo guardes. Alan y yo... nos hemos separado. Y él aún no sabe lo de mi embarazo. — Mi voz se quiebra al recordar las palabras crueles que me dijo antes de marcharme de su casa. Cada vez que las repito en mi mente, me destrozan un poco más.

Fabri se sorprende, y su rostro refleja el deseo de consolarme, pero yo me aparto, no quiero que piense que hay algo más entre nosotros. Ahora mismo no quiero nada que no sea superar este dolor. No quiero que nadie me mire como una víctima.

— Mel, sabes que siempre estaré aquí para ti, para lo que necesites. Soy tu amigo, y te protegeré. — insiste, con una mirada sincera, pero yo sólo me siento vacía, como si todo estuviera roto.

Termino mi turno más agotada de lo normal, y al llegar a mi coche, me siento, agotada emocionalmente. Apoyo la frente en el volante, mirando mis manos temblorosas. El llanto silencioso me invade, y por un momento, me siento incapaz de moverme. Extraño las caricias y los besos deAlan, el hombre que me rompió el alma. Cada momento que viví con él me consume, porque ahora llevo en mi vientre un hijo de alguien que me odia, de alguien que me desprecia. ¿Cómo pude creer en él? ¿Por qué tuve que enamorarme de alguien tan cruel?
Cuando llego a casa, Álex me regala un dibujo de un arcoíris, y lo guardo con cuidado en mi agenda. Los arcoíris, me digo, salen

después de la lluvia. Y yo lo necesito más que nunca, porque en algún momento, la lluvia tiene que cesar.

Después de colocarme mi máscara, intento descansar, pero Becky sigue llamándome insistentemente. Me resisto, pero sé que no se detendrá hasta que me atienda. Finalmente, decido ir a verla. Nos encontramos en el bar del barrio, y aunque todo parece normal, yo me siento vacía, como si mi mente no pudiera procesar lo que está pasando. Es como si viviera en un sueño del que no puedo despertar. Becky me ve y, con una rapidez que me sorprende, se lanza a mis brazos, como si supiera lo que estoy sintiendo.

— ¡Mel, estás muy pálida! No haces buena cara... — Me dice, su tono cargado de preocupación.

— ¡Gracias por el diagnóstico! Yo también te quiero. — le respondo irónicamente, aunque sus palabras me atraviesan como un cuchillo, porque sé que tiene razón. Pero no sé cómo explicarle lo que estoy viviendo.
— No me voy a ir de aquí hasta que no sepa la verdad. Sabes que después de mis padres, tú eres lo más importante — me mira a los ojos con sinceridad, parece saber lo que estoy pensando.

— Ya lo sabes, Alan me dejó, destrozándome el corazón. Ya te lo dije — le respondo apenada, con los ojos humedecidos por el dolor al recordar.

El peso de sus palabras aún me aplasta el pecho. Es como si mi cuerpo no pudiera olvidarlo, no pudiera dejar de pensar en los momentos que compartimos, incluso después de todo lo que pasó. Siento que cada rincón de mi ser grita por encontrar una respuesta a esa relación rota, una razón por la cual todo terminó tan abruptamente, tan cruelmente.

— Mel, Brooks me ha contado todo, le dijiste que no me cogiera el teléfono. He jurado no contárselo a nadie, pero quiero que sepas

que puedes contar conmigo — me dice, suavizando el tono, preocupada pero decidida.

— ¡Vaya bocaza tiene mi hermana! Sé que está preocupada, es una situación difícil, pero me encuentro bien. Estar embarazada no me impide nada — le contesto con voz cansada, mientras la veo prestar atención a todo lo que digo. Pero no puedo evitar que mi mente se pierda en recuerdos que desearía no revivir.

El embarazo... no debería ser un dolor. No debería recordarme tanto a Alan. Y, sin embargo, lo hace. Es como si mi cuerpo estuviera atado a él, incluso cuando él ya no quiere saber nada de mí. El bebé debería ser mi esperanza, mi nuevo comienzo, pero en este momento se siente como una carga más, un recordatorio de que mi vida no está bajo mi control.

— ¡Creo que Alan tiene que saberlo! — exclama, preocupada. Su voz tiene un toque de urgencia que hace que me estremezca.

— ¡Becky, no! Me dijo que me odia, que le doy asco. Imagínate lo que haría con mi bebé, fruto de algo que le repugna — lloro descontrolada, con miedo, tratando de que nadie me vea en esa situación. En este instante, siento que todo lo que queda de mí es este llanto, una liberación de la angustia que me consume.

— Tranquila, ya verás, tú sabrás cuándo será el momento — intenta calmarme abrazándome desde la silla, pero no puedo dejar de pensar en lo peor. ¿Y si Alan se convierte en un monstruo? ¿Y si me odia aún más cuando vea lo que llevo dentro?
— Gracias, eres mi amiga, necesito que guardes mi secreto — le pido, mirando sus ojos suplicantes, por el bien de mi bebé. Mi voz tiembla al decirlo. Cada palabra es como un susurro de miedo y desesperanza. ¿Cómo haré para protegerlo de Alan? ¿Cómo enfrentarme a la mentira que ahora me ha dado la vida?

— Melinda, Liam sigue aceptando el proyecto. Está ilusionado con la idea, él no tiene nada que ver con la decisión de Alan. Aunque, te

tengo que decir que después de todo lo que te ha hecho, no deberías dejarle la empresa tan fácilmente. ¡Este degenerado debe pagar por hacerte sufrir de esta manera! — me dice, llena de ira.

Su furia es palpable, y aunque la comparto, hay algo dentro de mí que me dice que el revanchismo no es la respuesta. No quiero ser esa persona que se ahoga en su dolor y se convierte en una sombra de lo que fue. Pero, al mismo tiempo, siento una necesidad irresistible de tomar el control de lo que alguna vez fue mío, de no dejar que Alan se salga con la suya tan fácilmente.

— Sí, ya imagino que Liam no tiene nada que ver. Cuando él quiera, puede empezar el proyecto. Respecto a Alan, tal vez tengas razón, me casé con él para hacerle la vida imposible, y parece que ha sido al revés. Tal vez no le deje las cosas tan fácilmente — le contesto, pensativa, como si sus palabras abrieran una puerta a algo que no había considerado. Pero no sé si estoy lista para la guerra que eso implicaría.

Nos marchamos del bar, cada una por su lado. Mi mala suerte hace que haya aparcado el coche en la siguiente calle. Mientras camino distraída, veo un coche a toda velocidad y, al cruzar el paso de peatones, se atraviesa en mi camino, dando un frenazo a punto de atropellarme.

El tiempo parece ralentizarse. Un segundo más y mi vida se esfumaría. Todo lo que había estado construyendo, todas las emociones reprimidas, todas las promesas rotas, se desmoronaría en ese instante. Me quedo paralizada, frente al coche, sin mover un músculo, como si mi cuerpo estuviera tan exhausto que ni siquiera pudiera reaccionar.

El chico abre la puerta y sale apresurado.

— ¿Estás bien? Dime que no te he tocado — dice, nervioso, mirando a su alrededor, pero yo sigo inmóvil.
— Estoy bien, pero podías haberme matado — le respondo,

pausada, sin fuerzas, tal vez esperando que realmente me hubiera atropellado. En algún nivel, parece que no me importa nada. Si la vida me quiere arrebatar esto también, que lo haga.

— ¡Te has quedado en estado de shock! ¿Sólo dime que estás bien? — pregunta aún más nervioso.

— Estoy bien, tranquilo — le digo, cruzando la calle sin mirarlo. Al final, soy yo quien decide caminar, quien decide seguir adelante, aunque dentro de mí todo esté quebrado.

— ¡Espera! — grita desde el otro lado.
Lo miro levantando la cabeza.
— ¿Quieres que te lleve a algún lado? — me pregunta, con la puerta del coche abierta.

— Gracias, pero tengo el coche aquí mismo — le respondo, alejándome rápidamente, con el corazón desbocado, como si no pudiera soportar más de lo que ya llevo encima.

En otro momento, me habría enfurecido, tal vez hasta me habría lanzado sobre el capó del coche, pero ahora, esta sensación de vacío y luto me hace restarle importancia a todo lo que sucede a mi alrededor. ¿Quién soy ahora? ¿Quién soy después de Alan? ¿Soy la mujer que pensó que podía ser feliz o la que acaba de perderlo todo?

Mientras camino, pienso en lo que Becky me dijo. ¿Cómo puedo dejarle la empresa a alguien como Alan después de todo lo que hizo? Si lo hiciera, sería una completa estúpida. Pero aún me duele pensar que él, el hombre con el que soñé, me haya destrozado de esa manera. El dolor de la traición es como una sombra que me persigue, que se cuela en mis pensamientos cuando menos lo espero.

Llego a casa y Brooks está sentada en el sofá, esperando mi llegada, preocupada por la hora.

— ¡Pareces a mamá! — le digo burlándome, intentando aligerar el ambiente.
— Estaba preocupada, todos están durmiendo — me dice susurrando, moviendo la mano para no despertarlos.

— Becky ya me ha dicho que le contaste sobre el embarazo. ¡Cómo para ir a la cárcel, no duras un minuto, chivata! — ruedo los ojos y me siento a su lado, dándole un beso en la mejilla. — Gracias, hermana — la miro dulcemente y me recuesto en su hombro, sintiéndome un poco más tranquila. Aunque mi alma sigue rota, este pequeño gesto de cariño me hace sentir que aún hay algo bueno en mí.

Me quedo dormida en el sofá sin darme cuenta. La buena de Brooks me tapa con una manta, y vuelvo a cerrar los ojos, sin ganas de levantarme, aprovechando el momento para descansar y recuperar mis días de insomnio. La paz que siento aquí, en su casa, es lo único que me hace sentir que puedo respirar. Aquí, lejos de Alan, puedo olvidarme por un segundo del peso que llevo encima.

Por la mañana, me despierto mucho mejor, incluso creo que mi ánimo empieza a apoderarse de mí, con ganas de ver el mundo de otra manera, ilusionada por el proyecto pendiente y la mudanza.

— Brooks, buenos días, hoy es el día de la mudanza. La empresa de los nuevos muebles me dijo que los traerían sobre las once, así que desayuno y me voy pitando — la beso en la mejilla y me llevo un croissant de papá a la boca.

— ¡Te veo radiante, seguro que es porque has dormido! Por favor, tienes que estar siempre así. Te acompañamos con las demás cosas, y así me quedo más tranquila si te veo instalada — sonríe, dando un sorbo al café, apoyada en el mármol de la cocina.

Recojo mis cosas del pequeño cuarto donde he estado durmiendo y las meto en el maletero, cerrando con fuerza el portón para que no se abra mientras conduzco. Las bolsas y cajas ocupan el asiento

trasero, casi impidiéndome ver por el espejo retrovisor. Álex decide venir conmigo y se acomoda en el asiento del copiloto, muy ilusionado por la mudanza.

— ¡Tía Mel, te echaré de menos! — dice Álex, mirando sus rodillas.

— Amor mío, yo también te echaré de menos. Ya sabes que podrás venir siempre que quieras — lo miro y acaricio su rostro angelical.

Arranco el coche cargado de cajas, dirección a mi nuevo hogar, un poco nerviosa y a la vez ilusionada. Tal vez todo pase por alguna razón. O quizás, solo sea el comienzo de algo nuevo.

Mientras conduzco, recibo un mensaje y vuelvo la cabeza para ver de quién es. Mi corazón se acelera, como si estuviera a punto de salirse de mi pecho, al descubrir que es de Alan.

"El fin de semana tenemos un evento en la empresa, es importante que asistas."

Su mensaje me inquieta, pero intento ser fría al responderle. Quiero dejar las cosas claras antes de que el embarazo comience a notarse.

"Allí estaré."

32

Pov: Alan

La mañana en que Laura se presentó en mi despacho, no le di más importancia. Estaba acostumbrado a sus visitas inesperadas, aunque cada vez me molestaban más. Sabía que no podía evitar que apareciera cuando le daba la gana.

— ¿Qué haces aquí? Sabes que no me gusta que te vean en la empresa — le dije enfadado, mientras repasaba unos bocetos para la nueva colección masculina. Mi tono de voz era tajante, pero en mi interior sabía que me estaba desmoronando poco a poco.

— Alan, me han hablado de ti y dicen que estás muy enamorado de Melinda. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿No eras tú el que me dijo que me esperara? — gritó furiosa, levantando los papeles de mi mesa con un manotazo, desbordada por la rabia y el resentimiento. Cada palabra era como un puñal que me atravesaba, pero sabía que no podía ceder.

— ¡Ha sucedido sin más! No le des más vueltas. Jamás he estado enamorado de ti y lo sabes. Me hubiera gustado corresponderte, pero no pude. No soy esa persona — le expreso, lamentando lo ocurrido, sabiendo que, aunque no quería hacerle daño, estaba siendo cruel. Pero en este momento, no tenía otra opción.

— Tampoco dejaré que seas feliz con ella. Sé toda la verdad y le haré la vida imposible. Juro que, si no la dejas, arruinaré su vida. Nadie la mirará a la cara, la llamarán impostora. ¿Sabías que os casasteis por la herencia, bajo un contrato matrimonial y con reglas que seguir? Lo único que te ha interesado siempre ha sido la empresa. Sólo basta con que mueva un dedo, y todas las revistas del mundo sabrán quién es la "ramera" de Melinda. Puedo hacerme la víctima y sé que me sale muy bien. Juraré ante todos que me utilizaste y ella quedará como una desgraciada sin escrúpulos. Tú quedarás sin reputación alguna — dijo, amenazando con el teléfono móvil en la mano, mientras sus ojos destilaban veneno.
— ¿Qué estás diciendo? Laura, deja de jugar. No estoy para tonterías. Te agradecería que no menciones a Melinda. Su nombre en tu boca lo ensucia — respondí, enfadado, sin poder creer lo que estaba escuchando. La intensidad de su odio me desbordaba.

— No voy a volver, pero te advierto que, si realmente sientes algo por ella, será mejor que la dejes, porque te juro que se va a arrepentir de haberse cruzado en mi camino — me miró con una frialdad inigualable, como si sus palabras fueran cuchillos afilados, capaces de cortar cualquier atisbo de esperanza que me quedara.

— ¿Qué quieres de mí?

— Quiero que la dejes. Si no lo haces, mañana saldrá en todas las noticias. Todo el mundo os odiará y creo que la marca Landini dejará de existir. Además, ella se odiará por estar a tu lado, al descubrir que no la amas como cree — me dijo, dando vueltas por el despacho, como una hiena, disfrutando del sufrimiento que me causaba.

— Eres una perra retorcida, jamás pensé encontrarme con alguien como tú. Tuve suerte de no casarme contigo. Haré lo que me dices por Melinda, la empresa no me importa — le dije, maldiciendo el hecho de haberla conocido.

— No imaginé que realmente la amarías tanto como para no importarte lo que más anhelas. Me encanta ver cómo defiendes algo que nunca has experimentado, amar a alguien más que a ti mismo. Disfrutaré viéndote sufrir — dijo, tomando su bolso y dándose la vuelta, lanzándome un beso que solo hizo aumentar mi frustración.

Destrozado, sabía perfectamente que Laura estaba dispuesta a destruir la vida de Melinda. Descubriría ante la prensa nuestro contrato matrimonial, y eso destruiría cualquier esperanza de redención que pudiera tener.

La verdad es que, en este momento, me importaba muy poco perder la empresa. Nunca fue mía, y ahora mismo es lo último en lo que quiero pensar. Pero Melinda no se merece sufrir de esa manera. No puedo permitir que Laura destruya su vida.

Salí del despacho, sintiendo que sería el último día en que la vería. Me encerré en mi habitación, imaginando cómo terminaría nuestra relación, mientras ella se iba, sin pedir explicaciones. Ese momento fue tan duro… verla frente a mí, con el rostro desencajado, asimilando las palabras crueles que le había recitado. Mi alma se partió en dos al ver sus lágrimas recorrer su dulce rostro. Mi instinto me pedía abrazarla, decirle la verdad, pero sabía que no podía.

Me quedé allí, sin poder respirar, ahogándome de dolor por dejarla marchar, encerrado en mí mismo, en mi tristeza. No podía salir, no quería enfrentarme a nadie. Todas las llamadas que entraban, las anulaba una tras otra.

Pero mi madre no aguantó más tiempo y vino a verme.

— ¿Qué quieres? Márchate, no me apetece ver a nadie — le contesté sin apenas levantar la cabeza, hundido en la tristeza más profunda.

— Levántate de la cama, no creo que todo sea tan grave — me dijo, tirando de las sábanas, con una mezcla de preocupación y amor.

— No lo entenderías, la quiero y la he dejado marchar. ¡Todo por su culpa! — le grité, llorando como cuando tenía diez años, sin poder contener el dolor que me ahogaba.
— ¡Alan, levántate! Explícame qué ha pasado, tal vez yo pueda ayudarte — me respondió, mirándome con tristeza, queriendo entenderme.

— ¡Tú la odias! Estarás contenta, como todos. Estaba feliz a su lado, te diré que jamás lo había estado tanto, y la zorra de Laura se ha entrometido en mi vida — le conté, con la amargura recorriéndome la garganta, incorporándome para ir al salón.

— Alan, si tú la quieres, yo te apoyo. Me alegra que al final te hayas enamorado de verdad. No quiero verte sufrir. ¿Dime qué tengo que hacer? —me preguntó lamentando la situación.

Nada, por ahora déjame.

Ese día decidí salir, necesitaba verla, aunque ella no lo supiera, mi castigo al pensarla tanto me rompía por dentro. Llegué a la residencia ocultándome en la oscuridad, esperando ansioso a que su turno acabará.

La vi salir tras la puerta respirando profundo con necesidad de llevarse el máximo de aire hacía sus pulmones, descubriendo que ella también estaba sufriendo apoyada en el volante de su coche sin apenas inmutarse, a la espera de encender el motor con la mirada perdida.

Los días siguientes hice lo mismo, ir a verla sin ser descubierto, deseando acariciar su cuerpo y volver a sentirla mía.

— ¡Alan, déjame pasar! No sé si los rumores que corren por la empresa y la prensa son ciertos. Si es así, me da mucha pena que Melinda y tú os hayáis separado. Sé que no estás de humor, pero el sábado tenemos la gran gala de la moda, y tienes que ir. Te agradecería que avisaras a Melinda, ella es socia de esta empresa. — dice Georgina desde la puerta, con un solo pie dentro del despacho, como si temiera mi reacción.

— Ella tal vez no quiera ir, de todos modos, se lo diré. — respondo sin apartar la vista de la ventana, mi mente completamente absorbida por las consecuencias de lo que ha ocurrido con Melinda.

— Sabes que estarán todos los empresarios más exitosos del país, y si no vas, nuestra imagen se verá afectada. Espero que puedas convencer a Melinda. — dice, en voz baja, mientras cierra la puerta suavemente, como si no quisiera agregar más tensión al ambiente. Me quedo mirando por la ventana, absorto en mis pensamientos. ¿Cómo le diré que tenemos que ir juntos a la gala? La sola idea me consume, pero no puedo permitir que las cosas entre nosotros sigan en este limbo. Decido enviarle un mensaje, aunque temo que su respuesta sea fría, como la última vez.

"Este fin de semana tenemos un evento en la empresa, es importante que asistas."
Al instante, recibo su respuesta, escueta y directa.
"Allí estaré."

Me sorprende su respuesta. Creía que lo último que quería era estar conmigo en un evento de la empresa, especialmente después de todo lo que ocurrió entre nosotros. ¿Realmente vendrá? La duda me consume, pero no tengo tiempo de dudar más. La gala se acerca y las apariencias deben mantenerse.

A medida que pasa el día, me siento cada vez más culpable. No solo por cómo manejé la situación con Melinda, sino por las duras palabras que le lancé a Karen. Decido llamarla para disculparme. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo ocurrido. — Karen, por favor entra. — le digo, abriendo la puerta de mi despacho, mientras noto cómo me observa con cautela, temerosa.

— ¿Qué necesita, señor Alan? — pregunta, notando mi tono más suave, pero aún preocupado.

— Quería pedirte perdón. Estos días he estado más agobiado de lo normal y, lamentablemente, la he pagado contigo. Como sabrás, Melinda y yo nos hemos separado. Me imagino que puedes entender por qué he estado tan alterado, aunque sé que no es excusa. — le explico, con sinceridad. El peso de la culpa me aprieta el pecho, pero debo afrontarlo.

— Le entiendo perfectamente. No se preocupe. Gracias de todos modos por disculparse. — responde, ofreciéndome una sonrisa dulce que me reconforta un poco. Luego, se despide con cortesía, dejando el despacho con una mezcla de alivio y tristeza.

Al salir al aparcamiento, veo a Laura apoyada en mi coche, cargada con una bolsa de papel. Intento evitarla y subo rápidamente al coche, pero ella no se da por vencida. — Te agradecería que no vuelvas a molestarme. No estoy de humor para verte la cara. — le digo, furioso, mientras trato de mantener la calma.

— Sé que llevas días sin comer, y me he permitido el lujo de comprar algo para llevar. Podríamos ir a tu casa. — me dice, levantando la bolsa de comida como una especie de oferta que no puedo rechazar.

— ¡Estás loca! — le respondo, subiendo al coche con prisa. Arranco el motor y me voy a toda velocidad, tratando de escapar de su presencia.

Pongo el coche a una velocidad que nunca había probado, sin importarme nada, dejando que la ira me impulse. La presión de su chantaje me consume, y siento que no sé cómo manejar esta situación. ¿Hasta dónde llegará Laura con sus amenazas?

Al llegar a un acantilado, decido frenar en seco, el viento golpea mi rostro, y, por primera vez en todo el día, siento que puedo pensar con claridad. Aparco frente al mar, rodeado por árboles, y me siento allí, solo, intentando encontrar algo de paz. En ese instante, la solución parece surgir en mi mente. Necesito encontrar una forma de detener a Laura. De inmediato, llamo a Liam, esperando que su perspectiva me dé un respiro.

— ¿Qué haces? — le pregunto al descolgar la llamada.
— Trabajando en el proyecto de Melinda. ¿Por qué? — escucho el tecleo de su ordenador al fondo.

— ¿Te acuerdas en qué empresa estaba metido el padre de Laura? — le pregunto, mientras una chispa de esperanza empieza a encenderse en mí.

— No me acuerdo bien, pero sé que era un tema financiero que acabó fatal. Les pedían dinero a inversores para hacer un resort que jamás se construyó. — me responde, y, aunque su tono sigue siendo casual, noto que le interesa el tema.

— ¡Creo tener con qué presionar a Laura para que nos deje de amenazar! — exclamo, entusiasmado por la posibilidad de salir de este círculo vicioso.

— Habla con el investigador. Seguro que él puede darte información. ¡Yo lo pondría a trabajar de inmediato! — me dice con energía.

— Eso haré. ¡Puede que no esté todo perdido! — le contesto, sintiéndome un poco más optimista al colgar.

Decido actuar rápido. Subo al coche con más determinación que nunca. Es hora de recuperar a Melinda. Cada minuto cuenta, y no pienso perder más tiempo.

Al llegar a casa, me encuentro con mi madre y Sofía, que parecen estar sumidas en una conversación confidencial. Cuando me ven entrar, mi madre se ilumina.

— ¡Buenas noches! — le digo, acercándome para besarla en la mejilla.
— ¡Hijo, qué alegría verte bien! — me dice, quizás con un poco más de emoción de la que esperaría.

— Sí, estoy mejor. ¿Has venido a verme a mí o a Sofía? Las veo muy confidentes. — le digo, soltando mis cosas sobre la mesa, como para liberar un poco de la tensión acumulada.

— He venido a ver cómo seguías. Me alegra saber que estás mejor. ¿Lo has arreglado con Melinda? — pregunta, tomando un sorbo de su vaso con una mirada preocupada.
— No por el momento. — le contesto, mientras me siento a la mesa y empiezo a cenar el plato que Sofía me ha preparado.

La conversación continúa, pero mi mente sigue centrada en la gala y en la posible presencia de Melinda. El evento benéfico se acerca, y no quiero que nada interfiera en mis planes.

— ¿Sabes si vendrá Melinda? — pregunta mi madre, con un tono de esperanza.
— Sí, me ha dicho que irá. — le digo, sin vacilar, aunque por dentro siento una mezcla de incertidumbre y alivio.
— Me alegro. Espero que podáis hablar y aclarar las cosas. — me dice, sonriendo suavemente, antes de retirarse.

Después de la cena, decido ir a mi despacho para poner en marcha lo que realmente me importa: resolver este asunto con Laura y, sobre todo, recuperar a Melinda.

Llamo al investigador varias veces hasta que finalmente contesta.

— Alan, ¿qué ocurre? — me pregunta, notando que algo serio está sucediendo.
— Te llamo porque tengo un nuevo trabajo para ti. — le digo con firmeza.

— Dime en qué puedo ayudarte. — responde con la misma determinación.

— Quiero que averigües todo lo que puedas sobre el señor Matías Cavalli. — le pido, concentrado en lo que podría ser nuestra arma secreta.

— Alan, sé bastante sobre este tema. Si quieres, podemos hablar en mi despacho. Te paso la ubicación. — me responde, dándome una pista de que tiene más información de la que imagino.

— Mañana estaré allí. — le digo, intrigado, colgando la llamada con una sensación de que las piezas finalmente empiezan a encajar.

A la mañana siguiente, despierto con un propósito renovado. Salgo a correr por la ciudad, con la mente despejada y llena de decisión. Sin darme cuenta, llego hasta la cafetería familiar de Melinda. La veo, aunque a distancia, mientras su hermano Brooks ayuda a su padre a colocar las mesas y sillas en la terraza. Todo está recién mojado, el aroma de las flores alegra la entrada, pero sé que no debo acercarme. El peligro de la tentación es demasiado grande.

Sigo mi ruta, regresando a casa para ducharme y prepararme para la reunión con el investigador. Llego al barrio obrero al norte de la ciudad, donde el edificio sencillo me da una sensación de

clandestinidad. Subo las escaleras, el aire se siente denso y anticuado, pero nada me detendrá.

Cuando entro al despacho del investigador, me recibe una mujer mayor con gafas gruesas. Me hace esperar en una sala pequeña, con muebles de los años 60, un lugar que parece olvidado por el tiempo. Cuando finalmente me llaman, el investigador me conduce a su despacho, que refleja la misma atmósfera de secreto.

— Como te dije, quiero toda la información sobre Matías Cavalli. ¡Todo lo que tenga que ver con sus negocios turbios! — le exijo, con un tono firme, mientras me siento en la silla.

— Toma asiento y te explico, pero sabes que todo esto tiene un precio. ¡Espero que puedas pagarlo! — me dice, masticando un chicle con indiferencia.
— Pon un precio. — le respondo, decidido a hacer todo lo necesario para acabar con este asunto.

33

Por fin me estiro en el sofá, espatarrada, después de terminar de ordenar todas mis cosas en el nuevo departamento. Me encanta lo soleado que es y las buenas vibraciones que transmite. Todo se siente más ligero aquí, como si el lugar tuviera vida propia, una vida que me acoge, como una manta suave que me envuelve después de días tan agitados.
El apartamento está en un barrio muy familiar, rodeado de parques y zonas verdes. En la esquina tengo un colegio y dos paradas de autobús. Escogí este piso pensando en el futuro, en un lugar donde, tal vez, mi hijo pueda crecer en un ambiente tranquilo, alejado del bullicio. He tenido que pasar por muchas dificultades para llegar hasta aquí, pero ahora, al fin, me siento a gusto, y creo que he encontrado mi lugar. Un lugar donde puedo estar tranquila, sintiendo que es mío, que es mi espacio. Me levanto para coger un vaso de leche y tomarme la pastilla de ácido fólico para el embarazo. Ayer

estuve en el ginecólogo y me dijo que para la próxima visita podré escuchar el corazón del bebé. Dos meses ya. En este trimestre los síntomas no son fáciles, los olores y los mareos son insoportables, pero la idea de que dentro de mí crece una vida me llena de una mezcla de emoción y miedo.

Justo cuando llego a la cocina, el sonido del telefonillo me interrumpe. Dejo todo encima del mármol y me acerco al interfono.

—¿Quién es? —pregunto, sin tener idea de quién pueda ser.
—¡Mel, abre! Somos Pietro y Karen —responden los dos a la vez, con entusiasmo en sus voces.

Me sorprende su visita. No me habían dicho nada, pero no tengo tiempo de dudar. Abro la puerta y los veo cargados con bolsas, como si fueran a mudarse.

—Pero ¿qué traéis? —les pregunto, ayudándoles a sujetar los paquetes.
—¡Venimos a hacer de hadas madrinas! —dice Pietro con una sonrisa traviesa. —Georgina nos ha obligado a traerte todo esto. ¡Te vamos a asesorar! Esta noche tienes que ser una diva.

Ambos se ríen mientras sueltan todas las bolsas sobre el sofá. No puedo evitar reírme también. Me siento completamente confundida.

—No entiendo nada. Tenía pensado ponerme uno de los vestidos que utilicé en las otras cenas. —los miro, encogida de hombros, un tanto atolondrada.

—¡Aún eres una Landini! Y tienes la mitad de las acciones. ¡Chica, necesitas deslumbrar! —Pietro me anima, tocando mi mentón de una manera juguetona.

—¡Estarás preciosa, te pongas lo que te pongas! —Karen me mira dulcemente, levantando la ceja, como si lo tuviera claro.

Me siento un poco perdida. No es que no me guste la idea de vestirme bien, pero hoy no me siento especialmente de humor. Aun así, ellos están tan ilusionados con la idea que no quiero desanimarlos.
—Por suerte os tengo conmigo. Dejaré que decidáis vosotros. ¡Yo no sé qué escoger! —les digo, guiñando el ojo. En realidad, poco me importa qué llevar esta noche, pero ellos están tan emocionados, que no puedo decirles que no.

—No sé si estos vestidos te irán grandes —inquieta Pietro, observando mi cuerpo—. Estás más delgada.

—Sólo un poco, en unos días me veré como antes —le respondo con una sonrisa irónica, sin decirles lo que realmente está pasando.

—¡Alan también lo está pasando mal! Estas últimas semanas ha estado ausente en el trabajo. Con lo buena pareja que hacéis... —explica Karen, pero no quiero escuchar nada de eso.

—Karen, no me interesa nada de lo que le pase. Me gustaría seguir siendo vuestra amiga, por eso os pido que no le digáis nada de mí a Alan —insisto, tocando los vestidos que han traído, observando cada detalle de las perfectas puntadas.

—Tranquila, no le diremos nada —responden los dos, sonriendo y mirándose con complicidad.
Decido probarme los vestidos. Todos son tan bonitos que la decisión es difícil. Pietro me obliga a probármelos una y otra vez, asegurándose de que encuentre el perfecto. Después, combinamos las sandalias con los atuendos para comprobar cómo quedan, hasta que al fin veo sus rostros iluminados.

—¡Decidido! Este es el que debes llevar esta noche —canta Karen con admiración. El entusiasmo en su voz es contagioso, y no puedo evitar sonreír.

Después de decidir qué vestido llevar y qué sandalias me quedan mejor, nos sentamos en el sofá. Les ofrezco algo de beber, y saco una botella de vino tinto. Ellos sólo prueban el vino, mientras yo intento esquivar el tema de por qué no quiero beber. Les digo que no estoy de humor para beber y, por suerte, entienden el momento. Decidimos recordar la fiesta tan divertida que tuvimos en Milán, riendo a carcajadas hasta que las costillas me duelen del esfuerzo.

—¡Qué bien lo pasamos ese día! —recuerda Pietro con chiribitas en los ojos.

—Creo que Luca no conocía esa faceta tuya —le digo a Karen, riendo.
—¡Eso dice! Que no me reconocía. —Pietro ríe, agitando la copa de vino en su mano.

—¡Tenemos que repetir esa noche! —exclama Karen, animada.

Nos despedimos con un abrazo cariñoso, deseando que podamos repetir la diversión que hemos tenido. Los ayudo a recoger todo lo que Georgina les ha mandado en cajas y bolsas, pero me extraña que no quede todo igual de guardado. Necesito más bolsas para no perder nada.

Entro al baño para prepararme. Me quedo mirando mi reflejo en el espejo, tocándome la cara. Me veo distinta. Me siento distinta. Mi cuerpo ha cambiado, pero hay algo más. Algo dentro de mí me pesa. Me siento insegura. Me siento vulnerable. Me siento asustada.

Me siento en la taza del váter y me pregunto: ¿seré una buena madre para el bebé? ¿Podré hacerlo? Mi mente se llena de dudas mientras las hormonas del embarazo me invaden. No soy tan fuerte como solía ser.

Enciendo la ducha, y el agua caliente me acaricia la piel, intentando relajarme. Enjabono mi cuerpo con más esmero que de costumbre, como si quisiera quitarme una capa de mi piel. Una capa que lleva

consigo los recuerdos de Alan, sus besos, sus caricias. Lloré bajo el agua, desconsolada. No por mí, sino por el bebé, sintiendo un sentimiento de culpa por no poder darle un padre a mi hijo. Salgo de la ducha, el alma rota.

Hoy será el último día que veré al amor de mi vida. No puedo seguir yendo a la empresa ni a más eventos. Ya no puedo.

Cuido mi maquillaje, tapando las ojeras que se me han formado por la falta de sueño. Pinto mis ojos con cuidado, resaltando mi mirada. Cuando me pongo el vestido, lo hago con más atención de la que pensé que tendría. No quiero arrugarlo. Me calzo las sandalias, extremadamente altas, con miedo de caerme.

Subo al coche, sintiendo el nudo en el estómago. Estoy preparada para enfrentarme a él, pero sé que será incómodo. Sé que no tendré valor para mirarlo a los ojos.

Le entrego las llaves de mi coche al aparcacoches, sintiendo cómo una oleada de flashes me envuelve mientras la prensa empieza a disparar preguntas a su ritmo vertiginoso. "¿Es cierto que os habéis separado?", "¿Alan dejará la empresa?", "¿Ha conocido a otra persona?", "Melinda, unas fotos para la revista Yout". Hago caso omiso de las voces y las cámaras, controlando mi respiración mientras, con una postura erguida, recorro el pasillo hasta llegar al salón donde se celebra la gala. Me siento como si estuviera caminando por un túnel de miradas y murmullos, pero solo mis pasos resuenan en mi mente.

Al llegar, veo muchas caras conocidas, entre ellas la de Alan. Me mira fijo, como si estuviera viendo un espejismo, algo distante, casi surrealista.

Mi vestido largo, con cola, captura todas las miradas. La tela fluye con gracia, de un color oscuro que resalta mi figura de una manera enigmática. La verdad es que me siento increíblemente bien al

llevarlo, parece hecho a medida, como un hechizo que me envuelve con su elegancia.

Georgina me ve entrar y no tarda en acercarse, con una sonrisa de entusiasmo desbordante.

— ¡Melinda, estás espectacular! Sabía que ibas a escoger este modelo. — exclama, su voz resonando en la sala con fuerza, como si quisiera que todos la escucharan.
— Gracias por enviarme refuerzos, no estaba segura de qué vestido ponerme. — le respondo, mi mirada se pierde en la distancia, centrándose en Alan, que luce un esmoquin negro, haciendo que sus facciones se definan con una belleza inconfundible. Aun así, hay algo en su mirada que me desconcierta.

Durante la velada, vienen a saludarme varios empresarios de compañías muy reconocidas. El Sr. Marcus se aproxima para darme la bienvenida.

— Melinda, como siempre, bellísima. Quiero presentarte a mi hijo. En un futuro, será él quien se encargue de la empresa. — dice, llamando a su hijo que está de espaldas, conversando con unos amigos.

Cuando el joven se da la vuelta, ambos nos miramos, sorprendidos, reconociéndonos al instante. Es la misma persona que días atrás casi me atropella.

— Hijo, ella es Melinda. — dice Marcus, tomando mi mano y acercándola a la de él.
— ¿Melinda? ¡Qué coincidencia, el mundo es un pañuelo! — comenta, sonriendo divertido por la inesperada situación.

— ¿Ya os conocíais? — pregunta Marcus, sin ocultar su sorpresa.
— Sí, es una larga historia. — le respondo, mientras él se marcha, dejándonos a solas.

— Me sorprende verte aquí. Pensé que no volveríamos a cruzarnos. — me dice Gerard, sonriendo con una expresión algo victoriosa.

— Pues, mira, la vida da muchas vueltas. Aún no sé tu nombre. ¿Es eso normal? — le pregunto, confundida, ya que parece saber mucho sobre mí.

— Me llamo Gerard. Espero coincidir contigo más a menudo. Si no, mi padre sabrá dónde encontrarte. — me susurra al oído, justo en el momento en que Alan, que estaba observando desde lejos, se acerca decidido.

— ¡Hola Gerard, te veo muy animado hablando con mi esposa! — le dice Alan, apretando la mandíbula con una evidente tensión. — Las malas lenguas dicen que ya no estáis juntos. ¡No sé cómo has dejado escapar a semejante belleza! — replica Gerard, lanzando un comentario descarado.

— Será mejor que te alejes de ella. — le responde Alan, con un tono desafiante y la mirada fulminante.
— Alan, me alejaré si ella quiere. — dice Gerard, marchándose, pero antes de irse, planta un beso en mi mejilla.
— ¡Apártate de mí! — le exclamo, ya irritada.

— ¡Eres mi esposa! ¡No voy a dejar que ese inútil se te acerque! — responde Alan, cogiéndome del brazo y apartándome de la fiesta.

— ¿Qué demonios quieres de mí? — le pregunto, mientras siento su rabia vibrar a través de su cuerpo.
— Te digo que aún estamos casados y tenemos un contrato. — me dice, repitiendo con furia, sin soltarme.

— Tranquilo, no he incumplido tu maldito contrato. He venido a la fiesta para dejarte claro que no estoy decidida a entregarte las acciones, aunque no las manejaré yo. Pondré a Brooks o Becky como apoderados. No quiero volver a verte. Así que esta noche quería dejar claro que no nos volveremos a ver. — le digo, con

firmeza, aunque mis ojos se llenan de lágrimas al pronunciar esas palabras.

Salgo al aire libre, a la terraza abierta, buscando un respiro en medio del frío. Los fumadores charlan animados, pero yo me siento más sola que nunca.

— ¿Estás segura de que no quieres volver a verme? No es tan fácil. Mírame a la cara y dime que no me amas. — me dice Alan, tomándome de los hombros y forzándome a mirarlo a los ojos.

Su rostro refleja la angustia, la lucha interna que parece consumirlo. Por un momento, todo se detiene.

— ¿A qué estás jugando? Suéltame, no querrás que grite. Esta fiesta está llena de gente que sabe que estamos separados. Me dejaste, jugaste con mis sentimientos, además, me aborreces y te doy asco. No entiendo qué haces tocándome. — le digo, empujando su cuerpo, buscando escapar hacia el interior.

Nos obligan a sentarnos en la misma mesa redonda, por ser socios. A mi lado, Daniela parece más receptiva de lo habitual, me sorprende la amabilidad con la que me trata. Enfrente, está Alan, que no aparta la mirada, sabiendo que este será el último día que estaremos juntos. La tristeza me embarga y el vestido me oprime el estómago, siento que voy a desfallecer.

Me levanto para ir al baño, pero Alan sigue mis pasos y me bloquea la salida.

— Hemos dejado una conversación a medias. No podemos acabar así. Después de la cena, quisiera que habláramos. — dice, como si tuviera derecho a pedírmelo.

— ¡No, ya hemos hablado bastante! — le respondo, fría y distante.
— Melinda, no lo entenderías. — dice con la voz quebrada, mientras me mira intensamente.

— No quiero entenderlo. Me da igual, Alan. — le digo, con el corazón hecho pedazos, mientras me alejo de él.

En el baño, abro el grifo, mojando mis manos para calmarme, pero no consigo tranquilizarme. Al instante, la puerta se abre y aparece mi enemiga número dos: Laura.
Radiante, con un vestido dorado ceñido que resalta su figura, Laura parece un reflejo de la perfección. La misma perfección que Alan siempre ha admirado.

— ¡No pensé verte hoy aquí! — dice Laura, apoyada en el mármol, observándome mientras me seco las manos.
— ¿Tú piensas? Me extraña. — le respondo, irónica, sin poder evitar sonreír ante su actitud.
— No creo que estés invitada, ya no estás con Alan. — explota, furiosa, mientras su mirada arde de rabia.
— Soy dueña de la empresa Landini. Tengo los mismos derechos que Alan. — le respondo, burlándome de ella.

— Me daría vergüenza recoger las migas que Alan te ha dejado. ¡Él será siempre mío! Jugó contigo, se rio de ti. — me dice, con desprecio.

— Tal vez jugó conmigo más de lo que tú crees. En la cama, lo pasábamos muy bien. — le respondo, devolviendo el golpe.

La rabia se apodera de Laura, y en un arrebato de furia, intenta golpearme, pero al esquivar su mano, mi tacón resbala en el suelo mojado y caigo de bruces, golpeándome el costado.
Laura huye, asustada por lo que ha hecho. Daniela entra en el baño, y al verme en el suelo rodeada de sangre, se queda paralizada.

— ¡Melinda, por dios! ¿Qué ha pasado? — me pregunta, ayudándome a levantarme.
— Laura intentó golpearme. — le digo, en estado de shock, aterrada por la sangre que empapa el suelo.

Saliendo del baño, apoyo mi peso en Daniela mientras ella me sostiene para evitar que caiga. Alan, al ver la situación, se apresura a acercarse y me toma en sus brazos, mientras la gente comienza a rodearnos, visiblemente preocupada.

Caigo en sus brazos, dejando que me lleve, sin poder pensar en nada más que en el olor de su perfume, esa fragancia que siempre ha sido mi refugio.

Me despierto aterrada en una cama de hospital, con la bata blanca y una vía en el brazo. Intento quitármela, pero Alan me detiene con suavidad.

— ¿Qué haces? No ves que puedes hacerte daño. — me dice, preocupado, tocando mi rostro con ternura.
— ¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué siempre te interpones en mi camino? Te odio. — le grito entre sollozos, mientras él acaricia mi cara y mi cabello, sin soltarme.

— Meli, estabas sangrando. No sé qué pasó en el baño, mi madre dijo que Laura te había golpeado. — me mira, lleno de angustia.
En ese momento, el doctor entra en la habitación, con una expresión seria pero tranquilizadora.

— ¡Podéis estar tranquilos, el bebé está bien! Necesitarás reposo absoluto durante unas semanas, has perdido mucha sangre. — dice el médico, con tono firme.

Respiro aliviada al saber que el bebé sigue bien, pero Alan está en shock, asimilando la noticia.

— ¿Ese hijo de quién es? ¿Estás embarazada? — pregunta, tartamudeando, mientras su rostro refleja confusión y preocupación.

— ¡Es mío! — le respondo, con la firmeza de una madre decidida a proteger lo que más quiere.
— ¡Es tuyo! — añado, arriesgando todo, arriesgando mi corazón.

— ¡Me ofende que dudes de mí! —le digo,

enfadada, sin moverme de la cama, cerrando los ojos para intentar no mirarlo. La rabia y la frustración me hieren más de lo que pensaba, pero no quiero mostrarlo más de lo necesario. — ¡No he dudado de que sea mío, sé que sólo has estado conmigo! — responde, aún anonadado, muy seguro de lo que dice. Se le nota la incomodidad y la sorpresa, y es evidente que no sabe cómo manejar la situación.

— ¿Entonces por qué preguntas? —le digo, volviendo a mirarlo, observando cómo su rostro se va tornando más pálido al comprender que va a ser padre, algo que aún no termina de encajar. — ¿Por qué pregunto? ¿Lo ves normal? ¿Sabes cuándo me lo ibas a contar? Tal vez pensabas decirme cuando el niño estuviera grande, o mejor aún, ¿ni siquiera tenías pensado decírmelo? — reprocha furioso, levantando la voz mientras yo me doy la vuelta para esquivar la conversación, mi cuerpo se siente pesado y me resulta difícil mantener la calma.

— ¿Por eso me dijiste que no nos volveríamos a ver? ¿Estás enferma, Melinda? Es muy retorcido lo que ibas a hacer. Aunque no me sorprende, te aliaste con mi abuelo para hacerme la vida imposible, y resulta que lo has logrado... ¡me has vuelto loco! — vuelve a recriminarme, aún más furioso, haciendo preguntas que no pienso responder.

— Alan, fuiste tú quien me dejó. ¿Sabes lo que eso significa? Que te doy asco. Y que el bebé también es un estorbo en tu vida. —le digo, mirándolo fijamente, asimilando mis palabras. No puedo evitar sentir un dolor punzante en el pecho al decirlas, pero sé que es la verdad.

— ¡Ya te dije que no lo entenderías! —me responde, la rabia fluyendo de sus palabras. — Es mi hijo y voy a hacerme cargo de él toda la vida, te guste o no. —se impone, enérgico, como si realmente creyera que todo esto fuera tan sencillo.

En ese momento, la puerta se abre con suavidad, y una mujer con bata azul entra en la habitación. La enfermera, visiblemente molesta, nos advierte que no alcemos la voz, ya que nuestros gritos se oyen por todo el hospital.

— Como bien saben, a la señora no se le pueden dar disgustos. Peligra su embarazo. Necesita reposo y tranquilidad. —le recrimina a Alan con firmeza antes de cerrar la puerta de un portazo.

Nos quedamos en silencio, sorprendidos por la autoridad con la que la enfermera ha hablado, y decidimos callar sobre el tema. El ambiente se vuelve tenso y, aunque las palabras de Alan aún resuenan en mis oídos, intento relajarme.

Me quedo dormida, escuchando el pitido monótono de las máquinas que hay en la habitación, con la sensación de estar agotada por la gran pérdida de sangre. Mi cuerpo está agotado, pero mi mente sigue en un torbellino de pensamientos y emociones no resueltas. Unos minutos más tarde, la puerta se abre con suavidad, y veo a Brooks asomarse con una expresión de profunda preocupación. Al ver que estoy en la cama, se lanza a mis brazos, abrazándome con fuerza. Su toque es cálido y reconfortante, y no puedo evitar cerrar los ojos y dejarme llevar por su gesto de apoyo.

— Cariño, ¿estás bien? ¡Qué susto me he llevado! ¡He venido corriendo! —me dice, con la voz entrecortada, nerviosa por verme en la cama, tan vulnerable.

— Estoy bien, deja de sufrir. —le digo, intentando tranquilizarla. Sonrío débilmente, restando importancia a la situación para no preocuparla más de lo necesario. Ella es muy aprensiva, y siempre

se toma las cosas más a pecho que yo. Sé que Alex no le cuenta la mitad de lo que ocurre, por no agobiarla aún más.

— ¡Ya te puedes ir! Yo me encargo de ella, ya ha sufrido bastante. ¡Necesita descansar! —le dice Brooks aAlan, quien sigue sentado en una butaca gris oscura. Su rostro refleja preocupación, pero también se ve frustrado.

— ¡Lo siento, pero de aquí no me muevo! Estoy con mi mujer, que está embarazada. —Alan se muestra firme, serio, queriendo asumir la responsabilidad, aunque su tono no es lo suficientemente suave.

— ¡Alan, márchate, por favor! —le digo, mirándolo apenada. Aunque mi corazón lo llama por dentro, sé que no puedo seguir soportando su presencia. Todo lo que ha hecho me ha marcado, pero, aun así, lo amo. Y eso me duele aún más.

— Melinda, ¿no lo entiendes? He dicho que no me voy. Si quieres, salgo fuera un rato para que podáis hablar, pero yo me quedo aquí. —insiste, con la voz rota, como si realmente estuviera luchando contra algo dentro de él.

— Alan, la dejaste marchar, ¿por qué ahora no haces lo mismo? No te vamos a pedir que te responsabilices de este bebé. Nosotras nos haremos cargo. De verdad, será lo mejor para ti. Melinda no se merece esto. —le responde Brooks con seriedad, dejando claro que ella no está dispuesta a permitir que Alan siga en su vida de esta manera.

— ¿Lo mejor para mí? ¡Lo mejor sería que todo el mundo a mi alrededor deje de mentirme! Que me dejen de ocultar las cosas y que no tenga que enterarme que voy a ser padre cuando Melinda está a punto de perderlo. Eso es lo mejor. Y lo mejor es que me quede con ella para cuidarla. —reclama Alan con desesperación, su voz temblando de frustración. Puedo ver cómo le cuesta aceptar que su vida ha cambiado radicalmente en un instante.

Veo cómo Alan sale de la habitación, aguantando las lágrimas, su rostro descompuesto por la lucha interna. Mi corazón se acelera, al ver que, en el fondo, le importo. Pero ya no sé qué hacer con todo esto.

— Melinda, ¿quieres venir a casa? Sabes que debo cuidar de ti. — pregunta mi hermana, acariciando mi mano suavemente. Se nota en su voz que está preocupada por mí.

— Sabes que Alan no me dejará. Lo conozco, y es así. Ahora su prioridad es el bebé. —me encojo de hombros, sin saber qué hacer, pero lo que más quiero es alejarme de toda esa confusión.

— ¡Me da igual el sinvergüenza de Alan, no te voy a dejar con él! — responde Brooks, con rabia contenida, como si todo eso la estuviera desgarrando por dentro.

— Brooks, tranquila, iré a casa. Allí estaré bien. Alan, si quiere saber cómo estoy, tendrá que ir al departamento. Y te aseguro que no le voy a decir dónde vivo. —le digo, con firmeza, sabiendo que él no descansará hasta conseguir saberlo, aunque me odie con todas sus fuerzas.

Brooks se sienta en la misma butaca que Alan había ocupado, y el silencio llena la habitación, pesado e incómodo. La tensión sigue flotando en el aire, y yo intento calmarme.

Cojo el teléfono móvil y miro todos los mensajes que me han enviado. Entre ellos, un mensaje de Georgia, preocupada por lo ocurrido en la fiesta. También descubro un mensaje de un número desconocido, y deduzco que es Gerard, el hijo de Marcus.

"Melinda, espero que estés bien. Todos estamos preocupados por lo que te ha pasado. Cuando estés mejor, hablamos. Gerard."

No sé cómo Gerard consiguió mi número, pero agradezco su interés. Aunque en este momento, no estoy para hablar con nadie. Estar

acostada en esta cama de hospital, en medio de un torbellino de emociones y conflictos familiares, me hace querer esconderme hasta que todo esto pase.

Pasan las horas y, finalmente, obligo a Brooks a irse a casa. Álex la necesita, y yo aquí estoy bien. Si pasa algo, solo tendría que llamar a las enfermeras. Se despide de mí con un beso en la frente, como lo hacía nuestra madre cuando éramos pequeñas.

— ¡Te dejo, pero no me voy tranquila! Llámame si me necesitas. — susurra, mientras coge su bolso de la mesita auxiliar.

Al irse, parece levitar, moviéndose con tanto cuidado que casi ni hace ruido. No puedo evitar reírme al verlo tropezar con la puerta y dejar un sonoro estruendo que retumbó por todo el piso. Siento cómo la tensión se disipa un poco, pero la sensación de vacío no me abandona. Me quedo sola, y, aunque no quiero aceptarlo, empiezo a pensar que Alan al final se ha cansado de estar aquí.

Me levanto con cautela para ir al baño. Cada paso que doy me hace temer que algo suceda, que el bebé no esté bien. Siento miedo, terror, de que todo lo que ha ocurrido pueda afectarlo. Mi mente sigue procesando el caos del día, la pelea, el impacto de los eventos. No puedo evitar reprocharme: ¿cómo no pude prever el ataque de Laura? Ese golpe que esquivé torpemente, resbalando en el agua que había en el suelo. Si perdiera a mi pequeño, no me lo perdonaría nunca.

Salgo del baño y, al entrar en la habitación, me encuentro a Daniela sentada en los pies de la cama. Me mira con una expresión de preocupación y, rápidamente, se levanta para acercarse y ayudarme a recostarme de nuevo.

— Melinda, no puedes ir al baño sola. ¡Necesitas ayuda! — me dice, mientras ajusta mi almohada con cuidado.
La miro desconcertada desde la cama. No entiendo qué hace ella aquí, ni cómo ha cambiado su actitud.

— Estoy bien, no te molestes. Sólo fui al baño. — respondo, tratando de restarle importancia.

— Alan ha ido a casa. Me dijo que recogería algunas cosas para trabajar aquí. — Susurra con voz baja, asegurándose de que la enfermera no nos escuche.

Un nudo se forma en mi garganta.

— ¡No quiero que estéis aquí! — le digo tajante, sin vacilar. No sé qué hacer con ella, cómo reaccionar. Es como si Daniela hubiera cambiado de repente, y eso me desconcierta aún más.

— Melinda, Alan sabe que no lo querías. Está dolido. No le ibas a contar sobre tu embarazo, y además te aliaste con su abuelo. ¡Él te ama más de lo que él mismo cree! — murmura con cierto resentimiento, torciendo el labio, pero con una extraña dulzura en la mirada.

— Daniela, él me odia. Sabes que me jugó con sus mentiras. Si hubieras estado en mi lugar, habrías hecho lo mismo. — La miro con dureza, pero hay una tristeza que no puedo esconder. La pena me embarga y hace que mis palabras suenen amargas.

— Tal vez me precipitara contigo. Sé que Enzo te contó cosas horribles de mí, y quizás fue por eso que no nos dimos la oportunidad. No he tenido una vida fácil, Melinda. Sufrí mucho cuando conocí al padre de Alan. Sabía que no me aceptaría, que no me quería para su hijo. Con el tiempo, me preparé, estudié, me rodeé de personas importantes... pero ni así logramos nada. Mi suegro jamás me aceptó, tenía otros planes para Alan. — Sus palabras son profundas, cargadas de una melancolía que no puedo ignorar.

— El Señor Landini nunca me habló mal de ti. Me dijo que la familia se había portado muy mal con él, dejándolo en la residencia, pero no creo que te odiara. Puede que te tuviera un poco de admiración

por lo que hiciste. Yo... no creo que él hubiese querido ensuciar su apellido, no de esa manera. — le respondo, tratando de entender la situación desde otra perspectiva. Si no lo hacía, ¿cómo podía una mujer como yo, una simple auxiliar, ser de su agrado? Pero de alguna forma, se sentía como si mi presencia hubiera molestado a todos.

Daniela me mira con el rostro apenado, la tristeza marcando sus facciones, y apoya su mano sobre la cama, como si buscando consuelo.

— No lo sé... y quizás jamás lo sepamos. — Susurra, mientras el dolor en su voz me hace pensar que está más rota de lo que parece.

En ese momento, la puerta se abre, y Alan entra con una bolsa oscura. Me mira con una mezcla de cansancio y dolor, y saluda a su madre con un abrazo apresurado. Antes de irse, me sorprende cuando se acerca a mí y, con un gesto casi mecánico, me besa en la mejilla. Me quedo petrificada, incapaz de entender lo que está pasando entre nosotros. La escena me desconcierta aún más, y su mirada refleja una angustia que no puedo ocultar.

Al salir, se detiene por un momento en la puerta, su boca abierta, como si aún estuviera tratando de asimilar todo lo que está ocurriendo, pero al final, se va sin decir una palabra más. Quedamos a solas, y aunque quiero abrazarlo, sentir que todavía me ama, la realidad es otra: ahora sólo siente una responsabilidad que no sé si quiere.

Él abre la maleta y saca su ordenador portátil. Se sienta en la mesa pequeña y empieza a trabajar, repasando informes, tecleando en la calculadora, comparando presupuestos con proveedores. No puedo evitar observarlo. Me encanta su capacidad para manejar las cosas con tanta eficacia, su mente siempre tan rápida y resuelta.

Mientras trabaja, recibe varias llamadas de Karen. Parece que ha tenido que cancelar varias visitas y compromisos. Me siento

tranquila, sabiendo que al menos está trabajando y manteniendo algo de normalidad en su vida, aunque todo se haya vuelto tan caótico para ambos.

Me acostumbro a su presencia silenciosa mientras espero que el doctor me dé el alta. Necesito estar en mi departamento, lo más pronto posible.

Horas después, despierto en medio de la noche, aterrada por las pesadillas. Llorando, toco mi barriga, sintiendo una ansiedad insoportable, como si alguien me estuviera quitando a mi bebé. Alan se despierta sobresaltado y me abraza, tratando de calmarme.

— ¡Laura me había robado a mi bebé! — le digo entre sollozos, sintiendo que el sueño es tan real que me cuesta distinguirlo de la realidad.

— Melinda, es solo un sueño, no tengas miedo. Vuelve a dormir, por favor. — me dice con voz suave, acariciando mi espalda mientras me abraza, dándome pequeños toques reconfortantes.

Por la mañana, me despierto para ver a Alan en una posición incómoda, sentado en una butaca desgastada por el tiempo. En ese instante, entra la enfermera para revisarme. Todo parece estar bien: he dejado de sangrar y mi embarazo sigue siendo de alto riesgo, pero no hay signos de complicación. Me informa que el doctor pasará más tarde para darme el alta y que debo seguir con mucho reposo.

— Iré a casa, allí puedo cuidar de ti. — Me diceAlan con firmeza, como si tuviera derecho a decidir por mí.
— Iré a mi casa. No tengo nada que hacer en la tuya. — respondo sin vacilar, sabiendo que nuestra separación fue su decisión, no la mía.

— Entonces, Sofía y yo nos iremos a tu casa. — sentencia con una arrogancia que me desconcierta, como si no hubiera espacio para

discutir.

— ¡Alan, no! ¿Cuántas habitaciones crees que tengo? Es un departamento pequeño con dos dormitorios. Sé cuidar de mí misma. Estaré mejor sin ti. — le respondo alzando la voz, levantándome de la cama con decisión. Voy al baño sin mirar atrás.

El doctor entra rápidamente y me entrega el informe con todas las indicaciones necesarias: reposo absoluto, sin disgustos ni estrés.

— Llamaré a Brooks para que me lleve a casa. Ya has escuchado al doctor, nada de disgustos. — le digo mientras recojo las pocas cosas que tengo en la habitación.

— Te enviaré a Sofía. Ella podrá cuidar de ti hasta que el embarazo deje de ser de riesgo. ¡Cuida al bebé por los dos! — me dice, obligándome a aceptar, aunque sé que, en el fondo, Sofía es quien lo necesita más que yo.

35
Pov: Alan

— ¡Alan, ¿has visto las noticias?!— la voz de Liam suena alterada, rompiendo la quietud de mi mente. La preocupación es evidente en su tono, y de inmediato siento cómo una presión se instala en mi pecho.

— ¿Qué ocurre? No he visto nada. — le respondo, abriendo rápidamente el navegador en el ordenador mientras el corazón me late con fuerza. La intriga me consume.

— ¡Melinda y tú salís en la prensa como un matrimonio acordado! — su voz es casi un grito, llenándome de sorpresa y miedo a la vez. Mientras habla, mis ojos se fijan en la pantalla, donde las noticias se despliegan frente a mí. "Alan Landini y Melinda O'Neill, una boda de conveniencia para salvar imperios". Mi respiración se corta al leer el titular.

— ¡Maldita sea, Laura me la ha jugado! — exclamo, el coraje burbujeando dentro de mí. ¿Cómo pudo hacerme esto? Mi mente explota de rabia y sorpresa. Laura ha filtrado todo, la maldita mujer ha jugado con nuestras vidas. Mi voz tiembla por el enojo y la impotencia al ver cómo la prensa ya nos tiene atrapados en su red.

— ¿Qué vas a hacer? — me pregunta Liam, su tono cargado de preocupación, buscando una solución, una salida.

— Lo que tenía que haber hecho hace tiempo. ¡Hablamos más tarde! — le digo con determinación, colgando la llamada con furia. No puedo seguir escuchando las voces que intentan controlarme, ni las voces que me dicen qué hacer. Tengo que actuar ahora, y por primera vez en mucho tiempo, sé lo que debo hacer.
Apenas cuelgo, el teléfono vibra de nuevo. Es un mensaje de Melinda, y aunque lo esperaba, el simple hecho de leerlo me hace el corazón saltar al estómago:

"Tenemos que hablar."

"¿Quieres que te llame o paso a verte?" respondo rápidamente, con la mente turbada. Sabía que este momento llegaría, pero nunca pensé que sucediera de esta manera. La presión de todo lo que está en juego me consume.

"Mejor ven, es importante." La respuesta es tajante, directa, y lo peor es que lo sé con certeza: ha visto las noticias. No hay otra razón para que sea tan urgente, tan directa.

Lo único que sé es que me espera una conversación difícil, y Melinda no me va a dejar salir tan fácilmente de esta. Estaba dispuesto a enfrentarme a lo que viniera, pero ahora, con el peso de las noticias sobre nosotros, todo parece mucho más grande, mucho más arriesgado.

Hace semanas, decidí contratar a un detective privado. Estaba dispuesto a todo con tal de descubrir la verdad sobre Matías Cavalli,

el hombre que me tenía atrapado, el hombre que estaba detrás de todas las amenazas de Laura. Él me había hecho un favor, sí, pero lo que Laura no sabía es que no la dejaría ganar. No podía dejarla destruir todo lo que había construido, y mucho menos involucrar a Melinda.

Me senté frente al detective, que parecía nervioso, rumiando sobre las consecuencias de lo que iba a contarme. Aún recuerdo el momento en que solté el cheque en la mesa, viendo cómo el detective lo tomaba entre sus manos, palmeando la superficie con el bolígrafo. El silencio era pesado, como si todo dependiera de lo que estaba a punto de revelarme.

— Esto no puede salir de aquí. — sus palabras fueron graves, sus ojos nerviosos. El ambiente en la habitación parecía espesarse a medida que él se preparaba para hablar. "Esta información es muy valiosa. Si llega a oídos equivocados, no solo perderé mi empleo. Podría perder mi vida." Su voz temblaba un poco, aunque lo intentaba disimular, como si estuviera demasiado asustado por lo que estaba a punto de contar.

— ¡Usted dirá! — le respondí, la impaciencia ya dominando mis palabras. Ya no podía esperar más. Necesitaba conocer los secretos de ese hombre, sus trapos sucios. Sabía que, si no lo hacía, Laura seguiría manipulando todo a su favor, y Melinda sería una víctima más de su jugada maestra.

— El Señor Matías Cavalli es un empresario de gran renombre en Inversión-Arion C&U.— comenzó, respirando con dificultad, como si la gravedad de sus palabras lo fuera a aplastar. Se levantó y cerró las cortinas, como si el aire ya estuviera contaminado por lo que estaba a punto de revelarme.

— Sí, sí, eso ya lo sé. No es nada nuevo. — respondí, presionándolo. Necesitaba más. Necesitaba lo que me podía liberar, lo que me podía sacar de este lío.

— Lo que nadie sabe es que Cavalli se dedica a la construcción de resorts, pero de una forma muy sucia. Él y su gente han estado expropiando terrenos a cambio de nada. Y lo peor es que tienen a los cargos públicos, incluidos el alcalde y algunos de los concejales, bajo su control. Están metidos hasta el cuello con empresas fantasma y con dinero público que han blanqueado para su propio beneficio. — el detective pausó para tomar aire, mirándome con temor, como si temiera que alguien pudiera escucharnos. "Se adueñaron de un parque natural fuera de la ciudad. Y todo esto lo han hecho bajo amenazas, extorsionando a los cargos públicos a cambio de financiar el partido político al que pertenecen."

Mi mente estalló con la magnitud de la revelación. No podía creer lo que estaba oyendo. Cada palabra que el detective decía encajaba en un rompecabezas más grande de lo que había imaginado. Cavalli, el hombre que había jugado con mi vida, no solo estaba corrompido, sino que también estaba construyendo un imperio a base de traición y corrupción.

— ¿Cómo ha conseguido esta información? — le pregunté, mi voz un susurro, pero mi mente estaba en llamas. Esto era mucho más grande de lo que podía manejar.

— Trabajo para el mismo alcalde que está involucrado. Matías Cavalli lo tiene cogido por los huevos, Alan. Si esto llega a saberse, todos ellos irían a la cárcel por corrupción. — sus palabras eran como un disparo directo. Unos segundos de silencio pesado, antes de que el detective sacara un cigarrillo y lo encendiera con manos temblorosas. "Esto es lo que quería que supieras. Y te advierto, no es algo que debas compartir a la ligera."
Mi mente giraba como una tormenta. No podía creer lo que acababa de oír. La magnitud de la corrupción, el precio que los ciudadanos estaban pagando por todo esto. ¿Cómo podía un hombre tan miserable tener tanto poder? Y lo peor de todo, su hija, Laura, tenía mucho de él. Un simple reflejo de la maldad de su propio padre.

— Gracias por la información. — le dije, saliendo rápidamente de la oficina. Sabía que lo que me había contado no bastaba por sí solo. Necesitaba más. Necesitaba pruebas fehacientes que no pudieran ser cuestionadas, si quería destruir a Cavalli de una vez por todas. Necesitaba romper la cadena que él y Laura habían construido para apoderarse de todo.

Mientras salía, llamé a Liam. Necesitaba saber qué excusa le dieron cuando anularon su contrato para la construcción del resort que se quedó a medias. El negocio estaba en ruinas, pero las personas que fueron afectadas por las expropiaciones aún no tenían respuestas. Muchos de ellos se vieron obligados a abandonar sus hogares, sin ningún tipo de compensación, y eso solo me llenaba de furia. Cada vez que pensaba en todo lo que se había hecho, en la cantidad de vidas que se habían destrozado, la rabia crecía en mí. Nuestros impuestos, nuestra dignidad, todo se estaba yendo a la basura, y yo no podía quedarme de brazos cruzados.

Decidí ponerme a investigar por mi cuenta, necesitaba respuestas, necesitaba saber quién estaba afectado y qué me podían explicar sobre esos terrenos no edificables. El dolor de no tener claridad en el asunto me estaba devorando, y no podía quedarme de brazos cruzados.

Liam, siempre dispuesto a apoyarme, se ofreció a ayudarme. Entre los dos, buscaríamos pruebas suficientes para incriminar a la familia Cavalli. La tensión era palpable en el aire, pero ambos sabíamos que había algo mucho más grande en juego, algo que podría cambiarlo todo.

Nos dirigimos al vasto terreno que Inversión-Arion había expropiado, donde la maquinaria industrial oxidada permanecía inmóvil y desmoronada. Las casas, que una vez fueron hogares llenos de vida, ahora estaban derrumbadas, destruidas por el paso del tiempo y por la codicia de quienes no se preocupaban por las personas, solo por sus ganancias. Me parecía increíble que tan sumas cantidades de

dinero se hubieran invertido para dejar esa maquinaria, que ahora parecía un vestigio olvidado por la lluvia y el abandono.

Al caminar por el polvoriento camino de tierra, nos encontramos con un hombre que paseaba a su perro. Al acercarme a él, el animal, amistoso y juguetón, saltó sobre mi ropa, cubriéndola de polvo. El hombre se disculpó, pero yo solo sonreí, aunque su mirada reflejaba algo más profundo.

—Perdona, está joven y le gusta jugar —dijo el hombre, con su tono apesadumbrado, como si las palabras salieran sin mucha esperanza.

—Tranquilo, ¿sabe a quién pertenecía el terreno? —le pregunté, con la esperanza de que supiera algo que nos ayudara a comprender más sobre la historia del lugar.

—Sí, claro que lo sé. Esta parcela era de mi familia. Yo nací aquí, pero un día decidieron echarnos. Aún estamos esperando la compensación, pero eso ya parece una utopía —me explicó con una resignación palpable, su mirada perdida en lo que alguna vez fue su hogar.
Mi corazón se apretó al escuchar su historia. Al final, era más que un terreno, era el lugar donde las personas habían vivido, donde sus recuerdos estaban enterrados bajo las ruinas. Decidí darle mi número de teléfono, ofreciéndole mi ayuda.

—Estoy trabajando en desmantelar todo este entramado. ¿Puedo tener tu número por si logro hacer algo por tu caso? —le dije, estrechándole la mano antes de despedirme.

El hombre me dio su contacto y me contó que trabajaba en una chatarrería en el polígono industrial, por si alguna vez necesitaba localizarlo. Mientras caminábamos de regreso al coche, el peso de lo que acabábamos de escuchar se me oprimía en el pecho.

Esa misma noche tenía que asistir a la gran cena, aunque mi única preocupación era ver a Melinda. La idea de estar rodeado de gente

me resultaba insoportable. La única razón por la que quería estar allí era verla. Cuando finalmente la vi entrar al salón, mi corazón dio un vuelco. Llevaba un vestido espectacular, diseñado por Georgina para la colección de novias que habíamos planeado lanzar en primavera. Su presencia iluminaba la sala, y era imposible no notar la elegancia que desprendía.
Ella se movía entre los empresarios como si fuera parte de ese mundo, pero lo que más me molestó fue verla coquetear con Gerard. Los celos me carcomían, y no pude evitar confrontarlo. Nos enfrentamos en una especie de duelo de egos, y él insinuó que iba a volver a intentarlo. No entendía cómo podía hacerle eso a Melinda, cómo podía ser tan insensible.

Luego, ocurrió lo inesperado: Laura golpeó a Melinda en el baño. El miedo me invadió al ver la sangre cubrir su cuerpo. No sabía qué había pasado, solo sentí que mi mundo se desmoronaba. El doctor fue claro: Melinda estaba embarazada de mi hijo. ¿Cómo podía asimilarlo? La mujer que amaba me había ocultado algo tan grande, tan importante. Y aún peor, ella parecía alejarse más de mí con cada momento que pasaba.

La semana se hizo interminable. Me reuní con acreedores, discutí proyectos, pero mi mente siempre volvía a Melinda. La salud de ella me preocupaba más que nada, pero no recibía noticias. Fue Sofía quien me informó, y me sentí impotente.

— Sofía, llevo días esperando saber cómo está Melinda. ¿No me vas a decir nada? —le pregunté, ya perdiendo la paciencia. — Alan, ella está bien. Ha recibido visitas, pero sigue en cama — me respondió, con tono serio.

— ¿Quién ha ido? Supongo que su familia... —insistí, sintiendo una punzada de celos.
— Sí, su hermana y su madre. Becky y el señor Fabri también han ido a verla —me dijo, un tanto incómoda.

— ¿Fabri? ¿Qué demonios hace ese tipo en casa de Melinda? —pregunté, mi furia creciendo a medida que la conversación avanzaba.

— Alan, Melinda no quiere verte por ahora. Yo tengo que cuidar de ella. ¡Lleva tu hijo dentro! —me respondió, con una dureza que me dejó sin palabras.

¿Qué estaba pasando entre ellos? Por qué Fabri podía ir a verla y yo, el padre de su hijo, ¿no? La desconfianza me estaba matando por dentro. Me sentía completamente impotente, atrapado en un juego que no entendía.

Esa noche, traté de encontrar consuelo en una cena con Liam. Quería desahogarme, pero todo lo que hacía era ahogarme más. Valeria se acercó a nuestra mesa y, con un tono lleno de arrepentimiento, comenzó a disculparse por todo lo sucedido. Yo la miré con indiferencia.

— Puede que algún día te perdone, pero por ahora, siento que tus palabras no significan nada para mí. Pensé que eras mi amiga, pero me demostraste que no lo eras —le respondí, levantándome de la silla con la intención de alejarme de la situación.

— ¡Alan, espérame! Sentí celos al verte con Melinda, pensé que nosotros dos teníamos algo especial. Ahora sé que ya no estás con ella, y quiero recuperar tu confianza —me dijo, tomándome de la mano con desesperación.

Mi respuesta fue tajante:

— Valeria, lo nuestro ya pasó. Yo estoy enamorado de mi esposa. Estamos separados, sí, pero no voy a rendirme. Te ruego que no sigas humillándote, no te queda bien —le solté, quitándome la mano y tomando mi copa.

Liam se reía, disfrutando del espectáculo. Pero en el fondo, sabía que yo no estaba bien. Mi mundo estaba hecho pedazos. — Siempre supe que tenías a todas las mujeres a tus pies, pero esto ya es un escándalo —comentó Liam entre risas, mientras seguía cortando su comida.

— Deja de reírte, no estoy en un buen momento —le respondí, bebiendo un trago largo.

Esa noche, me volví a hundir. Regresé a casa, borracho, intentando olvidar, pero el alcohol solo me hundió más. Tomé mi teléfono y acribillé a Melinda con mensajes hirientes. Mi desesperación no conocía límites.

"¿Cómo pudiste olvidarte de mis besos?"
"¿Quisiste destruirme? ¡Lo conseguiste!"

Me quedé dormido en el sofá, aún con aquel traje incómodo que tanto me apretaba, esperando una respuesta que nunca llegó. Soñé que seguíamos juntos, que todo era como antes. Su perfume flotaba a mi alrededor como un eco persistente de lo que fue.

Al despertar, la nueva asistente que había contratado estaba aspirando el suelo del comedor, cubierto de papeles rotos: mensajes que había escrito en medio de una tormenta de rabia y frustración. Me miró de reojo, asustada al ver mi estado, tan dejado, hundido en medio del salón. Bajó la cabeza, sin atreverse a mirarme directamente a los ojos.

Fui al despacho sin rumbo claro, y entonces recibí la llamada inesperada de Liam. Su voz sonaba tensa. Me explicó, con cierta preocupación, que Melinda y yo habíamos salido en las noticias.

...

Voy camino a casa de Melinda. Nunca antes había estado allí. Sofía me había enviado la dirección. El barrio es bonito, tranquilo, a las

afueras de la ciudad. El edificio es de construcción reciente, y encuentro fácilmente dónde aparcar. Un sentimiento extraño se apodera de mí: deseo verla más que a nada en el mundo. Necesito su presencia. La echo de menos, pero ella... me evita.

Entro al portal y subo deprisa por las escaleras, hasta quedarme parado frente a su puerta, sin saber cómo reaccionar. Sofía me abre y, sin decir nada, me envuelve en un abrazo cálido. Creo que también me echa de menos.
—Alan, estás más delgado... ¿no estás comiendo bien? —me dice mientras me toma las mejillas con un leve pellizco, como solía hacerlo.

—¡Claro que como! Pero no es tu comida —le respondo con una sonrisa, guiñándole un ojo.

Paso al salón y allí está Melinda, sentada en el sofá, envuelta en una manta gris. Está preciosa. Nunca la he visto tan bonita. Sus ojos brillan más de lo habitual, y su cabello, echado hacia un lado, deja a la vista su largo y delicado cuello.

Me acerco con cuidado, no quiero parecer grosero. Mis mensajes de anoche quizá la molestaron. Estaba borracho, consumido por los celos.

—Melinda, te veo bien. Además, este lugar es muy bonito —le digo sonriendo, mientras lucho contra el impulso de besar sus labios rosados.

—Sí, estoy mejor. Sofía me cuida muy bien, y además tengo a toda la familia consintiéndome. No han dejado de venir —dice con una carcajada, sonrojándose al recordarlos.
—Me alegra. Sabes que siempre que quieras, a cualquier hora, puedo ser yo quien consienta tus caprichos —respondo, aunque en el fondo sé que ella ya no quiere estar conmigo.

—Alan, te he llamado porque vi las noticias. Imagino que tu novia no pudo esperar a que termináramos nuestro contrato. No tuvo suficiente con golpearme… ahora quiere arruinar mi reputación — dice con dureza, clavándome las palabras como cuchillos.

—Sabes que no es mi novia. Tengo que hablar con ella, pero antes… debo hacer algo importante. Algo que, tal vez, lo cambie todo — respondo sin entrar en detalles. Necesito más pruebas para acabar con Laura.

—Muy bien, Alan, me alegra por ti. Quiero que sepas que estarás presente en todo lo relacionado con nuestro bebé. Pero todo lo demás... te agradecería que me excluyas. No me interesa. *Tu vida ya no me interesa.*

36

—¿Estás segura de que no quieres saber nada más

de mí? —pregunta Alan, siguiéndome con la mirada mientras intento esquivarla.

—¡Es lo mejor, Alan! ¡Tú lo decidiste así! —respondo casi gritando, al quitarme con rabia la manta que me cubría sentada en el sofá.

Sofía entra al salón con una bandeja. Trae un zumo de naranja para mí y una bebida para Alan. La deja sobre la mesa auxiliar, y al marcharse, toca ligeramente el hombro de Alan con un gesto suave, dejándonos a solas. Sabe que necesitamos hablar.

—¿Cómo puedes parecer tan inocente? ¡Te creía más lista, Melinda! —dice Alan con sarcasmo mientras se levanta del sofá,

despeinándose sin querer ese cabello que siempre lleva perfectamente peinado.

—¿Qué estás diciendo? —le respondo con incredulidad mientras recojo la manta para doblarla y apartarla a un lado. Alan se me acerca, lento, decidido.
—Escúchame bien. Quería traerte pruebas, Melinda, pruebas reales, pero después de tus palabras... si no quieres creerme, no puedo obligarte —dice con voz tensa. Lo miro fijamente, no puedo apartar mis ojos de él. Necesito saber qué tiene que decirme.

—¿Y cómo pretendes que te crea después de todo lo que me hiciste pasar? —bajo la mirada, intentando no cruzarme con sus ojos. Pero lo amo, lo sé. Cada segundo que pasa me lo confirma, sobre todo cuando lo veo levantar ligeramente el labio para hablar, dejando ver su sonrisa perfecta.

—Melinda… hace unas semanas, Laura irrumpió en mi despacho. Estaba fuera de sí, había descubierto que nuestro matrimonio por contrato se había transformado en algo real. Me conocía demasiado bien como para no notarlo. Tuve que admitirlo: estoy locamente enamorado de ti. Pero ella me chantajeó. Tenía todos los detalles del contrato, y me amenazó con destruir la empresa, tu reputación… y hasta arruinar a tu familia. Decirme que te dejara fue su condición. No puedes imaginar lo que fue tener que decirte todas aquellas mentiras, esas palabras que jamás sentí. Pero si no lo hacía, ella te destruiría… y yo no podía permitirlo.

Su voz tiembla. Tiene los ojos vidriosos, como si el solo hecho de recordarlo volviera a romperlo por dentro.

—¡No entiendo! ¿Tan poca fe tenías en mí? ¿De verdad pensaste que no podíamos resolverlo juntos? ¿Sabes cuánto sufrí? ¿Lo que significó para mí escuchar al hombre que amo decirme que me odia, que me aborrece? Ese día… ese mismo día pensaba decirte que íbamos a tener un bebé. Pero me paralicé. Y tú… tú me echaste de

tu vida —le grito llorando, los labios me tiemblan de impotencia mientras le golpeo el pecho una y otra vez, pidiéndole sin palabras que se marche, que me deje con este dolor.

—¡Melinda, para! No hagas eso. Estás embarazada, tienes que descansar —me dice sujetándome por las muñecas, tratando de esquivar mis golpes, protegiéndome.

—¡Te amo, y no puedo evitarlo! ¡Te odio por hacerme amarte así! ¡Vete de mi vida! —sollozo, con hipo, limpiándome las lágrimas con la manga del pijama.

Alan no dice más. Se da la vuelta y camina hacia la puerta con paso firme. Antes de irse, se despide de Sofía con un beso sutil en la mejilla. Me quedo de pie, quieta, viendo cómo sale del apartamento. Su perfume aún flota en el aire, llenando cada rincón… y siento cómo mi corazón vuelve a romperse en mil pedazos al verlo marchar.

Escucho el sonido del ascensor. Alan pulsa el botón. Las puertas metálicas se abren con su característico chirrido. Mi cabeza da vueltas. No sé qué hacer. Pero no puedo dejarlo ir. ¡No esta vez!

Corro fuera del apartamento y coloco el pie justo entre las puertas para que no se cierren.
—¡Alan, espera! —grito, lanzándome a sus brazos.

—Pequeña… vas a hacer que me ahogue —dice riendo, mientras me llena la cara de besos, con lágrimas de alegría resbalándole por las mejillas.
—¡Te amo! ¡Te amo tanto! ¡No te vayas! ¡No vuelvas a dejarme! —le digo abrazándolo con tanta fuerza que puedo sentir los latidos acelerados de su corazón.

—Vamos dentro —me susurra, tomándome la mano con ternura—. Quiero explicarte todo. Tal vez tú tengas mejores ideas que yo.

Ya de vuelta en casa, Alan me cuenta todo. El padre de Laura está involucrado en un caso grave de corrupción, y están recopilando pruebas. Él y Liam tienen un plan: hoy se reunirán con el alcalde. Esperan que, bajo presión, ceda y revele lo que sabe.

La idea me asusta. No quiero que Alan corra ningún peligro por destapar algo tan turbio.

—Cariño, tengo que irme, pero esta noche vendré a verte. A veros —dice mientras se agacha y levanta un poco mi camiseta para besar con dulzura mi vientre. Me río al sentir su barba haciendo cosquillas en mi barriga.

Ya lo extraño. Aún no ha salido del apartamento y ya lo echo de menos. No quiero volver a estar sin él.

Aún no puedo creer que Alan y yo estemos juntos de nuevo. No es que eso me moleste… el problema real es: ¿cómo demonios le voy a decir a mi familia? Le odian. Y no los culpo. Me vieron sufrir, llorar, romperme en mil pedazos. Pero aun así… espero que puedan entender. Sé que todo este tiempo él intentó protegerme. Nunca quiso involucrar a los míos, aunque eso implicara cargar con todo solo.
La tarde pasa lenta, densa. Me ducho con calma, como si el agua pudiera limpiar también mis pensamientos. Me unto crema en cada centímetro de piel, como si preparara mi cuerpo para volver a empezar. Quiero estar perfecta. Alan me prometió que volvería esta noche.

Ansiosa, me siento junto a la ventana. Los minutos se estiran hasta que, por fin, lo veo aparcar su espectacular Bentley EXP 10 frente a casa. Desciende del coche con ropa casual, caminando con esos pasos seguros, su estilo impecable. Parece sacado de una portada de revista. Y sin embargo… es solo él. Mi Alan.

Me acomodo en el sofá, fingiendo desinterés. Quiero parecer interesante, como si no lo esperara con ansias. Aunque por dentro

estoy a punto de explotar. Además, estoy algo tensa por la visita inminente de mi familia.

Llama a la puerta. Sofía le abre y charlan animadamente en la entrada. Las carcajadas de Alan llenan la casa. Suena feliz. Me levanto para unirme a la conversación, pero antes de llegar a ellos, Alan corre hacia mí y me envuelve en un abrazo, plantándome un beso como si acabara de regresar de la guerra tras un año sin verme.

—¿Mel? ¿Cómo pasaste la tarde? Yo deseando verte —murmura entre mis labios, su aliento cálido me acaricia la piel. —Yo… yo bien… —tartamudeo, sin saber qué decir.

—Le he dado la noche libre a Sofía —dice sonriendo—. Le compré entradas para el teatro y una cena con Javier. ¡Esta noche te cocino yo!
Me quedo boquiabierta, sin poder creer su energía.

—Alan, me parece genial lo de Sofía. De hecho, creo que ya no la necesito, estoy mucho mejor. Y… sobre la cena… no sé qué planeabas, pero creo que lo mejor será pedir pizza. ¡Estoy muerta de hambre! —le digo, sacando la lengua y frunciendo la nariz.

—¡Perfecto! Así tengo más tiempo para mimarte —responde abrazándome por detrás, divertido.
Este hombre es un enigma. Una caja de sorpresas. A veces pienso si no tendrá doble personalidad… Me río por lo bajo.

Mientras él llama a la pizzería, yo preparo la mesa con mimo. Aunque sea solo pizza, coloco mantel, cubiertos y hasta una copa de vino para él. Supongo que, aunque yo no beba, a Alan le gusta el ritual.

Se acerca a mí por detrás, gira mi cuerpo suavemente hasta que mi espalda da con la pared. Sus manos apoyadas a ambos lados de mi

cabeza, su mirada clavada en la mía. Sus labios se acercan a mi cuello, arrancándome un gemido involuntario.

—Soñé tantas veces con tocarte… —susurra, lamiendo suavemente el lóbulo de mi oreja.
Resoplo. Siento mi respiración desbordarse. Sus manos recorren mi espalda, levantando mi camiseta con desesperación suave.

—Hoy no voy a hacerte mía. No es el momento… pero no pienso dejar de tocarte hasta cansarme —me susurra, mordiéndome el labio superior.
—Alan… no soy de piedra. Mejor cenamos tranquilos y vemos una peli abrazados, sin más —le digo, poniendo cara de niña buena.

—Tal vez podamos hacer ambas cosas —responde, acariciando mi rostro—. Pero una cosa sí te digo: no volveré a estar sin ti. Nunca.

—¿Y cómo fue con el alcalde? —pregunto, cambiando de tema.

—No quieras saberlo. El detective se presentó con nosotros. Le dejamos claro que sabemos toda la historia. Si no mueve ficha… acabará en la cárcel.

—No creo que sea tan fácil… El alcalde tiene a los mejores abogados —le digo, inquieta.

—Puede tenerlos, pero sabe lo que tiene que hacer: devolver el dinero expropiado y dejar de financiar el partido con dinero negro —dice con voz tensa. No quiere hablar más del tema.

—Entonces toca esperar. Espero que actúe, porque si no, acabará hundido en su propia trama corrupta —murmuro, como si alguien pudiera estar escuchando tras las paredes.

Cenamos y luego vemos una película de suspense. Mis párpados se vuelven pesados. Me acurruco a su lado. Me duermo entre sus brazos, sintiéndome, por fin, en paz.

Al despertar, estoy en mi cama. No sé en qué momento me trajo, pero me gusta. Me encanta. Quiero compartirla con él cada noche.
—¡Pssst… Alan! —le susurro, sacudiéndolo un poco—. Hoy es el día… ¡Vamos a ver al bebé!
Le tiro una almohada a la cabeza, riendo como niña emocionada. —¡Así no se despierta a nadie! ¡Menuda paliza me has dado! — dice entre risas, tirándose de nuevo sobre la cama.
—Tengo tantas ganas de oír su corazón… presiento que es niña —le digo, acariciando mi vientre con dulzura.

—Sea lo que sea, solo quiero que se parezca a ti —me dice, besándome con tanta ternura que, si fuera de azúcar, ya estaría derretida.

—¡Vamos, perezoso! —me levanto de un salto rumbo al baño. Salimos de casa y subimos a su deportivo. No puedo evitar hacerle una broma.

—Cariño… tendrás que ir mirando un monovolumen. Tu pequeño garbancito no va a ir muy cómodo aquí atrás —digo riendo mientras observo el reducido espacio trasero.

—¿Una qué? ¿Un monovolumen? ¡Mi pequeño irá genial aquí, con su papá! En una peli la llamaban "una vagina con ruedas", ¿lo sabías? —responde riendo tanto que casi no podemos salir del aparcamiento.

Ya en la consulta, los nervios me devoran. No paro de mover las piernas ni de hablar.
La enfermera nos llama y pasamos a la sala. Me da una bata y me acomodo en la camilla. Me siento vulnerable, pero feliz.

—Buenas tardes, Melinda. Soy la Dra. Abril. Vamos a ver cómo evoluciona el embrión —dice mientras se pone los guantes. Prepara el ecógrafo vaginal, cubriéndolo con un preservativo y gel. La primera ecografía debe hacerse así, y aunque extraño, confío.

Cuando el aparato comienza a moverse, me agarro fuerte de la mano de Alan. De repente… un sonido mágico. El latido. Fuerte, claro, vivo.

Las lágrimas me nublan la vista. Alan también llora en silencio, sus ojos clavados en la pantalla.
Nuestro garbancito está ahí. Tan pequeño. Tan nuestro.

37

Nunca imaginas el momento exacto en que vas a escuchar algo tan sublime como el latido del corazón de tu bebé. Aún me cuesta creerlo. Siempre pensé que la maternidad no era para mí.

No había llegado la persona adecuada, y, además, me había cerrado al amor tras tantas caídas que apenas pude levantarme. Y lo reconozco… tengo miedo. Un miedo paralizante. Saber que pronto habrá una personita que dependerá de mí, de mis

decisiones, de mi amor… es abrumador. Seré su espejo, su refugio, su guía. Y me pregunto una y otra vez: ¿Estará bien ahí dentro? ¿Seré yo capaz de ser la madre que merece mi pequeño garbancito?

Alan, por otro lado, parece vivir en un estado de shock controlado. No sé si su sistema emocional ya procesó que en unos meses nuestra vida cambiará para siempre. Lo observo y, curiosamente, parece más sereno que yo. Aun así, verlo emocionado al contemplar esa ecografía —que ni yo entendí del todo— y escuchar junto a él los latidos del bebé… me hizo enamorarme aún más de él.

Salimos de la consulta con el alma renovada. Todo parecía más brillante: los árboles más verdes, la gente más amable, incluso el cielo más claro. La doctora me dijo que ya podía retomar mi vida con normalidad, que tanto el bebé como yo estábamos bien. La noticia me llenó de entusiasmo. Al fin podría volver al trabajo, a mi rutina, a mi proyecto. Estaba harta del sofá.

Alan me dejó en casa. Tenía asuntos urgentes con la empresa Landini. Yo, en cambio, solo pensaba en recuperar las llaves de mi

coche y sentirme útil de nuevo.

Al llegar a la residencia, me crucé con Becky, que iba de un lado a otro con cara de estrés.
—¿A dónde vas corriendo? ¡Parece que te persigue el diablo! — le dije, justo cuando me dio un beso rápido sin frenar el paso. —Mel, voy a ver a Ramón. Se rompió el pie y hay que inmovilizarlo. —dijo cargada de material hasta el cuello.

Ramón, un hombre mayor de la planta dos, es conocido por sus travesuras. No me sorprendería que se hubiera roto el pie haciendo alguna locura.

Fui al despacho de Mery para informarle de mi reincorporación. Me costó encontrarla, parecía que jugábamos al escondite. Cuando por fin di con ella, solté una risa agotada.
—¡Te busqué por todos lados! Pensé que te había tragado la tierra — bromeé.

—¡Calla! No digas esas cosas —respondió, cruzando los dedos y tocándose la cabeza como si alejara la mala suerte.
—Mery, he venido a decirte que ya puedo volver al trabajo —le dije ilusionada.
Ella me miró de arriba abajo, frunciendo el ceño.
—Melinda, estás embarazada. Has tenido un buen susto. ¿No crees que deberías tomártelo con calma?

—No, lo mejor para mí es mantenerme ocupada. Mañana estaré con el Dr. Fabri pasando visita —le dije con seguridad, mientras me alejaba por el pasillo antes de que pudiera convencerme de lo contrario.

Esa mañana visité a todos los pacientes de mi planta. Cuando les conté que esperaba un bebé, todos se emocionaron. La señora Carmen incluso prometió tejerme una manta y unos calcetines. El simple hecho de compartir la noticia llenó de alegría el ambiente. Me sentía en casa. El tiempo voló.

Al llegar a casa, me preparé para una reunión importante. Había reunido a mis padres y a Brooks para contarles que Alan y yo habíamos decidido retomar nuestra relación. Sentía nervios. Sabía que no iba a ser fácil.

Mientras los esperaba, recibí una llamada de Liam.

—Mel, tengo los nuevos planos listos. ¿Podrías pasar por mi oficina para echarles un vistazo? —me dijo con entusiasmo. —Claro, mañana por la tarde después del trabajo. ¡Estoy deseando ver cómo va todo! —le contesté llena de energía.

Ese proyecto, el de la residencia, era mi mayor ilusión profesional. Una vez leí que la gente suele alegrarse más de tus desgracias que de tus logros, y que es mejor no contar nada hasta que el proyecto esté terminado. Creo que tiene razón. Por eso, no diré nada hasta que esté hecho.

Poco después, Alan llegó. Le conté que mi familia estaba por llegar y que quería aclarar todo cuanto antes. Tocaron la puerta. Los dos nos levantamos para recibirlos.

La expresión de mis padres era un poema.
—¿Qué hace él aquí? —preguntó mi madre, visiblemente molesta.
—Mamá, justamente de eso quería hablaros. Por favor, sentaos —les dije, conduciéndolos al salón.
—Habla ya. No tenemos idea de lo que estáis tramando —dijo mi padre, con tono serio.
Alan se adelantó antes de que yo pudiera empezar.

—Señor Smith, señora. Sé que no merezco su perdón. Solo quiero decirles que jamás quise hacerle daño a su hija. La amo, la respeto y también al bebé que viene en camino. Dije cosas horribles porque mi ex pareja me amenazó. Quería proteger a Melinda.

—¡Eso no es excusa! ¡No sabes lo que ha sufrido mi hermana! —saltó Brooks, furiosa.

—Brooks, por favor. Si yo he perdonado a Alan, no entiendo por qué vosotros no podéis hacerlo también —dije, conteniendo las lágrimas.

—Mel, entiéndelos. Te aman tanto como yo. No soportan verte sufrir —añadió Alan, en defensa de mi familia.
—Melinda, ¿estás segura de esto? —preguntó mi madre con tristeza en los ojos.

—Sí. Lo amo. Quiero estar con él. Ojalá podáis entenderlo… Os quiero con todo mi corazón. Pero esta es mi decisión —les dije, mirándolos directamente.

Mi padre se levantó, vino hacia mí y me abrazó con fuerza. —Si eres feliz, te apoyamos. Siempre estaremos contigo — susurró.

Mis lágrimas cayeron en su hombro, como cuando era niña. Ese abrazo me devolvió la calma. Ese día dejé de ser su pequeña para convertirme en madre. Él siempre me protegió… ahora me tocaba a mí proteger a otro ser.

Alan se quedó pensativo después de la visita. No esperaba tanta resistencia, sobre todo de Brooks, pero entendió su reacción. Ella había estado a mi lado todo este tiempo. Con los días, sé que su relación mejorará. Brooks tiene carácter, pero también un corazón enorme.

Al día siguiente, me sentí feliz de volver a ponerme la bata blanca. Al llegar a la consulta, Fabri me recibió con una sonrisa.

—¡Mel! Qué sorpresa. Te ves mucho mejor.
—Sí, la ginecóloga me autorizó. Y la verdad, lo necesitaba —le respondí, con alegría.

—Bien, vamos al grano. Hay varios casos complicados. Me gustaría que los revisáramos juntos —dijo, mostrando unas radiografías.

—Aquí hay una fractura entre la rótula y el fémur. ¿Será para operar? —pregunté, analizando las imágenes.
—Es lo más recomendable, pero Andrés es muy mayor… No sé si resistiría la cirugía —comentó, pensativo.

Al terminar la jornada, Fabri me pidió hablar en privado. Ya había venido a verme un par de veces durante mi recuperación. Esta vez, sabía que sería diferente.

—Mel, he estado dándole vueltas a tu situación. Me preocupo por ti, por tu bebé. Sé que ahora no me amas, pero… tal vez, con el tiempo, podrías. Yo estaría a tu lado. Cuidaría de vosotros. Te amo —me dijo, dejando al descubierto su alma.

Me quedé en shock. Siempre me pareció un hombre ideal, pero no podía aceptar algo tan noble sin corresponderlo.

—Fabri, agradezco cada palabra. Pero no puedo devolverte ese amor. Mi corazón le pertenece a Alan. No sería justo para ti. Sé que encontrarás a una mujer increíble, que te ame como mereces —le dije, tomando sus manos.

—Lo entiendo. Quizá me precipité. Perdona si no supe estar a la altura —respondió con ternura. Su mirada triste me rompió un poco el alma.
Salí de allí conmovida. Luego puse el GPS y me dirigí a casa de Liam para revisar el proyecto.

Cuando llegué, noté que era una casa familiar. Por la decoración y las fotos, deduje que era la de sus padres. Muy acogedora. —¡Mel! Qué alegría verte —dijo Liam, dándome dos besos. —Ya me siento mejor, y tenía ganas de avanzar con el proyecto —le dije mientras me guiaba a su oficina.

Había transformado parte del garaje en un despacho moderno y luminoso. Me sorprendió lo bien diseñado que estaba. Práctico, elegante y con personalidad.

—Siéntate donde quieras. Aquí trabajaremos a gusto —dijo, señalando un sofá espectacular.

Y en ese espacio, lleno de planos, ideas y entusiasmo, sentí que una nueva etapa estaba comenzando. Una etapa que quería vivir con fuerza… por mí, por mi bebé, y por todo lo que estaba por venir.

—Me sorprende que tengas esto montado aquí —comenté, mirando a mi alrededor con auténtica curiosidad—. Pensé que tenías un despacho en pleno centro de la ciudad.

—Sí, esa es la reacción de la mayoría de mis clientes —respondió Liam con una sonrisa, sin parecer en absoluto ofendido—. A los potenciales inversionistas los recibimos en salones alquilados del club o en hoteles de alto nivel. Pero cuando la relación es más cercana, cuando hay confianza… prefiero traerlos aquí, a mi espacio. Es donde realmente me siento cómodo, donde puedo trabajar en paz.

Agradecí que compartiera ese detalle conmigo. Me hizo sentir especial, incluida en una parte más íntima de su vida profesional. Además, me contó algunas anécdotas divertidas con clientes internacionales: desde malentendidos culturales hasta situaciones caóticas con traductores automáticos. Reímos bastante.

Entonces, sin perder tiempo, sacó mi proyecto. Extendió varios planos sobre la mesa. Eran diseños digitales impresos en papel satinado, llenos de detalles, marcas y anotaciones hechas a mano con bolígrafo azul en los márgenes. Me encantó ese contraste entre lo técnico y lo personal.

—Mira —me dijo, entusiasmado mientras señalaba distintas zonas del plano—. He estado trabajando mucho en esto. Quería que fuera funcional, acogedor, pero también moderno. Si queremos aprovechar cada rincón al máximo, creo que esta es la mejor opción. Las habitaciones tienen un tamaño ideal para garantizar la comodidad sin sacrificar espacio.

Pasaba las hojas con emoción, como si se tratara de un sueño que también le pertenecía. Su energía era contagiosa.

El proyecto final incluía 25 habitaciones, todas con baño privado. Había dos comedores amplios, una cocina industrial perfectamente distribuida, una recepción funcional, dos consultas médicas y dos despachos administrativos. Todo encajaba. Todo era justo como lo había imaginado.
—Es perfecto —le dije sin dudarlo, mirando cada detalle con una mezcla de gratitud y admiración—. Liam, me encanta. No perdamos más tiempo. Lánzalo. Es justo lo que quiero para la residencia.

Sus ojos brillaron. Estaba tan ilusionado como yo.

Salí de allí con el corazón ligero, rebosante de ilusión. Sentía que había dado un paso importante. Contar con alguien como Liam, tan comprometido y talentoso, era un regalo. Alan tenía razón: él sabía muy bien el valor que Liam podía aportar. Y yo lo estaba comprobando.

38

Por mis venas corre una sed de venganza incontenible contra Laura. Necesito saberlo todo sobre ella, escarbar en cada rincón de su entorno, descubrir hasta el último y más insignificante

detalle de su mísera existencia. Solo imaginar que Melinda pudo haber perdido al bebé por su culpa me enloquece. La rabia me ciega, el deseo de justicia me consume.
No puedo volver atrás para reparar mis errores, pero sí puedo avanzar con determinación para enmendar el presente y proteger

el futuro. Seré padre. Y estas semanas han sido un torbellino de emociones: el embarazo, el acoso constante de la prensa, los rumores malintencionados…

Aparecimos en todas las revistas y programas del corazón. Por ello, decidimos que los abogados de la empresa emitieran un comunicado oficial: desmentían los rumores y anunciaban con orgullo que Landini esperaba un nuevo heredero. Queríamos silenciar bocas y, de paso, darle un golpe directo a Laura. Sabíamos que su maldad no se detendría, incluso ante una noticia tan íntima.

Cuando Liam y yo fuimos a visitar al alcalde, optamos por contar la verdad, aun sabiendo que eso significaba abrir la caja de Pandora. Se quedó paralizado al vernos. No era común que el dueño de Landini se interesara por asuntos municipales. Lo primero que se le ocurrió fue ofrecernos un soborno para comprar nuestro silencio, como si el dinero pudiera calmar mi ira.

Al ver que no podía comprarme, cedió. Nos confesó que estaba siendo chantajeado por Matías Cavalli y que se encontraba atrapado, asfixiado por sus amenazas. Le propusimos un trato: si nos entregaba los documentos relacionados con la venta del terreno, lo sacaríamos del embrollo. Pero también debería indemnizar a cada ciudadano al que había robado y expropiado esas tierras.

El miedo a ser descubierto y acabar en prisión hizo que colaborara. El detective seguiría los pasos de Matías y su círculo más íntimo, el cual, sin duda, lo llevaría hasta Laura.

Esa semana, Liam estaba completamente absorbido con el proyecto de la residencia. Melinda, por su parte, estaba desesperada por avanzar, y las obras, que ya habían comenzado, requerían supervisión constante.

El embarazo comenzaba a notarse. Sus cambios de humor eran frecuentes, pero lejos de alejarme, cada gesto suyo me hacía amarla más.

En la empresa, la nueva colección de vestidos de novia estaba siendo un éxito rotundo. Estábamos ya diseñando con antelación la próxima temporada cuando Pietro apareció.

—¿Puedo pasar? —dijo asomándose con una carpeta amarilla en las manos.

—¿Qué ocurre? No quiero más problemas, ya tengo suficientes —respondí al ver su cara tensa, aunque intentaba mantener el humor.

—Tenemos un problema con el proveedor de Textilmax. Nos ofrecen las telas esta temporada al doble del precio del año pasado —balbuceó, mostrándome los presupuestos.

—Sabía que Valeria haría algo así. No es trigo limpio. Quería hacernos daño. Podemos llamar a Marcus, seguro que nos ofrece un mejor trato. —

—Lo intentaré. Conseguir esas telas no será fácil —dijo mientras se marchaba.

No me sorprendía que Valeria jugara sucio. Ya lo había intentado antes. Esta vez estaba en su derecho: el mercado es libre. Pero lo que ella no sabía es que las amenazas y los chantajes habían dejado de intimidarme. Ahora solo avivaban mi determinación. Decidí llamarla.

—Valeria, qué gusto escucharte —dije con sarcasmo, sin intención alguna de ser amable.
—Esperaba tu llamada. ¿Será por el presupuesto? —respondió con tono burlón.

—Exacto. No lo aceptaremos. Pero me encantará ver cómo hundes tu empresa. Si dejamos de comprarte, perderás buena parte de tus beneficios. Y, quién sabe, quizá empiecen a circular ciertos rumores sobre la calidad de tus productos… —Corté la llamada antes de que pudiera responder.

—jefe, tiene a su esposa en la otra línea. ¿Le paso la llamada? —preguntó Karen.
—Sí, por favor —respondí con una sonrisa.

—Alan, ¿cómo va tu día? ¿Estás muy liado? ¿Te apetece almorzar en el club? —su voz alegre me reconfortó.
—Mucho mejor desde que te oigo. En una hora estoy allí. Te quiero. Terminé de repasar los informes y recogí mis cosas. Me moría de ganas de verla.

Como siempre, accedí al club con discreción. Allí estaba Melinda, con un vestido corto de gasa que acentuaba sus curvas y una belleza que parecía crecer día tras día.

—¡Cariño, ya estás aquí! —me dijo con una sonrisa al verme entrar.
—Pensé que hoy llegaría antes —respondí, besándola suavemente y aspirando su perfume, ese que me enloquecía.

—Espero no haberte interrumpido en el trabajo, pero necesitaba verte. —
Entramos al restaurante… y allí estaban Fabri y Laura. Pedí que nos sentaran lo más lejos posible. Su sola presencia me alteraba.
Pero Laura, por supuesto, no tardó en acercarse.

—¡Alan! ¡Melinda! ¿Cómo está la mosquita muerta? ¿No decías que no te interesaba Alan? Ahora resulta que estás esperando un hijo suyo —exclamó como una posesa.

—Laura, será mejor que te vayas. Ya has dicho suficiente. Deja de humillarte —susurró Melinda sin mirarla, intentando evitar el escándalo.

—¿Humillarme? Esto no ha hecho más que empezar. Alan, ya sabes lo que pasará… no tengo que advertírtelo —me dijo mirándome con una mezcla de rabia y desafío.

—Laura, deja de jugar. Puedes acabar muy mal parada. Y me alegra ver que has vuelto con Fabri —añadí, lanzándole una sonrisa envenenada.

—Alan, será mejor que nos vayamos. No quiero seguir viendo a esta mujer —dijo Melinda levantándose sin esperar al camarero.

—Sí, váyanse. Quedó claro quién soy yo en este club: una mujer con clase y poder —exclamó Laura, agarrándome del brazo, intentando obligarme a prestarle atención mientras Melinda se alejaba.

—Solo quiero que tengas algo muy claro: me falta muy poco para hundirte. Así que cuida tus palabras… y tus actos. —Le apreté la mano con tal fuerza que un gemido de dolor se escapó de sus labios. En ese instante, la ira me invadía por completo. Sus amenazas comenzaban a desquiciarme.

Sin decir nada más, me giré y fui directo hacia el coche, donde Melinda me esperaba. Su rostro mostraba molestia. Encontrarse con Laura había sido duro, pero verla acompañada por Fabri fue peor. Ella confiaba en él, lo consideraba su amigo… y ese desengaño la había herido más de lo que quería admitir.

La dejé en casa con una promesa silenciosa de que todo estaría bien, aunque ni siquiera yo lo creía del todo. Me quedé en el coche, esperando. No podía marcharme sin antes encarar a esos dos.

Al cabo de un rato, los vi salir del restaurante. Bajé con paso firme, dejando que el eco de mis zapatos se impusiera al silencio del aparcamiento. Era un escenario perfecto para lo que venía.

—¿Qué tal la comida? —pregunté con ironía mientras me acercaba.
—¡Jajaja! Mira quién tenemos aquí. Si es nuestro querido amigo Alan —dijo Fabri, fingiendo sorpresa.

—De amigo, nada. Ahora entiendo por qué estáis juntos: sois de la misma calaña —les señalé con el dedo sin disimular el desprecio.
—Alan, das pena. Nunca vas a ser feliz. Has aprendido demasiado tarde a amar a alguien más que a ti mismo —soltó Laura, con esa voz venenosa que tanto conocía.

—Imposible amar a alguien como tú. Y no te preocupes, la pena es mutua. Tu ejemplo de vida fue un estafador, un ladrón. Ahora entiendo de dónde viene tanta podredumbre.

—¡¿Qué sabes tú de mi padre, maldito desgraciado?! —gritó, haciendo que su voz resonara por todo el lugar.

—Sé que tu padre es un corrupto, un chantajista que expropia terrenos y coacciona al alcalde. ¿Quieres más detalles? Pronto lo verás entre rejas... y tú podrías acompañarlo si resulta que sabes más de lo que deberías.

Me reí mientras me subía al coche, disfrutando del golpe que acababa de darle. Aquello era solo el principio. Estaba convencido de que el miedo a la exposición pública y la caída de su padre la harían pensar dos veces antes de actuar.

Llegué a la oficina, aunque mi mente estaba en otro sitio. Al entrar, vi a Karen esperándome, visiblemente agitada. —Karen, ¿qué pasa?

—El señor Pietro lo está buscando con urgencia. También ha llamado Valeria varias veces —me informó, jadeando un poco, como si llevar tacones fuera una batalla perdida.

—Iré a ver a Pietro. Y sobre Valeria… no me pases ni una llamada que venga de ella ni de Textilmax —le ordené, sin detenerme. Fui directo al despacho de Pietro. Al abrir la puerta, lo encontré junto a su pareja, Luca. Estaban comiendo comida japonesa, pero al verme entrar, se interrumpieron.

—Perdonad, no sabía que estabais almorzando —dije, sintiéndome incómodo.

—¡Eh, Alan! No te preocupes, ya estábamos terminando. Luca me trajo algo para comer porque hoy planeo quedarme a trabajar hasta tarde —respondió Pietro algo ruborizado.

—Karen me dijo que me buscabas. Si no, no habría interrumpido.

—Sí, es por los presupuestos de Marcus. Están bastante ajustados, pero nos piden el pago por adelantado. Nos enviarían las telas en unos veinte días —explicó, buscando los documentos entre un montón de papeles.

—Pietro, estamos bien de tiempo. Haz el pago. Confío en ti —le dije con una palmada en el hombro antes de salir rumbo a mi despacho.

El día se me hacía eterno. De esos que parecen nunca acabar.

Me senté en mi silla giratoria, activé el ordenador y empecé a revisar correos. Había decenas de ellos, pero prioricé los más importantes. Estaba terminando cuando Karen volvió a interrumpirme.

—jefe, es el notario de la familia.
Contesté la llamada, algo intrigado.

—Alan, me gustaría que pasaras por la oficina. Quedan tres meses para que se cumpla el contrato, y el señor Landini dejó una carta dirigida a ti, a Melinda… y a Daniela. —La mención de sus nombres marcó el tono serio de la conversación.

—Avisaré a mi madre y a Melinda. Le diré algo en estos días —respondí, colgando con un nudo en el estómago.

¿Qué contendría esa carta? ¿Qué nos quería decir mi abuelo desde el pasado? Seguro que no sería nada bueno… siempre buscó venganza contra mis padres.

Al llegar a casa, noté algo extraño. Melinda no estaba. Habíamos quedado para cenar. Pensé que tal vez se había retrasado, así que aproveché su ausencia para preparar algo ligero. Sofía, nuestra asistente, se había marchado, y el departamento, aunque cómodo, se sentía demasiado vacío.

Intenté llamarla. Su teléfono estaba apagado.
"Probablemente se quedó sin batería", me dije, aunque el presentimiento comenzaba a escalar por mi pecho.

Esperé un rato, cada vez más inquieto. Finalmente, llamé a Becky. —¿Diga? —respondió con voz somnolienta.
—Soy Alan. ¿Está Melinda contigo?
—¡No! ¿Ha pasado algo? —preguntó de inmediato, preocupada. —No ha llegado a casa y su teléfono está apagado.
—Llama a Brooks, tal vez esté con él.

Colgué y empecé a marcar frenéticamente. Llamé a Brooks, a sus padres… nadie sabía nada. El pánico ya era dueño de mí.

Salí corriendo. La ciudad, envuelta en sombras, parecía burlarse de mi angustia. La busqué en todos los lugares posibles, recorrí las calles sin rumbo, cada vez más desesperado.

Finalmente, no tuve más opción: fui directo a comisaria. Melinda había desaparecido.
39

—¡Socorro, socorro! —mi grito desgarrador altera

a Fabri.

—¡Cállate, aquí nadie puede oírte! —responde furioso, apretando las cuerdas de mis muñecas con tanta fuerza que siento cómo la piel comienza a ceder.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué ganas con todo esto? —pregunto con voz entrecortada, deseando escuchar una respuesta que le dé sentido a todo esto, aunque sé que no la habrá.

—No es por ti… Alan no puede robarme todo lo que deseo —masculla mientras sigue atándome a la silla, dando vueltas para asegurarse de que no pueda moverme ni un centímetro.

—Estás enfermo… sabes perfectamente que yo estaba con Alan antes de conocerte. Fabri, te aprecio muchísimo, no sigas con esta locura, por favor. Te juro que no diré nada. —Me acerco como puedo y le susurro al oído mientras comprueba mis ligaduras.

—Nos vamos a Estados Unidos, Melinda. Allí empezaremos de cero, sin nadie que nos moleste, sin Alan. Seremos tú y yo. —Me mira con una mezcla de obsesión y delirio, como si ya no existiera el mundo real para él.

Desde el fondo de la casa, se escucha un aplauso lento, firme, perturbador. Alguien más está aquí. Mi cuerpo se tensa aún más.

—¡Melinda, Melinda! Mira dónde teníamos que encontrarnos al final… Qué irónico. Me alegra verte así, tan indefensa. ¿Quién diría que una simple auxiliar podría enamorar al hombre más deseado del planeta? —la voz es inconfundible.

Laura aparece tras de mí, contoneándose, saboreando cada paso que da. Viste un vestido ajustado azul turquesa, sus tacones de aguja golpean la madera como si anunciaran el juicio final.

—Me sorprende que una mujer tan bella tenga que recurrir a esto… Pudiendo tener a cualquier hombre a tus pies —le espeto, mirándola de arriba abajo. Está espectacular, lo sabe y lo usa como un arma.

—A todos menos a Alan. Me quitaste a mi prometido sin pestañear, fingiendo que no te importaba, mientras lo enredabas con tu falsa dulzura. Te lo advertí, Melinda. Te dije que no sabías con quién te estabas metiendo. ¡Eres una vulgar ramera! —escupe su rabia junto con saliva sobre mi ropa, y luego se aparta con asco, como si le repugnara siquiera tocarme.
Intento mover la silla, acercarme a ella, golpearla si hace falta, pero

estoy demasiado atada. Siento cómo se me clavan las cuerdas en los tobillos. El dolor es real, pero el miedo lo supera todo.

—¡Maldita desgraciada! —grito con toda la fuerza que me queda, conteniendo las palabras que verdaderamente quiero decir. No quiero provocar más. No quiero que le hagan daño a mi bebé, que se agita con fuerza en mi vientre. Está inquieto, asustado, lo siento.

Laura se gira bruscamente y me golpea la cara con el dorso de la mano. La fuerza del impacto me lanza la cabeza hacia un lado. Un pitido agudo me inunda los oídos.

—¡Basta, Laura! ¡No la toques! Dijiste que no le harías daño —interviene Fabri, colocándose entre nosotras, empujándola hacia la pared con gesto decidido.

—El egoísmo te ha traído hasta aquí, Melinda. Nunca debiste aceptar esa herencia. La ambición te cegó. El viejo loco te dejó la mitad de su fortuna y tú, en vez de rechazarlo, ¿qué hiciste, maldita? —Laura grita sin mirar, perdida en su furia, observando por la ventana como si buscara en el exterior el siguiente paso del plan.

—Vamos, Fabri. Más tarde volveremos. No podemos levantar sospechas. Cada uno debe ir a su casa como si nada hubiera pasado. Alan ya habrá movilizado una patrulla para buscarla, está tan cegado por ella que no se detendrá. No descansará hasta encontrarla —añade Laura, ahora más calculadora que antes. Se marchan. La luz de la habitación se apaga. Todo queda en tinieblas. El silencio es denso, pegajoso. Esta casa parece un rancho abandonado, con ese aire rancio que se te mete en la garganta y te revuelve el estómago. Huele a encierro, a abandono, a desesperanza.

Intento recordar cómo llegué aquí. Fabri me llamó, desesperado, diciendo que tenía pruebas contra Laura, que había quedado con ella pero que todo se estaba saliendo de control. Yo, estúpida, quise

creerle. Acordamos vernos en un parque, allí me drogó. El resto es niebla.

Grito una y otra vez, pero no hay respuesta. Mis ojos recorren la habitación buscando mis cosas. Veo mi bolso sobre una mesa antigua. Me esfuerzo por llegar, moviéndome con pequeños saltos, intentando arrastrar la silla. Todo parece más lejos de lo que realmente está. Es frustrante. Inútil.

¿Qué clase de plan retorcido han montado Laura y Fabri? ¿De verdad creen que podrán salirse con la suya? Intento encontrar sentido a todo, pero solo siento un vacío enorme. Tal vez Laura tiene algo de razón… Al principio no sentía nada por Alan. Todo surgió con el tiempo. Quizá ella sí esperaba volver con él ese año, aunque él siempre lo negó. Aseguraba que Laura le había dejado claro que haría su vida. Pero aun así…

El cansancio me vence. Sé que es por el calmante. El mismo que Fabri me dio sin que yo lo supiera. Mis párpados pesan. Pienso en mi bebé. ¿Qué efecto puede tener esto sobre él? ¿Estará bien?

Mi cuerpo se desploma de lado, y con el golpe noto cómo la sangre empieza a brotar por mi nuca. El dolor es insoportable. Tengo miedo. Mucho. El vértigo me arrastra hacia la inconsciencia.

Una luz atraviesa mis ojos, seguida de golpes en la cara. —Melinda, despierta, ¿estás bien? —Fabri está nervioso, soplándome el rostro, con cara de pánico.

Gimoteo. No puedo hablar. Siento que he perdido demasiada sangre. La cabeza me duele, y todo me da vueltas. Solo puedo moverla de un lado a otro como respuesta.

—Dime que estás bien. Te golpeaste la cabeza y el costado derecho al caer de la silla. Dios, no quería esto… —Fabri me desata con torpeza, usando un cuchillo. Me levanta en brazos y me tumba con cuidado sobre una pequeña cama en la misma habitación. Todo está

desordenado, sucio. Mi visión es borrosa, manchada de rojo por la sangre que me cubre la cara.

—Fabri… estoy sangrando. El bebé… ¡mi bebé está en peligro! Llévame al hospital, por favor, te lo ruego. ¡No dejes que se muera! —las palabras me salen a trompicones, apenas puedo moverme en esta cama cubierta de trastos. No siento a mi pequeño. El miedo me desgarra.

—Melinda, ya es tarde… —responde con una voz apagada, mientras Laura aparece tras él.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué la has soltado? —grita Laura, furiosa, al ver la silla volcada. Se lanza sobre Fabri, ordenando que me devuelva a mi sitio.
—¡No ves que está herida! ¡Se ha hecho daño de verdad! Esto se nos ha… —Fabri no termina la frase. El pánico le ha ganado.

—¿No ves que está herida? ¡Laura, esto se nos ha ido de las manos! —la voz de Fabri suena desgarrada, casi incrédula—. Creí que me la llevaría lejos, que empezaríamos una nueva vida...

—Alan ha movilizado a medio país. Tiene a los mejores detectives, cuerpos especiales, drones, todo... —Laura se ríe con desprecio, como si hablar de su propia detención le causara placer—. Está completamente loco por encontrarla. Y eso me encanta.

—¡Nos descubrirán en cuestión de horas! —Fabri se lleva las manos a la cabeza—. Apagué mi móvil aquí mismo... La señal GPS nos delatará. Tenemos que movernos, ¡ya!

—Alan lo sabe todo... —susurra Laura, con los ojos brillantes por una mezcla de rabia y derrota—. Mi familia... mi padre... iremos todos a la cárcel. Yo ayudé en la expropiación, extorsioné gente inocente, incluso intenté seducir al alcalde para conseguir pruebas. ¡Así que, si tengo que pagar, al menos que se lleven un buen recuerdo de mí: haber destruido la vida de Alan y Melinda! ¡Jamás serán felices!

El delirio de Laura me hiela la sangre. Se siente poderosa, como si esta guerra personal —una guerra solo suya— la estuviera ganando. Fabri la mira horrorizado.

—¡Esto no fue lo que acordamos! Dijiste que me la llevaría, que empezaríamos de cero en Estados Unidos...
—Tú eras mi cebo, Fabri. Siempre tan ingenuo... tan fácil de manipular. ¡Tú la secuestraste! Así que tú eres el culpable. Los dos pagaremos, pero tú cargarás con el peso. —Laura grita, fuera de sí, los ojos fuera de órbita, desquiciada.

Fabri me mira. La sangre sigue manando de mi cabeza. Corre a buscar un trapo viejo, lo presiona contra la herida mientras me aparta el pelo con manos temblorosas. Me levanta ligeramente la camiseta, ve los moretones en mi costado, y su mirada baja a mi vientre. Su respiración se corta.

—Laura, Melinda no puede seguir aquí. ¡Tenemos que llevarla a un hospital! —su voz ahora es de ruego, angustiado.

—¡Jamás! —responde ella, como un demonio escupiendo veneno—. Que se muera aquí, ella... y ese parásito que lleva dentro.

Intento abrir los ojos. Solo logro mover los labios.
—Salva... a mi bebé... —mi voz es un susurro, apenas un hilo de aire. Las lágrimas se mezclan con la sangre de mi rostro.

Un ruido. Una pelea. Se escuchan gritos, golpes. No entiendo nada. El dolor es cada vez más lejano. Siento que me elevan. Que mi cuerpo flota. El miedo se desvanece y me refugio en el único lugar seguro: el recuerdo.

Recuerdo a Alan. La primera vez que lo vi. El taxi, su mirada clavada en la mía, el destino cruzándonos sin previo aviso. Recuerdo sus besos, su piel, su voz grave diciéndome mi nombre. Si voy a morir, que sea recordándolo. Que al menos me lleve eso... Una lágrima resbala por mi mejilla. Mi cuerpo, aún vivo, no quiere rendirse.

—Melinda... he llamado a una ambulancia. Vendrán por ti. Yo... tengo que irme. Ojalá algún día me perdones. —Fabri besa mi frente con ternura y se va, dejándome sola bajo el cielo de la madrugada.

El frío me atraviesa. Estoy tirada frente a una parada de autobús. No sé cómo he llegado aquí. Apenas puedo moverme. Rezo porque la ambulancia llegue a tiempo.

Luces. Sirenas. Voces.
—¡Tiene pulso, rápido, estabilizadla! —me colocan en una camilla.
Cierro los ojos.
En la oscuridad, una voz me arranca de la muerte.

—¡Melinda, no me dejes, por favor! ¡No me dejes! —Alan llora, con la cabeza hundida en mi pecho—. Mi amor... despierta, no te vayas... no sin luchar.

Quiero abrazarlo. Decirle que le escucho, que aún estoy aquí. Pero mi cuerpo no reacciona. Solo puedo rogar en silencio que no sea este nuestro último adiós.

—Alan... estas horas serán decisivas —dice el doctor, su voz firme pero compasiva—. Para ella... y para vuestra hija. ¿Nuestra hija...?
Me aferro a esa palabra. A esa vida que depende de mí. A ese milagro que aún puede suceder.
Tres semanas después, abro los ojos.
—¿Melinda? —pregunta el doctor al verme parpadear—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy... bien. —Mi voz suena lejana.
—¿Recuerdas lo que ocurrió?
Asiento.
—Haremos unas pruebas sencillas.
—¿Estás casada?
—Sí.
—¿Embarazada?
—Sí.

—¿Fecha de nacimiento?
—Dos de abril.
El doctor sonríe satisfecho.

—Tu memoria está perfecta. Solo algunas lagunas, pero irán desapareciendo.
—¿Y mi bebé? —pregunto con el corazón en un puño. —Está perfecta. Una guerrera como su madre. En unos meses, la tendrás contigo.

Me acaricio el vientre. La siento moverse. Estoy viva. Estamos vivas. La recuperación es lenta, pero firme. Alan está a mi lado cada segundo. Buscamos una nueva casa, lejos del pequeño apartamento que fue testigo de nuestros primeros pasos. Queremos un hogar donde oír los pájaros al amanecer, donde nuestra hija crezca rodeada de paz.

Esa tarde, nos encontramos con Daniela para ver al notario. Hace casi un año que firmamos aquel acuerdo, y hoy, recibiremos una carta del señor Landini.

Alan entra en el club, impecable con su traje azul claro. Me sonríe.
—¿Cómo están mis princesas?
—Cansadas... y con hambre. —Resoplo exagerando, pero se ríe y me besa.

Hablamos de trabajo, de nuevos proyectos. Alan está ilusionado con la nueva colección. Yo, con la inauguración de la residencia. Becky será la supervisora, y su boda con Liam está a la vuelta de la esquina. Todos seguimos adelante.

Recogemos a Daniela y llegamos al notario. La tensión es palpable.
—¿Queréis el divorcio? —pregunta, sin rodeos.
—No —responde Alan firme—. Estamos felizmente casados. Y vamos a ser padres.

El notario sonríe.
—Entonces, Enzo tenía razón...

Nos entrega un sobre. Alan lo abre con impaciencia. Dentro, una breve carta escrita con trazo tembloroso:
Querido Alan y querida Melinda,

Si estáis leyendo esta carta, es porque finalmente ha llegado el momento en que la verdad puede respirarse sin miedo, y el amor, ese que nace sin lógica ni permiso, ha logrado abrirse paso entre las heridas.

Cuando conocí a Melinda, no pude evitar ver en ella un reflejo de alguien que marcó mi vida profundamente: Daniela. Esa fuerza en la mirada, esa mezcla de dulzura y fuego, ese coraje para caminar con la cabeza en alto incluso cuando el suelo tiembla bajo los pies... fue imposible no admirarla.

Melinda, sin que lo supieras, llegaste a remover recuerdos que había enterrado hace mucho tiempo. Tus palabras, tu forma de enfrentarte al mundo, tu manera de querer a pesar de todo… Me recordaste que aún era posible volver a sentir. Y sí, me aferré a ti de un modo que quizá no era justo, lo sé. Pero por primera vez en años sentí que aún podía hacer algo bueno.

Alan, tú siempre fuiste mi mayor proyecto. Mi mayor frustración y mi mayor orgullo. Quise prepararte para un mundo que no perdona, que a veces destruye a los que sienten demasiado. Pero nunca supe cómo enseñarte a amar. Porque yo mismo nunca aprendí a hacerlo sin condiciones, sin miedo. Por eso, cuando vi lo que sentías por Melinda, entendí que ella era tu hogar, tu destino.

Sé que lo que hice fue injusto, manipular las piezas para forzar vuestro encuentro. Sé que no fue ético, y puede que incluso imperdonable. Pero confío en que algún día podáis comprender que no lo hice por crueldad, sino por amor... por amor a ambos.

Quise que Alan se enfrentara al amor sin saber a quién amaba. Que viera más allá de los prejuicios, del apellido, del origen. Quise regalaros la oportunidad de amar en libertad, sin máscaras, sin etiquetas. Y si eso me ha costado vuestro respeto, lo aceptaré con humildad. Pero si os ha llevado a encontraros de verdad... entonces todo ha valido la pena.

A ti, Daniela… no sé si alguna vez podrás perdonarme. Sé que te fallé cuando más me necesitabas. Fui un cobarde. Un hombre atrapado en sus propios errores y su orgullo. Nunca supe cómo volver a ti con el corazón en la mano. Y eso me duele cada día.

Si alguna vez encuentras un rincón en tu alma para perdonarme, sabrás que moriré en paz.

A los tres: gracias. Por haberme permitido formar parte, aunque fuese brevemente, de vuestra historia. Por haberme enseñado que el amor, cuando es verdadero, no entiende de condiciones. Ni de contratos. Ni de tiempo.

Vivid. Amad. Perdonad. Que no quede ni una palabra sin decir, ni una caricia sin entregar.
Desde donde esté, os observaré orgulloso, y con la esperanza de que algún día, entre vosotros, yo también encuentre un poquito de redención.

Con todo mi arrepentimiento... y todo mi cariño,
Enzo Landini.

40

Sentada en el borde de la cama, mis pies desnudos tocan el suelo helado, arrancándome un leve estremecimiento. La madera cruje bajo el peso de mi cuerpo mientras mis dedos se entrelazan, acariciándose con impaciencia. El silencio de la madrugada es espeso, como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento conmigo. Miro la ventana, apenas iluminada por la tenue luz de la luna, y respiro profundo.

Mi barriga enorme se impone entre mis brazos, estorbando cada movimiento, impidiendo encontrar una postura cómoda. Ya no sé cómo sentarme, cómo acostarme, cómo existir sin sentir que llevo el universo entero dentro. Las noches se han vuelto eternas, una lucha constante entre la incomodidad física y la ansiedad que me consume por dentro.

Pero esta noche es especial. El sueño se me escapa, no por culpa del insomnio del embarazo, sino por la emoción: la inauguración es mañana. *Nuestra residencia*, el sueño por el que he luchado durante tanto tiempo, por fin se hace realidad. Y mientras me abrazo el vientre, siento que no solo estoy a punto de dar vida a una hija, sino también a un proyecto nacido del amor, la entrega y la esperanza.

Hace dos semanas que acabaron las obras y el interiorismo. Liam ha hecho un trabajo magnífico. La casa, que antes parecía un escenario de película de terror, se ha transformado en un hogar lleno de luz y vida. Donde antes había paredes frías y pasillos oscuros, ahora hay ventanales amplios, espacios abiertos, flores frescas en cada rincón. Ya no da miedo entrar. Al contrario, transmite calma, acogida, dignidad.

El jardín... oh, el jardín es un sueño. Caminos de piedra rodeados de lavandas, bancos de madera bajo pérgolas, rincones para leer, para conversar, para respirar. Las habitaciones están diseñadas para que cada residente se sienta en su propio hogar: funcionales, pero con detalles cálidos que las hacen únicas.

Becky será quien se encargue del día a día por un tiempo. Yo estaré supervisando a distancia mientras me adapto a mi nueva vida como madre. Mery y yo finalmente logramos llegar a un acuerdo: sus instalaciones y las mías ahora están asociadas, compartiendo la lista de espera, facilitando el acceso a más personas que lo necesitan. Nuestro gran logro ha sido crear una asociación solidaria que atienda a personas sin recursos, porque creemos —firmemente— que ningún abuelo debería vivir sus últimos años en soledad o en condiciones

indignas. Queremos ser esa mano que sostiene, ese abrazo que reconforta.
Después de todo lo que hemos pasado, de los días de lucha, de los sacrificios, siento que el peso de la responsabilidad y la emoción se mezclan en mi pecho. Cada paso que doy por la casa, siento que estoy caminando sobre sueños que poco a poco se han hecho realidad. Y la inauguración de mañana será la culminación de todo esto.

Al día siguiente, el reloj avanza a una velocidad incontrolable. Mientras me visto con algo de prisa, mi mente sigue corriendo hacia la residencia, pensando en cada detalle. Alan, tan tranquilo como siempre, no parece percatarse de la tormenta interna que arrastro. Se ve tan seguro, tan perfecto en su traje, que me da la sensación de que todo lo tiene bajo control. Lo miro a través del espejo del baño y su sonrisa me recuerda por qué todo esto ha valido la pena.

— ¡¿Cómo puedes estar tan relajado?! — le pregunto, entre risas nerviosas, mientras intento que el vestido de Georgina se acomode sobre mi barriga de manera que no me apriete demasiado.

— Porque sé que todo saldrá bien, Mel. — Me responde mientras ajusta su corbata frente al espejo. — Confío en ti.

Me acerco a él, sintiendo que mi pecho se llena de calor con sus palabras. Pero, al mismo tiempo, la ansiedad sigue ahí, acechando en el fondo. Mi mente no puede dejar de pensar en todos los pequeños detalles, en las personas que confían en nosotros, en las vidas que vamos a transformar con este proyecto. Y si algo sale mal, me martillea la duda.

Después de una taza de café rápido, subimos al coche, con Alan al volante, conduciendo con su estilo relajado mientras yo observo el paisaje, perdida en mis pensamientos. La ciudad va despertando y todo parece moverse en cámara lenta, mientras mi corazón late fuerte, como si quisiera que este día, por fin, llegara a su fin.

La llegada a la residencia es todo un evento. Los periodistas ya están ahí, posicionados con sus cámaras, los flashes iluminan el aire y las preguntas vuelan como dardos. "¿Cómo te sientes como madre y empresaria? ¿Qué esperas del futuro?" Las palabras se mezclan en mi mente. Alan, a mi lado, responde con esa calma imperturbable que siempre me tranquiliza, pero dentro de mí solo quiero gritar, correr y gritar: ¡Este es nuestro momento!

— ¡Alan! ¡Melinda! ¡¿Unas palabras?! — La multitud de periodistas se agolpa mientras avanzamos hacia la entrada del jardín, ya repleto de invitados. Las sonrisas y las conversaciones llenan el aire, y por un momento, siento que la presión se disuelve.

Pero mi mente no deja de trabajar. Veo a Becky corriendo de un lado a otro, supervisando todo como una auténtica profesional, aunque sus nervios están a flor de piel. Su rostro refleja el cansancio de todo el día, pero también la satisfacción de estar logrando algo grande.

— ¡Mel, todo va a estar bien! — me dice, aliviada al verme. — Te lo dije, Becky, lo logramos. — Le respondo, abrazándola brevemente mientras se relaja un poco. — Este es solo el principio.

El catering llega, y los camareros comienzan a servir los canapés y el cava. Los invitados se dispersan, observando las instalaciones con admiración. Me siento increíblemente orgullosa. Alan está a mi lado, observando la reacción de los asistentes con esa mirada cómplice que siempre tiene. Nos reímos juntos de las anécdotas que surgen, de los comentarios que escuchamos al azar, pero en el fondo, ambos sabemos que este es nuestro primer gran paso.

Es en ese momento, rodeada de tantas caras conocidas y nuevas, cuando un extraño e inquietante sentimiento me recorre. Me siento bien, pero también demasiado vulnerable. La gente me felicita, pero hay algo en el aire que hace que mi mente se quede atrapada en mis inseguridades. ¿Estamos realmente listos para esto?

Pero el amor de Alan es un refugio. Siento su brazo rodeando mis hombros mientras me besa en la frente.

— ¿Sabes, Mel? — susurra, con una sonrisa que me tranquiliza por completo. — Yo sabía que este proyecto era tuyo, pero hoy, viendo todo esto, siento que este también es nuestro hogar. El futuro que soñamos, juntos.

Su voz me devuelve la calma, y de repente, la tensión se disipa. La inauguración se convierte en un evento lleno de sonrisas y promesas, pero el mayor regalo es ver a las personas que apoyan este proyecto. No solo estamos cambiando vidas, sino que estamos creando un lugar que perdurará.

La noche avanza, y el aire se llena de murmullos y risas, mientras las luces de la residencia parecen iluminar el futuro que tanto hemos soñado. Cada rincón del lugar parece susurrar historias de esperanza, de cambio. Siento cómo una mezcla de emociones me inunda: orgullo, miedo, amor, euforia. Todo parece encajar a la perfección, pero a medida que avanzamos hacia el centro del jardín, algo cambia dentro de mí.

Un grito desgarra el aire, como un relámpago atravesando mi mente. ¡Hermanita, creo que has roto aguas!

El caos se desata a mi alrededor en un instante, pero es como si todo sucediera en cámara lenta. Brooks me mira aterrada, como si el mundo se hubiera detenido, mientras las palabras de su grito resuenan en mi cabeza, y todos los ojos se vuelven hacia mí.

Mi cuerpo responde antes que mi mente, siento un calor extraño, una presión que me recorre, y por un segundo, me siento paralizada. La gente empieza a moverse, pero yo me quedo quieta, intentando procesar lo que acaba de suceder.

Alan está a mi lado en un parpadeo, su rostro pálido y la angustia evidente en sus ojos. Sé lo mucho que esto le preocupa, pero trato

de calmarlo.

— No grites, ya lo sé. — Le respondo con una sonrisa tensa, aunque mi voz temblorosa no ayuda a disimular el caos interno que siento. — No es la primera vez, cariño. Estamos rodeados de médicos, todo va a estar bien.

Mis palabras, aunque tranquilizadoras, no parecen ser suficientes. Alan me toma de la mano, casi como si me temiera a punto de desvanecerme. Su agitación es palpable mientras me guía hacia el coche.

— Mel, te amo tanto... — Susurra, con la voz quebrada, mientras su pulso se acelera y sus ojos se llenan de lágrimas. — Tienes que estar bien. Lo necesitamos.

Esos minutos en el coche son una mezcla de tensión y amor desesperado. Las calles parecen interminables, y mi mente se llena de recuerdos de los días previos. Recuerdo los miedos que compartimos, las conversaciones sobre lo que significa ser padres, los nervios de la maternidad, pero también las promesas que nos hicimos, de que lo lograríamos juntos, sin importar lo que la vida nos trajera.

Finalmente, llegamos al hospital, y el personal está esperando en la entrada, como si todo estuviera perfectamente planeado. Pero dentro de mí, todo se tambalea, cada contracción me hace pensar que no seré capaz de soportarlo.

Alan está a mi lado todo el tiempo, no me deja ni un segundo. Cada vez que la contracción pasa, veo cómo su rostro refleja más miedo y amor, como si no supiera cómo ayudarme, pero sé que lo está haciendo de la única forma que puede: estando allí, sosteniéndome. En la sala de parto, los minutos parecen alargarse en una eternidad. Me quito el vestido con dificultad, mis manos tiemblan, y la bata del hospital me recuerda la crudeza de lo que estoy por enfrentar. Las

contracciones llegan más rápido y más intensas, y con cada una, siento que el dolor me consume.

La doctora me observa, dándome una pequeña esperanza entre cada frase.
— Estás dilatando bien, Melinda. Ya casi. Solo un poco más.

Pero el "un poco más" no hace que el dolor sea más soportable. Pienso en Alan, en todo lo que hemos vivido para llegar aquí, y sé que no hay marcha atrás. Mi mente está llena de recuerdos de él, de las promesas que nos hicimos, de los días en los que no sabía si algún día veríamos la luz al final del túnel.

— ¡Mel! ¡Lo estás haciendo bien! — Escucho la voz de Alan, y aunque está llena de nervios, también de una devoción que me reconforta. Su mano se aferró a la mía con tal fuerza que, por un momento, sentí que toda mi angustia se evaporaba.

Finalmente, el último empujón llega con todo su poder. Un dolor brutal, insoportable. Mi cuerpo se deshace en el esfuerzo, pero al final, cuando todo termina, y escucho el llanto de nuestra hija, siento que el mundo se detiene. Es el momento más hermoso, el más intenso de todos. Las lágrimas de Alan caen sobre mi rostro, y sus palabras, llenas de emoción, me atraviesan el alma.

— Es nuestra hija. Es Alma.
Me la ponen en los brazos, pequeña, frágil, pero tan llena de vida. La miro, y siento que mi corazón explota de amor. Alma es nuestra princesa, nuestra razón de ser. En ese momento, me olvido de todo el dolor. Solo importa ella.

Alan corta el cordón, y yo no puedo dejar de mirarlo. Sus ojos brillan, y la emoción lo consume por completo.
— Es tan perfecta, Mel. — Dice, con la voz entrecortada. —Alma será tan fuerte como tú.

Sus palabras, tan sencillas, me llenan de una paz profunda. En la tormenta de todo lo que hemos vivido, encontrar este momento de calma, de amor y de unidad, me hace sentir que todo tiene sentido. Alma, nuestra hija, es el resultado de todo lo que hemos vivido, de las decisiones que tomamos, de los sacrificios que hicimos, de los amores que compartimos.

Cuando salimos de la sala, mi familia nos espera, y al verlos, no puedo evitar sonreír entre lágrimas. Mis padres no pueden dejar de mirar a Alma, y la pequeña es el centro de atención de toda la familia. Becky y Liam nos abrazan, y el amor que siento por ellos, por todos los que están aquí, me hace sentir que todo ha valido la pena.

Años después…

Sentada en la arena jugando con Alma, siento cómo los rayos del sol acarician mi piel, mientras la brisa marina me llena de calma. Alma, con sus rizos alborotados por el viento y sus manos llenas de arena, intenta construir su propio castillo. Se ríe, se enfada, se concentra… tan ella, tan viva, tan parte de nosotros.

Alan se lanza al agua como un niño, su risa se mezcla con el sonido de las olas, y por un instante, todo se siente exactamente como debe ser. Lo miro y me sorprende pensar en todo lo que hemos vivido. Parece mentira que hace apenas un año estábamos caminando nerviosos por el pasillo del hospital, y ahora, nuestra hija corre hacia él con los brazos extendidos, gritando su nombre entre carcajadas.

Alan la levanta en el aire, la gira con fuerza mientras ella chilla de emoción. Luego viene hacia mí, empapado, con la sonrisa más sincera que he visto en él, y me besa sin decir palabra, dejándome con ese sabor salado y dulce que solo la playa y el amor pueden dar.

—Jamás he sido tan feliz. ¡Os quiero! —susurra, abrazando con fuerza a Alma, que ahora juega con el cordón de su bañador.

Los observo, y mi pecho se llena de una emoción cálida, densa, que me ahoga, pero no molesta. Es esa sensación de hogar que ya no está atada a un lugar, sino a ellos dos. A nosotros.

Pienso en todo lo que hemos construido. La residencia, los lazos familiares, las heridas que ya no duelen tanto… Becky y Liam, ahora más unidos que nunca, riendo juntos cada domingo, cuidando con devoción a los residentes. La boda fue mágica, y el vestido que Georgina diseñó parecía sacado de un cuento, uno que por fin tenía un final feliz.
Durante su luna de miel, me tocó llevar las riendas del centro. No fue fácil, y aunque al principio me sentía insegura, pronto entendí que lo importante no es hacerlo perfecto, sino hacerlo con amor. Cada abrazo de los abuelos, cada sonrisa, me recordaba por qué empezamos este proyecto. No era solo una residencia. Era un hogar. Una segunda oportunidad.

Brooks sigue trabajando en la cafetería, con ese brillo en los ojos que le sale cuando habla de sus planes. Dice que algún día hará de ese lugar una franquicia… aunque lo dice con la boca llena de risas y chocolate. Alex ha madurado tanto que a veces me cuesta reconocerlo. Ya no es el niño al que le tenía que repetir todo cinco veces. Ahora es el joven al que le pido consejo sin que se dé cuenta.

Mis padres, con Alma, son otro nivel de ternura. Compiten sanamente con Daniela por ver quién la mima más, y yo dejo que lo hagan. Alma merece ser mimada, crecer rodeada de afecto, de risas, de esa calidez que se queda grabada en la piel para siempre.

Laura y Fabri siguen donde la vida (y sus decisiones) los llevó. No guardo rencor, solo les deseo paz, si algún día pueden encontrarla. Ya no ocupan espacio en mis pensamientos.

Y nosotros...

Nosotros nos hemos permitido respirar. Amar sin miedo. Reír sin prisas. Hemos aprendido a mirar el presente sin tanta ansiedad por

el futuro. En esta casa de la playa que fue de mi abuela, que huele a sal, a leña vieja y a memorias, nos reencontramos cada año. Aquí Alan compone melodías tontas con la guitarra mientras Alma baila como un torbellino. Aquí yo escribo, pienso, recuerdo y sueño.

Me recuesto en la toalla mientras los observo, y me digo a mí misma que este, este exacto momento, quiero guardarlo para siempre. Quiero que Alma recuerde los veranos con los dedos llenos de arena, las carcajadas de su padre, las siestas a mi lado. Quiero que cuando crezca, sepa que su infancia fue un refugio.

Y en ese instante, bajo ese cielo azul que parece pintado a mano, lo sé con certeza: no sé qué nos deparará el futuro, no sé si seremos felices para siempre, pero sé que viviremos nuestra historia… intensamente, imperfectamente, pero siempre juntos.

Alan se ríe viendo cómo Alma discute con otro niño por una pala rosa. La mira, me mira, y dice con una risa limpia:
—Cariño, nuestra pequeña princesa es *Simplemente Tú*. **Fin.**